MARIAH EVANS
El confinado
SERIE ESPAÑA II

MARIAH EVANS

El confinado

SERIE ESPAÑA II

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: El confinado.
©Mariah Evans, diciembre 2022.
Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a Mabel Díaz, excelente escritora y mejor persona.

Mi amiga, mi compañera de letras… sigue con esa fuerza y esa sonrisa que tanto te caracterizan. Eres una inspiración de fortaleza, pasión y tesón.

Espero que podamos vernos muy pronto en persona para darnos un gran abrazo.

De una amiga que te admira y te quiere muchísimo.

María.

Hay algo que quiero explicar y que debéis conocer antes de comenzar con la lectura.

Todo lo referente a los demonios, rituales para conjurar y sellos está extraído del libro "*La llave de Salomón*" o "*Clave de Salomón*", aunque advierto que he modificado algunos sellos y conjuros de demonios durante esta serie, no vaya a ser que acabéis conjurando a alguno… Desde ya, no me hago responsable de lo que hagáis mientras leéis la novela.

Los hechos históricos de leyendas y sobre sectas y organizaciones secretas actuales son reales.

¡Allá vamos! Espero que estas novelas os hagan pasar un buen rato y, ante todo, muchas gracias por apoyarme siempre.

Mariah.

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
Agradecimientos

Prólogo

Monte Moriá
-Jerusalén-

Se arrastró por el pequeño agujero excavado en la roca.

El monte Moriá, ubicado en Israel, concretamente en la provincia de Jerusalén, era uno de los lugares sagrados más importantes tanto para la cultura hebrea como para la cristiana.

Según el Génesis, Abraham subió a su cima junto a su primogénito, Isaac, para sacrificarlo ante Dios.

El monte, de setecientos cuarenta metros, había albergado uno de los templos más famosos de la historia: el Templo de Salomón, conocido como el santuario más importante del Reino de Judá hasta su destrucción en el año 70 después de Cristo. Desde entonces, aquel monte sufría decenas de excavaciones anuales.

—¿Puedes avanzar? —preguntó Héctor asomándose al agujero en la roca.

Miró hacia atrás unos segundos, alumbrando con la linterna y asegurándose de estar solos, pero el quejido de Valeria le hizo volver a alumbrar al interior del agujero por donde esta avanzaba, pues solo un cuerpo pequeño y delgado podría caber por esa angosta abertura.

A aquellas altas horas de la noche, desde aquella excavación arqueológica, podían verse todas las estrellas del cielo.

El Templo de Salomón había sido el único santuario legítimo del pueblo israelita que, según las escrituras, guardaba en su interior la preciada Arca de la Alianza, un altar de oro, candeleros del mismo metal, una mesa con panes sagrados y utensilios empleados para el culto al dios Yahveh.

Durante años se ubicó en la explanada del monte Moriá, donde en la actualidad se encontraba la Cúpula de la Roca y la Mezquita de Al-Aqsa.

Héctor se giró de repente al escuchar un ruido.

—Shhh —susurró hacia el agujero provocando que Valeria dejase

de arrastrarse.

La Mezquita de Al-Aqsa era un lugar extremadamente vigilado por la policía de Israel, dadas las continuas irrupciones tanto de fuerzas de seguridad como de colonos israelís en el complejo de la mezquita. Ante la incursión de los colonos, la policía israelí había obligado a los creyentes musulmanes a evacuar los patios de la mezquita. Aquellas incursiones tenían como objetivo la liberación de los ocupados territorios palestinos. Durante la guerra árabe-israelí, Israel ocupaba Jerusalén este, donde se encontraba aquella mezquita, y se anexó la ciudad entera en 1980, en un movimiento nunca reconocido por la comunidad internacional.

Desde entonces, las ocupaciones de monumentos reivindicando la desocupación estaban a la orden del día y en todas ellas había centenares de heridos y decenas de muertos.

Héctor tragó saliva y escuchó con atención durante cerca de un minuto hasta que se tranquilizó.

Se agachó hacia el agujero y susurró.

—Puedes seguir.

Poco después escuchó a Valeria arrastrarse por la tierra con gemidos de esfuerzo.

Si los encontrasen allí, en una excavación oficial en la que se creía que se encontraba la antigua ubicación del Templo de Salomón, seguramente serían arrestados y encarcelados.

Llevaban más de un mes observando la excavación, apuntando los horarios de cada uno de los arqueólogos que trabajaban allí y vigilando día y noche a la policía israelí que custodiaba la zona. Era muy arriesgado, pero debían hacerlo.

Valeria llegó al final del estrecho túnel por el que se arrastraba y alumbró la losa que tenía por delante de ella.

A duras penas podía mover un brazo sin rozarse con la piedra. Llevó la mano hasta la losa y la pasó sobre ella. Se quedó maravillada al observarla.

—¿Ya estás? —escuchó la voz de Héctor unos diez metros por detrás, al inicio del pequeño túnel.

—Sí —respondió Valeria iluminando como podía la losa—. Hay una losa que corta el camino —comentó ella—. Tiene el sello —comentó con voz inquieta. Sabía lo que eso significaba, pero en ese momento no podía perder ni un segundo. Llevó la mano hasta los bordes de la losa, desenterrándola levemente para asegurarse de que no se tratase de un muro, y no pudo evitar sonreír cuando vio que la losa acababa ahí, como si se tratase de una pequeña puerta.

Era de un color rojizo, de arcilla, y en el centro se encontraba dibujado el sello que tantas veces había visto y estudiado.

—Puedo quitarla —dijo hacia atrás para que Héctor le escuchase.

—Date prisa —susurró este mientras volvía a iluminar el interior para facilitarle las cosas—. Ten cuidado —la previno.

—Eso intento —dijo rascando los cuatro lados de la tierra, pero esta era demasiado compacta y se dañaría los dedos. Se contorsionó en el interior del túnel para llegar al bolsillo de su pantalón y extrajo un pequeño punzón que habían hurtado de la excavación. Comenzó a golpear los cuatro lados, pues la losa parecía estar incrustada firmemente en la tierra. El polvo le hizo toser varias veces y el aire en el interior del túnel se tornó poco respirable. No podía casi ver en el interior de la cantidad de polvo y tierra que estaba levantando.

Golpeó las cuatro esquinas y se quedó quieta esperando a que el polvo se aposentase de nuevo sobre la tierra. Volvió a enfocar la losa con la linterna.

Tragó saliva y empujó con fuerza. Esta vez no tuvo que aplicar mucha fuerza para que la losa cediese.

Habían dado justo en el clavo, sabía que no se equivocaban. Los planos eran ciertos.

Se arrastró hacia delante y extrajo la cabeza del agujero sacándola a un pequeño habitáculo que no tendría más de dos metros de largo por uno de alto.

Extrajo los brazos y se impulsó hacia delante apoyándolos en el suelo para caer con delicadeza.

—¿Qué pasa? —escuchó la voz preocupada de Héctor al escuchar más alboroto de lo normal.

—Estoy dentro —susurró ella arrodillándose, pues ni siquiera podía ponerse en pie.

—¿Dentro?

—Dentro de la cámara —comentó ella. Apretó los labios cuando la luz de la linterna alumbró la botella de bronce que había en el interior. Durante unos segundos sintió su corazón latir a gran velocidad, su respiración se aceleró e incluso sintió su cuerpo temblar con solo observar aquella botella. Un objeto tan pequeño… y, sin embargo, podía desatar el mal más absoluto sobre la faz de la tierra.

La botella llevaba tanto tiempo escondida que, incluso ahí, sin estar expuesta al aire o a la humedad, había tomado un color verdoso fruto del paso de miles de años.

La botella era ancha en su parte baja y estrecha en la parte alta, con dos asas que salían a lado y lado de esta.

Antes de tocarla, se acercó y observó maravillada el tapón con que se mantenía cerrada, donde se encontraba el mismo sello que había en la losa que había derribado momentos antes para llegar hasta allí.

Sí, se habían asegurado de que nadie pudiese encontrarla.

—La tengo —dijo conteniendo la voz.

Inspiró con fuerza antes de cogerla por un asa. Se incorporó para mirar a través del estrecho túnel por el que había llegado hasta la botella.

Colocó en el túnel excavado la botella y se impulsó hacia arriba mientras Héctor iluminaba desde el otro lado para facilitar su retorno.

El hotel se encontraba a unos seiscientos metros de la mezquita de Al-Aqsa.

Valeria volvió a mirar hacia atrás mientras protegía con su larga chaqueta la botella de bronce. Héctor caminaba a su lado, vigilando también a cada lado mientras caminaban rápido por las estrechas calles de adoquines de Jerusalén.

Durante el día aquella zona rebosaba vida, pues decenas de comercios abrían sus puertas. Todo lo que buscases lo encontrarías en aquellas calles: lámparas formadas por cristales, alfombras, frutos secos, dátiles, vestidos… Los vendedores gritaban a viva voz sus precios tentando a posibles compradores.

Doblaron la esquina y llegaron al portal del hotel. Entraron sin demora y subieron por las escaleras.

Valeria aguantaba con fuerza la botella en su regazo, cubierta por la chaqueta que, a esas horas, era más que necesaria, pues la temperatura no excedería de los diecisiete grados.

Subieron a la primera planta y Héctor extrajo la llave de su bolsillo para acceder a la habitación alquilada de aquel hotel.

Solo respiraron tranquilos cuando Héctor cerró la puerta tras de sí. Durante unos segundos se quedaron recuperando el aliento hasta que Valeria reaccionó avanzando al centro de la habitación.

—El contenedor —reaccionó acelerada.

La habitación era muy sencilla. Constaba de un armario empotrado a la derecha y dos camas separadas por una mesita de noche. Frente a estas había un escritorio con una silla y una televisión sobre este. No era gran cosa, pero las vistas desde el pequeño balcón eran impresionantes. Además, era el hotel más cercano a las excavaciones que se realizaban en el monte Moriá.

Héctor abrió el armario y sacó la maleta. La depositó con movimientos nerviosos sobre la cama y la abrió para extraer un contenedor negro mientras Valeria depositaba con manos temblorosas y sumo cuidado la botella de cobre sobre el escritorio.

Se apartó de ella un paso, temerosa, observando con la mirada fija el sello sobre el tapón que la mantenía tapada. Aquella botella había permanecido oculta durante milenios, y así debía seguir por el bien de la humanidad.

Héctor abrió el contenedor negro, preparado justamente para transportar una mercancía tan valiosa y peligrosa a la vez. El

contenedor disponía de varios sistemas de cierre para cerrarlo herméticamente y, en su parte superior, un candando incrustado que necesitaba una combinación de cuatro números para abrirse. El exterior era de un negro brillante y el interior estaba formado por gomaespuma oscura con la forma de la botella y recubierto por debajo de esta de una fina capa de bronce.

Colocó el contenedor abierto sobre la cama y se situó al lado de Valeria observando la botella. Notó cómo el corazón se le aceleraba al ser consciente de lo que habían encontrado. Debían asegurarse de que se mantuviese oculto.

Durante unos segundos ambos se quedaron observándola con el corazón compungido hasta que, finalmente, Héctor reaccionó y la cogió con cuidado entre sus manos.

Apretó los labios e introdujo la botella en el contenedor. Luego lo cerró de inmediato moviendo los rodillos de los números. Inspiró con fuerza y se giró hacia Valeria.

—Ya está —susurró con voz trémula.

Valeria asintió y durante unos segundos ambos se miraron.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Las dos y media de la madrugada —contestó—. A las seis y media sale nuestro avión —le recordó.

Ella asintió mientras un escalofrío recorría su cuerpo por los nervios que había pasado.

—Está bien, me doy una ducha rápida y nos vamos para el aeropuerto —dijo mientras abría la maleta y extraía la ropa limpia que iba a ponerse.

Estaba hecha un asco, tenía tierra por todo el cabello y bajo las uñas de las manos. Necesitaba urgentemente una ducha y relajarse después de los nervios sufridos.

Entró en el aseo y cerró la puerta, depositó la ropa sobre el retrete y, antes de desvestirse, cerró levemente la ventana del aseo, dejándola un poco entreabierta para que no se llenase todo de vapor.

Durante unos segundos se quedó observando la ciudad. Jerusalén era realmente hermosa.

Desde allí podía ver la Explanada de las Mezquitas y la puerta de Al-Mughradia, situada a la derecha del Muro de las Lamentaciones, el muro occidental de contención y el único vestigio que se conservaba del Segundo Templo o Templo de Jerusalén.

Una ciudad tan antigua, con tanta historia, que escondía tantos secretos y, sin embargo, no dejaba de estar en un continuo conflicto.

Miró hacia la calle que tenía por delante, unos dos metros por debajo de ella, donde un grupo de policías vigilaba la zona. Era una pena que un lugar así no encontrase la paz.

Se desvistió y entró en la ducha. El agua se tiñó de color marrón

al entrar en contacto con su cuerpo. Se frotó bien y disfrutó durante unos minutos del agua caliente, sintiendo cómo sus músculos se relajaban. Después de tanto trabajo lo habían logrado, ahora solo les quedaba llevar la botella de bronce hasta su nuevo escondite, un lugar donde se mantendría mucho más oculta y protegida.

Salió de la ducha, se pasó la toalla por su cabello negro y largo y se secó el cuerpo.

Ahora que comenzaba a relajarse tenía un poco de hambre. Se puso unos pantalones marrones y una camiseta de manga larga color blanco e iba a abrir la puerta cuando un fuerte golpe la paralizó.

Héctor ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar cuando derribaron la puerta de la habitación, entrando cinco hombres armados.

Se movió rápidamente hacia la mesita de noche donde guardaba un arma, pero uno de los hombres lo interceptó arrojándolo al suelo. El hombre golpeó fuertemente su rostro, provocando que su cabeza chocase con el suelo. El golpe lo dejó aturdido y sin defensa mientras el hombre se situaba sobre él conteniéndolo y amenazándolo con el puño.

—Bien hecho —dijo un hombre entrando por la puerta. El hombre vestía un traje gris oscuro. Su cabello negro estaba en consonancia con su barba negra y bien recortada, rodeando sus labios. Era claramente de la zona, pues su rostro tenía el color del caramelo y una nariz aguileña. Sus ojos marrones se encontraban bajo unas espesas cejas. Miró de un lado a otro de la habitación y su mirada recayó directamente sobre la caja negra. Avanzó hasta allí mientras el resto de hombres armados caminaba por la habitación. Llegó hasta la cama y colocó la mano sobre la caja—. Aquí está —dijo con un deje árabe. Cerró los ojos al palpar el frío plástico con las yemas de sus dedos, simulando placer—. Tanto tiempo buscándola… —susurró. Abrió los ojos y miró a Héctor. El muchacho sangraba profusamente por la nariz y se encontraba tumbado en el suelo, con la rodilla de uno de los hombres en su pecho forzándolo a mantenerse quieto. Volvió la mirada hacia el contenedor y lo levantó sobre la cama—. ¿Cuál es la combinación?

Héctor escupió y lo miró con ira.

—No te la diré, maldito hijo de puta —espetó.

El hombre le sonrió con sarcasmo y miró el resto de su habitación.

—¿Dónde está tu amiguita? —preguntó dando un paso hacia él.

Héctor apretó los labios con fuerza indicándole que no iba a decirle nada al respecto, pues sabía perfectamente lo que iba a ocurrir. Lo matarían y, si les decía dónde se encontraba Valeria, la matarían a ella también. Ni siquiera desvió la mirada hacia el baño, simplemente miró fijamente a aquel hombre de barba bien cuidada.

El hombre miró a su alrededor y sonrió al descubrir la puerta al final de la habitación. Indicó con un movimiento de cabeza a uno de sus hombres que fuese hacia allí.

El hombre abrió sin contemplaciones y miró de un lado a otro del baño. Dentro había vaho, como si acabasen de ducharse. Su mirada voló directamente hacia la ventana abierta de par en par.

Se giró y volvió por el pasillo.

—Ha escapado —le informó.

Héctor sonrió por la información que acababan de darle, aunque aquella sonrisa no fue del agrado del jefe de ellos, ya que cogió él mismo el contenedor sosteniéndolo en sus manos y se situó frente a él. Héctor lo observó sin un ápice de temor, pese a que sabía cuál sería su próximo movimiento. Sí, se llevaría la caja, pero conocía a Valeria y sabía que no se rendiría tan fácilmente. Si había escapado aún había esperanza.

—La gente no suele sonreír antes de morir —pronunció el hombre con ironía.

Héctor volvió a escupir sangre y lo miró con ira.

—Yo sí —respondió mientras veía cómo el hombre extraía un arma—, y… ¿sabes por qué?

—Sorpréndeme —dijo mientras lo apuntaba.

Héctor inspiró por última vez.

—Porque sé que no te saldrás con la tuya —pronunció.

El hombre le devolvió la sonrisa antes de disparar una bala directa a su cabeza. Se quedó observando sin remordimiento alguno el cuerpo del muchacho y volvió a guardar el arma en su bolsillo. Sujetó con sus dos manos el contenedor y sonrió.

—De momento lo he hecho, me he salido con la mía —continuó con una lasciva sonrisa reflejándose en el negro brillante de la caja. Miró a sus hombres y se dirigió hacia la puerta—. Buscad a la chica y matadla —ordenó mientras los hombres le seguían para cumplir sus órdenes.

Fuera, apoyada contra la pared y sujeta a una tubería, Valeria intentaba controlar el llanto. Tragó saliva e intentó dar un paso a su izquierda para volver a entrar por la ventana, pero la cornisa sobre la que se encontraba apoyada era muy delgada y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer. No había muchos metros de caída, pero seguro que algún hueso se rompería si cayese.

Se sujetó más fuerte a la tubería y apoyó su frente en el frío metal mientras lloraba desconsolada. Inspiró intentando calmarse y con cuidado de no caer volvió a dar otro paso hacia la ventana.

Con un pequeño salto entró en el interior y cayó con fuerza sobre el suelo del baño. Aguantó la respiración y apretó los dientes cuando notó cómo se le doblaba la muñeca.

Su mirada voló directamente hacia el pasillo que comunicaba con la habitación, desde donde podía ver cómo tras la cama asomaba la pierna de Héctor.

Gimió mientras las lágrimas resbalaban por su mejilla y se puso en pie con cuidado.

Se asomó a la puerta del aseo y se aseguró de que no hubiese nadie. Había escuchado todo lo que habían dicho y sabía que en aquel momento la estarían buscando por las calles para matarla.

Avanzó rápidamente por el pasillo y se llevó la mano a la boca para contener un grito al ver el cuerpo de Héctor sin vida tendido sobre el sucio suelo de aquel hotel.

Él no se merecía aquello.

Se derrumbó sobre su cuerpo, abrazándolo.

—Hermano —sollozó pasando la mano sobre la cara ensangrentada de Héctor—. Nooo —gimió sin levantar la voz.

El vacío más intenso que hubiese experimentado jamás se adueñó de su corazón. Su amado hermano, con el que había compartido toda su vida, su pasión, sus aventuras…, ya no estaba en el mundo de los vivos. El vacío dio paso al sentimiento de ira más grande que jamás había experimentado.

Gateó con el cuerpo tembloroso hasta la mesita de noche y abrió el cajón. Cogió el arma con manos temblorosas y la guardó en su cintura.

Debía hacerlo. Debía evitar que aquella botella de cobre cayese en malas manos o sabía que aquel podía ser el fin del mundo tal y como lo conocían.

Se agachó junto al cuerpo de su hermano y cogió su mano.

—Te prometo que los detendré —sollozó, aunque con voz decidida.

Besó su mano y se puso en pie mientras se aseguraba de llevar escondida el arma bajo su camiseta. Se dirigió a la puerta de la habitación y miró por el pasillo antes de salir corriendo.

1

Elena suspiró y apoyó su frente contra el volante del vehículo, un Citroën C3 color plateado bastante antiguo. El vehículo tenía una abolladura en la puerta trasera derecha. Su amiga le había hecho un gran favor dejándoselo.

Aún no sabía de dónde había sacado las fuerzas para hacer lo que había hecho. Exhaló el aire de sus pulmones lentamente, intentando calmarse mientras cerraba los ojos, y notó, de nuevo, aquellas intensas ganas de echarse a llorar. Aún no comprendía si aquellas lágrimas eran de miedo o de alegría, lo que estaba claro era que aquella decisión había sido la más dura que había tomado en su vida.

Iba a abandonarlo todo: sus amigos, su hogar, su trabajo y… a él. Se puso erguida en el asiento y apoyó la cabeza en el reposacabezas observando hacia delante, a aquella casa de piedra. Miró al asiento del copiloto y, sobre este, encontró las llaves que su amiga le había entregado para entrar a esa vivienda. Ahora, ese sería su hogar.

Habían sido más de seis horas y media conduciendo desde Zafra, en la comunidad de Extremadura, hasta Lugo. Había nacido y vivido su infancia en la ciudad de Badajoz. Antes de cumplir los dieciocho había sido admitida en la Facultad de Derecho en la Universidad de Badajoz. Había cursado sus cuatro años de licenciatura y, tras finalizar sus estudios, había sido admitida en una notaría aprendiendo a redactar documentos sencillos como actas y poderes. La notaría, situada en Zafra, había sido su puesto de trabajo durante los últimos cinco años y, ahora, ya ostentaba el nombramiento de oficial de segunda. Don Antonio García, el notario principal de Zafra, la había admitido y tratado con cariño desde sus inicios. Por suerte, su oficial mayor, Isabel Sánchez, una mujer de cuarenta y cinco años, se había encargado de formarla en todo lo referente a testamentos. No era difícil para ella, al contrario, el trabajo le apasionaba y, allí, en esa notaría, había encontrado a su verdadera familia.

Poco después se había comprado un piso junto a Mateo, su pareja desde la universidad. Tras cuatro años de relación, ahora que ella

disponía de un trabajo estable, habían adquirido un piso situado en una de las calles céntricas de Zafra, cerca del Ayuntamiento. Al principio, Mateo no había podido colaborar todo lo que quisiese económicamente, dado que estaba enfocado en sus oposiciones a fiscalía, por lo que los dos primeros años habían sido duros al entrar solo un sueldo en casa, pero Mateo era un gran estudiante y, en dos años, había sacado sus oposiciones a fiscal como uno de los primeros de su promoción, pudiendo obtener plaza como fiscal en el mismo juzgado de primera instancia de Zafra.

Aquello era un lujo, ambos tenían su puesto de trabajo cerca de casa, lo que les garantizaba una vida tranquila y sin ajetreos. Su meta era, en unos cuantos años, ahorrar lo suficiente para dar la entrada de una casita. Ese era el sueño de los dos, una pequeña casita con jardín, pero no era oro todo lo que relucía.

Desde el inicio de la relación, Mateo se había mostrado bastante dominante y demasiado celoso para el gusto de Elena. Ella lo achacaba a su inseguridad, pues era ella quien realmente lo mantenía. ¡Qué equivocada había estado! Una vez él había conseguido la plaza de fiscal en Zafra y pensando que aquello lo relajaría, había podido ver su verdadera forma de ser. Era cierto que jamás acababas de conocer a alguien, pese a que llevases años de convivencia con esa persona.

Los gritos y ataques de celos se habían intensificado, llegando incluso a las manos. La situación era cada vez más desesperada. Se había encontrado totalmente perdida. La decisión no había sido fácil, pero sí necesaria.

Dos años antes

El doctor miró la radiografía y sonrió a Elena que se encontraba sentada sobre la camilla.

—No está rota, pero tienes un esguince leve en la muñeca —indicó.

Mateo, situado a su lado, colocó una mano en su hombro y chasqueó la lengua demostrando su disgusto. La muñeca se le había inflamado mucho y apenas podía moverla. Sintió cómo los latidos del corazón se le aceleraban al sentir aquel contacto de su pareja e intentó controlarse, en otras circunstancias se hubiese movido a un lado para no sentir aquella mano sobre ella.

—Tienes que ir con más cuidado —comentó Mateo y la miró con una fingida sonrisa.

Ella apretó los labios y asintió.

—¿Cómo te lo has hecho? —le preguntó el médico mientras se sentaba ante la pantalla del ordenador para rellenar el expediente.

Pudo sentir la mirada fija de Mateo sobre ella, estudiándola.

Tragó saliva y miró al médico con timidez.

—Me he tropezado y he caído —comentó sin mirarlo. Si por algo se caracterizaba era porque no sabía mentir y estaba segura de que si coincidía la mirada con el médico acabaría sospechando algo—. He apoyado todo mi peso en ella.

Por suerte, el médico estaba atento a la pantalla del ordenador, tecleando sin parar.

—Está bien, ahora la enfermera te vendará la mano. —En ese momento alzó la mirada hacia ella—. ¿Necesitas la baja?

Elena negó rápidamente.

—No, no me hace falta —susurró.

Mateo ladeó su cuello y la miró intrigado mientras se cruzaba de brazos.

—Quizá sí te iría bien estar en casa unos días y recuperarte. —El médico lo miró y asintió dándole la razón—. No vas a poder teclear.

Elena tragó saliva e inspiró intentando calmarse. La escena que había vivido hacía escasas dos horas con su pareja la mantenía absorta, sin poder reaccionar. Mateo siempre había sido un hombre de mucho genio, de alzar la voz, pero jamás había llegado a las manos hasta ese momento. Sin embargo, aquella vez, había cogido su muñeca y doblado la mano provocando que ella se arrodillase. Mateo tenía la cara roja, encendida de furia mientras gritaba una y otra vez. En ese momento, ni siquiera recordaba por qué había comenzado la discusión, solo sabía que Mateo había explotado y, tras empujarla contra la pared, había sujetado con fuerza su muñeca, doblándola, reteniéndola. Solo cuando ella había gritado la había soltado, aunque no parecía estar arrepentido por lo que había hecho.

—Si te estoy hablando no vuelvas a interrumpirme —rugió con su cabeza agachada, pues Elena se mantenía de rodillas sobre el suelo sujetando su muñeca.

—Entonces, señorita Castillo, ¿necesita la baja o no? —insistió el médico provocando que ella volviese de sus pensamientos.

Mateo seguía con la mirada fija en ella, pero ella aún mantenía el valor suficiente para no sucumbir solo ante su mirada.

—No, gracias. En la notaría hay mucho trabajo y no quiero cargar más a mis compañeras —susurró—. Seguro que algo podré hacer.

Durante los siguientes diez días había redactado pocas escrituras, pues tecleaba muy lenta. Se había dedicado, sobre todo, a atender consultas vía telefónica y alguna que otra presencial en su despacho.

Aquella había sido la primera vez que Mateo la había golpeado y dañado físicamente. Una vez en casa se había disculpado y le había dicho que no volvería a repetirse, que lo sentía y que había perdido los nervios. ¡Qué ilusa había sido! Aquella acción era solo el inicio, el desencadenante del infierno que viviría los siguientes dos años junto a

él.

Tragó saliva y miró la casita que tenía delante. Había salido en plena noche aprovechando que él no estaba y, tras más de seis horas y media conduciendo, había llegado a su destino. Únicamente había parado una vez en una gasolinera para llenar el depósito e ir al aseo. No había querido parar más, estaba asustada.

Durante la primera media hora de trayecto había dudado infinidad de veces sobre si volver a deshacer el camino y regresar a su piso, hacer como si nada de esto hubiese ocurrido, pero se forzaba a seguir hacia delante, huyendo de aquella pesadilla en la que vivía.

Miró a su alrededor. Aquel lugar no podía llamarse ni pueblo, a lo sumo era una pequeña aldea con unas cuantas casas, pero estaba segura de que ahí no la encontraría. Había soñado con eso cientos de veces y, al fin, gracias a la ayuda de su amiga, lo había logrado.

Había hecho bien, lo sabía, ella no se merecía eso, no se merecía la forma tan despectiva en que la trataba, no, ella no se merecía esos golpes. Le había costado comprenderlo, salir de ese bucle, pero gracias al apoyo de su amiga lo había conseguido.

Tomó aire y salió finalmente del vehículo. Jamás había visitado Galicia, una comunidad que, sin duda, rebosaba de naturaleza. Olía a bosque y a libertad.

Se giró y observó la parte trasera del vehículo donde había dos cajas y dos maletas. No había sacado nada más, no había tenido tiempo.

Rodeó el vehículo y cogió las llaves que aún se encontraban en el asiento del copiloto.

Se dirigió a la pequeña casita. La puerta era de madera. Introdujo la llave y abrió. Le costó un poco, pues la puerta parecía atrancada, pero con un golpe de su hombro consiguió que esta cediese.

Se quedó bajo el marco de la puerta observando. Las ventanas de la planta baja estaban cerradas, por lo que no entraba mucha luz.

La puerta daba acceso a un pequeño comedor dividido en dos partes. La parte más cercana a la puerta disponía de un largo sofá que dividía el comedor con una mesa delante y una televisión antigua sobre un mueble de madera.

Había unas cuantas estanterías sin nada y, detrás del sofá, una mesa para seis comensales rodeada de sillas.

Entró y caminó lentamente por el comedor, pasó su mano sobre una de las estanterías notando que había una gruesa capa de polvo y fue hacia la ventana.

Sí, la casa necesitaba una limpieza a fondo, pero no se quejaba, aquella casita iba a ser su nuevo hogar. El inicio de una nueva vida. ¡Tenía tanto que agradecerle a su amiga!

Atravesó el comedor, al final de este había dos puertas y una

escalera que subía a la planta alta donde estarían las habitaciones. Abrió la primera puerta que comunicaba con una pequeña cocina bastante vieja. La segunda daba a un pequeño aseo. Subió las escaleras a la planta alta donde había dos habitaciones y otro aseo que, en este caso, era más grande y tenía una enorme ducha con mampara de cristal.

La primera era una habitación con dos camas separadas por una mesita de noche en medio de ellas y un armario a un lado. La otra era una habitación más grade con cama de matrimonio y una mesita de noche a cada lado de la cama. Al lado de la ventana había una cómoda de madera de cuatro cajones.

Las colchas, aunque parecían nuevas, también necesitaban un buen lavado. Sería lo primero que hiciese en cuanto entrase las cajas y las maletas, meter aquellas colchas en la lavadora para que así, por la noche, estuviesen ya limpias.

Fue hacia la ventana y subió la persiana. Su amiga había tenido razón, allí Mateo no la encontraría. ¿Cómo iba a hacerlo? Aquel pueblo, aunque estaba cerca de Monforte de Lemos, un pueblo bastante conocido, era una pequeña aldea entre montañas. Era un buen lugar para esconderse.

Miró a la casa de enfrente donde le pareció ver movimiento.

Ya se lo había dicho su amiga. Por lo que le había explicado, su abuela había vivido en esa casa durante más de cincuenta años, pero tras perder a su marido se había marchado justamente a Monforte de Lemos con una de sus tías. Tras la muerte de su abuela, ella había sido la heredera de aquel inmueble. Había pensado en venderla, pero ¿quién iba a comprar una casita en tal mal estado y tan alejada de todo? No había dudado en ofrecérsela el tiempo que necesitase, de todas formas, la casa estaba vacía, sin ningún uso ni posibilidad de venta o alquiler.

Por lo que le había explicado, una de las veces que había ido a la casa para hacer fotografías y ponerla a la venta en alguna inmobiliaria, le había parecido ver que la casa de al lado estaba ocupada, aunque no había tenido trato con aquellos nuevos vecinos. Tras más de dos años buscando inquilino o comprador había desistido.

Elena suspiró y echó la cortina a un lado.

De momento entraría las cajas, las maletas y pondría una lavadora. Después comenzaría la limpieza de la vivienda para convertirla en un hogar. Cogió su móvil y buscó el teléfono de su amiga.

Elena: Ya he llegado. Muchas gracias por todo.

Guardó el teléfono en su bolsillo y descendió a la planta baja para dirigirse al coche.

Aitor se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa mientras Susana dibujaba en la pizarra un círculo con varias rayas por el medio. Entre las rayas hizo varias cruces y unos triángulos. Tapó el rotulador y se giró hacia todos los miembros de la división que la observaban con atención.

—Y así nos protegemos de un hechizo de mal de ojo —sonrió mientras todos la miraban con una ceja enarcada. Se cruzó de brazos y borró la sonrisa de su rostro—. ¿Algún problema?

—No, no… —negaron casi todos a la vez.

—Si no os interesa esto podéis decírmelo —protestó—. Y también podríais ser un poco más agradecidos… —les riñó como una madre a sus hijos—, vosotros me pedisteis unas clases.

—Y lo estamos… —reaccionó rápidamente Aitor—, es solo que… es mucha información de golpe. —Los miró a todos con cara de circunstancias—. Quizá… ¿un descanso? —les preguntó y se giró hacia ella con una sonrisa—. Ya son las diez.

Ella resopló y elevó los brazos como si estuviese desquiciada.

—Está bien —respondió resignada—. Como siempre, en media hora aquí. —Miró su reloj de muñeca—. A las diez y media —dijo mientras depositaba el rotulador negro sobre la mesa—. A las doce tengo que irme a preparar las sesiones de esta tarde.

—Claro —respondió Aitor—. No hay problema.

Susana se giró y fue directa a la puerta.

Aquellas últimas semanas habían sido de locos.

La división había sido ubicada en Galicia, concretamente en Lugo, cerca de Monforte de Lemos, en un pequeño pueblo llamado Barxa. En el momento en que se habían instalado había solo tres habitantes empadronados, aunque lo cierto era que nunca se habían cruzado con ellos, así que dudaban que realmente siguiesen viviendo allí.

Su misión era controlar la creciente brujería que había en la zona. Las primeras semanas habían sido un completo y total aburrimiento. No encontraban nada que suscitase su interés o denotase peligro, hasta que las posesiones demoníacas habían hecho acto de presencia irrumpiendo en la tranquila vida de los ciudadanos de aquella zona. Santiago, un sacerdote especialista en exorcismos, era el encargado de luchar contra estos demonios encarnados.

Al inicio, prácticamente toda la división había coincidido en que aquello no era posible, que seguramente no se trataba de posesiones, sino de alguna enfermedad mental, hasta que habían hecho la primera visita. Oh, sí, aquello era una posesión en toda regla, y no solo una, sino muchísimas. Parecía que los demonios habían decidido poseer a gran parte de la población y todos traían el mismo mensaje: "*Las puertas del infierno se abrirán*".

¿Qué significaba aquello? ¿Había un peligro inminente? Pese a la

negativa por parte del CNI a que interviniesen en asuntos eclesiásticos, la creciente actividad demoníaca había suscitado el interés de la división, sobre todo cuando habían descubierto bolsitas de vudú bajo los colchones de todos aquellos que sufrían posesiones. Anael, la monja que acompañaba al padre Santiago, parecía ser una gran experta en la materia y no había dudado en manifestar que aquello era cosa de brujas.

Sí, había tenido razón. Poco después daban con Paula, una muchacha joven que ejercía como canguro y que había decidido experimentar con la brujería. Según lo que les había explicado, quería formar parte de un grupo de brujería gobernado por el que llamaban "el jefe". Ese presunto "jefe" ordenaba mediante mensajes de texto al móvil cómo fabricar esas bolsas que debilitaban el espíritu de las personas y que, por ende, garantizaban una posesión efectiva. Sin lugar a dudas, aquel hombre era un brujo de nivel tres como mínimo, o más incluso, pues por lo que entendían, debía obtener su fuerza de ritos satánicos.

Tras varias luchas y la desesperación de ver a la pareja de su actual jefe de división, Nerea, sucumbir ante una posesión, habían decidido tomar unas clases de protección frente a espíritus malignos y ahora, cada mañana, realizaban un par de horas de clases para aprender cómo vencer al demonio y a las brujas de altos niveles. Rituales, conjuros, mecanismos de protección… todo se les figuraba poco para luchar contra un hombre que controlaba las posesiones demoníacas y contra los propios demonios, pues, pese a que las posesiones no habían sido realizadas por demonios de mucho poder, les había resultado muy difícil para ellos, como humanos, vencerlos, y eso que ellos disponían de unos dones que los diferenciaban considerablemente del resto de civiles: mucha fuerza, velocidad y regeneración. De esa forma podían hacer frente a seres malignos como vampiros, hombres lobo, brujas… aunque no contra demonios, por eso mismo necesitaban la ayuda de Susana.

—¿Puedo hacerme un café? —preguntó Susana saliendo de la oficina.

—Como si estuvieses en tu casa —pronunció Aitor antes de verla desaparecer por la puerta. Se giró hacia sus compañeros y suspiró—. Por favor, Susana nos está haciendo un gran favor…

Marc se puso en pie mientras cerraba la libreta donde iba tomando notas.

—Agradezco lo que Susana está haciendo, no te confundas. Pero esto no nos va a ayudar a combatir a los demonios. Necesitamos los conjuros y los sellos de protección fuertes.

Aitor se pasó la mano por la frente.

—Ya lo sé, pero dijo que primero necesitábamos unas nociones

básicas.

—Llevamos ya una semana de nociones básicas —recordó Miguel poniéndose también en pie—. Hay que pedirle que vaya más deprisa.

—Quizá si mostraseis más entusiasmo… —arrastró las palabras Aitor mientras cogía su móvil. Pasó la mano por su nuca y se cruzó de brazos—. ¿Cómo lleváis el tema de Paula?

Víctor se acercó a ellos.

—La estuvimos vigilando ayer —señaló a Lucas—. No parece que esté haciendo nada fuera de lo normal.

—Sus padres han vuelto de vacaciones y se ha convertido en la misma niña estudiosa y buena de siempre —bromeó.

—¿Y el móvil? —Miró a Marc—. ¿Has conseguido sacar algo?

Marc negó.

—Se trataba de una tarjeta de prepago, además, no está en activo desde que Paula no colabora con ese tal "jefe". Imposible de rastrear —acabó diciendo.

—Igualmente —Aitor se cruzó de brazos—, visto lo visto, creo que es mejor prepararnos más con Susana antes de ir a por él.

—Estoy de acuerdo —indicó Marc—, pero no iría mal ir investigando. —Enarcó una ceja hacia Aitor—. Quizá deberíamos hacer una visita a Paula.

—Dijo que no sabía nada —recordó Miguel.

Marc se encogió de hombros.

—Siempre saben más de lo que dicen —intervino Víctor.

Aitor asintió y se pasó la mano por los ojos, agobiado.

—Tomemos un café —comentó dirigiéndose a la puerta.

Salió del despacho y se dirigió por las escaleras a la planta inferior donde Nerea se encontraba en el sofá. Desde su posesión habían decidido tenerla vigilada hasta que recobrase todas sus fuerzas.

Aitor y Nerea se distanciaron un poco mientras Miguel, junto al resto de sus compañeros, se dirigía a la cocina.

—Florecilla, ¿un café? —preguntó Miguel.

—Sí, gracias —respondió Nerea.

Nerea era buena chica, le había caído bien desde que la había conocido. Una muchacha que se había enfrentado a una de las vivencias más horribles que se podían tener siendo poseída, pero que estaba retomando su vida con fuerza y sin amedrentarse. Desde un inicio había tenido buena química con ella y la había apodado florecilla por su trabajo como diseñadora de exteriores, en concreto, de jardines.

Aunque no formaba parte como miembro de aquella división, sí lo hacía como familia, y todos estaban contentos de que ella estuviese allí con ellos.

—Esto es lo que necesito —comentó Marc mientras cogía la

cafetera donde se encontraba el café que habían hecho aquella mañana.

—¿Está caliente? —preguntó Miguel. Marc negó—. Perfecto, como a mí me gusta —dijo mientras le quitaba la cafetera de la mano —. Caliéntatelo tú si quieres.

Sirvió un par de tazas de café y fue hacia el comedor donde se encontraba Nerea hablando con Aitor, aunque se sorprendió cuando escuchó la conversación.

—Creo que… ya es hora de que vuelva a mi piso…

—Nooo —suplicó Aitor.

—Aitor… —susurró ella—, tengo que volver. Tampoco es justo que esté aquí, tus compañeros querrán intimidad y…

—A ellos les da igual —respondió directamente—. ¿Acaso no estás bien aquí?

—Claro que estoy bien, pero no quiero abusar…

Aitor suspiró y la miró.

—Está bien, pero supongo que podrás venirte algunas noches aquí, ¿no?

—O tú a mi piso —comentó Nerea divertida.

—Eso, quizá, sea aún mejor —propuso con una sonrisa.

Miguel pasó por su lado tendiéndole la taza de café.

—A mí no me importa que estés aquí —dijo sin mirarla.

Aitor puso los ojos en blanco y miró a Miguel de reojo, obviamente había escuchado la conversación.

Miguel se alejó de ellos en dirección a la ventana con la taza de café en su mano. El resto de la división permanecía en la cocina y se había sentado junto a Susana para tomar una taza de café.

—¿Cuándo quieres volver a tu piso? —preguntó Aitor, aunque estuviese en desacuerdo con la decisión de ella. Estaba muy cómodo y feliz con ella allí.

Miguel los miró de reojo. Sí, lo cierto era que hacían buena pareja.

—Tortolitos —susurró para él.

—Esta noche —respondió Nerea.

—Entonces… —comentó él acercándose más a Nerea—, esta noche… ¿en tu piso? —preguntó Aitor y subió sus dos cejas a la vez en gesto cómico.

—Está bien —asintió ella.

Miguel estuvo a punto de carraspear. De acuerdo, todos sabían que eran pareja, que ambos estaban totalmente enamorados, pero tampoco era plan de ir dando aquellas muestras de amor delante de ellos.

—Cursis —susurró de nuevo y carraspeó disimulando, provocando que Aitor lo mirase con una ceja enarcada.

Miró a través de la ventana. Era otro bonito día soleado con altas temperaturas. Se quedó mirando un punto fijo y parpadeó varias veces. ¿Qué hacía aquella chica allí?

Observó cómo sacaba unas cajas del coche de espaldas a él y las situaba en el suelo, así como un par de maletas. ¿Tenían nueva vecina?

Cuando ella se giró se vio obligado a tragar saliva. Se fijó en su cabello castaño sujeto por una cola alta, e incluso desde allí pudo apreciar unos rasgos hermosos y dulces y unas largas pestañas que enmarcaban unos enormes ojos azules.

Vestía unos tejanos azul claro y una camiseta blanca.

—Guaaau —susurró asombrado. Aquella chica era realmente preciosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aitor.

Miguel se giró como si despertase de un sueño. En ese momento reaccionó y se encogió de hombros.

—Nada —respondió dando un sorbo a su café.

Volvió a mirar por la ventana de nuevo y, sin decir nada más, se alejó de allí en dirección a sus compañeros.

Aitor y Nerea se miraron consternados. Se levantaron y fueron hacia la ventana. No supieron cómo reaccionar ante aquello. Esperaban otra cosa, no encontrar a una chica descargando cajas en la casa en diagonal a ellos.

—Me parece que Miguel ha visto a esa chica —se burló Nerea—. Le debe de haber gustado.

Aitor volvió a colocar su brazo sobre los hombros de ella.

—A Miguel le gustan prácticamente todas —ironizó. Le dio un beso en la frente a Nerea y se giró hacia sus compañeros—. Vamos a tomar el café con ellos.

Miguel se giró de nuevo hacia la ventana para observar a aquella muchacha. Le suscitaba interés verla allí, pues normalmente nadie iba por aquella zona. ¿Venía de vacaciones? ¿Se iba a instalar en esa casa? Le parecía extraño que una chica joven se instalase en un lugar tan apartado de la ciudad.

Fue hasta la mesa junto a sus compañeros y carraspeó un poco.

—¿Es posible que tengamos nueva vecina?

Todos lo miraron enarcando una ceja.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Víctor.

Miguel señaló hacia la ventana.

—Hay una chica descargando cajas y maletas de un coche. Da la impresión de que se va a instalar en la casa de aquí al lado —comentó y se encogió de hombros.

La reacción de todos fue inmediata. ¿Una chica en aquella aldea? Se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia la ventana.

Miguel se quedó allí sentado en un principio, aunque al ver a todos sus compañeros observando a través del cristal se levantó él también. Fue hacia la ventana justo para observar que la muchacha entraba dentro de la vivienda cargada con una de las maletas. Miró hacia el vehículo donde aún había dos cajas.

—¿Deberíamos ir a ayudarla? —preguntó sin pensar.

Automáticamente recibió la mirada intrigada de todos, incluso una ceja enarcada por parte de Aitor. Se acercó a él y colocó una mano en su hombro dando una palmada.

—Mejor nos estamos quietecitos, ¿eh? —ironizó, pues ya sabía las intenciones de su amigo—, donjuán —acabó bromeando mientras se apartaba de la ventana y se dirigía a la mesa donde había varias tazas de café—. Tomemos el café y sigamos con las clases.

Todos se alejaron de la ventana, excepto Miguel que se quedó unos segundos más allí, esperando a que la chica volviese a salir de la casa.

De hecho, en aquel pequeño pueblo solo estaban ellos. Los altos mandos siempre se encargaban de enviar a las divisiones a lugares estratégicos, aunque alejados de la civilización para así poder pasar desapercibidos.

—Miguel —le llamó la atención Aitor provocando que Miguel se girase—. El café —indicó, aunque no con la intención de alentarlo a que se lo tomase, sino de que se alejase de la ventana, pues conocía demasiado bien a su compañero para saber lo que estaba pensando.

Miguel suspiró y se acercó a la mesa, se sentó de mala gana en el taburete y enarcó una ceja hacia su jefe que lo observaba intrigado.

—Quietecito —ordenó de nuevo su jefe, señalándolo. Miró al resto de sus compañeros y se centró de nuevo en la misión—. Víctor, Marc y Lucas iréis a hacer una visita a Paula en cuanto acabemos la clase, quiero tenerla controlada.

—¿Hablamos con ella? —preguntó Marc.

Aitor se encogió de hombros.

—Intentad sonsacarle algo más de información, aunque no la asustéis demasiado. —Se giró hacia el resto de su equipo—. El resto viene conmigo, iremos a ver a Santiago. Veremos si hay algún exorcismo nuevo que realizar. —Aitor se dio cuenta de que Miguel miraba de nuevo hacia la ventana—. Miguel… —este se giró con inocencia—, no quiero problemas —sentenció.

Miguel se encogió de hombros con indiferencia.

—Claro, jefe —sonrió antes de dar un sorbo a su café.

—Sabes que lo mejor es pasar lo más desapercibido posible —le recordó con un movimiento de mano.

Miguel ladeó su cuello y parpadeó de forma cómica hacia Nerea.

—Sí, claro, jefe… lo sé. Nos has dado un buen ejemplo —ironizó

y guiñó un ojo hacia Nerea que sonrió divertida hacia él.

Aitor se quedó unos segundos mirándolo fijamente y luego suspiró. Lo mejor era dejar el tema, ya conocía a Miguel y sabía que cuanto más le prohibiese algo más ganas tendría su compañero de hacerlo.

Susana, que se había mantenido callada mientras tomaba su café, se puso en pie y miró su reloj.

—Bien, ¿seguimos? —preguntó dirigiéndose hacia la puerta—. Creo que ya va siendo hora de que aprendáis cómo protegeros frente a un demonio poderoso. —Todos se pusieron en pie de inmediato. Sí, aquel comentario había suscitado el interés de la división—. Aunque primero explicaremos qué tipos de demonios existen —comentó Susana mientras subía las escaleras con una sonrisa.

Miguel puso los ojos en blanco al igual que el resto de sus compañeros.

2

Froxán era un municipio situado en la cordillera de O Courel, a escasos doscientos metros del curso del río Lor, situado aproximadamente a cincuenta minutos de su residencia en Barxa.

Era un pueblo pequeño y algunas de sus casas ya no estaban habitadas hacía años, por lo que tenían un aspecto viejo y descuidado.

Normalmente no acostumbraban a visitar al padre Santiago en su domicilio, pues el sacerdote rondaba por los diferentes municipios de la zona realizando sus actividades, tales como confesiones, misas, etc… en diferentes iglesias de la zona, entre otras, la de Monforte. Por ello, aprovechaban muchas veces para reunirse con él el día que Santiago acudía a una población más cercana, siempre y cuando no hubiese una urgencia.

Santiago se había convertido en un gran amigo y, tras las vivencias que habían compartido junto a él, casi lo habían proclamado miembro honorífico de la división.

Miguel aparcó a las afueras del pueblo, pues las calles del poblado eran demasiado estrechas como para que un vehículo como el suyo pasase por ellas sin rozarlo.

Apagó el vehículo y salió de este mientras Aitor lo hacía por la puerta del copiloto y Daniel salía de la puerta trasera.

—¿Vamos a su casa? —preguntó Miguel iniciando el paso.

—Mejor vamos a la parroquia de San Saturnino —indicó Aitor mientras se situaba a su lado aumentando el paso—. Siempre suele estar ahí.

Daniel se unió a ellos.

—En serio, hay que comprarle un móvil —se quejó—. No podemos estar siempre así.

—Sabes que el padre Santiago no es muy amigo de la tecnología —bromeó Aitor.

—Esta misma semana le compro uno —sentenció Miguel.

Aitor lo miró de reojo y se encogió de hombros. No le iría nada mal tener un teléfono móvil con el que comunicarse, pues siempre

tenían que ir buscándolo por todos sitios.

—Eh… —avisó Daniel a sus compañeros señalando con un movimiento de cabeza hacia delante.

Los tres se detuvieron cuando vieron a tres de las mujeres que vivían en el poblado asomadas a la puerta y charlando animadamente. No era la primera vez que les entretenían con sus historias y, aunque era agradable, la mayoría de las veces no disponían de mucho tiempo para detenerse a hablar con ellas.

Los tres giraron la esquina esquivándolas antes de ser vistos y caminaron cuesta arriba en dirección a la parroquia.

La parroquia católica de San Saturnino se encontraba en la parte más alta del pueblo. Era bastante pequeña, de un color blanco y techo triangular. Tenía al lado de la única puerta de madera una imagen de Jesús crucificado en lo alto de un tubo y esta se sustentaba sobre la imagen de San Esteban tallada en piedra.

Se dirigieron hacia allí observando que la puerta estaba entreabierta, como casi siempre.

De hecho, la mayoría de las veces el padre Santiago se encontraba allí atendiendo alguna consulta o bien limpiando la parroquia.

Se acercaron por el camino de tierra, aunque les sorprendió ver que Anael salía de la parroquia como si supiese que se acercaban. Anael siempre se encontraba junto al padre Santiago. La muchacha les había intrigado: una chica joven, realmente bonita, pues su cabello largo y rizado color rubio hacía destacar sus enormes ojos azules. Era una chica fina, delicada… y la mayor parte de las veces vestía con los hábitos. En ese momento llevaba la túnica, pero no la cofia, dejando que su larga melena rizada brillase como el oro. Les había extrañado que una chica tan joven y delicada hubiese escogido aquel tipo de vida, no era lo habitual en la juventud de hoy en día, pero lo cierto era que había servido de mucha ayuda, sobre todo con el exorcismo de Nerea. Si no hubiese sido por ella jamás hubiesen podido liberar a Nerea del demonio que la controlaba. Aquella acción no había hecho más que incrementar el halo de misterio que rodeaba a aquella joven. ¿Quién era? Todos eran conscientes del gran conocimiento que tenía Anael sobre la brujería y los demonios, pero lo que había hecho aquella noche en la vivienda de Santiago enfrentándose a aquel demonio había sido extraordinario.

Tras varios intentos por parte de la división e incluso del padre Santiago para exorcizar a Nerea y comprobar que liberarla era imposible, cuando ya creían que era imposible combatir a aquel poderoso demonio, Anael los había sacado de la habitación a toda prisa. No sabían cómo lo había hecho, pero la puerta se había atrancado, la casa había comenzado a temblar y habían visto una intensa luz blanca salir a través de la puerta. No comprendían nada.

Suponían que debían estar agradecidos, pues había salvado a Nerea, pero eso no quitaba que fuese extraño y que Anael los mantuviese a todos intrigados.

Anael se detuvo ante ellos con una tierna sonrisa.

—Buenas tardes —pronunció con un tono de voz alegre.

Aitor le sonrió.

—Buenas tardes, Anael —contestó—, ¿qué tal?

Ella se encogió de hombros con un gesto juvenil.

—Todo bien, supongo. Venís a hablar con el padre, ¿verdad? —Aitor asintió—. Está con una confesión, me imagino que en pocos minutos acabará.

Aitor asintió mientras se situaba al lado de la capilla refugiándose del intenso sol.

Miguel se acercó a ella con una sonrisa.

—¿Alguna novedad? —preguntó este.

Anael lo miró e hizo un gesto, no muy segura.

—¿Ocurre algo? —preguntó Aitor intrigado.

—Ayer visitamos a un joven que decía estar poseído por el demonio… —explicó.

—¿Y? —preguntó Daniel intrigado.

Ella negó.

—Al final era un tema de consumo de drogas —comentó ella molesta.

—¿Por qué no nos avisó el padre Santiago? —preguntó Aitor.

—Ya te he dicho que hay que comprarle un móvil —respondió Daniel rápidamente.

—De esta semana no pasa —sentenció Miguel.

Anael chasqueó la lengua.

—No sé yo si el padre querrá uno…

—Pues lo va a tener —continuó Miguel—. Es mejor estar comunicados. No puede ser que tengamos que desplazarnos o esperar a que esté en casa para hablar por el teléfono fijo. —Anael asintió dándole la razón. Miguel la miró intrigado—. ¿Quieres uno tú también?

Ella lo miró asombrada.

—¿Yo? —rio. Miguel asintió—. No, no me hace falta, pero te lo agradezco.

Miguel enarcó una ceja y miró a Aitor divertido.

—Creo que compraré dos móviles —acabó diciendo.

Anael iba a negarse, pero el padre salió en compañía de un hombre.

—Gracias, padre —respondió el hombre con una sonrisa. Se giró y se despidió de Anael con un movimiento cortés de cabeza.

Santiago los miró a todos con una sonrisa. Al igual que los tres

integrantes de la división, esperó a que el hombre estuviese lo suficientemente lejos como para no escuchar la conversación.

—Hola —comentó con una gran sonrisa—. ¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

Aitor negó.

—No, solo veníamos a asegurarnos de que todo está bien —comentó.

El padre volvió a mirar hacia los lados asegurándose de que no había nadie cerca y les indicó con la mano que entrasen en la parroquia. Allí gozarían de más intimidad.

Aitor pasó primero siguiendo al padre y luego le siguió Daniel. Miguel miró a Anael y le indicó que pasase ante él.

—Te queda bien el pelo suelto —comentó.

Anael se giró y lo miró sorprendida por sus palabras. Se acercó más a él, como si fuese a confesarle un secreto, y se rio.

—La cofia da mucho calor —susurró provocando que él también sonriese.

Miguel y Anael llegaron hasta donde se encontraban los demás.

—¿Se lo has comentado? —preguntó Santiago a Anael.

Ella negó directamente.

—¿Comentarnos el qué? —preguntó Aitor preocupado.

—¿Os acordáis de Xacinta?

Miguel chasqueó la lengua y miró a Aitor.

—Cómo no acordarnos de Xacinta… —ironizó Miguel.

—Sí… —suspiró Aitor—, me dejó un bonito mensaje sobre la posesión de Nerea.

Miguel se quedó pensativo.

—¿Cómo se llamaba el demonio que exorcizamos?

Anael intervino.

—Estaba poseída por el demonio Cheitán —les recordó—. Un demonio nacido del humo y que servía al marqués Leraje, causante de grandes batallas y con capacidad para hacer que las heridas de flecha se viesen envueltas por cangrena. Por esa razón Xacinta tenía las manos y los pies negros.

Todos asintieron al recordarlo. Aquella había sido la posesión más impactante que habían presenciado hasta ese momento.

—He quedado con ella esta tarde. Vino a verme ayer a la parroquia, quería hablar conmigo —hizo un gesto no muy seguro—. Dice que… tiene recuerdos que no son suyos.

Miguel dio un paso hacia él, intrigado.

—¿Pueden ser recuerdos del demonio que la poseyó?

—Es lo que queremos averiguar —respondió Anael.

—Y… ¿podemos ir? —preguntó Miguel de nuevo, con bastante ansiedad. Luego se dio cuenta de que Aitor lo miraba con una sonrisa

de soslayo—. Claro, si no… si no le importa.

—Pues iba a ir a veros esta tarde por si queríais acompañarme —aclaró el padre Santiago—. Está claro que los demonios traman algo. Tenemos que estar preparados antes de que vuelvan a actuar.

—Las puertas del infierno se abrirán —susurró Daniel recordando aquellas palabras que repetían todos los poseídos. Los miró con firmeza—. Es posible que Xacinta pueda aclararnos algo sobre eso.

El padre Santiago asintió.

—Y… respecto a las posesiones —continuó Aitor—, ¿ha habido alguna más?

El padre Santiago hizo un gesto no muy seguro.

—Ayer tuvimos una visita, pero resultó que…

—Anael nos lo ha explicado —le interrumpió—. Abuso de drogas, ¿verdad?

El sacerdote chasqueó la lengua.

—Tiene toda la pinta. El muchacho decía que tenía el demonio dentro, pero, por lo visto, Raúl, el médico, le hizo una analítica y tenía estupefacientes en sangre. —Se encogió de hombros—. A parte de esa, estas dos últimas semanas nada más.

Daniel los miró sonriente.

—Bueno, al menos hemos parado la oleada de posesiones —dijo visiblemente feliz.

El padre Santiago suspiró.

—Yo no estaría tan seguro —acabó diciendo—. No creo que se detengan tan fácilmente. Se deben de estar reorganizando. —Miró a Aitor—. La muchacha que les ponía las bolsitas bajo el colchón para debilitar el alma…

—Paula —le recordó Aitor—. El resto de compañeros ha ido a hablar con ella, a ver si podemos averiguar algo más sobre ese jefe.

—No creo que ese jefe se detenga —le dio la razón el sacerdote.

—Por eso hay que encontrarlo —corroboró Aitor—. Está claro que ese tal jefe tiene algún pacto satánico o algo por el estilo con los demonios. Seguramente estará buscando a otro idiota que le haga el trabajo sucio —se encogió de hombros y miró a Miguel—. Llama a Marc y pregúntale cómo van. Infórmales de que esta tarde iremos a ver a Xacinta. Cuando acaben con Paula que vayan directos a casa.

Miguel asintió y fue al exterior de la capilla para hablar con más calma, extrajo el móvil de su bolsillo y llamó a Marc.

Cuando sonó el quinto tono comenzó a impacientarse.

—Dime —contestó Marc al otro lado de la línea.

—Eh… —respondió Miguel dando unos pasos al lado para cobijarse del sol—, ¿cómo va? ¿Habéis dado con Paula?

—Estamos tomando un café con ella —rio.

Miguel parpadeó varias veces, asombrado.

—¿En serio?

—Sí, estamos manteniendo una apacible y tranquila conversación —ironizó.

Miguel entornó los ojos.

—¿Por qué será que no te creo? —acabó pronunciando. Se pasó los dedos por los ojos, frotándoselos—. Esta tarde tenemos trabajo —cambió de tema—. Iremos a ver a Xacinta.

—¿Xacinta? ¿De qué me suena?

Miguel miró hacia los lados antes de dar la explicación, asegurándose de que nadie rondaba por ahí.

—Fue una de las poseídas. La mujer de las manos y los pies negros —le recordó.

—Ah, sí —reaccionó—. ¿Le ocurre algo? —su voz sonó preocupada.

—No estamos muy seguros, por eso iremos todos a hacerle una visita —comentó Miguel—. Cuando acabéis con Paula id a casa, nos vemos allí.

—De acuerdo. Nos vemos luego —pronunció Marc antes de colgar. Se metió el móvil en el bolsillo y miró a Paula fijamente. La muchacha se encontraba sentada en una de las sillas de aquel bar de Monforte de Lemos. La habían localizado por la calle dirigiéndose, según ella, a la biblioteca. Parecía que decía la verdad porque llevaba dos libros de biología molecular con ella. Paula había intentado huir de ellos, pero la habían interceptado y la habían invitado a tomar café amablemente, aunque estaba claro que ella no quería ir con ellos.

Marc se quedó mirándola fijamente mientras daba unos golpecitos en la mesa con sus dedos, denotando impaciencia.

—Verás, en nuestra experiencia… —señaló a sus dos compañeros —, sé que muchas veces las personas que habéis trabajado para entes malignos… —Paula resopló—, no decís la verdad.

—Oye, ya te lo he dicho —comentó ella con los dientes apretados. La conversación no estaba siendo tan amable como había hecho creer a su compañero Miguel—. He dejado de lado todo eso. Yo… —inspiró intentando calmarse y miró hacia los lados—, yo no sabía que estaba causando… eso…

—Ah, ¿no? —ironizó Víctor—. Y, según tú… ¿para qué servían los muñequitos de vudú? —Ella resopló y se removió nerviosa en el asiento—. No nos tomes el pelo, chiquilla —le advirtió Víctor—. Mucha gente ha sufrido por tu culpa y no queremos que se repita.

—Ya no estoy en esa secta —se excusó de nuevo—. Me quitasteis el móvil, ¿recuerdas?

—Ya… y… ¿no ha vuelto a contactar contigo ese tal jefe? —insistió Marc.

—¿Cómo va a hacerlo? —protestó—. No tiene mi nuevo móvil. Y,

por cierto… ¿cuándo me lo vais a devolver?

—Mmm… ¿nunca? —bromeó Lucas—. ¿Te parece bien?

Ella resopló y se cruzó de brazos.

Marc miró a sus compañeros de reojo, estaba claro que la muchacha no era muy colaboradora. Se fijó en sus atuendos, vestía un pantalón negro a conjunto con una camiseta de tirantes color negro. Llevaba una cola alta recogida y se había maquillado con colores oscuros.

—Para haber salido de todo eso, como dices… —continuó Marc —, vistes un poco satánica, ¿no?

—Se llama gótica —respondió ella con burla—. Y sí, me gusta este estilo, ¿algún problema?

Él chasqueó la lengua y alzó las manos como si fuese atacado. Suspiró y se apoyó en la mesa intentando usar un tono de voz más conciliador.

—De acuerdo, está bien… —comentó lentamente—, pongamos que te creemos —acabó diciendo—, que nos creemos que no quieres saber nada de esa secta satánica… —Ella enarcó una ceja en su dirección—, es… porque… ¿les tienes miedo?

Ella inspiró y se removió nerviosa.

—No les tengo miedo, pero dejé de cumplir una parte del trato por vuestra culpa…

—Hacer más muñequitos, ¿no? —bromeó Víctor.

—Pues sí —reaccionó ella.

—Está bien… —intervino Marc intentando mantener la calma—, veo que eres una chica estudiosa, entiendo que… no eres mala persona, sino que simplemente te tenían engañada. —Ella apretó los labios sin contestar a lo que exponía—. Entiendo que no quieres que la gente sufra… ¿no? —Ella no dijo nada, simplemente negó con rostro compungido—. Está bien, ayúdanos… —susurró él—. ¿No te gustaría estar en el bando de los buenos? —propuso y alzó las dos cejas repetidas veces—. Nos iría bien si recordases algo.

—El número de teléfono de ese tal jefe, por ejemplo —comentó Lucas.

Ella resopló e iba a contestar, pero una música invadió la mesa. Paula abrió su bolso rápidamente y rebuscó en su interior. Sacó el móvil y suspiró. Todos la miraban intrigados. Paula enarcó una ceja al ver que miraban el móvil con curiosidad.

—Es mi madre —les dijo mostrándoles la pantalla—. No flipéis —dijo descolgando la llamada y llevándose el teléfono al oído—. Hola, mamá —comentó ante la atenta mirada de todos.

Marc puso los ojos en blanco y miró a sus compañeros, luego negó débilmente. Estaba seguro de que la muchacha les ocultaba algo más. En ese momento, se fijó en que Lucas le señalaba el móvil con un

movimiento disimulado de cabeza. Marc lo miró intrigado y miró en dirección a ella, luego reaccionó y resopló.

—No es una carcasa muy bonita —susurró a su compañero.

Estaba claro que Lucas no se refería a eso con el movimiento de cabeza, aunque la miró intrigado. Chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco cuando se dio cuenta de que la carcasa era negra y tenía dibujado en un rojo sangre el número 666.

—No me refiero a eso… —le susurró y se acercó a él disimuladamente—. El móvil nuevo.

Marc lo comprendió de inmediato y asintió.

—Sí, ahora voy… es que —Paula alzó la mirada hacia ellos—, me he encontrado con unos amigos —dijo hacia el teléfono.

Marc le sonrió con burla y suspiró.

—Ya… —continuó Paula tímidamente—, voy enseguida. Mmm… mamá… —dijo en un tono más bajo—, ¿qué hay de comer? —preguntó.

Marc se pasó la mano por la cara como si se sintiese agobiado y miró alrededor. La pequeña cafetería no estaba muy llena, solo un par de personas y una pareja tomaban un café al final de esta.

—De acuerdo, dejo los libros en la biblioteca y voy. Hasta ahora —acabó diciendo Paula antes de colgar.

Guardó el móvil en el bolso y lo cerró.

—Un móvil muy bonito —comentó Marc.

Ella lo miró esta vez con furia.

—Me he tenido que gastar parte del dinero que he ganado estas vacaciones como canguro en comprarme otro móvil… —comentó molesta, pues claramente volvía a insinuar que el anterior se lo habían quitado. Colgó el bolso en su hombro y se puso en pie—. Tengo que irme.

Los tres se pusieron en pie, aunque Marc rodeó la mesa para acercarse. Paula dio un paso atrás, intimidada por su cercanía.

—¿Nos vas a ayudar? —le susurró.

Paula apretó los labios y puso todos sus músculos en tensión.

—No puedo ayudaros de ninguna forma —confirmó ella—. No tengo su número y no he vuelto a tener contacto con él.

—Ya, es que el supuesto número que pertenecía a ese jefecillo es de prepago… no podemos localizarlo. ¿No tienes otro?

Lucas también se acercó.

—¿Y con algún miembro de esa secta? ¿Tienes contacto?

—No —reaccionó ella rápidamente. Suspiró y miró hacia la puerta—. He dicho que tengo que irme —dijo más tirante.

Marc asintió lentamente y poco a poco se echó a un lado para dejarle paso.

—Si en algún momento recuerdas algo agradeceríamos mucho

que nos lo dijeses. —Paula chasqueó la lengua como si aquello la incomodase—. Y… —se acercó de nuevo—, si no quieres decírnoslo porque tienes miedo… podemos protegerte —le susurró.

Ella lo miró fijamente y ladeó su cabeza.

—No conozco en persona a nadie de esa secta ni al jefe… pero dudo mucho que podáis protegerme de él —acabó sentenciando con burla.

Dicho esto, colocó una mano en el pecho de Marc para empujarlo a un lado y seguir su camino en dirección a la puerta.

—Sé buena… —le advirtió Marc con voz lenta, a modo de advertencia.

—Y vístete un poco más colorida —acabó diciéndole Lucas en un tono más alto, como si la regañase—, que es verano.

Paula puso los ojos en blanco antes de salir de la cafetería y avanzar por la calle.

Los tres la observaron hasta verla desaparecer tras una esquina.

Marc se giró hacia Lucas.

—Hay que investigar ese móvil nuevo —comentó Marc con la mirada perdida en la calle.

—Primero hace falta saber si es de contrato o de prepago. Si es prepago estamos jodidos —comentó Lucas.

Víctor chasqueó la lengua y se encogió de hombros hacia sus amigos.

—Esperemos que no. —Si el móvil era de contrato solo tenían que acceder a la base de datos y mirar las llamadas que realizaba. Si, por el contrario, era de prepago, se verían obligados a sustraerle el móvil de nuevo para asegurarse de que seguía por el buen camino—. Te ha llamado Miguel, ¿verdad? ¿Qué quería?

Marc asintió.

—Esta tarde iremos a ver a una de las mujeres que estuvo poseída, parece que hay algún problema —indicó.

—¿Otra posesión? —preguntó Lucas emocionado.

Marc enarcó una ceja.

—No tengo ni idea, Miguel no me ha dicho nada —comentó y resopló. Luego se giró hacia la barra y miró de reojo a sus compañeros —. ¿Quién paga?

Víctor ya se dirigía hacia la puerta de salida de la cafetería.

—La idea de tomar un café ha sido tuya —comentó con una leve sonrisa mientras abría la puerta para salir.

Lucas siguió ignorando a su compañero Marc, incluso le pareció escuchar que silbaba.

—Y luego el catalán soy yo, ¿eh? —se quejó mientras se dirigía a la barra para pagar la consumición de todos.

3

Mateo González abrió el armario y sacó toda la ropa que aún permanecía colgada. La arrojó con un grito sobre la cama y resopló.

—¡Joder! —gritó de los nervios.

¿Dónde se había metido Elena?

Rebuscó en los bolsillos de cada uno de los pantalones, chaquetas y abrigos de ella, intentando encontrar algo que le indicase a dónde podía haber ido.

Su relación estaba repleta de altibajos. Sí, sabía que tenía genio, pero ella era su pareja, su chica… y, sin embargo, parecía que lo había abandonado sin decirle nada.

Muchas noches las pasaba fuera. Elena había aprovechado una de aquellas noches para marcharse, dejándolo totalmente solo. No, aquel no era el plan, eso no debería haber ocurrido. Lo tenía todo organizado, su vida entera y, ahora, por culpa de ella, se encontraba perdido. Nadie lo abandonaba, nadie.

Arrojó el último abrigo sobre la cama y miró su reloj de muñeca. Marcaba casi las diez y cuarto de la mañana.

Había sido toda una sorpresa cuando había llegado a las siete de la mañana y no había nadie allí. Lo lógico hubiese sido encontrarla durmiendo o recién despierta. No eran muchas las noches que tenía otros asuntos que atender, concretamente una al mes. Estaba claro que ella lo tenía todo planeado.

Rugió de furia mientras se diría al comedor sin poder controlar su rabia. Había cogido algo de ropa, dos maletas y ahora se daba cuenta de que faltaban unas cuantas fotografías de la estantería y unas figuras que habían adquirido en sus numerosos viajes por Europa.

Su mirada voló a aquella nota que había sobre la mesa y que ya había leído. La cogió de nuevo en su mano. Pudo apreciar cómo su caligrafía era temblorosa. Sí, estaba realmente nerviosa al escribir aquella nota.

No me busques, no quieras saber nada de mí.

Si intentas algo te denunciaré a la policía.

Arrugó aquel papel en su mano formando una bola y lo arrojó al suelo.

Debería haber cambiado la cerradura tal y como había pensado, así, le hubiese sido imposible escapar durante la noche.

¿Quién se había creído que era ella para amenazarlo?

No, aquello no había acabado allí. Iba a dar con ella. Nadie lo abandonaba, y mucho menos Elena, su pareja.

Fue hacia el aseo y se miró en el espejo. Tenía la cara roja de furia. Se refrescó un poco y se situó correctamente la corbata azul oscuro.

Fue hacia el comedor de nuevo, cogió su maletín y salió de su piso.

Caminó por las calles en dirección al juzgado de su población, en Zafra, mientras ideaba un plan.

¿Había dejado Elena su puesto de trabajo? Miró su reloj de muñeca viendo que marcaba las diez y media de la mañana. Ya llegaba tarde, si bien nadie se atrevería a echárselo en cara.

En cuanto acabase su jornada laboral iría a la notaría donde trabajaba Elena y preguntaría por ella.

Paseó en silencio, cogiendo el maletín con fuerza e incrementó el paso. Ni siquiera había pensado alguna vez que ella llegase a hacer eso. Sí, se habían peleado, la había golpeado… pero se lo merecía. Nadie le levantaba la voz, nadie lo amenazaba… ella era su mujer y debía cumplir sus órdenes.

Entró al juzgado y saludó a los guardias de puerta pasando por su lado, sin tener que cruzar por el arco de seguridad, pues ya lo conocían.

—Buenos días, fiscal —comentó el guardia con una sonrisa.

Mateo se limitó a seguir su camino, ignorándolo, en dirección a su despacho. Aquel día no tenía ningún juicio, pero sí varias conformidades apuntadas.

Cuando avanzó por el pasillo rumbo a su despacho vio cómo varios abogados lo miraban fijamente, deseando poder hablar con él.

No dijo nada, atravesó la puerta y entró a su despacho soltando con un golpe el maletín en la mesa. Intentó calmarse. Sabía que le pondría remedio, no le cabía duda. Tenía muchos conocidos e influencias, más de las que cualquiera pudiese imaginar.

Un recuerdo atravesó su mente. No creía que Elena hubiese descubierto todo de él, sabía que el motivo de su desaparición eran sus peleas, sus agresiones, no creía que su secreto hubiese quedado expuesto del todo.

Aun así, recordó cuando hacía dos semanas había entrado en su

habitación y visto la espalda de Elena totalmente tiesa, sin poder reaccionar. Había abierto el armario de él para dejar colgados varios trajes. Miraba el interior del armario totalmente asombrada, sin saber cómo reaccionar ante lo que tenía por delante.

Mateo avanzó hacia ella, cerró la puerta del armario con un fuerte golpe provocando que ella despertase de su asombro y diese un brinco hacia atrás. Sin pensarlo, la empujó contra la pared quitándole el aire de los pulmones.

—Disculpe, fiscal, buenos días… —comentó un abogado asomado a la puerta de su despacho. Parecía bastante impaciente.

Mateo giró su cuello para observarlo. Inspiró aire e intentó controlarse.

—Buenos días —respondió Mateo abriendo su maletín. Extrajo la carpeta donde tenía apuntadas todas las conformidades que debía atender y miró la lista—. ¿Viene por el juicio rápido setenta y cuatro barra veintidós? —preguntó sin mirarlo.

—Sí —respondió el abogado mirando su atestado.

Mateo asintió y rodeó la mesa. Se sentó en el butacón y depositó la carpeta en la mesa.

—Está bien, tome asiento —señaló al abogado para que se sentase. Extrajo del bolsillo interior de su americana un bolígrafo color negro—. Hurto —indicó y miró al abogado—. ¿Tiene antecedentes?

El abogado negó mientras buscaba los antecedentes penales de su cliente.

—No, no tiene.

Mateo asintió y comenzó a leer el expediente. Tenía diez conformidades por delante y, en ese momento, no tenía la cabeza para pensar demasiado.

—¿Su cliente trabaja? —preguntó antes de coger un documento y comenzar a apuntar los datos que le daba para ofrecerle un acuerdo.

Cuanto antes liquidase su trabajo, antes podría dedicarse a lo que realmente le importaba, dar con Elena y asegurarse de que su secreto no saldría a la luz.

El padre Santiago se adelantó unos pasos para estrechar la mano de Raúl, el médico que los acompañaba siempre en sus exorcismos. No solían quedar fuera del trabajo, pero el hecho de que una de las mujeres exorcizadas dijese que tenía recuerdos del demonio que la había poseído creía que era importante. Raúl no era psiquiatra, pero podría discernir más que ellos si se trataba de un trastorno de estrés postraumático por sus vivencias.

—¿Qué tal está? —preguntó Santiago estrechando su mano con una sonrisa.

—Todo bien —comentó Raúl sonriente y saludó con un movimiento de cabeza a toda la división que se encontraba allí.

Después de trabajar con ellos la percepción de su realidad había cambiado totalmente. Ya no era solo el hecho de tratar con posesiones reales, sino que aquel grupo de jóvenes, o la división como la llamaba el padre Santiago, poseían unos extraños dones que ni siquiera él conseguía comprender. ¿Cómo el cuerpo humano conseguía alcanzar aquella velocidad, aquella fuerza? ¿Cómo podía ser que se regenerasen a tanta velocidad?

En una de sus quedadas, tras descubrir de lo que eran capaces, les había pedido una muestra de sangre para poder estudiarla, pero habían rehusado su oferta amablemente. Una pena, pues la curiosidad lo mataba.

Anael que se encontraba frente a la puerta de la vivienda de Xacinta los miró con una sonrisa.

—Bien, pues ya estamos todos —comentó ella girándose hacia la puerta para llamar al timbre.

Raúl se acercó a Miguel.

—Ey, hola —comentó.

Miguel le correspondió con una sonrisa.

—¿Qué tal? —Colocó una mano en su hombro—. ¿Cómo va el golpe en la cabeza? —preguntó recordando que en la última posesión que habían atendido juntos, la de Nerea, Raúl había salido impulsado golpeándose fuertemente, de hecho, había llegado a perder el sentido durante unos segundos.

—Ah, bien —respondió encogiéndose de hombros—. Ya ni me duele. —Se giró y observó a Aitor que estaba unos metros por detrás de Anael—. ¿Qué tal su novia? —le susurró—. No he querido preguntar por si…

—¿Nerea? —sonrió más abiertamente—. Está perfecta. Ha estado viviendo con nosotros estas semanas, ya sabes… para tenerla vigilada, pero nada. Todo correcto.

Raúl asintió y miró hacia la puerta donde Anael llamaba al timbre.

—El padre Santiago no me ha precisado lo que ocurre con Xacinta —indicó.

Miguel le correspondió negando con su cabeza.

—No lo sabemos bien del todo —respondió en un susurró—. Por lo que el padre nos ha explicado ha recibido una llamada de ella diciendo que necesitaba hablar con él. Por lo visto, dice que tiene recuerdos o algo así relacionado con lo que le ocurrió mientras estaba poseída.

Raúl asintió y se subió con el dedo índice las gafas de ver que se le habían desplazado hasta la mitad del puente de la nariz.

—Entiendo.

—Creo que te ha llamado porque quiere asegurarse de que… —miró hacia el padre asegurándose de que no los escuchaba—, no se ha quedado medio loca —le sonrió mostrándole los dientes.

Raúl parpadeó varias veces.

—Entiendo —repitió mirando hacia delante justo cuando la puerta de la vivienda se abría.

Santiago dio unos pasos hacia delante. Un chico de unos treinta y pocos años abrió la puerta. Debía conocer ya al sacerdote porque sonrió directamente hacia él.

—Padre Santiago.

—Buenas tardes, Luís —comentó el sacerdote cogiendo su mano en una muestra de cariño. Se giró hacia la división—. Él es Luis, uno de los hijos de Xacinta —explicó el sacerdote mientras Luís abría más la puerta para que entrasen—. Traigo compañía —bromeó el sacerdote mientras entraba.

—Sí, ya me lo ha dicho mi madre. Pasad, sois bienvenidos —respondió Luís.

Miguel accedió junto a Raúl. Todos habían visitado aquella casa hacía un par de semanas para atender a Xacinta. Lo primero en lo que se fijaron todos era en que olía a limpio, ya no era como la anterior vez en que todo olía a azufre.

—¿Llevas aquí muchos días? —preguntó el sacerdote a Luís.

—Toda la semana. La semana anterior estuvo mi hermana. —Le sonrió y miró a la división—. Vivo en Salamanca —explicó—. Por suerte, esta semana estoy de vacaciones y he venido a reemplazar a Verónica para que ella descanse. —Tragó saliva y miro al sacerdote más preocupado—. Mi madre… —susurró deteniéndose en el comedor —, lleva unas cinco noches que casi no duerme, hace peor cara y dice que… —apretó los labios—, dice que los demonios le hablan —dijo como si no comprendiese.

El padre Santiago miró de reojo a la división que permanecía atenta a sus palabras.

—No te preocupes, Luís —comentó dándole unas palmaditas en su brazo—. Raúl es médico, examinará a tu madre. —Raúl sonrió hacia él—. Pero es preferible tener esta reunión a solas con ella —indicó.

—Claro, claro —dijo dando unos pasos hacia atrás. Señaló hacia la cocina—. Mi madre está en la habitación —dijo dirigiéndose a las escaleras—. ¡Mamáää! ¡Ya están el padre Santiago y sus amigos aquí! —gritó mirando hacia arriba—. Yo estaré en la cocina, cualquier cosa que necesiten no duden en pedírmela —comentó antes de dirigirse hacia allí.

El padre Santiago y Anael fueron los primeros en dirigirse al sofá

y sentarse. La división se dirigió hacia allí justo cuando escucharon que Xacinta bajaba las escaleras. Se giraron para observarla. Vestía una camiseta de color azul y una falda de color negra. Tenía mejor cara que la última vez que la habían visto, aun así, seguía pálida y ojerosa.

El padre Santiago se puso en pie de inmediato y se dirigió hacia ella. Lo primero que hizo fue observar que llevaba la cruz bendecida que le había regalado. Había sufrido desde que había recibido la llamada de Xacinta por si, de nuevo, estaba sufriendo alguna posesión o alteración promovida por un demonio, sin embargo, que llevase la cruz bendecida a su cuello ya indicaba que no había posesión alguna, de lo contrario, ni siquiera podría mirarla, y mucho menos tenerla puesta.

—Me alegro mucho de verle, padre —comentó con una gran sonrisa mientras se abrazaba a él. Luego miró a toda la división, a Anael y a Raúl—. Y a todos vosotros, muchas gracias por venir —dijo indicándoles hacia el sofá para que tomasen asiento.

El sofá era de tres plazas, había otro de dos y un butacón orejero donde se sentó Xacinta, por lo que Miguel, Marc, Daniel y Víctor tuvieron que coger unas sillas que había al lado de la mesa para sentarse. Anael, el padre Santiago y Raúl se sentaron en el sofá de tres plazas mientras que Aitor y Lucas se sentaron en el de dos.

—¿Queréis tomar algo? ¿Un café? —les ofreció Xacinta. Todos negaron—. ¿Seguro? —insistió.

—No te preocupes —respondió Santiago y la miró ladeando su cuello—. ¿Cómo te encuentras?

Xacinta suspiró y se apoyó en el respaldo.

—Bien, supongo… —se encogió de hombros—, aunque aún bastante asustada con lo ocurrido.

—No es para menos —comentó el sacerdote—. Lo que viviste es una de las peores experiencias que se pueden sufrir en la vida, pero… sobreviviste a ella, lograste reponerte. Debes alegrarte porque Dios está de tu lado.

Ella le sonrió y cogió entre sus dedos la cruz que colgaba de su cuello.

—Lo sé, sé que él me protegió y os envió a todos vosotros para ayudarme —comentó con ojos llorosos. Miguel miró de reojo a Daniel que estaba a su lado, un poco incómodo por aquellas palabras, sobre todo cuando Xacinta los miró a cada uno con lágrimas de agradecimiento en los ojos—. No sé cómo agradeceros a todos lo que hicisteis por mí. Me liberasteis.

—Es nuestro trabajo —comentó Santiago.

—Y lo hicimos encantados —intervino Aitor. Carraspeó un poco y la señaló con la mano—. Veo que los pies y las manos ya los tiene

bien.

Ella asintió mientras se las miraba.

—Sí, volvieron a su color poco a poco, en cuestión de tres días ya estaban perfectas, pero… a veces me molestan un poco, como si estuviesen débiles. Noto un hormigueo.

Raúl intervino.

—Puede ser normal. Aún hace poco del incidente.

Santiago se adelantó sentándose en el filo del asiento y miró con atención a Xacinta.

—Me dijiste por teléfono… —pronunció lentamente—, que no lo estabas pasando bien, que tenías sueños…

Xacinta inspiró hondo, como si se cargase de valentía para relatar lo siguiente y miró a toda la división. Seguramente, otros profesionales la tomarían por loca, pero todos ellos habían estado presentes en su exorcismo, así que sabía que podía confiar en ellos.

—No… no son solo sueños —susurró y luego carraspeó expresando así su nerviosismo. Se mojó los labios y miró directamente al sacerdote—. Tengo sueños extraños.

Raúl intervino con suavidad.

—¿Qué clase de sueños? —preguntó el médico.

Ella se quedó pensativa.

—El lugar es oscuro y hay mucha presencia a mi alrededor…

—¿Presencia? —preguntó Santiago.

—Espíritus —susurró ella. Tragó saliva angustiada—. No los veo como a vosotros, son siluetas transparentes, pero oscuras… gritan… — Se quedó unos segundos en silencio, sumida en sus propios pensamientos, intentando hallar la forma correcta de describirlo—. Es un lugar tétrico… —Miró al sacerdote y tragó saliva nerviosa—. Creo… creo que es… el infierno.

Todos los miembros de la división se miraron de reojo, sorprendidos por sus palabras.

Raúl volvió a intervenir.

—¿Cada cuánto tiempo tienes esos sueños?

Xacinta se removió nerviosa en el sofá.

—Comenzaron después del exorcismo —susurró con temor—. La primera semana era un día sí, dos o tres no. Con el paso de los días se fueron haciendo más frecuentes… —hizo un puchero—, y ahora casi cada noche me despierto asustada, por no hablar de ese olor a azufre…

—¿A azufre? —intervino Santiago.

Ella asintió.

—Es el mismo olor que cuando… cuando… —se le quebró la voz. Todos comprendieron a qué se refería. Una de las cosas que debían tenerse en cuenta y con la que lograban discernir si se trataba de una

posesión real o no era el olor. Cuando un demonio entraba en el cuerpo de una persona el lugar donde esta se encontraba adoptaba un olor a azufre—. Y… ese sentimiento de… desesperación —continuó intentando controlar las lágrimas—. No es solo las imágenes que veo en mis sueños, sino… la sensación que me invade. Desesperación, angustia, enojo, pesimismo… desesperanza —acabó mirando a los miembros de la división—. Esa sensación permanece en mí hasta varias horas después de despertarme.

Anael la miró intrigada y se echó hacia delante.

—Xacinta —susurró llamando su atención con aquella cálida voz que siempre desprendía—, ¿cómo es ese lugar?

Miguel, al igual que todos, miró intrigado a Xacinta.

La mujer apretó los labios y se frotó las manos, nerviosa.

—Es un lugar que… que está en penumbras. Un lugar escarpado, donde ningún tipo de vida nace. El suelo es de tierra y… —tragó saliva—, a lo lejos hay unas montañas de piedra muy altas y angulosas, como torres formadas por bloques de piedra rectangulares colocados en vertical. —Suspiró y bajó la mirada mientras pensaba—. Siempre aparezco ahí, en medio de la nada. Puedo sentir ese olor en mis fosas nasales, el calor que impregna mi piel y parece filtrarse por mis poros… al final, junto a los altos bloques de piedra, se escucha un murmullo grave. Me dirijo hacia allí y… —se le quebró la voz—, ahí es donde me veo rodeada de presencias, donde el calor y ese despreciable olor se incrementa.

—¿Cuántas presencias hay? —preguntó Anael.

Xacinta negó.

—No lo sé… —levantó la mirada lentamente hacia ella. Xacinta tenía los ojos llorosos—, solo sé que él está ahí.

Anael parpadeó varias veces, sorprendida.

—¿Él? ¿Quién?

—Hay… hay una fuerza muy oscura y poderosa que destaca sobre el resto. Un… —carraspeó nerviosa—, un demonio con una fuerza incalculable.

Anael puso su espalda recta y miró a Santiago pensativa.

—¿Crees que… puede ser Satanás? —le preguntó el sacerdote con cautela.

Xacinta lo miró fijamente.

—No lo sé —contestó tiesa como un palo—, solo sé que jamás había sentido algo así. Jamás —sentenció.

Anael se removió nerviosa y volvió a mirar al sacerdote, como si estuviese ordenando esas ideas en su cabeza e intentando comprender.

—Entonces… —intervino Miguel provocando que todos lo mirasen sorprendidos—, dices que en ese lugar escuchas murmullos y que estás rodeada de ellos. ¿Están reunidos? —Xacinta asintió—.

¿Puedes escuchar algo?

—Escucho susurros muy graves, gemidos, y… palabras que no puedo identificar.

—Hablarán una lengua antigua o incluso desconocida para nosotros —intervino el padre Santiago.

Miguel asintió y miró al sacerdote.

—Los demonios solían hablar en arameo… algunas veces —recordó.

—O en latín —intervino Daniel.

El sacerdote asintió y miró a Xacinta.

—¿Recuerdas alguno de esos susurros? Quizá podamos identificarlos.

Xacinta negó.

Anael volvió a intervenir.

—Los demonios se comunican con nosotros a través de lenguas muertas o en nuestro idioma para que los comprendamos, pero eso no implica que entre ellos usen esos idiomas —aclaró lentamente. Miró a Xacinta que permanecía compungida sobre el sofá—. Me gustaría quedarme esta noche con ella —le indicó a Santiago.

Tanto Miguel como Aitor miraron extrañados a Anael, sobre todo cuando el sacerdote colocó una mano sobre la de ella, dio unas palmaditas y asintió.

—Creo que será buena idea —le susurró a Anael.

Desde lo ocurrido con Nerea sabían que Anael gozaba de una fuerza descomunal.

—Me quedaré contigo —intervino Miguel.

Anael le sonrió.

—No hace falta —comentó ella con una sonrisa agradecida.

—Xacinta podría venir a nuestra casa esta noche —dijo rápidamente el sacerdote y miró a la mujer—. Si le parece bien.

Esta asintió rápidamente, se notaba que estaba asustada.

—Hay… hay algo más —volvió a decir Xacinta con voz temblorosa, llamando la atención de todos—. Cuando me encontraba entre aquellas altas montañas de piedra rodeada de esas presencias pude… pude ver algo… —todos esperaban expectantes—, en la piedra, hay un símbolo tallado. No sé si significa algo, pero… —dejó la frase sin acabar.

Santiago abrió rápidamente el maletín que había traído y extrajo unas hojas y un bolígrafo colocándolos sobre la mesa que había enfrente.

—¿Podrías dibujarlo?

Xacinta asintió mientas se sentaba al borde del sofá para echarse sobre la mesa y coger el bolígrafo.

—Creo que sí —susurró. Todos pudieron apreciar el temblor de su

mano al sujetar el bolígrafo.

La división entera se echó hacia adelante para ver cómo Xacinta comenzaba a dibujar en el papel. Miguel se puso en pie para acercarse a ella y poder observar mejor.

Rodeó el sofá y se situó a la espalda de Xacinta pudiendo observar correctamente los trazos que dibujaba.

Xacinta estaba trazando como dos pirámides, una hacia arriba y otra hacia abajo. Las partes que se entrecruzaban de aquellas pirámides, las bases, formaban ángulos hacia dentro y en medio de estos ángulos había una flor.

Miguel se quedó sorprendido.

—¿Los demonios dibujan pirámides? —preguntó.

Xacinta soltó el bolígrafo y se sentó correctamente, con movimientos tensos.

—La imagen es borrosa, como he dicho el lugar está en penumbras… es lo único que atino a ver —susurró acongojada.

Todos miraron el símbolo, intrigados.

—Padre —intervino Aitor—, ¿lo reconoce?

Santiago negó mientras lo observaba.

—Parece un símbolo egipcio, ¿no? —propuso Lucas.

—Es posible que Susana sepa lo que significa —intervino Miguel.

—¿Nos lo podemos quedar? —preguntó Aitor cogiendo el papel.

—Sí, claro —respondió Xacinta.

Miguel se quedó observando aquel símbolo. Jamás lo había visto.

—¿Hay algo más que nos quiera explicar? —preguntó Anael. Xacinta negó con su cabeza mientras la bajaba intentando controlar un puchero. Anael la miró con ternura y se puso en pie—. Eh, tranquila… —susurró Anael arrodillándose ante ella y tomó su mano, reconfortándola—. Son solo sueños. Ahí no pueden hacerte daño. —Se giró hacia el resto de la división para mirarlos. Luego miró a Santiago —. Entonces, ¿vamos a su casa?

—No quiero molestar —sollozó la mujer—. Bastante han hecho ya por mí.

—No es ninguna molestia —susurró Anael acariciando su mano y la miró con ternura—. Esta noche la pasaremos juntas y le aseguro que podrá descansar bien.

Las palabras de Anael parecieron infundir algo de calma en Xacinta que asintió agradecida.

—Hágase una pequeña maleta con lo que necesita, la esperamos aquí —indicó Santiago.

—Avisaré a mi hijo —informó ella mientras se dirigía a la cocina.

Miguel suspiró y colocó las manos en los bolsillos de su pantalón mientras se acercaba a Aitor que aún observaba el símbolo que Xacinta había dibujado. Sacó el móvil de su bolsillo y se situó al lado.

—¿Le envío una fotografía a Susana? —preguntó a su jefe.

—Sí, claro —respondió él situando el papel con el dibujo a su lado para que le hiciese la fotografía.

Miguel abrió la aplicación del móvil y encuadró el dibujo.

Aitor llamó la atención de Raúl, el médico.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

Raúl se removió nervioso.

—Está claro que está traumatizada —indicó—, pero no sé hasta qué punto esos sueños se los puede inducir ella o, por el contrario, son reales.

Miguel envió el mensaje a Susana con la fotografía y sonrió al ver que se ponía en línea.

—Está en línea —comentó a sus compañeros y luego miró al médico—. ¿Crees que se los puede inducir ella misma?

Raúl no parecía muy seguro de lo que decía.

—No soy psiquiatra —les recordó—, pero al igual que cualquier persona, cuando te obsesionas con algo o vives una traumática experiencia… es normal revivirla en sueños. No es algo extraño.

—Pero lo que ella explica es diferente a la posesión —recordó Marcos—. No está reviviendo episodios de la… —se quedó callado cuando Xacinta salió de la cocina junto a su hijo y atravesó el comedor rumbo a las escaleras para dirigirse a su habitación con el fin de preparar una pequeña maleta—, episodios de la posesión —acabó diciendo en un susurro.

—Sí, y eso es lo que me confunde —comentó Raúl pensativo y se giró hacia el sacerdote—. No soy experto en demonios ni exorcismos, pero ¿es posible crear un vínculo con el demonio que te ha poseído?

Santiago se removió inquieto por la pregunta.

—Nunca había visto algo así… —miró a Anael sin saber qué más decir—. Normalmente, las víctimas de una posesión pueden quedar traumatizadas, revivir el miedo a verse en la misma situación de nuevo… incluso a veces hemos realizado más de un exorcismo en la misma persona. Cuando se vive una posesión el cuerpo y el alma quedan débiles y muchos demonios pueden aprovechar eso para intentar otra posesión. En algunos casos se han repetido.

—Pero Xacinta lleva la cruz puesta —recordó Miguel que miraba el móvil esperando una respuesta de Susana—. No puede estar poseída otra vez.

Anael suspiró y dio un paso adelante.

—Sí puede crearse un vínculo —comentó ella en un tomo más bajo.

Todos la miraron sorprendidos, incluso algunos enarcaron una ceja.

—¿Con el demonio que la poseyó? —ironizó Aitor—. ¿Como un

síndrome de Estocolmo?

Anael inspiró y analizó sus palabras.

—No exactamente —comentó y miró hacia las escaleras asegurándose de que Xacinta no bajaba. Estaba claro que no quería hablar ante ella para no asustarla más—. Piensa que ese demonio, ese espíritu… —enfatizó—, ha compartido cuerpo con el alma de ella. Xacinta tuvo una posesión muy fuerte, de hecho, le afectó físicamente… —recordó mostrando sus manos y sus pies—. El espíritu es algo etéreo… intangible…

—¿Quieres decir que el demonio se llevó una parte del alma de Xacinta al infierno? —ironizó Miguel.

—No, no quiero decir eso. Quiero decir que estuvieron muy unidos durante mucho tiempo, así que no es descabellado pensar que se haya establecido una conexión entre ellos —indicó lentamente.

Aitor la interrogó con la mirada y asintió.

Un pitido proveniente del móvil de Miguel los alertó a todos. Miguel lo encendió y observó el mensaje.

—Es Susana. —Chasqueó la lengua—. Dice que no tiene ni idea de qué significa ese símbolo, pero que lo investigará.

—Puede que sea invención de su mente —dijo Marc.

—No lo es —sentenció Anael atrayendo de nuevo las miradas de todos.

Aitor y Miguel la miraron intrigados y fue Aitor quien dio un paso hacia delante.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque sé lo que significa ese símbolo.

Miguel dio unos pasos hacia delante.

—Espera, espera… —la señaló con la mano—, ¿lo sabes? ¿Por qué no lo has dicho antes? Tengo a Susana rayadísima porque no conoce ese símbolo —le mostró el móvil.

Anael sonrió divertida por la expresión de Miguel y suspiró.

Aitor colocó una mano en el pecho de Miguel para que se callase.

—¿Por qué tienes que hablar tanto? —le riñó y miró a Anael—. ¿Qué significa?

Anael se quedó mirándolo fijamente.

—Me gustaría confirmar unas cosas antes de explicaros —comentó.

—No, dínoslo —intervino de nuevo Miguel con una clara súplica en la voz.

Ella chasqueó la lengua y negó.

—Prefiero asegurarme antes, no quiero daros una información que sea falsa. —Aitor volvió a parpadear repetidas veces y dio unos pasos hacia ella, intrigado, ladeando su cuello—. Lo que cuenta Xacinta es real, no es ningún sueño.

—¿Cómo sabes tanto?

Ella lo miró sonriente y se encogió de hombros.

—He estudiado.

—Ya, pero… —señaló a la división entera—, ¿tengo que recordar lo que ocurrió el día de la posesión de Nerea? —comentó—. Y… ni siquiera hemos hablado de ello… —Anael hizo un gesto gracioso y miró de reojo a Santiago, el cual se aproximó a ella—. Nos echaste de la habitación donde estaba Nerea, la casa comenzó a temblar y la luz más intensa que haya visto nunca se filtró a través de las puertas y las ventanas, como si hubiese un sol en el interior. —Anael lo miró intrigada—. Nos merecemos una explicación.

Anael suspiró y miró de reojo a Santiago, el cual parecía bastante nervioso con lo que Aitor le pedía.

—Sabemos que eres buena… —indicó Miguel—, no te haríamos nada —le sonrió mostrándole los dientes. Anael sonrió divertida ante ese comentario—. Eres… ¿una bruja? —susurró.

Anael enarcó una ceja al escuchar esa pregunta.

—¿Una… bruja? —preguntó sorprendida. Todos esperaron expectantes—. ¡No! —exclamó ella derrochando asombro—. Por Dios, no —dijo esta vez con una sonrisa en sus labios. Le parecía increíble que la división le hiciese aquellas preguntas—. El hecho de que vosotros, seis hombres… ocho —recapacitó—, si contamos al padre Santiago y al doctor Raúl, no pudieseis con un demonio no implica que yo, una mujer que sabe perfectamente cómo realizar un exorcismo y defenderse de los demonios, no pueda hacerlo.

—Ya, pero… ese temblor… esa luz… —continuó Miguel recordando el episodio.

Se giraron cuando escucharon que Xacinta bajaba con su hijo las escaleras.

Santiago se situó entre Miguel y Aitor.

—Ya hablaremos de esto en otro momento…

—Y tanto que vamos a hablar, padre —replicó Aitor con una sonrisa, aunque se le veía bastante tenso.

Miguel rodeó al sacerdote y le dio un pequeño codazo a su amigo.

—Cálmate —le susurró.

—Estoy calmado —contestó Aitor.

Miguel lo miró y enarcó una ceja. Seguramente había estado dándole vueltas al asunto de la posesión de Nerea, de cómo Anael había sido capaz de liberarla… de cómo Anael sabía tanto sobre el tema. Había algo extraño en esa mujer, sin duda.

Xacinta acabó de bajar las escaleras junto a su hijo. Luís llevaba una pequeña maleta en su mano. Marc se acercó y se la cogió.

—Bien —dijo Santiago situándose frente a Xacinta —, pues vamos. Esta noche podrá descansar bien.

Aitor miró a sus compañeros.

—Lucas, ¿puedes llevarlos a casa del padre Santiago?

—Claro, no hay problema —aceptó Lucas.

—Gracias —respondió Santiago.

Lucas, Xacinta y Anael se dirigieron a la puerta.

—Me voy contigo, así no vuelves solo —comentó Víctor mientras iba tras ellos.

—Padre —dijo Aitor acercándose a él, Miguel le siguió de cerca para escuchar. Santiago se detuvo. Aitor esperó a que todos saliesen de la vivienda—. Mañana iremos a su casa por la tarde…

—Mmm… claro, no hay problema —reaccionó con una sonrisa.

Se quedó observándolo.

—Supongo que para mañana por la tarde Anael ya habrá hecho sus investigaciones sobre el símbolo que ha dibujado Xacinta. —Luego inspiró con fuerza—. Y quiero saber la verdad.

Santiago suspiró y chasqueó la lengua. Miró hacia delante, observando cómo Anael dejaba pasar primero a Xacinta a la parte trasera del todoterreno y luego colocaba una mano sobre el hijo de ella, Luis, que se despedía de su madre con un movimiento de mano.

—Por desgracia, Aitor —comentó en confianza—, eso no es algo que yo tenga derecho a revelar —indicó—. Ese derecho, como comprenderás, es de ella.

Aquellas palabras hicieron que tanto Aitor como Miguel apretasen los labios. No tuvieron otra opción que asentir y dejar que el sacerdote se alejase hacia el vehículo.

Marc y Daniel se encontraban a unos metros de ellos, despidiéndose también de los cuatro junto a Luis.

Miguel colocó la mano en la espalda de Aitor y dio una palmada sacando de sus pensamientos a su compañero.

—La verdad es que nos tiene muy intrigados a todos —confirmó, a lo que Aitor asintió conforme a lo que decía, aunque luego dio una palmada—. Pero bueno, no creo que sea mala… de hecho salvó a Nerea —se encogió de hombros—. ¿Una vidente? ¿Clarividente? ¿Bruja? ¿Hechicera? No sé, pero se viste de monja —se encogió de hombros—. Además, es muy tierna…

Aitor puso los ojos en blanco.

—Y nosotros, ¿qué? —preguntó Daniel.

—¿Qué de qué? —rio Aitor.

—¿Que qué hacemos? —insistió Miguel.

Aitor observó cómo el todoterreno ya se alejaba.

—Vayamos a casa e intentemos averiguar lo que sea de este símbolo —les indicó mientras se dirigían al otro todoterreno—. Quiero tener toda la información posible antes de mañana.

4

Miguel conducía el todoterreno lentamente. Tomó el desvío para acceder a su pequeño poblado y giró a la derecha en dirección a su vivienda.

—Quizá Susana podría aclararnos un poco quién es Anael —propuso Marc desde el asiento trasero.

Miguel hizo un gesto no muy seguro.

—Es posible. —Miró a Aitor que iba en el asiento del copiloto—. Susana adivinó que ibas a estar con Nerea. Es receptiva para esas cosas.

—No sé… —respondió Aitor—, tampoco quiero involucrar a más gente en esto. Ya has escuchado lo que ha dicho el padre Santiago. Es un derecho de Anael y en eso tiene toda la razón.

—Ya, pero… ¿no te mata la curiosidad? —preguntó Miguel más animado—. Todos la vimos. Sentimos el temblor de la casa, esa luz tan intensa… joder, ni el padre Santiago ni nosotros pudimos controlar al demonio que tenía poseída a Nerea y llega ella… y zasca, un temblorcito por aquí, una lucecita por allá… ¡y liberada!

Marc que iba también en el asiento trasero junto a Daniel se echó hacia delante.

—Yo voto porque es una bruja muy poderosa —comentó—. ¿Y vosotros?

Miguel frenó el vehículo y se quedó observando su vivienda sin salir de este.

—Opto más por una hechicera —comentó Miguel.

Aitor lo miró de reojo y asintió levemente.

—Más o menos es lo mismo —le recordó Marc.

—No, no lo es —Miguel se giró hacia él—. La bruja tiene poderes propios, nace con ellos y hace pactos con demonios para conseguir que su poder aumente. Sin embargo, una hechicera debe convocar estos poderes por rituales, logran su magia a través del estudio y entrenamiento. Pueden… doblegar las voluntades de personas y espíritus.

—De hecho, las hechiceras… —continuó Aitor—, suelen extraer su magia y fuerza de los rituales.

—Como el de una posesión —le dio la razón Miguel. Marc y Daniel no estaban muy seguros. Miguel ladeó su cuello y acabó encogiéndose de hombros—. Sea como sea está de nuestro lado. Entiendo que practica la magia blanca, pues expulsó a un demonio.

—Pero sabemos lo vulnerable que es la línea entre el bien y el mal —le recordó Aitor—, y más cuando se hacen invocaciones, rituales… —se giró hacia sus compañeros—. Las hechiceras siempre están sedientas de conocimiento y esa sed de saber, a veces, las conducen a investigar la magia oscura.

—Aitor, que viste de monja… —le recordó con ironía—. Además, se la ve bastante centrada —comentó ya abriendo la puerta—. Por cierto… —comentó como si lo recordase—, comemos algo e iré a comprar los móviles para el padre Santiago y para Anael, esto de no tener otra forma de comunicarnos con ellos que quedar es agotador.

—Me parece bien —comentó Aitor mientras descendía también del vehículo y miraba a Marc y a Daniel—, nosotros aprovecharemos para investigar sobre el símbolo que vio Xacinta. —Se encaminó hacia la casa mientras sacaba las llaves de su bolsillo—. Por cierto, los móviles cómpralos con tu dinero, luego ya dividimos. No creo que al CNI le haga mucha gracia que paguemos los móviles de un cura y una monja.

—Más cuando Paco nos dijo que no nos involucrásemos —recordó Daniel con gracia.

—Ya, pero ahora sabemos que hay brujas implicadas —recordó Miguel y miró a Aitor—. ¿No te ha contestado Paco sobre eso?

En ese momento, Miguel se quedó paralizado cuando observó a su nueva vecina abrir la puerta de su casa repetidas veces. Pudo escuchar el chirriar de las bisagras. Apretó los dientes al escuchar aquel agudo sonido mientras ella abría y cerraba comprobando el estado de la puerta.

Era una chica realmente preciosa. Así, de cerca, era aún más bonita de lo que había intuido en un principio. Aunque hacía calor vestía una camiseta de manga larga fina y unos tejanos.

¿Debería presentarse? Al fin y al cabo, parecía que la muchacha iba a instalarse allí y serían vecinos.

Miró hacia delante y se encontró la mirada interrogante de Aitor y la divertida por parte de Daniel y Marc.

—No —le susurró Aitor a modo de advertencia mientras abría la puerta de su casa.

Miguel chasqueó la lengua y resopló.

—Vamos… —le susurró de una forma casi imperceptible—, parece que va a ser nuestra vecina.

Marc y Daniel sonreían divertidos.

—Es mejor no tener contacto con ella —le recordó Aitor también en un susurró, apretando los dientes.

Miguel se puso erguido y miró fijamente a Aitor. Hizo un movimiento de mano como si espantase una mosca, dando así a entender que no estaba de acuerdo con la última afirmación de su jefe.

—No eres mi padre —le susurró antes de girarse ofreciéndole la espalda a Aitor mientras caminaba hacia donde se encontraba Elena.

—Pero soy tu jefe —comentó en un tono un poco más elevado para que lo oyese. Desde allí pudo apreciar cómo Miguel se encogía de hombros mientas se acercaba a la muchacha—. ¿Te crees un casanova?

Miguel se giró un segundo con una sonrisa para enfrentar la mirada inquisidora de su jefe que no se movía de la puerta.

Lo señaló y le guiñó un ojo con suspicacia.

—No tanto como tú, jefe —bromeó antes de girarse de nuevo.

No escuchó el suspiró de Aitor dándose por vencido, pero si observó cómo junto a sus compañeros entraba en la casa.

Bien, al menos no lo molestarían. Sabía que en parte tenía razón, que cuanto menos supiesen de su existencia allí mejor, pero estaba claro que si aquella chica iba a instalarse en esa casa tal y como parecía que iba a hacer, se daría cuenta tarde o temprano de que ellos vivían allí.

Llegó frente a donde Elena aún movía la puerta de un lado a otro y observaba el picaporte haciéndolo girar. Tan absorta estaba en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que Miguel estaba frente a ella.

—Hola —comentó Miguel con una sonrisa.

Elena brincó, pues no esperaba a nadie allí, y miró sobresaltada hacia delante. Se quedó paralizada al encontrar a un chico de enormes ojos azules frente a ella.

—Hola —contestó con timidez.

Miguel se dio cuenta de su sobresalto y le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—Perdona, creo que te he asustado.

Ella le sonrió y negó. Se apartó con timidez el mechón castaño que colgaba colocándolo tras su oreja.

—Estoy liada con esta puerta —comentó divertida.

—Ya, ya lo veo —respondió él con una sonrisa. Señaló hacia su casa—. Soy Miguel, creo que soy tu nuevo vecino.

Ella lo miró sorprendida y observó la casa que señalaba.

—Pues sí, parece que sí —comentó ladeando su cuello. Echó su brazo hacia delante y le ofreció la mano—. Me llamo Elena, encantada.

Miguel estrechó su mano rápidamente.

—¿Estás de vacaciones o vas a instalarte aquí? —preguntó soltando su mano, aunque notó cómo su vello se erizaba ante la suavidad de su piel.

—Voy a instalarme, de hecho, estoy en ello —respondió con una agradable sonrisa—. He llegado esta mañana.

—Lo sé —comentó, aunque apretó los labios al darse cuenta de lo que había dicho—. Te he visto esta mañana sacar unas cajas del coche —explicó.

Ella se mordió el labio y asintió.

Miguel observó cómo se acariciaba el brazo, reflejando cierto nerviosismo. Le pareció encantador ver su reacción.

—No eres de aquí, ¿verdad? —Ella lo miró sin comprender—. De Galicia, tu acento te delata.

—No, soy de Extremadura —explicó—. De Zafra. —Lo miró en plan graciosa—. Tú tampoco tienes mucho acento gallego que digamos.

—Soy de Granada —explicó llevando la mano a su pecho. Aquel gesto hizo gracia a Elena—. ¿Qué haces instalándote en un pueblo tan alejado de todo?

Ella se encogió de hombros y, durante unos segundos, se quedó pensativa. Tragó saliva nerviosa e intentó aparentar tranquilidad, aunque obviamente aquel gesto no pasó desapercibido para Miguel.

—He aceptado una oferta de trabajo aquí —reaccionó al final.

Él asintió sonriente. Por Dios, aquella chica era realmente preciosa, tenía una sonrisa que hacía que su corazón se desbocase. Sus ojos lucían de un color azul cielo, custodiados por unas largas pestañas color castaño al igual que su cabello. Sus labios eran carnosos. Tenía un rostro delicado que transmitía dulzura.

Miguel se quedó observándola hasta que reaccionó.

—Creo que esas bisagras necesitan un poco de aceite —comentó señalándolas.

Ella asintió.

—Sí, tendré que ir a comprar.

Miguel dio un paso atrás.

—No te preocupes, tengo en casa. —Ella lo miró sorprendida—. Ahora vengo —comentó dirigiéndose hacia la casa.

—No hace falta —comentó con timidez.

—No hay problema —respondió girándose hacia ella.

Elena se quedó observándolo. Era un chico alto y se notaba que iba al gimnasio. Tenía una mirada divertida, incluso cariñosa sin apenas conocerlo.

Lo vio entrar por la puerta de su casa y suspiró. No había planeado conocer a nadie de la zona, ni siquiera hacer amigos. Por el

momento quería estar sola, lo necesitaba, necesitaba un tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido, para habituarse a su nuevo estilo de vida, sin embargo, aquel chico llamado Miguel la hizo sonreír.

Miguel entró por la puerta y nada más cerrar y girarse se encontró con sus tres compañeros. Aitor lo miraba con su cuello ladeado y una ceja enarcada, mientras Daniel y Marc simplemente sonreían como dos bobalicones.

—¿Tenemos tres en uno? —preguntó avanzando, sin prestar atención a sus compañeros. Colocó una mano en el pecho de Daniel para apartarlo y dirigirse a la pequeña despensa que tenían en la planta baja.

—¿Vas a engrasarle la puerta? —preguntó Daniel acercándose.

Miguel abrió y encendió la luz. Tras la puerta había un pequeño armario empotrado donde tenían todo tipo de insecticidas, redes, utensilios de limpieza y…

—Aquí está —dijo cogiendo el tres en uno. Se giró hacia Daniel —. Esas bisagras chirrían demasiado —comentó cerrando la puerta.

Aitor se interpuso en su camino antes de que este se dirigiese a la puerta de salida de la casa.

—Ejem, ejem… —carraspeó.

Miguel lo miró divertido.

—¿Qué te pasa en la garganta? —ironizó.

Aitor suspiró cargándose de paciencia.

—No es bueno que sepa que estamos aquí —respondió lentamente.

—Pfff… —contestó Miguel como si su comentario no le importase —. Pues da la casualidad de que no viene de vacaciones, se va a instalar ahí, así que dudo que no se dé cuenta. Va a ser nuestra vecina.

Aquel dato cogió de improviso a todos.

—¿Se va a instalar? —preguntó Marc sorprendido—. ¿Aquí? Esto está apartado de todo.

Miguel se encogió de hombros.

—Pues parece que sí —respondió este—. Por cierto, se llama Elena —dijo rodeando a su jefe y dirigiéndose hacia la puerta. La abrió y se giró hacia ellos pestañeando varias veces—, y tiene unos ojos azules preciosos —bromeó antes de salir, aun así, pudo ver cómo Aitor apretaba los labios.

—Migueeel —lo advirtió con voz lenta y grave antes de que cerrase la puerta tras él.

Miguel caminó con una sonrisa hacia la casa situada a pocos metros de la de ellos donde Elena se encontraba en la puerta.

Llegó hasta ella y le mostró el bote.

—Con esto se arreglará —dijo situándose a su lado.

Para sorpresa de Elena cogió la puerta y la abrió del todo para

acceder correctamente a las bisagras. Elena dio unos pasos atrás para dejarle paso, pues Miguel parecía totalmente decidido a ayudarla.

Movió la puerta escuchando el sonido y abrió el bote insertándole un palito para que el líquido fluyese a través de él cuando apretase. Alzó el brazo y comenzó a rociar la primera de las bisagras.

—¿En qué trabajas? —le preguntó para dar algo de conversación.

Elena lo miró con una sonrisa.

—Oficial de notarías. Comienzo la semana que viene —dijo para continuar la conversación.

Él la miró con desagrado.

—Uy, mucho papeleo en una notaría —comentó mientras iba a por la bisagra central.

—Sí, pero me gusta —indicó ella—. Me dedico sobre todo a herencias, aunque también he realizado escrituras de compraventa, préstamos…

—Ufff —continuó con un tono gracioso. Se agachó y fue a por la tercera, echó el contenido y se puso recto para mover la puerta. En ese momento se dio cuenta de que sus compañeros Marc, Daniel y Aitor lo miraban a través de la ventana del comedor. Carraspeó y miró a Elena mientras movía la puerta sin que esta emitiese ya ningún chirrido—. Listo. ¿Tienes alguna puerta más que arreglar?

Elena pestañeó y sonrió con timidez.

—No lo sé, pero no te preocupes —respondió mientras se frotaba el brazo.

—No es molestia —contestó.

Ambos se giraron cuando Daniel salió de la casa hacia el vehículo. Lo abrió y miró a Miguel divertido. Le mostró las llaves del coche.

—Me envía Aitor para decirte… ¿vas a ir a comprar los móviles o no? —bromeó con voz más grave imitando a su jefe.

Aitor, desde la ventana, se llevó la mano a la cara y la arrastró. Estos compañeros suyos no tenían remedio.

Miguel enarcó una ceja en su dirección y luego observó a Aitor a través de la ventana que resoplaba. Le hizo gracia tanto el comentario de Daniel como el gesto de Aitor. Estaba claro que su jefe no quería tener vinculación con más gente. Su identidad era secreta y era mejor pasar lo más desapercibidos posible, aunque Daniel, al igual que él, parecía tomarse aquello a broma, pues este había dejado claro que lo interrumpía porque su jefe lo enviaba, no porque él quisiese.

—Claro —asintió y se giró hacia Elena que lo observaba cohibida por la situación—. Es Daniel —le informó—, un compañero de casa y de trabajo. —Ella asintió cohibida por la explicación—. ¿Vives sola? —se atrevió a preguntar.

—Sí.

—Bueno, pues… cualquier cosa que necesites ya sabes, estamos

aquí al lado —indicó.

Elena observó cómo aquel compañero al que habían llamado Daniel se subía en el asiento del copiloto con una sonrisa esperando a Miguel.

—Claro, muchas gracias —respondió ella.

Miguel comenzó a distanciarse en dirección al vehículo.

—De nada. Hasta la próxima —se despidió, aunque cuando se giró miró directamente hacia Aitor que lo observaba impaciente. Entornó los ojos hacia él expresando su disconformidad con lo que había hecho enviando a su compañero a buscarlo y Aitor le devolvió el mismo gesto desde la ventana.

Cuando se aproximó al vehículo Daniel había abierto la ventana y sacaba un brazo por ella.

—¿Conduces tú?

—Cómo no —comentó rodeando el todoterreno para dirigirse a la puerta del conductor.

Entró y se sentó.

Daniel le tendió las llaves y este las cogió de mala gana.

—Así que te envía Aitor —ironizó mientras arrancaba el vehículo. Alzó la mirada y observó a Elena que entraba ya en su casa.

—Sí —rio Daniel—. No está muy de acuerdo con tener contacto con esta nueva vecina. Dice que nos puede descubrir.

—Pero él sí que podía acercarse al stand de las flores de Nerea, ¿no? —bromeó mientras ponía primera y giraba. Se despidió de ella con la mano y observó de reojo que Daniel hacía lo mismo en actitud bromista. Elena les devolvió el saludo con una mano y cerró la puerta.

Daniel se movió gracioso en el asiento y miró hacia atrás, hacia la casa de Elena mientras Miguel tomaba la carretera para atravesar el pueblo y dirigirse a Monforte de Lemos donde comprarían los móviles.

—Pues eso parece —respondió Daniel—. Oye, parece maja, ¿no?

Miguel asintió.

—Es guapetona, sí.

—¿Ya le has echado ojo? —rio—. ¿Quieres que sea tu novia? —Miguel lo miró de reojo ante ese comentario. Daniel se sintió extrañado cuando su compañero no contestó—. ¿Estás pensando en sentar la cabeza?

Miguel resopló.

—¿Acaso no se puede ser amable con tu vecina? —se excusó.

Daniel rio por su respuesta.

—Ya, vecina joven, guapa…

—Y soltera —comentó con una sonrisa.

Daniel arqueó una ceja.

—¿Se lo has preguntado? —preguntó asombrado.

Miguel se encogió de hombros.

—Me ha dicho que se va a instalar sola y, además, no tiene ningún anillo en la mano.

Daniel entornó los ojos, pensativo, mientras miraba la carretera.

—Pues vaya lugar para instalarse a solas —pronunció. Luego miró a su amigo con una gran sonrisa—. Aunque algo me dice que no vas a permitir que esté sola mucho tiempo, ¿no? —Miguel chasqueó la lengua—. ¿Te has parado a pensar que quizá se ha instalado en un lugar así porque le gusta la soledad? —bromeó.

Miguel apretó los labios.

—Parecía agradable —respondió—, y sociable.

Daniel carraspeó.

—Ya, bueno… —dio una palmada en el hombro de su amigo—, lo mismo se trata de una loca… —Miguel puso los ojos en blanco—. Sea como sea, yo te apoyo, amigo.

Miguel rio por su comentario mientras aceleraba por la carretera.

—¿En qué me apoyas?

—En que puedas tener una novia igual que el jefe.

—Solo es la vecina… ya está —respondió sin darle mayor importancia.

—Ya, ya… —le dio la razón como a los locos—, la vecina a la que le has engrasado la puerta nada más conocerla. Dime… —lo miró intrigado—, ¿planeas engrasarla mucho más?

Miguel resopló.

—Joder, Dani… —dijo en confianza—, qué bruto eres.

Daniel rio y miró hacia delante.

—Bueno, sea como sea, gracias a ti me he librado de trabajar durante un rato. ¿Te apetece que tomemos algo ya que vamos al pueblo?

—Hecho —respondió Miguel directamente.

Elena sacó las sábanas y colchas de la lavadora y las tendió en el patio trasero de la pequeña casita. Con el calor que hacía no tardarían más de un par de horas en secarse. La casa era pequeña y, si por ella fuese, necesitaría una buena reforma, pero había descubierto un pequeño jardín trasero que le encantaba. Ahí podría entretenerse, pues estaba lleno de malas hierbas. Cuando estuviese más o menos acondicionado el interior de su nuevo hogar se dedicaría a arreglar el jardín. Quitaría las malas hierbas y podía adecentarlo, comprar unas sillas y una mesita para desayunar por las mañanas y comprar alguna flor.

Volvió al interior de la casa y se fijó en que la nevera ya estaba fría. Iría a comprar alimentos y enseres de limpieza.

Fue hacia la maleta y la abrió. Luego colocaría la ropa en los armarios, cuando los tuviese limpios.

Cogió su bolso y miró que llevase todo lo necesario en el interior.

Lo colocó en su hombro y se le bajó sin querer la manga hasta el codo. Sintió un escalofrío al observar el morado que tenía cerca del codo, provocado por un fuerte agarrón de Mateo.

Hacía tiempo que lo tenía todo preparado para escapar gracias a su amiga de la notaría. Las últimas semanas se había hecho con un móvil de prepago, se había abierto una cuenta bancaria en un banco diferente e iba a cobrar la nómina ahí, pues ya había hecho el cambio con el notario para el cual trabajaría a partir de ese momento. Junto al coche que le había prestado su amiga y la casita ya lo tenía todo listo para irse, pero necesitaba contar con unas horas en las que Mateo no estuviese.

Cada primer viernes de mes Mateo quedaba con sus amigos, así que en cuanto Mateo se había marchado y sabiendo que no volvería hasta bien entrada la madrugada se había hecho dos pequeñas maletas con la ropa que tenía preparada en el armario, había cogido unas figuras y fotografías a las que tenía aprecio y se había marchado, no sin antes dejarle una nota.

Cerró los ojos y suspiró mientras recordaba el episodio del día anterior.

—Te aseguro que Javier solo me ha escrito para confirmarme que todo ha ido bien. Hoy firmaban en el banco la escritura de la hipoteca —pronunció rodeando la mesa para huir de él.

Mateo sonrió maliciosamente. Acababan de cenar y Javier, un cliente de la notaría, le había enviado un mensaje.

Javier cliente: Siento las horas, se me había olvidado decírtelo.

Javier cliente: Hoy hemos firmado la hipoteca.

Javier cliente: Muchas gracias por toda tu ayuda.

Javier cliente: Nos vemos pronto.

Javier cliente: Un abrazo.

Mateo dio unos pasos rápidos hacia el lado para rodear la mesa, pero Elena corrió hacia el otro extremo.

—¿A estas horas? —preguntó sarcásticamente.

—Supongo que habrá estado ocupado —dijo Elena corriendo hacia el otro lado.

Mateo rio irónicamente.

—¿Cuándo vas a volver a quedar con él?

Ella parpadeó asustada.

—¿Qué?

—En el mensaje dice: “nos vemos pronto”.

Ella tragó saliva.

—Es… es solo una forma de hablar.

Mateo emitió una carcajada como si la tratase por loca.

—¿Qué tipo de cliente te envía un abrazo? —gritó enfurecido—.

¿Te crees que me chupo el dedo? —Rodeó rápidamente la mesa para atraparla, pero Elena corrió hacia el otro lado—. Sabes que no puedes escapar de mí.

—Mateo, por favor… —sollozó ella—, es solo un cliente.

—Un cliente que te manda un abrazo.

—No —dijo colocando las manos por delante, intentando infundirle calma—, yo te quiero a ti —susurró intentando parecer convincente—. Tú eres el único hombre al que quiero.

Mateo se quedó mirándola fijamente. En un principio pensaba que lo habría calmado, pero no fue así. En un acto demasiado rápido para ella, Mateo rodeó la mesa y la agarró del brazo con mucha fuerza.

—Ahhh —gritó Elena mientras intentaba soltarse—. Mateo, por favor… —gimió.

—¿Crees que soy idiota? —le gritó. La empujó contra la pared con fuerza—. ¿Cómo te has comportado con ese cliente para que te envíe un abrazo? ¿Te gusta coquetear con los clientes? —gritó.

Elena tragó saliva mientras Mateo se aproximaba igual que un animal que acecha a su presa antes del ataque.

La cogió del cabello provocando que ella gritase, tirando hacia atrás y obligándola a que mirase hacia arriba.

—No me gusta que provoques a los clientes. —Acercó sus labios a los suyos de forma amenazante—. Tú… eres mía.

Ella intentó controlar un puchero y lo miró fijamente a los ojos.

—Tú sabes que soy tuya —susurró ella conteniendo el aliento.

Mateo sonrió de soslayo al escuchar aquello y llevó sus labios hasta su cuello para besarlo.

Elena cerró los ojos mientras contenía un puchero para que él no se diese cuenta mientras acariciaba su cuello con sus labios y la apretaba contra la pared. Mateo llevó su mano hasta la mejilla de ella para apretarla y situó sus labios sobre los de Elena, besándola agresivamente.

Elena cerró los ojos con fuerza, quedándose paralizada.

Se separó de ella y la miró con suspicacia.

—¿Por qué no me besas? —preguntó ligeramente enfadado.

Ella tragó saliva.

“Porque no te quiero. Porque te tengo miedo”. Aquellas palabras resonaron en su mente, pero no las pronunció, sabía que sería peor y acabaría golpeada como muchas otras veces.

—Perdona —susurró ella acariciando su mejilla y le sonrió tímidamente intentando aparentar naturalidad—, no me esperaba ese beso, pensaba que estabas enfadado conmigo y no sabía si querías que te besase —respondió con timidez.

Él sonrió al escuchar aquel tono de sumisión y entrega. Acarició

su mejilla con delicadeza.

—Siempre quiero que me beses —pronunció contra sus labios. Bajó su mano por su cuello, acariciándolo, pero lo rodeó con sus dedos y comenzó a apretar.

—Mateo —sollozó al notar la presión, pues comenzaba a costarle respirar. Llevó sus manos hasta la suya intentando quitarla de su cuello—. Mateo… —dijo cuando notaba que apretaba más.

Él se acercó a su rostro.

—No vuelvas a escribirte con ese tío o… —dejó la frase sin acabar, con una clara amenaza en sus palabras y en sus gestos.

—Te lo prometo —susurró mientras notaba la presión en su cabeza y que sus oídos comenzaban a pitar, aunque él no dejó de apretar—. Mateo, por favor… —susurró aterrada—, no… no puedo respirar —sollozó.

Él sonrió como si obtuviese placer con su sufrimiento y, finalmente, la soltó.

Elena se llevó la mano directamente al cuello y respiró hondo echando su cabeza hacia abajo.

—No olvides esa promesa o la próxima vez no soltaré ese delicado cuello que tienes —la amenazó.

Elena ni siquiera se atrevió a elevar la mirada hacia él, simplemente asintió mientras luchaba por recuperar el aliento.

Mateo se giró con toda la calma del mundo, fue hacia la silla donde había dejado la mochila donde llevaba todos los utensilios que necesitaba aquella noche y la miró con una sonrisa maliciosa.

—Espérame en la cama esta noche.

Ella se puso erguida, dándole la espalda y conteniendo las lágrimas. No se atrevió a girarse, simplemente asintió con la cabeza.

—Claro, ahí estaré —susurró mientras intentaba controlar un puchero.

No se movió hasta que escuchó cómo la puerta de su piso se cerraba. Ahí pudo soltar el aire que había estado conteniendo por los nervios. No era el primer episodio de violencia que sufría, de hecho, ya ni recordaba todos los que había padecido en aquellos últimos años. Ya no eran solo los golpes, eran las amenazas de acabar incluso con su vida si no le obedecía.

No podía permitirlo más. Le había costado planificarlo todo, había tenido miedo de ser descubierta, pero aquella era la última vez que iba a amenazarla, golpearla y gritarle.

Había tenido episodios más graves que ese, pero con aquella última amenaza de acabar con su vida se había convencido del todo. Aquella noche se marcharía. Tenía miedo, pero debía iniciar una nueva vida alejada de él y de todo lo que le rodeaba.

Se asomó a la ventana y minutos después observó cómo su

vehículo salía del parquin. Sabía que no llegaría antes de las cinco de la madrugada y, para entonces, ella ya estaría muy lejos.

Se fijó en el vehículo que había aparcado su amiga de la gestoría en la acera de enfrente y tragó saliva. Sí, debía hacerlo.

Fue hacia su habitación y abrió el armario. En un rincón de este había dejado la ropa que iba a llevarse debidamente doblada, solo tenía que coger la maleta y meterla dentro.

Depositó la maleta en el suelo y se dispuso a prepararla.

Volvió de sus pensamientos y se cubrió rápidamente el brazo con la manga. No quería que nadie lo viese.

Se tomó unos segundos para recuperarse de aquellos recuerdos y cogió las llaves del vehículo. Fue hacia la puerta y cuando abrió se quedó observando la casa de enfrente, de donde había venido su nuevo vecino.

Sabía que jamás podía fiarse de las primeras apariencias, pero Miguel, en aquellos minutos que había coincidido con ella, la había tratado mejor que Mateo en toda su relación. Parecía un chico agradable, aunque lo que más le convenía era pasar lo más desapercibida posible. Sabía que Mateo la buscaría, aunque dudaba que lograse encontrarla allí. Aquel pequeño pueblo estaba alejado de todo y, además, ella no tenía familia ni amigos en Galicia, ¿por qué iba a pensar Mateo que se encontraría allí?

Salió de la casa, cerró la puerta y se dirigió al coche. Hoy era el primer día de su nueva vida. Se miró en el retrovisor y sonrió para sí misma. Sí, lo había logrado.

5

El pueblo de Barxa se encontraba a unos diez minutos en coche de Monforte de Lemos. Cuando estuviese alojada del todo se dedicaría a descubrir aquella hermosa ciudad y sus alrededores.

Metió en el carrito de la compra las pastillas para el lavavajillas y fue hacia la caja.

Había comprado lo necesario para la limpieza. Había una escoba, una fregona y un cubo, así que se había limitado a comprar los productos necesarios y algo de comida. Por suerte, la casa estaba acondicionada con todo lo necesario para comenzar. Tenía ollas, sartenes, cubiertos… había tenido mucha suerte.

—Son setenta y dos con cuarenta y cinco —comentó la cajera.

Elena acabó de meter todos los productos en la bolsa y extrajo la cartera. Sacó la nueva tarjeta de crédito que se había hecho asociada al nuevo número de cuenta y pagó.

Aunque se sentía un poco perdida, sí que era cierto que aquella libertad hacía años que no la sentía: no tener miedo a hablar, a sonreír, incluso a hacer los gestos que quisiera hacer… era liberador.

Metió las tres bolsas en la parte de atrás del vehículo y caminó calle abajo donde había visto una carnicería. Compraría algo de carne y pescado para tener en la nevera y al día siguiente compraría algo más de verdura, pues lo único que había conseguido en el supermercado era una lechuga y unos cuantos tomates.

Siguió caminando calle abajo. Aquella calle disponía de varias tiendas, bares y locales. Parecía que se trataba del centro del pueblo, pues muchas parejas estaban en terrazas de bares tomando algo o simplemente paseando.

Se detuvo ante un local y sintió cómo el vello de todo su cuerpo se le erizaba.

En el escaparate había velas, varios botes donde se suponía que había pociones mágicas y varias figuras de brujas.

Tiradas de tarot con cita previa

Inspiró lentamente intentando calmarse, jamás le había gustado aquello.

Se quedó observando una de las figuritas. Una bruja con nariz aguileña se encontraba de rodillas frente a un caldero, removiendo el contenido con una cuchara de madera. La mujer vestía una capa negra e iba cubierta con una capucha.

Cerró los ojos ante los recuerdos que aquella imagen le traía. Nunca se había sentido especialmente atraída por las artes mágicas, es más, la asustaban.

Los recuerdos fugaces atravesaron su mente. La habitación estaba a oscuras, sentía miedo, pero necesitaba saber…

Cuando la puerta se abrió la imagen la dejó totalmente absorta. Había un grupo de personas arrodilladas. En el centro, una de ellas vestía con una capa negra y la capucha por encima. Aquella habitación solo se encontraba iluminada por la luz de las velas de unos candelabros negros, aunque lo que más llamó su atención fue el pentagrama dibujado en el centro de aquella estancia. En cada una de sus cinco puntas se encontraba una persona arrodillada y en el centro la que iba cubierta con la capa.

Aquel recuerdo se había quedado grabado a fuego en su mente durante años y, desde entonces, había sentido pavor por todas las cosas esotéricas.

—Vecina —dijeron a su espalda provocando que Elena diese un respingo, despertando así de sus pensamientos. Se giró de golpe y lo miró. Al principio le costó reconocerlo, pero luego cayó en la cuenta. Miguel se encontraba a su lado acompañado del compañero al que había llamado Daniel. Sonrió sorprendido por verla allí, no había esperado encontrársela, pero desde luego había sido una bonita sorpresa—. ¿Me estás siguiendo? —bromeó él.

Ella lo miró seria, intentando salir del aturdimiento que le provocaban aquellos tenebrosos pensamientos.

—No, yo… —tragó saliva nerviosa. Miguel y Daniel enarcaron su ceja sorprendidos por su reacción—, yo solo estaba comprando y…

—Eh, que era broma —intentó calmarla Miguel, confundido por su reacción. Elena era realmente preciosa, poseía una belleza delicada que pocas mujeres tenían—. ¿Piensas entrar?

Ella parpadeó varias veces hasta que se centró.

—No —comentó un poco más relajada—. No… no me gustan esos sitios —reconoció—. Iba a ir a comprar algo de comida. —Esta vez sonrió levemente y miró de reojo a Daniel—. Hola —saludó tendiéndole la mano—, me llamo Elena.

Daniel cogió su mano y la estrechó rápidamente.

—Daniel.

—Sí —respondió ya sonriente—, ya me lo dijo tu compañero —lo

señaló con la cabeza—. Me he instalado al lado de la casa de Miguel.

Daniel enarcó una ceja, sonriente.

—¿De Miguel? Yo también vivo ahí —aclaró divertido—. También eres mi vecina.

—Oh… vaya… —respondió sonriente y los miró un poco dubitativa. ¿Vivían juntos? ¿Eran pareja?

Tanto Daniel como Miguel observaron su reacción y Miguel respondió rápidamente.

—Somos compañeros de trabajo. Ya te lo había comentado antes —le recordó y se encogió de hombros quitándole importancia.

Daniel carraspeó. No le importaba que su compañero flirtease con su nueva vecina, pero tampoco era necesario que le diese tanta información.

—Sí… —respondió Daniel colocando una mano en el hombro de su amigo y apretando su hombro levemente dándole a entender que se callase y no diese más información—, nos lo pasamos bastante bien. —Acabó dándole una palmadita.

Ella asintió sonriente.

—¿Habéis salido a comprar?

—Sí, unos móviles —respondió Miguel mostrándole la bolsa—, son para unos amigos.

—Ya veo —respondió cohibida.

Miguel miró de reojo a su compañero. De perdidos al río, ¿por qué no?

—Oye, vamos a ir a tomar un café, ¿te quieres venir?

No supo a quién cogía más desprevenida aquella invitación, si a su compañero Daniel que lo miró fijamente o a Elena que abrió los ojos de par en par.

Le sonrió con timidez. Estaba agradecida por aquella invitación, pero no lo conocía de nada, solo de engrasarle la puerta.

—Muchas gracias, pero tengo que ir a comprar comida o tendré que comenzar a alimentarme como una polilla de las barandas de madera —bromeó ella.

Miguel asintió conforme.

—En otra ocasión entonces —propuso él.

—Claro —respondió ella encogiéndose de hombros.

Le gustaría conocer gente, sentirse acompañada allí, pero por lo pronto quería ir con calma. Miguel y su amigo Daniel parecían amistosos y parecían tener buenas intenciones, pero necesitaba su tiempo y su espacio para sanar sus heridas, para poder volver a confiar en alguien. Necesitaba ordenar sus ideas y acostumbrarse a su nueva vida, pero la hacía sentir bien saber que si se sentía sola podía contar por alguien.

—Muchas gracias de todos modos —comentó de nuevo

agradecida—, pero aún tengo mucho que hacer en mi nueva casa.

—Claro —respondió Miguel y miró a Daniel de reojo—. Bueno, ya sabes que cualquier cosa que necesites ahí nos tienes.

Ella asintió con una sonrisa y dio un paso atrás.

Comenzó a caminar lentamente mientras se despedía.

—Hasta la próxima —comentó con gracia mientras se alejaba.

Miguel se quedó observando su espalda mientras Daniel lo miraba de reojo.

—¿La has invitado a tomar algo con nosotros? —comentó jocoso —. Menudo donjuán estás hecho —rio.

Miguel se encogió de hombros y miró en dirección a la cafetería que se encontraba unos metros por delante.

—Bah… era por cordialidad —se excusó.

—Ya, ya —Daniel le dio la razón como a los locos mientras iniciaban la marcha—. Es muy mona.

—Sí, lo es —ratificó Miguel y luego lo señaló—. Pero yo la vi primero.

Daniel puso los ojos en blanco antes de entrar en la cafetería.

—Deberías controlarte un poco —le aconsejó—, Aitor tiene razón. Es mejor pasar lo más desapercibidos posible.

—Te vuelvo a repetir lo que le dije a él. Aitor no tuvo ningún problema en acercarse a Nerea en las fiestas del pueblo y en querer reformar el jardín —apostilló con un movimiento de dedos como si entrecomillase sus últimas palabras.

Daniel no tuvo otro remedio que darle la razón.

—Sí, también es verdad —comentó sentándose—, pero esa chica es nuestra vecina y hay más probabilidades de que nos descubra que las que tuvo Nerea en su momento.

—Y mira tú por dónde, Nerea lo sabe todo sobre nosotros, ¿recuerdas? —Daniel se vio obligado a darle la razón de nuevo y se encogió de hombros—. De todas formas, solo estoy intentando ser cortés con nuestra nueva vecina, nada más.

—Ya, claro… ve con ese cuento a otro —rio Daniel—, que nos conocemos, bacalao.

Miguel rio divertido mientras tomaba asiento.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó cambiando de tema.

—Una cerveza —respondió Daniel.

Miguel miró al camarero y levanto su mano indicando el número dos con sus dedos.

—Dos cervezas, por favor —pidió al camarero que asintió con una sonrisa.

Daniel se tiró hacia atrás adoptando una postura despreocupada.

—Qué gusto tener un rato libre —susurró inspirando con fuerza.

Miguel ladeó su cuello.

—Bueno, estas dos últimas semanas no es que hayamos tenido mucho trabajo —recordó él. Se quedó pensativo—. Casi lo prefiero así.

—¿En serio? Es un aburrimiento —se quejó Daniel. Se quedó unos segundos en silencio hasta que el camarero trajo a la mesa las dos cervezas y él cogió la suya dando un sorbo—. Nada, espero que la cosa se anime en breve… porque si no… ufff —resopló e hizo un gesto de desagrado antes de darle otro sorbo a su cerveza mientras Miguel reía por su comentario.

No era de día. Podría describir aquella luz como la de un día nublado, cuando comenzaba a anochecer. Todo estaba en penumbras. Miró al frente, donde, al final, se encontraban las altas montañas que Xacinta le había descrito, de un color oscuro, puntiagudas y cortantes. Jamás había estado allí, era la primera vez, pero sabía perfectamente el lugar donde se encontraba.

Caminó junto a Xacinta, despacio, en dirección a las montañas. Xacinta iba unos pasos por delante, sin ser consciente de que estaba acompañada.

El olor a azufre comenzó a impregnar sus fosas nasales, quemando sus pulmones.

El susurró comenzó a invadir sus oídos: susurros de gemidos, dolor, desesperanza…

Llegaron a las montañas a través de un pasadizo oscuro formado entre dos altas montañas hasta que salieron a un pequeño valle rodeado por estas. El valle era totalmente escarpado. El aire que soplaba hacía que la tierra se elevase formando pequeños remolinos.

Se sintió rodeada de aquellas voces y pudo apreciar las siluetas que Xacinta había descrito. Sí, no cabía duda de qué lugar era ese. Aquella presencia con tanto poder se manifestó en el lugar. Anael sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba. La garganta se le secó y los latidos de su corazón aumentaron. Aquella presencia no podía ser otra, debía de ser él, casi seguro. Intentó relajarse y centrarse en lo que debía hacer.

Observó a Xacinta dar unos pasos hacia delante, temblorosa, mirando de un lado a otro asustada, hasta que centró la mirada en un punto. Anael siguió la mirada de Xacinta que conducía a una de las rocas que formaban aquella pared.

Sí, ahí estaba. Aquel símbolo que Xacinta les había descrito. Era cierto, allí estaba, como si lo hubiesen grabado en la roca.

Anael suavizó su respiración y abrió los ojos. Intentó ubicarse. Se encontraba en la casa de Santiago, en la habitación que habían destinado a Xacinta. Xacinta se había dormido rápido, a los pocos minutos de acostarse. Realmente debía estar agotada.

Anael apartó la mano de su cabeza con una caricia. Aquella mujer

estaba viviendo un verdadero calvario en sus sueños, pero aquella noche, al menos, podría ayudarla.

Se acercó a ella y situó sus labios junto a su oído.

—Escucha mi voz —le susurró—. Estás en un lugar hermoso, tranquila y feliz, en compañía de las personas que te aman.

Se puso erguida de nuevo y, automáticamente, pudo apreciar cómo los músculos de Xacinta se relajaban, pues desde que había comenzado aquel horrible sueño se había puesto en tensión, engarrotándose todos sus músculos.

Se levantó del colchón lentamente para no despertarla. Solo la luz de una vela que había en el escritorio de enfrente iluminaba la alcoba.

Fue lentamente hacia la puerta y la abrió despacio para no hacer ruido. Sabía lo que representaba ese símbolo, lo tenía muy claro desde que Xacinta lo había dibujado por primera vez aquella tarde, y sabía que era peligroso. Muy peligroso. Necesitaba hablar con una persona en concreto e intentar recopilar más información, aunque aquella idea no le gustaba nada. Cerró tras ella y coincidió la mirada directamente con Santiago, el cual esperaba sentado en una butaca frente a la puerta. El pobre Santiago no se había movido de allí desde que ambas mujeres habían entrado en la habitación hacía ya casi una hora. Tenía la cabeza agachada y los ojos cerrados, como si estuviese dormido, aunque al escuchar la puerta cerrarse los abrió de inmediato y se incorporó sobre la butaca.

—¿Cómo ha ido? —preguntó directamente y se puso en pie.

Anael señaló con un movimiento de cabeza hacia el comedor, no quería hablar con él en el pasillo, pues ya sabía que Santiago solía subir el tono de su voz y lo que menos quería era despertar a Xacinta. La mujer necesitaba descansar.

Anael abrió la puerta del comedor y dejó que Santiago pasase. Una vez estuvieron en él, cerró la puerta y caminó hacia el centro.

—Es lo que me imaginaba… —comentó en un tono bajo mirándolo fijamente—. Su alma ha quedado demasiado débil y aún existe un vínculo con el demonio.

—¿Un vínculo?

Ella asintió.

—Es como si su alma hubiese quedado manchada. Poco a poco irá sanando. —Suspiró y tragó saliva—. Aunque es un vínculo débil, esa pequeña oscuridad que ha quedado impregnada en su alma del demonio que la poseyó le permite seguir conectada a él —explicó—, y ver las cosas que él hace.

Santiago se quedó pensativo, intentando asimilar aquella información.

—¿Cómo es eso posible?

Anael caminó por el pasillo.

—No es muy común, pero cuando dormimos entramos en un estado de consciencia diferente al que tenemos cuando estamos despiertos. Así, nuestra alma puede viajar y, al estar conectada a él, Xacinta puede desplazarse allá donde él se encuentre —susurró.

Santiago parpadeó varias veces y avanzó hacia ella, nervioso.

—Entonces… ella… —tartamudeó—, ella ha descendido a…

—A los infiernos, sí —afirmó.

Santiago resopló y se pasó la mano por la cabeza, visiblemente agobiado.

—¿Cuánto puede tardar en desaparecer esa oscuridad de su alma?

Anael se encogió de hombros.

—Creo que le iría bien comulgar, padre —respondió directamente. Santiago se movió rápidamente como si se dirigiese a la puerta—. Ahora no —comentó Anael sorprendida por la reacción de Santiago. Este se detuvo en el pasillo y se giró para mirarla—. Mañana a primera hora le podrá dar la comunión, ahora duerme tranquila. La he sumido en un sueño reparador. Lo necesita como agua de mayo.

Santiago avanzó de nuevo hacia el comedor, pensativo. Parecía nervioso por todo lo que le había explicado Anael.

Anael lo miró con una tierna sonrisa, sabía que las intenciones de Santiago eran buenas y que celebraría una misa y consagraría una ostia solo para poder dársela a Xacinta y aliviar su sufrimiento.

—Ahora está bien, no te preocupes —comentó ella en tono tranquilizador.

Santiago apretó los labios y asintió. Luego fue hasta la silla y la movió de debajo de la mesa para poder sentarse, parecía que aquella información lo ponía nervioso.

—Se pondrá bien —volvió a tranquilizarlo Anael tomando también asiento.

Santiago cogió la jarra de agua que había sobre la mesa y llenó un vaso hasta arriba. Se bebió el agua de un trago y volvió a llenarlo.

—¿Agua? —le ofreció. Anael negó—. Está bien… —apretó los labios—, ¿has podido descubrir algo más?

Ella asintió.

—El símbolo que pintó Xacinta, lo he visto. Está grabado en una de las piedras de la montaña. Todos los demonios se reúnen ahí.

—Y… ¿sabes qué símbolo es? —preguntó con temor.

Anael lo miró seriamente. Se quedó pensativa unos segundos hasta que finalmente respondió.

—Thelema.

Santiago la miró sin comprender.

—¿Thelema? —preguntó.

—Es una sociedad oculta fundada a principios del siglo veintiuno. Se les considera los precursores del satanismo moderno —explicó ella

—. Practican la magia y los ritos sexuales.

Santiago abrió los ojos de par en par y asintió conmocionado por lo que Anael le explicaba.

—Puede que… ¿esa secta esté ayudando a los demonios a encarnarse? —Se quedó callado unos segundos—. Paula —recordó—, aquella muchacha practicaba la magia negra haciendo vudú para debilitar el espíritu y conseguir la posesión con facilidad.

Anael se mantuvo un instante en silencio, como si algún pensamiento atormentase su mente. Se puso en pie y asintió.

—Esa secta puede hacer mucho más que eso —comentó con voz nerviosa.

Santiago también se puso en pie.

—¿Qué… qué quieres decir? —preguntó, aunque cuando vio que Anael se dirigía a la puerta de la casa para salir al exterior dio unos pasos hacia ella—. ¿Adónde vas?

Anael abrió la puerta y se detuvo.

—Necesito hablar con alguien —respondió girándose. Al ver que Santiago se acercaba para acompañarla lo detuvo con la mano—. No, Santiago, quédate aquí —comentó esta vez con voz más dulce.

—No, no… quiero acompañarte —comentó situándose a su lado.

—Santiago —pronunció en un tono más grave, provocando que este mirase sus enormes ojos azules—, es mejor que vaya yo sola.

Santiago pareció comprender a qué se refería.

—Vas a… a… —ni siquiera se atrevió a pronunciar las palabras.

Ella no dijo nada ni hizo ningún gesto afirmativo o negativo. Simplemente salió de la casa.

—Vuelvo enseguida —pronunció antes de cerrar la puerta dejando al sacerdote petrificado bajo el marco de la misma.

Anael suspiró. No le gustaba aquello, no le gustaba tener que contactar con él, pero era la única opción que tenía. Si realmente aquella secta llamada Thelema estaba metida en el ajo debería ser muy cuidadosa e ir con pies de plomo y, aunque no le gustaba reconocerlo, Gadreel podría darle aquella información.

Lo había visto por última vez hacía unas dos semanas, tras el exorcismo de Nerea y la expulsión de aquel demonio al infierno. Había corrido tras ese demonio después de expulsarlo para asegurarse de que descendía a los infiernos y no se quedaba vagando allí cuando, en medio del bosque, vio aquella silueta.

Dos semanas antes

Aquella niebla comenzó a formar una silueta hasta que se disipó mostrando una figura masculina de espaldas a ella.

Sintió cómo su corazón se aceleraba y la rabia se apoderaba de ella.

Dio un paso hacia delante mientras sus manos se transformaban en

puños.

—Tú… —comentó enfadada.

Supo el mismo momento en que aquel hombre se había visto sorprendido y, más aún, había reconocido su voz, ya que su espalda se puso firme de golpe, como si tuviese un resorte.

El hombre resopló y cerró los ojos unos segundos, armándose de paciencia. Luego se giró hacia ella con una leve sonrisa, intentando recomponerse.

—Anael… mi pedacito de cielo —ironizó mientras se colocaba la manga de la chaqueta de su traje correctamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —bramó ella acercándose.

Él la miró con una sonrisa de autosuficiencia y se colocó correctamente el cuello de la camisa.

—Podría preguntarte lo mismo —comentó. Luego enarcó una ceja en su dirección—. ¿De qué vas disfrazada? —se rio—. ¿De monja? —ironizó y negó con su cabeza—. Si algo me gustaba de ti era tu sentido del humor.

—Gadreel… —rugió ella armándose de paciencia.

Gadreel acabó de colocarse la chaqueta negra correctamente y ladeó su cuello.

—Glasy estaba bastante mosqueado —se refirió al demonio con confianza—, dice que… —se quedó callado al comprender la situación—, ¿has sido tú? —preguntó divertido y comenzó a reír—. Vaya, vaya… siempre has tenido mucho genio.

Ella se acercó a él situándose justo enfrente, elevando su cabeza. Gadreel siempre había sido muy atractivo. Su cabello negro resaltaba sus ojos verde oliva. Su tez dorada por el sol resaltaba más con una barba reciente, bien recortada y cuidada.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Tienes algo que ver con lo que ha ocurrido? —preguntó Anael amenazante.

—Eh, eh… quieta, fiera —bromeó colocando las manos ante él como si intentase repeler un ataque. Descendió su mirada hacia ella con una sonrisa pícara—. Siempre has sido pequeñita pero matona…

—¡Gadreel! —lo cortó ella—. ¿Tienes algo que ver con lo que está ocurriendo o no? —volvió a preguntar.

Él la miró sin comprender.

—¿Qué está ocurriendo? —Extendió los brazos hacia los lados—. Glasy ha llegado hecho una furia, que si me han expulsado, que si patatín, que si patatán… Menudo escándalo está liando… y mira que siempre suele haber jaleo ahí abajo —subió sus cejas a la vez repetidas veces en un gesto cómico. Luego se encogió de hombros—. Solo he venido a ver qué ocurría…

—Ya, seguro… —comentó ella sin creer ni una palabra suya.

Resopló y se giró para alejarse de él.

—Oh, venga… Anael, ¿cuándo te he mentido yo? —preguntó. Ella se

giró y lo miró enfadada y sorprendida por sus palabras, lo que hizo que Gadreel borrase la sonrisa de sus labios—. En los últimos cien mil años —rectificó con un tono divertido.

Aquella respuesta desesperó a Anael, pero intentó controlarse. Apretó los labios y se removió nerviosa.

—Últimamente hay muchas posesiones, y en la mayoría de ellas se repite una frase: "Las puertas del infierno se abrirán". ¿Qué sabes sobre eso?

Gadreel la miró confundido.

—¿En serio?

Anael volvió a desesperarse.

—¿Esa es tu respuesta? —Extendió los brazos hacia él.

—Oye, tampoco paso tanto tiempo en el infierno. Me gusta ver mundo. —Se encogió de hombros—. En eso nos parecemos tú y yo.

—Tú y yo no nos parecemos en nada —respondió ella apretando los dientes—. Contesta.

Él resopló y puso los ojos en blanco.

—No sabía nada de eso —respondió arrastrando las palabras—. Pero es extraño… —se quedó pensativo.

Ella resopló y le dio la espalda volviendo a alejarse. De nada servía hablar con él.

—Ya, y tengo que fiarme de lo que tú me digas —comentó con el tono un poco más alto mientras pasaba por encima de un arbusto—. ¿Sabes? Si algo me ha enseñado el tiempo es que no puedo confiar en ti ni… —se giró, pero se quedó callada—. ¿Gadreel? —preguntó mirando de un lado a otro. Se había marchado dejándola con la palabra en la boca—. Típico de él —susurró molesta.

Su primer encuentro después de tantos años no había sido muy amistoso que dijéramos, pero ¿cómo iba a serlo? Eran totalmente opuestos.

Aun así, y aunque no se fiase del todo de él, sí que era cierto que parecía que la información sobre que había una oleada de posesiones lo había pillado de improviso, incluso había afirmado que le parecía extraño.

Puede que estuviese cometiendo una locura, pero debía intentarlo.

Caminó por la calle totalmente a solas. En aquel poblado no vivía mucha gente y la mayoría eran personas mayores, por lo que a las diez de la noche estaban durmiendo y a las siete de la mañana ya caminaban por las calles. Aun así, no podía fiarse de que no hubiese alguien mirando por la ventana y prefería hacer aquello a solas, en un lugar oculto.

Llegó hasta el bosque y se internó un poco, lo suficiente para que la oscuridad y los árboles la protegiesen de miradas indiscretas. Miró

hacia el cielo observando una infinidad de estrellas.

Inspiró y se cruzó de brazos asqueada por lo que tenía que hacer. Resopló y finalmente pronunció su nombre con bastante desgana.

—Gadreel —exclamó—, necesito hablar contigo. Ahora —dijo lentamente. Esperó a que Gadreel apareciese ante ella durante varios segundos, pero no lo hizo. Se removió incómoda—. Gadreel, por favor, no te hagas de rogar, que nos conocemos —pronunció a la defensiva. Esperó un poco más hasta que puso los ojos en blanco y se dio por vencida. Había sido una ilusa pensando que podía pedirle ayuda justamente a él—. Hombres —susurró mientras se giraba. Nada más girarse se topó de bruces con el pecho de Gadreel y dio unos pasos atrás asustada hasta que se dio cuenta de que era él.

Gadreel permanecía con las manos en los bolsillos de su pantalón de traje. Vestía una camisa azul oscuro y una americana negra. Iba tan arreglado como siempre, hecho un pincel. Poseía una sonrisa maliciosa en su rostro.

—Mi pedacito de cielo… —comentó con una sonrisa—, ¿ya me echabas de menos? —ironizó.

Ella resopló y apretó los labios.

—No me llames así —lo señaló—, y no, no te echaba de menos… —Gadreel hizo un gesto con su boca, como si estuviese triste.

Anael suspiró y se cruzó de brazos, le ponía de los nervios.

—¿Y a qué se debe tu llamada? —preguntó colocándose la americana correctamente.

—Mira que eres presumido —comentó ella al ver sus gestos—, aquí no hay nadie.

Gadreel se encogió de hombros.

—Estás tú, con eso me basta —reconoció con una sonrisa. Ladeó su cuello y enarcó una ceja—. ¿Ni siquiera me echabas de menos un poquito? —insistió. Anael se quedó mirándolo fijamente con gesto cansado. Él chasqueó la lengua—. Vaya, una lástima.

—Ya —cortó ella por lo sano, ya había escuchado suficientes tonterías. Dio unos pasos hacia él. Gadreel le sacaba más de una cabeza—. ¿Has averiguado algo?

Esta vez fue él quien la miró confundido.

—¿Averiguar algo?

Aquella pregunta pareció desesperar a Anael.

—Sobre lo de las posesiones —señaló hacia la casa de Santiago—. Cuando nos vimos hace un par de semanas y te expliqué la cantidad de posesiones que había y lo que decían los demonios sobre que las puertas del infierno iban a abrirse… me dijiste que era extraño.

—Y lo es —remarcó él.

Anael desencajó la mandíbula.

—¿Y no has investigado “ni un poquito”? —imitó la voz de

Gadreel segundos antes y extendió los brazos hacia los lados elevando un poco el tono.

Gadreel dio un paso hacia atrás sorprendido por el tono de voz de ella.

—Eh, eh, calma, cielito… yo no te dije que fuese a investigar nada.

—¡Pero si siempre te has metido en todo! —se quejó ella—. ¿Y ahora me vienes con que no has intentado averiguar a qué se refieren con eso tus amigos?

—Pfff —contestó él con un movimiento de mano—. Tampoco es que sean mis amigos…

Ella fue hasta él y lo cogió por las solapas de la americana haciendo que Gadreel la mirase sorprendido.

—Ahhh… ¿qué haces? Me la vas a arrugar —se quejó dándole unos golpecitos en las manos para que lo soltase.

—¡Voy a hacer más que eso como no me digas algo!

Gadreel la miraba cada vez más sorprendido. ¿De dónde había sacado ese carácter Anael?

—Oye, oye… que no sé nada —dijo apartando finalmente las manos de Anael de su americana y volvió a plancharla con sus manos —. No pensaba que tuviese que averiguar algo —la señaló—, ni siquiera me lo pediste —acabó encogiéndose de hombros.

—¿Desde cuándo hay que pedirte las cosas para que no metas las narices en asuntos ajenos? —se burló ella.

En eso él le dio la razón.

—También es verdad, pero no, por ahora no sé nada. —La miró y sonrió con prepotencia—. ¿Quieres que averigüe algo, cielito lindo?

Ella abrió los ojos sorprendida y molesta a partes iguales.

—¡Claro que quiero que averigües algo!

—¡Ajá! —dijo colocándose correctamente el cuello de la camisa —, y… ¿qué se dice?

Anael apretó los labios e intentó controlarse.

—No debería haberte llamado —susurró más para ella que para él.

—¿Qué? —preguntó Gadreel que, sin duda, esperaba un por favor.

Anael inspiró y exhaló el aire de sus pulmones, relajándose. Lo miró adoptando una postura tensa.

—En el infierno, los demonios han tallado un símbolo en la roca de la montaña, es el símbolo de la secta Thelema.

Aquella información lo intrigó y dio un paso hacia ella.

—¿La sociedad oculta?

—La misma —comentó lentamente.

Gadreel parpadeó varias veces y luego enarcó una ceja hacia ella.

—Espera… ¿cómo sabes tú eso? Que yo sepa tú no puedes ir al infierno —comentó pasmado.

—Y que yo sepa… —respondió molesta—, tú vas mucho, así que no entiendo cómo no estás enterado de nada de lo que te digo —acabó gritando de los nervios.

Gadreel resopló, pero adoptó una postura más seria.

—¿Cómo sabes eso? —insistió.

Anael se removió nerviosa y finalmente lo miró.

—A Xacinta la exorcizamos no hace ni un mes. Ha… ha establecido una especie de vínculo con un demonio y sueña con eso. Me he colado en sus sueños.

Gadreel rompió en una carcajada.

—¿En serio? ¿Te has metido en los sueños de una pobre mujer? —Ella inspiró armándose de paciencia—. Un poco intrusivo, ¿no?

—No más que una posesión —le recriminó ella.

Ambos se miraron fijamente durante unos tensos segundos. Gadreel se puso erguido y se cruzó de brazos.

—Ya te dije que últimamente no paso mucho por el infierno, me gusta disfrutar de los placeres terrenales… —Anael hizo un gesto de desagrado—, pero intentaré corroborar lo que dices e informarme como es debido.

Ella asintió rápidamente.

—Infórmame de todo lo que averigües.

Gadreel enarcó una ceja mientras sonreía.

—Solo si lo dices… va…

—¡Por favor! —gritó ella desesperada—, ¿contento?

—Sí, la verdad es que sí. —Miró hacia los lados dándose cuenta por primera vez de que estaba en medio del bosque—. Y la próxima vez que quieras hablar conmigo busca un sitio más acogedor.

Ella resopló y pasó por su lado, aunque lo tuvo que empujar levemente para poder seguir adelante.

—No quiero que nadie nos vea… y menos a ti. Siempre tienes unas fantásticas y originales formas de hacer acto de presencia —comentó ya ofreciéndole la espalda mientras se dirigía a la salida del bosque.

—Ehhh… no te quejes, esta vez me he comportado —comentó Gadreel que la observaba alejarse. Extendió los brazos a los lados—. ¿Y ya está? ¿No podemos pasar un rato agradable hablando de los viejos tiempos?

—No —contestó ella volviendo al camino de tierra.

Gadreel chasqueó la lengua antes de perderla de vista al salir del bosque.

Anael se dirigió hacia la casa con paso apresurado. Sabía que pedir ayuda a Gadreel no era lo más correcto, pero debía intentar con

todas sus fuerzas parar aquello antes de que se descontrolase. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

Santiago la esperaba impaciente en el rellano de la casa. La miró de la cabeza a los pies.

—¿Ya está? —Ella asintió—. ¿Has hablado con él?

Anael fue al comedor y se asomó al pasillo que daba a la puerta donde se encontraba Xacinta descansando. Sí, aún dormía plácidamente.

—Sí, ya está.

—¿Ha… ha ido todo… bien? —preguntó temeroso.

Anael se encogió de hombros y asintió.

—Sí, claro —respondió quitándole importancia—. Intentará averiguar algo y nos los dirá.

—¿Y podemos confiar en él?

—Más nos vale —comentó ella—. Tanto si nos gusta como si no, lo necesitamos —reconoció al final, aunque por su gesto de disgusto Santiago comprendió que aquella idea no le agradaba lo más mínimo.

Santiago suspiró y asintió.

—Está bien —miró hacia la puerta que conducía a la cocina—, voy a hacerme una tila, ¿quieres una?

6

El hijo de Xacinta había pasado a recogerla a primera hora de la mañana.

—Hacía tiempo que no dormía tan bien —pronunció la mujer con alegría antes de subirse al coche.

Poco después de comer Santiago y Anael se habían dirigido a casa de la división donde los esperaban para la reunión que habían planeado el día anterior.

Miguel ladeó su cuello cuando Anael comenzó a explicar.

—Es el símbolo de una sociedad ocultista secreta —continuó su explicación—. Son los precursores del satanismo y no hacen simplemente ritos… usan la magia, magia negra muy poderosa —enfatizó alterada.

—Ya, pero… —la cortó Miguel—, ¿son brujos?

Anael chasqueó la lengua.

—Más bien hechiceros. Han adquirido sus poderes a través de estudios y de la práctica.

—¿Thelema? —continuó Daniel—. No lo había escuchado nunca.

Anael apretó los labios. Tenía mucha información que compartir.

—La sociedad secreta se creó en Gran Bretaña a principios del siglo veinte y ha pasado muy inadvertida, hasta ahora. —Los miró a todos—. ¿Os sueña Aleister Crowley? —Todos se miraron de reojo—. Me parece que no —susurró Anael—. Fue el fundador de la secta Thelema —indicó con la mano—. Primero formó parte de otra sociedad llamada *La Aurora dorada*. Esta orden es de carácter secreto y esotérico. Estudiaban y practicaban magia, astrología, cábala, tarot y alquimia. Fue fundada en 1888 por William Wynn, Samuel MacGregor y William Robert. Es una orden que pertenece a la escuela de los Rosacruces.

—Los Rosacruces sí que me suenan —comentó Miguel—, pero, por lo que tenía entendido, no actúan con malicia… al contrario.

—Exacto —le dio la razón Anael—. Muchos personajes históricos han pertenecido a esta orden, como por ejemplo Annie Horniman,

Arthur Edward Waite o Bram Stoker, el famoso escritor de Drácula, y por eso mismo, viendo las demoníacas intenciones de Aleister en la práctica de la magia, fue expulsado de la orden *Aurora dorada*. Por esa misma razón, Aleister creó su propia orden, denominada Thelema, y tiene no pocos seguidores —comentó molesta. Los miró a todos seriamente—. No estamos hablando de simples aficionados, Aleister Crowley fue apodado como el hombre más cruel del mundo y reconocido como un reputado hechicero de las artes místicas oscuras. Realizaba todo tipo de rituales sexuales y sacrificios, tanto de animales como de personas. Sus conocimientos han pasado de generación en generación e incluso después de su muerte sigue teniendo adeptos y seguidores. Sus creencias, vivencias, experiencias y lecciones se llevan a cabo en esta orden.

—Vaaale —comentó Aitor pensativo—, así que, seguramente, Paula quería pertenecer a esa orden secreta.

—Deberíamos confirmarlo con ella —indicó Daniel.

Aitor le dio la razón y miró de nuevo a Anael.

—De acuerdo, ¿hablamos de mucho poder?

—Muchísimo —aclaró ella—. Se dice que Aleister Crowley mantuvo contacto con demonios y que incluso llegó a abrir un portal a otro mundo.

—¿Otro mundo? —preguntó Miguel sorprendido.

Ella lo miró seriamente.

—Al infierno —comentó ella y tragó saliva.

Todos se quedaron pensativos.

—¿Crees que con eso se refieren a que las puertas del infierno se abrirán? —preguntó Daniel—. Que… ellos… ¿saben la forma de hacerlo?

—Es posible —razonó ella y los miró a todos—. Se trata de un poder incalculable y… esos conocimientos los tienen en la orden secreta Thelema.

Miguel intentó ordenar las ideas.

—Entonces, esta orden secreta, o secta… como quieras llamarla, ¿puede abrir portales al infierno?

Anael suspiró.

—Eso dicen —indicó ella—. Obviamente no he estado presente, pero dicen que Aleister lo consiguió.

Miguel miró a sus compañeros.

—Vale, pues entonces con parar a esa orden secreta ya está, ¿no? —Se encogió de hombros—. Quiero decir, abrir portales al infierno no es algo que sepan hacer el resto de civiles, así que si paramos a esta orden secreta y acabamos con su jefe…

—El hechicero supremo —aclaró ella. Miguel enarcó una ceja en su dirección—. Así es como lo llaman dentro de la propia secta.

—Vale, pues… en resumen, hay que dar con ese hechicero supremo y acabar con él —zanjó Miguel.

—Ya, pero no es tan fácil —continuó Daniel—. ¿Cómo damos con ese hechicero?

Aitor iba a intervenir, pero Miguel se adelantó.

—¿No dijisteis que Paula tenía un móvil nuevo? —Daniel asintió —. ¿Lo habéis mirado?

Aitor iba a responder, pero Daniel lo interrumpió, lo que provocó un suspiro por parte del jefe de la división.

—Aún no —comentó pensativo—, ayer estuvimos buscando el símbolo de la secta. —Miró a Aitor—. Cuando investigamos el primer teléfono de Paula el número con el que se enviaba mensajes por WhatsApp y que presuntamente era del jefe de esa secta era un móvil de prepago, imposible de localizar. —Inspiró—. Sé que el CNI y, en concreto, Paco, nuestro superior directo, no está de acuerdo con que intercedamos en asuntos de la iglesia, pero creo que esto ya empieza a desviarse del tema. —Aitor iba a hablar, pero tuvo que cerrar la boca cuando su compañero Daniel siguió—. Lo digo porque nos iría mucho mejor si pudiésemos usar todos los mecanismos al alcance del CNI para encontrarlo.

—Sí, deberías hablar con él y explicarle lo que sabemos —propuso Miguel—. Quizá, después de todo, sí nos autorice a usar los satélites de rastreo. —Se encogió de hombros—. Sin su autorización es muy difícil dar con ellos, y más si tiene un móvil de prepago —se quejó.

Aitor elevó la mano para que sus compañeros le permitiesen hablar.

—Iba a decir, hace varios minutos… —acabó apretando los dientes, pues sus compañeros eran verdaderas cotorras—, que hablaré hoy mismo con Paco para que autorice una investigación. —Se giró hacia Anael—. ¿Has dicho que es una secta británica?

Ella asintió.

—Se fundó en Inglaterra, pero están repartidos por todo el mundo —contestó ella.

Miguel hizo un gesto gracioso con su rostro.

—Pues parece que ahora tiene su base de operaciones aquí en Lugo —acabó divertido.

Anael no sonrió, lo miró seriamente, de modo que Miguel borró la sonrisa de su rostro.

—No es gracioso, Miguel —comentó ella lentamente.

Miguel tragó saliva contrariado por el gesto de ella.

—No… yo… no quería decir que fuese gracioso. Es… solo que…

—Si lo que dicen los demonios encarnados es cierto y pretenden abrir las puertas del infierno, es decir, abrir un portal con este mundo,

el mundo tal y como lo conocemos puede desaparecer.

Miguel carraspeó.

—Ya… no quería decir que fuese gracioso —acabó susurrando como si estuviese arrepentido.

—Esa secta tiene conocimientos muy antiguos —explicó a todos seriamente—. No nos estamos enfrentando a simples aficionados. Jamás os habéis enfrentado a un poder como este.

Aitor ladeó su cuello e interrogó a Anael con la mirada.

—¿Y tú? —le preguntó cruzándose de brazos—. ¿Tú sí te has enfrentado a algo así? —Anael lo miró seriamente, aunque no respondió a su pregunta. Aitor suspiró y dio un paso hacia delante, se apoyó en la mesa y se cruzó de brazos sin apartarle la mirada—. ¿Cómo es posible que sepas tanto?

Ella le sonrió, aunque su mirada era suspicaz.

—Estudio mucho estos temas.

Aitor asintió lentamente y apretó los labios.

—Eso podría llegar a entenderlo —se encogió de hombros—, pero hay algo más. Está claro que no eres una simple monja —continuó. No hizo falta que dijese nada más, todos sabían que volvía a referirse a la noche en que realizó el exorcismo a Nerea, a aquella intensa luz blanca que se filtraba por las rendijas de la puerta y al temblor de toda la casa. Aitor enarcó una ceja en su dirección—. Si eres una bruja o una hechicera puedes decírnoslo —pronunció esta vez lentamente—, sabemos que estás de nuestra parte y jamás te haríamos daño. Eres nuestra amiga.

Anael apretó los labios, aunque no por los nervios, sino que parecía contener una carcajada. Miró a cada uno de los miembros de la división y luego al padre Santiago que permanecía a su lado bastante nervioso por la conversación.

—¿Hacerme daño? —continuó ella divertida, inspiró aire y sonrió —. Jamás podríais hacerme daño, aunque os empleaseis a fondo —susurró ella.

—Ya —intervino Miguel muy interesado en la conversación—, y eso es… porque eres… una… —le indicó con la mano para que ella acabase la frase.

Anael volvió a reír y negó con un gesto gracioso. Parecía que le divertía bastante que ellos no dejasen de cuestionarse quién era ella en realidad, aun así, ella permanecía totalmente callada, dejando inconclusa la frase de Miguel.

Santiago carraspeó llamando la atención de todos.

—¿Qué…? —tragó saliva—. ¿Qué os parece si continuamos con lo de la secta? Tenemos que averiguar cómo dar con…

—No —lo cortó Aitor y volvió de nuevo toda su atención hacia Anael—, tenemos derecho a saberlo.

Aquellas palabras provocaron que Anael ladease su cuello y lo mirase intrigada.

—¿Derecho a saberlo? —preguntó.

—Sí, somos amigos —abrió los brazos hacia el resto de la división —, y creo que todos estaríamos mucho más tranquilos si supiésemos con quién tratamos.

Anael inspiró hondo y puso su espalda erguida, aunque su mirada y su sonrisa no perdían jamás la ternura.

—Lo sabréis cuando estéis preparados para saberlo —respondió.

—¿Por qué tanto misterio? —preguntó Miguel nervioso.

Ella lo miró y pestañeó varias veces.

—Así debe ser —respondió ella.

Aitor resopló y miró de reojo a sus compañeros de división. Estaba claro que Anael no quería revelarles aún su secreto. Sabían que tenía algún poder especial, pero no podían encasillarla.

Miguel apartó la mirada de su jefe y la centró en Anael. Anael era sumamente joven y bonita, dotada de una belleza impresionante, de hecho, a todos les había sorprendido que una muchacha como ella se hubiese convertido a monja, pero estaba claro que había algo más: sus conocimientos y lo que había hecho aquella noche luchando contra aquel demonio. Sin duda, tenía un potencial impresionante.

Se moría por saber qué era, qué poderes o dones tenía y, aunque le costase, respetaría su silencio, no podía hacer otra cosa.

—De acuerdo… —acabó encogiéndose de hombros, atrayendo la mirada de todos. Le sonrió divertido—, pero no tardes mucho en decírnoslo, ya ves que nos mata la curiosidad —bromeó. Anael le sonrió agradecida por sus palabras y asintió—. Bien, ¿cómo lo hacemos?

Marcos dio un paso hacia delante.

—Estoy pensando en lo que has dicho… —señaló a Anael—, se trata de una secta con muchos adeptos. Puede que Paula no sepa nada, pero seguro que se escribía con otros seguidores. —Miró a Daniel—. ¿Podríamos acceder a su WhatsApp y ver sus conversaciones?

Daniel asintió mientras iba hacia el ordenador.

—No tardaré nada en conseguirlas —dijo sentándose frente a la pantalla del ordenador.

Aitor apartó la mirada de Anael dándose por vencido y fue hacia su compañero Daniel.

—Encárgate de leer los mensajes que tenga, es posible que podamos dar con otro miembro de la secta.

Miguel se frotó las manos.

—Y sacarle información —dijo divertido.

Víctor se acercó a Daniel.

—¿Cómo se supone que esta gente entra en contacto con otros

miembros? ¿Hay alguna web a la que inscribirse para pertenecer a este tipo de organización? —preguntó.

Anael negó.

—Normalmente es por el boca a boca —explicó ella—. Estas organizaciones secretas captan adeptos de sectas más pequeñas.

Miguel chasqueó la lengua e hizo un gesto no muy seguro. Fue directamente hacia otro de los ordenadores, se sentó en la mesa y lo encendió. Se giró hacia Aitor.

—¿Y si me infiltro en una de esas sectas satánicas? —preguntó encogiéndose de hombros.

Aitor enarcó una ceja y estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Tú? ¿Con tu acento andaluz? —bromeó.

—¿Y por qué no? —preguntó molesto—. Sería también una forma de tenerlas controladas.

Daniel asintió apartando la mirada de la pantalla del ordenador.

—Pues a mí no me parece mala idea —pronunció encogiéndose de hombros—. Me apunto.

Miguel colocó una mano en su hombro agradeciendo su apoyo.

—¿Estáis locos? —los interrumpió el padre Santiago, escandalizado por la sugerencia.

—Hombre… padre, esa pregunta sobra… ya nos va conociendo —bromeó Miguel.

Daniel parecía bastante convencido con la idea.

—Seríamos unos infiltrados —continuó hacia Aitor que los miraba no muy seguro, aunque valorando la opción—. Podríamos tener información de primera mano.

—Y podríamos intentar entrar en Thelema —siguió Miguel emocionado con la idea.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —exclamó Santiago dando un paso adelante—. Es una locura. Esas… —resopló—, esas sectas satánicas han llegado a hacer sacrificios humanos y de animales —explicó nervioso—. Hace poco más de un año encontraron un caballo abierto en canal al que le habían quitado el corazón en Courel. —Miró a Miguel y a Daniel—. Son peligrosos.

Miguel sonrió al sacerdote.

—Apuesto a que nosotros somos más peligrosos que ellos. —Santiago resopló por su respuesta—. No debería preocuparse por nosotros, padre, ya sabe de lo que somos capaces.

—Aunque es muy tierno, gracias —apuntó Daniel.

Aitor dio un paso adelante levantándose de la mesa.

—No es mala idea…

—Es una pésima idea —pronunció Santiago alzando los brazos hacia el techo.

Miguel seguía concentrado en su plan.

—Hay que averiguar a qué secta satánica pertenecía Paula —comentó pensativo—. Al menos, ya sabemos que Thelema parece captar gente de la misma secta que Paula.

Aitor asintió.

—Daniel, Miguel… —los señaló—, encargaos de leer los WhatsApp de Paula e intentad averiguar a qué secta pertenecía…

Víctor intervino.

—También podríamos preguntárselo —propuso.

—La muchacha no suelta prenda —le recordó Daniel.

Aitor lo señaló.

—Intentemos hacernos con la información sin involucrar a Paula personalmente y, a unas malas, si no lo conseguimos hablaremos con ella —sentenció Aitor. Miguel y Daniel asintieron y volvieron su atención hacia la pantalla. Aitor se pasó la mano por el cabello, despeinándose, y se giró hacia el resto de sus compañeros. Lucas, Víctor y Marcos esperaban para recibir órdenes—. El resto busquemos por internet o por los archivos del CNI las últimas noticias y casos reportados de satanismo en la zona. Quizá nos dé alguna información valiosa.

Los tres compañeros asintieron y se pusieron manos a la obra tras las órdenes de su jefe.

—Bien, pues… nosotros nos vamos, ¿nos podéis llevar? —preguntó Santiago.

—Claro —respondió Aitor—. Yo os llevo.

Miguel se puso en pie de inmediato.

—Esperad, antes de que os vayáis… —Fue hacia otra mesa y cogió la bolsa que había sobre ella con dos cajas—. Esto es para vosotros… para los dos. —Tanto Santiago como Anael lo miraron confundidos—. Vamos, cogedlo —les instó Miguel tendiéndoles la bolsa—. Es un regalo de parte de todos nosotros.

—¿Un regalo? —preguntó Santiago cogiendo la bolsa.

—Sí —continuó explicando Miguel mientras colocaba las manos en su cintura. Santiago cogió uno de los paquetes y se lo tendió a Anael para que lo cogiese—. Creemos que puede ser útil para todos.

Santiago fue el primero en abrir el paquete envuelto en un papel de regalo azul. Abrió los ojos al máximo mientras miraba la caja y tragó saliva.

—¿Xiaomi 11 lite 5G NE? —preguntó sorprendido y los miró a todos sin saber qué decir—. ¿Un móvil?

Toda la división sonrió al ver su cara de sorpresa. Anael abrió el paquete rápidamente y sonrió también agradecida.

—Creemos que será bueno para todos —comentó Aitor.

—Sí, a veces es un poco difícil localizarlo, padre… —rio Miguel —, así podremos hablar sin problema. —Se acercó y señaló la caja—.

Me he tomado la libertad de registrar en la agenda el teléfono de cada uno de nosotros.

Santiago asintió y sonrió a todos.

—Vaya, muchas gracias —comentó todavía sin dar crédito.

Anael acabó de abrir también su paquete observando con una sonrisa la caja.

—Sí, muchas gracias.

—De nada —respondieron todos a la vez.

Aitor esperó unos segundos y finalmente fue hacia la puerta.

—Vamos, os llevo a casa.

Santiago y Anael siguieron a Aitor mientras se despedían de todos con una sonrisa. Todos se pusieron manos a la obra para buscar la información que Aitor les había solicitado, excepto Miguel que se acercó a la ventana para observar a Anael y a Santiago entrar en el todoterreno. Su mirada voló hacia la casita a pocos metros de ellos. Su nueva vecina tenía las luces encendidas, pues comenzaba a anochecer. Pudo ver cómo pasaba a través de la ventana, parecía que estaba limpiando. Una sonrisa apareció en su rostro al verla.

—El nuevo número de Paula es de contrato —informó Daniel haciendo que Miguel volviese de sus pensamientos y se girase hacia él —. Está a nombre de su padre.

Miguel asintió y fue hacia él.

—¿Puedes acceder a su WhatsApp y a su listado de llamadas? —preguntó sentándose a su lado.

Daniel asintió mientras tecleaba. Poco después señaló la pantalla.

—Aquí está. —Ambos observaron la gran cantidad de mensajes que tenía—. Esta chica tiene un problema con el móvil, no deja de hablar por él.

—Menuda cotorra —susurró Miguel acercándose a la pantalla del ordenador.

Daniel suspiró.

—Bueno, pues vamos a leer… a ver qué encontramos.

Miguel suspiró y cerró los ojos armándose de paciencia, pensaba que leer los mensajes de una adolescente con aspiraciones a bruja sería interesante, incluso entretenido, pero le estaba resultando agotador.

Miró a Daniel que observaba la pantalla del ordenador con una ceja enarcada.

—WTF significa *What the fuck*, lo que se podría traducir como "¿Qué demonios?" o "¿Qué me estás contando?".

Daniel puso los ojos en blanco y negó con su cabeza.

—Joder… —susurró—, ¿por qué tienen que hablar así? Parece una conversación encriptada.

Lucas que permanecía en el ordenador a su espalda rio.

—No estáis en la onda —bromeó.

Miguel puso los ojos en blanco ante los comentarios de su compañero y volvió a buscar en la pantalla de su ordenador.

—LOL es… como si te estuvieses riendo a carcajadas —explicó.

—¿Y por qué no pone "jajaja" como todo el mundo? —preguntó Daniel ofendido.

—Yo que sé —comentó Miguel molesto—. Están… como cabras —susurró.

Aitor hizo acto de presencia en la oficina y entró mientras se quitaba la chaqueta.

—Hola —saludó.

—¿Ya están en casa? —preguntó Marcos.

Aitor asintió y fue hacia su mesa para apoyarse.

—Decidme, ¿habéis encontrado algo interesante?

Marcos negó.

—Ninguna noticia importante que nos dé alguna pista. —Se encogió de hombros.

Aitor miró a Víctor y a Lucas.

—Nada, jefe. Más de lo mismo —comentó Lucas.

—Igual que él —señaló Víctor a su compañero—. Quizá podríamos hablar con Susana, es posible que sepa algo.

Aitor asintió.

—Ya lo había pensado —comentó—, pero prefería primero hacer nuestras investigaciones. —Miró a Miguel y a Daniel—. ¿Y vosotros? ¿Qué hay de nuestra querida amiga Paula? —bromeó.

Miguel puso los ojos en blanco.

—Nada importante, excepto que tiene un *crush*…

—¿Un qué? —preguntó Aitor.

—Un flechazo —comentó Miguel con un tono que reflejaba hartazgo—. Pensamos que eso podía ser importante, lo mismo su *crush* era el demonio —ironizó—, pero no. Por lo visto está enamorada de un miembro de un grupo musical coreano que se llama… mmm…

—BTS —le recordó Daniel y luego se encogió de hombros—. Hemos escuchado alguna canción y, la verdad, están bastante bien.

—Sí, son pegadizas —le dio la razón Miguel—, y tienen ritmo.

Aitor arqueó una ceja.

—Al teeema, que os dispersáis —comentó arrastrando las palabras con paciencia.

Miguel chasqueó la lengua.

—Pues aparte de que hemos aprendido vocabulario como *crush* o que se ríen diciendo LOL y usan expresiones como WTF… nada interesante, jefe.

Daniel intervino de nuevo.

—Parece que la muchacha dice la verdad. No hay ningún mensaje que refleje que siga en esa secta satánica o que mantenga contacto con ella. —Aitor se quedó pensativo y asintió ante las explicaciones de su amigo—. Hemos mirado, por si acaso, si tenía más móviles a su nombre y no. Solo tiene este. —Finalmente Daniel se encogió de hombros.

Aitor resopló y se sentó en la silla.

—Pues entonces solo nos quedan dos opciones: uno, que Susana sepa algo, o dos, hablar con Paula otra vez —comentó Aitor.

—No soltará prenda —recordó Daniel.

—Ya… mmm… —Miguel levantó una mano para intervenir—, puede que gratuitamente no, pero ¿y si le ofrecemos algo a cambio de información? —comentó divertido.

Todos lo miraron intrigados.

7

Elena metió la taza donde se había servido el café en el lavavajillas y fue hacia el aseo. Se miró de nuevo. Se había vestido elegante, con una camisa blanca y un conjunto de falda y chaqueta color ocre a conjunto con unos zapatos de tacón. Quería causar buena impresión.

Se pintó de nuevo los labios, se pasó la mano por el cabello que había planchado y dejado liso y fue hacia la cocina de nuevo a coger las llaves del vehículo y el bolso.

Estaba nerviosa. Después de un fin de semana en el que no había parado de acondicionar su nuevo hogar, ni siquiera había tenido tiempo de sentarse y evaluar los cambios en su vida. En parte, era mejor así, aún le producía vértigo pensar en lo que había hecho.

Era lo que debía hacer, las agresiones cada vez habían ido a más y había cosas de él que no lograba comprender. Cuanto más lejos mejor.

Había pensado un montón de veces en denunciarlo, pero él, por su profesión de fiscal, tenía muchos amigos en la policía y en los juzgados. Aquello la asustaba. No, lo mejor era huir, alejarse de él tanto como pudiese. La denuncia siempre podría ponerla, pero sabía cómo funcionaba la ley. Lo único que necesitaba era poner tierra de por medio e iniciar una nueva vida.

Además, el horario era fantástico y le permitiría tener más tiempo libre. Todas las mañanas de nueve a dos y dos tardes, las de los martes y los jueves, de cuatro a seis.

Cogió su bolso y se dirigió a la puerta. Aún le parecía increíble cuando se despertaba por las mañanas y veía la luz del sol entrar por la ventana.

Cerró la puerta con la llave y buscó en el bolso las llaves del vehículo. Fue hasta él justo cuando escuchó unas voces masculinas. Se giró para ver cómo tres de sus vecinos salían por la puerta. Reconoció a Miguel de inmediato y este pareció captar su mirada porque mientras se dirigía al todoterreno elevó su mano para saludarla.

—Buenos días, vecina —comentó con una sonrisa, lo que provocó que Daniel y Marcos se girasen hacia ella.

A uno de los dos chicos ya lo conocía, según recordaba se llamaba Daniel, sin embargo, al otro no lo había visto. ¿Cuántos chicos vivían ahí?

—Buenos días —contestó ella con una sonrisa abriendo la puerta de su vehículo.

Miguel la miró de la cabeza a los pies mientras rodeaba su todoterreno para acceder al asiento del conductor mientras Daniel abría la puerta del copiloto y Marcos la trasera.

—Qué elegante —comentó Miguel.

Elena sonrió intimidada por sus palabras mientras se sentaba en el asiento.

—Es mi primer día de trabajo —comentó con timidez.

Miguel asintió mientras se sentaba en el asiento del conductor.

—Buena suerte —dijo con una cálida sonrisa.

—Gracias —respondió ella antes de cerrar la puerta.

Miguel cerró la puerta de su todoterreno y esperó a que Elena arrancase y pasase primero por la carretera.

—Buenos días, vecina —comentó Daniel a modo de burla, imitando la voz grave de Miguel. Miguel lo miró de reojo—. Te mola, ¿eh?

Miguel suspiró e ignoró a su compañero mientras ponía primera y aceleraba. Marcos, sentado en la parte trasera, rio e imitó también la voz grave y el acento andaluz de su compañero.

—Buena suerte… —Miguel lo escudriñó a través del retrovisor—, y, en cuanto pueda, te empotro contra la pared y…

—Oh, venga yaaa —se quejó Miguel interrumpiéndolo—. Qué bruto eres. —Volvió su atención a la carretera—. ¿No se puede ser amable con una chica?

—Claro, por supuesto —comentó Daniel colocando una mano en su hombro y dio una palmadita—. Siempre eres muy amable con el género femenino.

Marcos volvió a reír mientras Daniel apartaba la mano de su hombro.

Miguel chasqueó la lengua, sí, sus compañeros no iban mal encaminados con sus intenciones. Aquella muchacha le parecía atractiva de verdad.

—Bueno, ¿dónde creéis que estará Paula? —cambió Miguel de tema.

Daniel miró hacia delante observando que su vecina Elena conducía a pocos metros.

—Va un poco lenta, ¿no? —señaló hacia el vehículo de Elena.

—Una chica precavida —comentó Marcos desde atrás.

Miguel puso los ojos en blanco tratando de evadir el tema.

—¿Voy a la biblioteca? —insistió él.

Daniel se encogió de hombros.

—Prueba a ver, la última vez vimos que venía de ahí, si no siempre podemos ir a la cafetería o a la plaza.

—O a su casa… —comentó Marcos desde atrás.

Miguel enarcó una ceja y negó.

—Si está en su casa esperaremos a que salga. No pienso llamar al timbre. —Siguió con su mirada al vehículo de Elena que giraba en el cruce a la izquierda para acceder al centro del pueblo.

—Adiós, vecina —ironizó Daniel—. En breve te invitaré a tomar un café —volvió a bromear imitando el acento andaluz.

Miguel resopló y volvió a prestar atención hacia delante.

—Entonces, ¿a la biblioteca? —preguntó.

—A la biblioteca —confirmó Daniel.

La Biblioteca Pública Municipal de Monforte de Lemos se encontraba situada en la plaza de España.

Marcos había sido el encargado de entrar en la biblioteca y buscar a Paula. La había encontrado sentada en una de las mesas entre unas estanterías, concentrada, ni siquiera había elevado la mirada hacia él.

Había salido de la biblioteca haciendo un símbolo de victoria.

—Está ahí —comentó acercándose a ellos—, parece bastante concentrada.

—Pues sí que es estudiosa esa chica —comentó Daniel—, una lástima que sea satanista —ironizó.

Miguel miró hacia la puerta de la biblioteca.

—¿Hay mucha gente? —preguntó a Marcos.

—Un par de personas más.

Daniel señaló hacia una cafetería situada en una esquina de la plaza. Había varias carpas de color rojo con el nombre de la cafetería: Cafetería La Luna. Varias personas desayunaban allí aquel día.

—¿Os apetece? —propuso Daniel.

Miguel miró hacia la biblioteca de nuevo y luego la trayectoria que había hasta la cafetería. Si se sentaban en la terraza tendrían vigilada la puerta de salida de la biblioteca. No se les escaparía.

—Dejémosla estudiar un poco, ya la interceptaremos cuando salga —contestó Miguel señalando hacia la cafetería.

Fueron y se sentaron bajo la carpa.

—Desde aquí tenemos la entrada vigilada. La veremos si sale —dijo Marcos.

Poco después los tres tomaban un café con leche y un bocadillo.

Miguel miró su móvil mientras daba un bocado y sonrió.

—Qué ansioso es Aitor. —Miró a sus compañeros—. Me pregunta si hemos hablado ya con Paula. Voy a llamarlo. —Miró su reloj de muñeca que marcaba las once y pulsó el nombre de él en la agenda.

Marcos se puso en pie y se sacudió las manos.

—¿Queréis algo más? Voy a pedirme una cerveza.

—Pídeme otra —dijo Miguel.

—Y a mí —intervino Daniel rápidamente.

Cuando Marcos entró a la cafetería Aitor descolgó el teléfono al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Miguel.

—¿Habéis hablado ya con Paula? —preguntó Aitor directamente.

Miguel sonrió a su compañero y miró alrededor. Las personas que había en la cafetería estaban bastante alejadas. Puso el manos libres.

—Te tengo en manos libres para que escuchen Daniel y Marcos. —Miró hacia dentro de la cafetería donde vio que su compañero pedía la bebida y salía de la cafetería. Marcos llegó a la mesa y se sentó—. Ya estamos todos. Y no, aún no hemos hablado con Paula. Está en la biblioteca estudiando… no queremos interrumpirla.

—¿Interrumpirla? —preguntó Aitor un poco alterado—. ¿Tengo que recordaros lo que tenemos entre manos? Creo que es bastante urgente.

—¡Tres cervecitas bien fresquitas marchando! —comentó el camarero llegando a la mesa con una bandeja en la mano donde había tres botellines.

—¿Cervezas? —preguntó Aitor.

Miguel sonrió directamente hacia sus compañeros cuando escuchó el tono sofocado de su jefe.

—A tu salud, jefe —comentó Miguel guiñando un ojo a sus compañeros mientras el camarero se alejaba.

Aitor resopló.

—Por favor, id a hablar con Paula y…

—Oye, queremos ganarnos la amistad de Paula, ¿no? —lo interrumpió Miguel—, pues si la interrumpimos en sus horas de estudio no creo que le haga gracia. Déjame a mí, sé cómo ganármela. —Escuchó el suspiró de Aitor—. ¿Has hablado ya con Paco?

—No, cuando tengamos una respuesta por parte de Paula veré qué le digo —contestó.

Daniel se acercó al teléfono.

—¿Y con Susana? —preguntó este.

Aitor que estaba en la oficina se giró hacia Víctor que en ese momento se mantenía también al teléfono.

—Víctor está hablando ahora mismo con ella.

Víctor se giró hacia su jefe y negó.

Aitor chasqueó la lengua.

—Parece que Susana no conoce a ningún grupo satánico —comentó con desagrado—. Así que solo nos queda vuestra opción.

—Tranquilo jefe, lo conseguiremos —comentó Miguel con

confianza.

—Eso espero, porque no se me ocurre otra forma.

—Te decimos algo en cuanto hablemos con ella —dijo Marcos.

—De acuerdo, pero no tardéis mucho. —Miguel puso los ojos en blanco al escuchar aquellas palabras—. Hasta luego.

—Hasta luego —se despidió Miguel antes de colgar.

Cogió su botellín de cerveza y dio un sorbo. Luego sonrió a sus amigos.

—Me encanta hacerlo rabiar —dijo divertido.

Daniel rio ante su comentario y miró hacia la puerta de la biblioteca.

—De todas formas, no sabemos cuánto rato estará Paula en la biblioteca. Si para las doce no ha salido creo que deberíamos ir a buscarla.

Miguel se encogió de hombros.

—Me parece bien, aunque supongo que en algún momento deberá salir para comer.

Marcos se apoyó en la mesa después de dar un trago y lo miró con sus grandes ojos azules.

—¿Qué plan tienes con Paula? —preguntó a Miguel.

Daniel sonrió.

—¿Pretendes ligártela?

—Por Dios, si es una niña —dijo Miguel.

—Te interesa más nuestra vecina, ¿no? —continuó Daniel con la broma.

Miguel lo escudriñó con la mirada.

—Pues sí. Estoy más interesado en ella que en la satanista. —Luego sonrió de forma enigmática a sus amigos—. Aunque hay muchas formas de seducir a una mujer.

Tanto Daniel como Marcos enarcaron una ceja hacia él. Iban a preguntar cuando Miguel se puso en pie.

—Eh, eh… que sale —dijo Miguel acelerado dejando el botellín sobre la mesa.

Marcos se llevó su botellín a los labios y dio un largo trago consumiendo prácticamente todo el contenido y se puso también en pie.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Daniel imitando a sus compañeros, levantándose de la silla. Para sorpresa de los tres Paula giró y fue directa hacia la cafetería. De nuevo, volvía a vestir un top de color negro y unos tejanos del mismo color—. ¿Esta chica no tiene ropa de otro color?

Miguel puso su espalda recta cuando vio que se dirigía directa hacia ellos, aunque no parecía haberse dado cuenta de que estaban allí, ya que iba mirando su móvil.

—Sentaos —ordenó él tomando asiento de nuevo.

—¿Qué? —preguntó Marcos.

—Que te sientes, Marcos —insistió Miguel.

—Que me llaméis Marc, joder —se quejó este mientras tomaba asiento.

Daniel los imitó mientras veían a la chica llegar hasta la cafetería y entrar en el interior.

—Disimulad, disimulad… —comentó Miguel cogiendo su botellín de cerveza.

Marcos hizo lo mismo y se llevó el botellín a los labios, aunque chasqueó la lengua cuando con un pequeño trago se acabó en contenido.

—Mierda —susurró viendo que se la había bebido.

Daniel se giró hacia atrás y vio que Paula estaba en la barra.

—Un café con leche para llevar, por favor —comentó esta.

Daniel se giró hacia ellos.

—Se va a pedir un café para llevar —susurró.

—Ya lo hemos oído —comentó Miguel mirando de reojo hacia el interior de la cafetería.

—Supongo que volverá a la biblioteca —dijo Marcos por lo bajini.

Los tres se quedaron unos segundos en silencio.

—¿Qué hacemos? —comentó Daniel.

Miguel vio de reojo cómo Paula pagaba y cogía un vaso de plástico. Sí, parecía que la muchacha iba a volver a la biblioteca.

—Seguidme el rollo —comentó mientras cogía su botellín y le daba un sorbo, disimulando. Rio elevando el tono como si estuviese manteniendo una divertida conversación con sus compañeros. Miró directamente a Marcos—. Bueno, invitarás tú, ¿no? Que con la excusa siempre pagan los demás…

—¿Qué? —preguntó Marcos.

Miguel se giró hacia Paula justo cuando esta salía por la puerta. La reacción de ella fue inmediata al coincidir con la mirada de él. Se quedó totalmente estática.

—Hola, Paula —comentó Miguel con sorpresa.

Paula resopló y puso los ojos en blanco.

—No —reaccionó ella directamente e inició el paso alejándose de la cafetería.

Miguel se puso rápidamente en pie y dio unos pasos rápidos.

—Eh, Paula… —comentó siguiéndola mientras sus dos compañeros se ponían en pie—, espera un momentito.

Paula se giró hacia él sin dejar de caminar.

—¿Me estáis vigilando? —preguntó mosqueada.

—Queremos hablar contigo.

Paula no redujo el paso.

—No quiero hablar más con vosotros. Ya se lo dije a tu amigo… —señaló hacia Daniel que permanecía quieto al lado de la mesa—, solo quiero recuperar mi vida.

Miguel la rodeó y se situó frente a ella cortándole el paso.

—Oye, oye… que venimos en son de paz, de verdad.

Paula intentó rodearlo, pero él volvió a cortarle el paso.

—Estoy estudiando —comentó molesta—. Y si no te apartas… gritaré —lo amenazó.

—No, no hagas eso, por favor —suplicó. Miró hacia los lados y suspiró—. Necesitamos… tu ayuda.

Paula pestañeó sorprendida por las palabras de él.

—¿Qué?

Miguel se acercó más.

—Que necesitamos tu ayuda —repitió Miguel.

Paula enarcó una ceja y se giró hacia los dos chicos que esperaban en la mesa. Miró a Miguel de la cabeza a los pies sin dar crédito a lo que decía.

—¿Ayuda para qué? —preguntó intrigada. Al menos parecía que había captado su interés.

Miguel apretó los labios y miró hacia los lados.

—Si nos das diez minutos te lo explicaremos todo. —Paula se removió inquieta—. De verdad, serán solo diez minutos, y luego podrás volver a tu biblioteca a estudiar lo que sea que estés estudiando.

Ella se cruzó de brazos.

—Genética molecular —comentó—. La semana que viene comienzo el segundo año del grado de biología y quiero prepararme un poco.

—Qué interesante —la miró sorprendido—. No sabía que estudiabas biología.

—Será porque no te lo había dicho —comentó ella a regañadientes—. Da la casualidad de que siempre que me asaltáis es para amenazarme.

Él chasqueó la lengua.

—Te aseguro que esta vez no. —Suspiró y miró hacia atrás—. Vamos, tómate el café con nosotros y te explicamos el problema que tenemos, quizá puedas ayudarnos. —Paula no parecía muy segura, aunque estaba claro que la había dejado con la intriga—. Además, siendo bióloga te interesará mucho más… —Ella enarcó una ceja, parecía que con aquello no bastaba—. La primera noche que nos vimos en tu casa…

—Sí, cuando me asaltasteis —recordó ella de mal humor.

Miguel miró hacia los lados asegurándose de que no había nadie.

—Estabas siendo mala, recuerda —dijo acelerado, lo que provocó

que ella se cruzase de brazos y comenzase a dar golpecitos con el pie en el suelo, reflejando su impaciencia—. Esa noche no te mostramos de lo que somos capaces… —Esta vez sí que captó toda su atención, sobre todo cuando Miguel miró hacia los lados nervioso—, tenemos unos dones especiales.

Ella enarcó una ceja, incrédula.

—¿Qué dones?

Miguel suspiró.

—¿Tienes algo que corte? —preguntó.

—No.

Miguel apretó los labios y se giró hacia la mesa.

—Ven y te lo mostraré —dio un paso hacia atrás para que le siguiese—. Vamos, solo te pedimos diez minutos.

—¿Y después me dejaréis en paz para siempre? —preguntó ella con ironía.

—Mmm… eso no puedo asegurártelo —respondió con sinceridad —, lo que sí puedo asegurarte es que cuando quieras irte a la biblioteca lo harás sin problema.

Paula resopló, dio un sorbo a su café para llevar y finalmente inspiró con fuerza.

—Está bien, pero solo diez minutos —dijo dando un paso hacia él —. Quiero ver eso que dices que puedes hacer.

—Gracias, gracias —respondió Miguel mientras caminaban juntos hacia la mesa.

Caminaron hasta la mesa y, antes de llegar, Daniel y Marcos se sentaron. Para cuando Miguel y Paula llegaron a la mesa ambos la miraban fijamente.

—Siéntate —dijo Miguel colocando una silla a su lado.

Paula suspiró y se sentó aún no muy segura. Miró hacia Daniel que le sonrió divertido.

—Hola otra vez, Paula.

—Hola —respondió ella de mala gana. Se giró directamente hacia Miguel—. De acuerdo, a ver… ¿qué tienes que enseñarme?

Miguel cogió el cuchillo con el que había cortado el bocadillo y lo colocó en la palma de su mano.

—¿Qué haces? —preguntó ella asustada.

Daniel protestó, pues sabía las intenciones de Miguel.

—Eso mismo digo yo… ¿qué vas a hacer? —Daniel no estaba de acuerdo con mostrarle a Paula de lo que eran capaces.

Miguel arrastró el cuchillo por la palma de su mano realizándose un profundo corte. Ni siquiera se quejó, como si no hubiese sentido ningún dolor.

—¡¿Estás loco?! —gritó Paula.

—Eh, eh… —dijo Miguel soltando el cuchillo en la mesa—, mira

mi mano. —Se la mostró.

—Joder —se quejó Marcos—, que nos pueden ver —susurró.

Paula observó cómo un reguerillo de sangre resbalaba por su muñeca proveniente de un corte bastante largo, aunque le llamó la atención que, de repente, dejó de sangrar y la carne comenzó a juntarse lentamente haciendo que la herida desapareciese.

Paula emitió un pequeño grito y estuvo a punto de levantarse, pero Daniel colocó una mano en su hombro obligándola a guardar asiento.

—Eh, tranquila —comentó en un tono calmado, aunque miró a Miguel molesto—, ¿cómo se te ocurre enseñárselo?

Miguel apretó los labios.

—Necesitamos su ayuda —susurró él también.

Paula tragó saliva y miró impresionada a Miguel.

—¿Cómo… cómo lo has hecho? —gritó.

—Shhh… —la previno Miguel que ya no tenía ninguna marca en la mano—, baja el tono.

Paula miró hacia los lados, consciente de que lo que le habían mostrado parecían guardarlo en el más absoluto secreto.

—¿Cómo? —insistió ella en un tono más bajo esta vez.

Miguel suspiró, al menos ya había captado del todo su atención.

—Somos especiales —comenzó a explicar—, nacemos con determinadas habilidades…

—¿Qué habilidades? ¿Hay algo más aparte de que… —señaló su mano—, cicatrices con tanta rapidez?

Miguel controló que no hubiese nadie cerca.

—La velocidad y la fuerza.

Paula los miró asombrada.

—¿Todos podéis hacer esto? —preguntó sin dar crédito. Daniel y Marcos asintieron débilmente, lo que provocó que ella pestañease y pusiese su espalda recta—. ¿Habéis hecho un pacto con el diablo?

—¡No! —gritó Miguel un poco más alto, aunque intentó relajarse —. ¿Por qué todo tiene que ver con el dichoso diablo? Nosotros nacimos así, con estas habilidades para combatir precisamente a los demonios… Pertenecemos a una organización secreta.

Paula lo miraba muy interesada.

—¿Una organización secreta? —preguntó emocionada, desde luego que con aquella demostración había captado toda su atención.

Miguel asintió y miró a Daniel, el cual puso los ojos en blanco al comprender lo que su amigo estaba haciendo.

—Sabemos que no eres mala persona, simplemente has tenido amistades…. —no supo cómo seguir.

—Complicadas —apuntó Marcos.

—Eso —dijo Miguel dándole la razón—. Necesitamos tu ayuda…

nos gustaría que… te unieses a nosotros. —Daniel volvió a poner los ojos en blanco—. Somos los buenos, intentamos ayudar a la gente.

Paula se echó hacia atrás intentando asimilar lo que había visto. Volvió a mirar la mano de Miguel, ya sin ninguna cicatriz, como si jamás se hubiese cortado.

—¿Es por las plaquetas? —preguntó ella inmersa en sus pensamientos.

—¿Qué? —preguntó Miguel.

—La regeneración… debéis tener más plaquetas de la cuenta o unas plaquetas más eficaces que el resto de personas.

—Paula… —la cortó Daniel—, necesitamos que…

—¿Podría examinar vuestra sangre? —preguntó emocionada.

Miguel chasqueó la lengua.

—Podría dejarte examinar mi sangre si aceptas ayudarnos.

La sonrisa se borró del rostro de Paula y los miró seriamente.

—¿Qué necesitáis? —preguntó más seria.

Miguel se acercó a ella.

—¿Te suena de algo la secta Thelema? —preguntó.

No hizo falta que respondiese, pues su semblante se tornó blanquecino.

—Ya os he dicho que no quiero saber nada sobre eso…

—Escucha —continuó Miguel en un susurro—, sabemos que la secta a la que querías pertenecer se llama Thelema. Es una organización secreta de magia negra. —Paula, nerviosa, se frotó las manos y apretó los labios—. Necesitamos entrar en esa secta.

Ella lo miró asombrada.

—¿En Thelema? —Miguel asintió—. Ni siquiera yo logré entrar, por vuestra culpa —les respondió.

—¿Cómo accediste a ella?

Paula suspiró y miró hacia los lados con nerviosismo. Se frotó el brazo, intranquila, y tragó saliva.

—Este no es un buen sitio para hablar de esto —susurró cabizbaja —. Vayamos a otro lugar.

8

Aitor no salía de su asombro. Miró la espalda de Paula que permanecía hablando con su madre por teléfono al final de la gran sala que usaban a modo de oficina.

—Sí, mamá, no te preocupes. Seguramente me cogeré un bocadillo y después volveré a la biblioteca —susurró.

Aitor resopló y miró seriamente a Miguel.

—¿Cómo se te ocurre?

Miguel extendió los brazos hacia los lados.

—Eh, nos va a ayudar, ¿no? —preguntó como si no comprendiese la actitud de su jefe.

—Eso aún no lo sabemos —comentó Víctor que tampoco parecía estar de acuerdo con lo que había hecho su compañero.

—Claro que nos ayudará. La colega… —señaló hacia ella—, está emocionadísima. Deberías haber visto cómo le brillaban los ojos cuando le dije que pertenecíamos a una sociedad secreta —susurró. Aitor y Víctor resoplaron al escuchar aquello—. Solo hay que hablarle como si… no sé, como si fuésemos Los Vengadores y quisiésemos ficharla.

Aquellas palabras provocaron que todos cerrasen los ojos y suspirasen.

—Has metido al enemigo en casa —comentó Aitor con los dientes apretados.

Miguel enarcó una ceja y miró hacia Paula que aún seguía de espaldas a ellos.

—No, mamá, hoy me estoy mirando genética molecular, es una de las asignaturas del segundo grado. Quiero ir preparada.

Miguel miró seriamente a Aitor.

—¿En serio? —preguntó casi poniendo los ojos en blanco—. La chica solo quiere un poco de acción en su vida…

—Es una satanista —le recordó.

Miguel extendió los brazos hacia los lados.

—Reconvertida —pronunció lentamente—. Daniel y yo leímos

todos sus mensajes de WhatsApp y ya no hace alusión a nada de eso.

Daniel dio un paso al frente y chasqueó la lengua.

—Bueno… —comentó interviniendo—, a mí tampoco me parece tan mala idea. —Se encogió de hombros y Miguel lo miró de reojo, sonriente—. No son temas que se puedan hablar con claridad en la calle tomando una cerveza. Además, sí que parecía realmente emocionada después de que Miguel le mostrase una pequeña parte de lo que somos capaces de hacer.

Aitor resopló y se pasó la mano por los ojos.

No era la idea que tenía, lo que menos quería era involucrar a más gente y, obviamente, tener a una de las satanistas en su propia casa no le hacía ni pizca de gracia.

—Nos hizo muñequitos de vudú, ¿recordáis? —comentó mosqueado.

Miguel sonrió.

—Y lo monos que son, yo aún conservo el mío —bromeó.

Todos guardaron silencio y se giraron cuando escucharon que Paula se despedía de su madre.

Paula guardó el móvil en su bolso y se giró hacia ellos observando a su alrededor. La casa a donde la habían llevado era bastante grande. Habían aparcado en el parquin privado y, posteriormente, subido a la planta más alta en ascensor.

Tras llegar a la oficina, su madre la había interrumpido con una llamada y se había separado levemente para tener un poco de intimidad.

Miró a los seis chicos que tenía por delante.

—¿Aquí es donde vivís? —preguntó con curiosidad, sin dejar de mirar de un lado a otro.

—Vamos al tema que nos interesa —comentó Miguel dando un paso hacia delante, aunque tuvo que dejar de hablar cuando Aitor se adelantó.

—Paula, creo que no es preciso que te diga que lo que has visto y lo que se te explique no puede salir de aquí… —comentó Aitor acercándose a ella. Paula debía recordar las últimas amenazas que le había hecho porque dio un paso hacia atrás. Miguel carraspeó interrumpiendo el momento. Por el amor de Dios, su jefe no sabía disimular lo más mínimo. En efecto, ella había sido la causante de que a Nerea la poseyese un demonio. Aquella muchacha había ido dejando bolsas con conjuros debajo de las camas de todos los poseídos ocasionando que sus almas se debilitasen, además, reforzaba su acción con vudú. Poco después habían descubierto que realmente ella no tenía ni idea de hacer magia y que todo se trataba de una prueba a la que estaba siendo sometida para ser aceptada en una orden secreta de magia negra.

Miguel también se adelantó y colocó una mano en el pecho de Aitor, frenándolo.

—Creo que ya lo sabe —comentó intentando calmarlo.

Paula se mordió el labio inferior, intimidada.

—Si dices algo o nos la juegas te aseguro que no habrá tierra suficiente para que te escondas de mí y…

—Ya, ya… —lo interrumpió de nuevo Miguel y lo empujó levemente hacia atrás, colocándose enfrente—. ¿Te quieres calmar, idiota? —susurró hacia él. Lo empujó más, distanciándolo, y se giró hacia Paula—. Vamos, siéntate —le ofreció una silla con amabilidad.

Paula fue hasta ella sin apartar la mirada de los ojos de Aitor que la seguían amenazantes. Se sentó y se cogió las manos, estaba realmente nerviosa.

—Hablemos de la orden secreta Thelema… —comenzó Miguel reconduciendo la conversación—, ¿cómo accediste a ella?

Ella apretó los labios y finalmente suspiró.

—No es fácil entrar —comentó sin mirarlos hasta que finalmente elevó su cabeza hacia ellos—. Pertenezco… pertenecía —se corrigió rápidamente—, a un grupo satánico llamado Satanista de Lugo —explicó—. Entré a principios de julio gracias a una amiga y, allí, de vez en cuando, acude uno de otro grupo para intentar captar a gente. —Tragó saliva—. Buscan… nuevos talentos. —Se encogió de hombros —. Acudió el representante de la orden secreta Thelema y estuvo hablando con nosotros y… se fijó en mí. Decía… decía que tenía un talento especial y que querían contar conmigo en esa orden.

—¿Un cazatalentos satanista? —ironizó Lucas que permanecía apoyado en la mesa, cruzado de brazos—. Lo que hay que ver —susurró.

Paula se removió incómoda.

—Es muy difícil entrar en esas órdenes secretas, así que… me consideré una privilegiada. El hombre me pidió el número de teléfono y me dijo que, si quería entrar en la orden, primero tenía que pasar unas pruebas y luego, si las superaba, podría obtener una entrevista con el hechicero supremo. —Chasqueó la lengua—. Dicen que ese hechicero supremo tiene poderes de verdad y que enseña a sus discípulos.

Miguel se pasó la mano por los ojos, frotándoselos, como si aquel tema le asquease.

—¿Hay alguna forma de entrar directamente a Thelema?

—¿A Thelema? —preguntó, y esta vez rio con ironía—. No. Es la orden suprema satanista, enseñan magia antigua. Solo acceden los escogidos —puntualizó.

Miguel resopló y se giró hacia su jefe.

Aitor inspiró cargándose de paciencia.

—De acuerdo, ¿y a la orden de Satanistas de Lugo? ¿Cómo se accede? —preguntó Aitor.

Ella se removió nerviosa en la silla.

—No es tan fácil, debes tener un padrino —explicó—. No es como echar un currículum y hacer una entrevista de trabajo.

—Bueno, tú entraste por una amiga, ¿no? No será tan difícil —dijo Daniel—. ¿Qué necesitamos?

—Un padrino y nociones de satanismo… —indicó ella, luego los miró intrigada—. ¿Queréis formar parte de un grupo satanista? —preguntó como si no comprendiese nada.

Miguel miró de reojo a su jefe que aún parecía contener sus emociones.

—No exactamente —susurró Miguel.

Aitor dio un paso adelante.

—¿Sabes lo que provocaste con tus acciones? —preguntó en un tono grave.

Paula bajó la mirada.

—Paula va a ayudarnos… —comentó Miguel con voz queda, intentando que su jefe se relajase.

—Decenas de personas lo pasaron fatal, causaste un gran dolor…

—Yo… mmm… no era mi intención. —Se encogió de hombros con gesto arrepentido—. Yo no sabía lo que estaba causando.

—Pensabas que era un juego, ¿no? —continuó Aitor realmente enfadado.

—Sí —reaccionó ella—. Yo no sabía que…

—Mi novia casi muere por tu culpa… —la interrumpió con un grito. Miguel cerró los ojos unos segundos y respiró hondo, aunque pudo ver el gesto angustiado de Paula—. Así que si estás aquí es para ayudarnos de verdad, de lo contrario… márchate.

Paula se mordió el labio intentando mantener la compostura.

—Yo no lo sabía —repitió con la voz apagada—. Yo… solo quería aprender magia.

Aitor puso los ojos en blanco y se giró mientras negaba con su cabeza. Miguel aprovechó para intervenir otra vez.

—Está bien… —comentó intentando apaciguar los ánimos, y miró a Paula—. ¿Puedes ayudarnos a entrar en la orden satanista de Lugo?

Paula puso su espalda recta.

—¿Queréis… entrar… en la orden satanista?

—Obviamente no es para adorar al demonio —indicó Miguel—. Necesitamos dar con el hechicero supremo de Thelema. —Cogió una silla y se sentó frente a ella—. Verás, sabes que con las bolsitas que preparabas y el vudú debilitabas el alma de la persona para que el espíritu de un demonio la pudiese poseer, ¿verdad?

Ella tragó saliva.

—No lo sabía hasta que me lo dijisteis. Yo nunca he querido hacer daño, solo… solo quería formar parte de algo así, aprender magia —volvió a excusarse.

Miguel alzó su mano para que guardase silencio.

—Los demonios encarnados en estas personas traían un mensaje: "Las puertas del infierno se abrirán". —Ella no se inmutó al escuchar aquello—. Necesitamos detenerlos. La orden secreta Thelema posee la magia y el poder suficiente para abrir un portal en el infierno. ¿Lo entiendes?

Ella asintió lentamente.

—Sí, lo entiendo —respondió. Se mojó los labios por los nervios —. Pero ¿cómo puedo ayudaros?

—Ayúdanos a entrar e infiltrarnos.

—¿Yo? —preguntó alzando el tono de voz y luego rio mientras negaba—. Yo no soy nadie, de hecho, no fui a la última reunión que hicieron porque, justamente, estoy intentando apartarme de todo esto —le recordó.

Esta vez Aitor se acercó más calmado.

—Podemos salvar a mucha gente —comentó serio—. Y tú eres la única baza que tenemos.

—Necesitamos tu ayuda —continuó Daniel persuadiéndola.

Ella los miró a todos y se quedó pensativa.

—No va a ser fácil…

—Nos gustan los retos —comentó Miguel divertido —. Daniel y yo somos los que queremos infiltrarnos. Si la forma de llegar hasta Thelema y al hechicero supremo es a través de la orden satánica de Lugo debes ayudarnos a lograrlo.

Ella resopló y apretó los labios. Los miró fijamente y se centró en Miguel y en Daniel.

—No tenéis mucha pinta de satanistas.

Miguel y Daniel se miraron de reojo e hicieron una mueca graciosa.

—Eso se puede arreglar —comentó Daniel.

—¿Habéis estado en alguna misa negra? —Ambos negaron—. Os pillarían rápido.

—No si tú nos ayudas y nos enseñas un poco —insistió Miguel.

Paula comenzó a dar golpecitos con el pie en el suelo, nerviosa, barajando la idea. Se cruzó de brazos y ladeó su cuello.

—¿Y qué saco yo de todo esto? —preguntó ella.

Todos pestañearon al escuchar aquellas palabras.

—¿Qué te parece enmendar el daño que hiciste? —ironizó Aitor.

—Quiero un móvil nuevo, el que tenía me lo robasteis…

Miguel resopló y se pasó la mano por la cabeza revolviéndose el pelo.

—Está bien —aceptó.

—Y… —lo miró pensativa—, quiero aprender a regenerarme como vosotros y a tener esa velocidad y fuerza que dices…

Todos negaron con la cabeza.

—Eso no puede ser —comentó Daniel—. Nosotros no aprendimos estas habilidades, nacimos así.

Ella chasqueó la lengua pensativa de nuevo.

Miguel ladeó su cuello.

—¿Quieres aprender brujería? —preguntó Miguel. Ella asintió—. Está bien. —Se encogió de hombros—. ¿Conoces a la meiga Borealis?

Aitor resopló por detrás.

—No —respondió ella.

—Pues nos da clases todos los días por las mañanas. Nos enseña rituales para invocar demonios, geometría sagrada y de protección, invocación de brujas… —Supo que había dado en el clavo porque Paula abrió los ojos al máximo—. Supongo que podrías venir a alguna clase.

—¿Dais las clases los fines de semana? La semana que viene comienzo en la facultad… —comentó decidida.

Miguel estuvo a punto de caerse de la silla. Madre mía, aquella muchacha estaba obsesionada con el ocultismo.

—Sí, claro —respondió intentando aparentar serenidad.

—De acuerdo —dijo ella rápidamente—, y, además… me gustaría examinar tu sangre. Eso es por deformación profesional de biología —comentó encogiéndose de hombros.

Miguel la señaló.

—Te daré una gotita de sangre y podrás examinarla aquí, en el microscopio que te demos nosotros… —Ella iba asintiendo a todo lo que le decía—, no podrás sacar la sangre de aquí y jamás podrás comentarlo con nadie…

—Sí, sí…

—Además, te daré yo mismo la muestra cuando nos introduzcas en Satanistas de Lugo y recibamos una oferta de Thelema…

Ella desencajó la mandíbula.

—Pero eso no depende de mí. Yo no sé si va a venir el representante de Thelema o si verá algo en vosotros para que…

Miguel se encogió de hombros y se levantó de la silla.

—Pues deberás esforzarte en conseguir esa información. —Ella resopló. Miguel fue hasta ella y le tendió la mano—. ¿Trato hecho?

Ella apretó los labios y tardo un poco en responder, pero finalmente asintió y tomó su mano, aunque no esperaba que Miguel la atrajera hacia él.

—Eso sí… traiciónanos y te arrepentirás el resto de tu vida. —El tono de voz grave y serio que usó provocó que Paula tragase saliva

asustada—. ¿Entendido? —Ella simplemente se limitó a asentir, pues ni siquiera le salía la voz en esos momentos.

Lo cierto era que todos aquellos muchachos eran de gran altura y corpulencia, ella, sin embargo, era una chica bastante delgada a punto de cumplir los diecinueve años.

—De… de acuerdo —aceptó soltándose de su mano y dando un paso atrás.

Miguel miró hacia su jefe y alzó sus cejas repetidas veces en señal de victoria.

—Bien, pues… ¿por dónde comenzamos? ¿Qué debemos aprender? —preguntó.

Ella enarcó una ceja.

—Lo primero que tenéis que hacer es mejorar vuestro vestuario —comentó ella cruzándose de brazos.

Miguel se miró de arriba abajo. Vestía con una camiseta azul oscuro y unos tejanos.

—¿Mejorar? —enarcó la ceja y la miró a ella vestida toda de negro—. ¿Qué le pasa?

—No es lo suficientemente oscura —respondió ella como si fuese obvio—, y llevas el pelo demasiado arreglado.

Miguel cerró los ojos y suspiró.

—De acuerdo, ¿te enseñamos el armario?

Aitor volvió a resoplar y se pasó la mano por el cabello, despeinándose.

—Vale —dijo ella muy animada—, vamos… os convertiré en satanistas —apuntó con una sonrisa.

Elena dejó las bolsas de la compra en la parte trasera del vehículo y se sentó en el asiento del conductor. Agitó las manos para que la sangre volviese a sus dedos después de cargar el peso de las bolsas hasta el vehículo y las masajeó.

Arrancó y se dirigió a su hogar.

El primer día de trabajo había ido bien. Sus nuevos compañeros eran afectuosos con ella y el notario se había mostrado encantador. Nada más llegar a la notaría se había ofrecido a ayudar en lo que necesitasen y había sacado adelante una herencia y dos compraventas. Estaba contenta con su nuevo puesto de trabajo. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras conducía rumbo a su casa desde Monforte.

Su jornada laboral acababa aquel día a las dos. Había ido a casa, comido, se había dado una ducha y tras pasar un rato sentada en el sofá había salido a comprar.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando había llegado a su casita. En principio quería comprarse algo de ropa, pero con la compra en el coche le era imposible, así que como todavía no era muy tarde

aprovecharía para salir a comprar algún conjunto de ropa para el trabajo. Solo había hecho un par de maletas para huir, con la intención de tener algo con qué comenzar.

Había comenzado ya, y la liberación que sentía esos días… la libertad, no tener miedo, no sufrir cuando llegaba la hora de que él volviese a casa… era… no sabía cómo describirlo, pero jamás había sentido una tranquilidad y una paz como aquellas.

Cuando su amiga de la notaría, aquella chica que había llegado pocos meses antes que ella, había visto sus moratones en el brazo no se había andado con tonterías y le había preguntado. Al principio no le había explicado nada, todo era producto de una caída o un golpe fortuito, pero con el paso de las semanas y los meses la confianza había ido creciendo entre ellas y, finalmente, se lo había confesado mientras tomaban un café en un bar a la hora del desayuno.

—No tienes por qué hacerlo —pronunció Elena conteniendo las lágrimas.

—Claro que tengo —respondió su amiga—. No quiero que sufras más —susurró cogiendo su mano con ternura—. No es ninguna locura lo que me has dicho de abandonarlo todo e irte.

Elena le sonrió con tristeza y negó.

—No puedo. ¿Adónde iba a ir? —Suspiró—. Mis padres lo adoran y… —se mordió el labio con timidez—, llevo tanto sin salir con mis amigos que he perdido el contacto con ellos.

Su amiga cogió más fuerte su mano.

—Mi abuela me dejó en herencia una casita en un pequeño poblado de Lugo, cerca de Monforte, podría prestártela. He intentado ponerla a la venta o en alquiler, pero nadie la quiere, así que, para que esté abandonada, podrías usarla tú.

—¿Yo? ¿En Galicia? —preguntó.

—¿Por qué no? —preguntó un poco enfadada—. ¿Vas a seguir dejando que te maltrate? —Elena tragó saliva—. Tienes que espabilar, y yo puedo ayudarte a ello. —Cogió su mano con ternura de nuevo—. Tienes derecho a ser feliz y a vivir sin miedo.

Le había costado tomar aquella decisión, aunque, finalmente, después de otra de sus discusiones donde Mateo la había golpeado con fuerza, le había confirmado su decisión a su amiga y se había puesto manos a la obra. Había cambiado su cuenta bancaria e informado al notario para que ingresase su nómina en el otro banco, su amiga le había prestado un coche y, simplemente, había esperado a que llegase el día para huir de allí.

Si no hubiese sido por ella no lo habría conseguido.

Aparcó frente a la casa y se quedó observándola. El paisaje era precioso y, aunque aquella pequeña aldea estaba un poco alejada de todo, por suerte, a poco más de diez minutos en coche se encontraba

Monforte de Lemos donde podía adquirir todo lo que necesitase.

La sonrisa se borró de su rostro al pensar en Mateo, ¿qué estaría haciendo? La nota que le había dejado había sido clara, si la buscaba o intentaba dar con ella avisaría a la policía.

Miró su reloj de muñeca: las seis y diez.

Suspiró e intentó recomponerse, aquellos pensamientos la hundían, si bien suponía que poco a poco lo iría superando, de hecho, hacía tiempo que no tenía tantas ganas de sonreír como en esos momentos.

Salió del vehículo y se dirigió a la parte trasera para coger las bolsas. Las cargó y cerró la puerta del vehículo con un golpe del pie.

—Ahhh —gimió mientras daba el primer paso cargando las dos bolsas—, madre mía, cómo pesan —susurró.

—Deja que te ayude —comentó una voz masculina a su lado mientras le quitaba a Elena una de las bolsas de la mano.

Al principio Elena se asustó, no esperaba que Miguel estuviese allí. Se detuvo de inmediato, sin reaccionar, mientras él le cogía la bolsa de una mano y se reclinaba para quitarle la otra.

Elena tragó saliva.

—Gracias —comentó aturdida.

—No hay de qué —respondió Miguel con una sonrisa comenzando a caminar hacia la puerta de la casa de ella.

Elena lo siguió mientras buscaba en el bolso las llaves de la puerta.

—¿Cómo ha ido tu primer día de trabajo? —preguntó Miguel.

Ella le sonrió mientras se detenía a su lado y abría la puerta.

—Muy bien —respondió con sinceridad—. Tengo unos compañeros encantadores —respondió dando un paso adelante, entrando en la vivienda—. Pasa —le invitó.

Miguel pasó rápidamente. La casa, en el interior, se veía antigua. Todo tenía un aspecto demasiado rústico, aunque estaba muy limpio. Siguió a Elena hasta la cocina y depositó las dos bolsas sobre el mármol.

Elena le sonrió con timidez y abrió la nevera para meter la compra que había hecho.

Miguel aprovechó para echar un vistazo. La casa de Elena era más pequeña que la suya, e independientemente de eso, la que usaban ellos estaba totalmente reformada, además de protegida contra agentes externos, es decir, vampiros, lobos, brujas…

Se fijó en que una de las puertas que había en el comedor era de cristal y daba a un pequeño jardín trasero.

—Tienes un jardín —comentó él—. ¿Vas a hacer algo con él?

Elena acabó de meter los productos en la nevera y se puso en pie mirando en aquella dirección.

—Tengo intención de arreglarlo. Llevo unos días quitando malas hierbas —pronunció divertida—. Sí, me gustaría dejarlo arreglado.

Miguel asintió.

—Tengo una amiga que de dedica a eso. Es la propietaria del almacén de plantas y flores que hay a la entrada de Monforte —explicó.

—Ahhh… —recordó ella el camino—, sí, me suena de verlo. A la entrada —confirmó ella.

—Sí, si necesitas ayuda Nerea estará encantada.

Ella asintió con una sonrisa. Le apetecía reformar aquel pequeño jardín. Le gustaría poner flores, césped y un pequeño balancín donde pasar las tardes tumbada con un buen libro entre las manos, disfrutando de la tranquilidad y de la paz que se respiraba en aquel lugar.

—No descarto la idea. Siempre va bien contar con ayuda profesional —comentó cerrando la nevera.

Miguel se quedó observándola. Tenía una sonrisa preciosa. Aquella muchacha era increíble.

—¿Tu día qué tal ha ido? —preguntó ella intentando dar algo de conversación.

—Bien —se encogió de hombros—. Sin mucho trabajo.

Ella se mordió el labio.

—¿De qué trabajas?

—Soy policía —respondió rápidamente.

Aquella información la sorprendió.

—¿Policía? —Él asintió directamente. Claro, no le iba a decir que trabajaba para una organización secreta perteneciente al CNI llamada DAE, División de Agentes Externos, y que justamente lo que hacían era acabar con toda amenaza sobrenatural. Desde el CNI los proveían con placas de policía y todo lo necesario para que esa coartada funcionase—. ¿Y tus amigos? —preguntó sorprendida.

—También, trabajamos juntos. Aprobamos las oposiciones y nos destinaron aquí. Decidimos cogernos una casa juntos para comenzar.

—Ahhh —respondió sin salir de su asombro.

Miguel se quedó observándola, Elena se había quedado pensativa.

—Oye, mmm… no sé si tienes algo que hacer ahora…

Ella reaccionó y se encogió de hombros.

—Quería descargar la compra y volver a Monforte, necesito comprar algo de ropa.

Miguel abrió los ojos, sorprendido.

—¿En serio? —preguntó asombrado—. Yo iba a Monforte a lo mismo. Según una… amiga —comentó no muy convencido—, necesito renovar mi vestuario —acabó riendo.

Ella lo miró de la cabeza a los pies. Miguel vestía unos tejanos

oscuros y una camiseta de manga corta color azul claro. A ella ya le parecía bien cómo iba vestido, de hecho, aquellos tejanos le quedaban espectaculares. Apartó la mirada de él, contrariada con el pensamiento que había tenido.

—¿Te apetece que vayamos juntos? —preguntó él rápidamente—. No es fácil aparcar por el centro —puntualizó.

¿Ir con Miguel? Apenas lo conocía. Parecía un chico amable e incluso la trataba con ternura, pero ya sabía que no podía fiarse de las apariencias. Por otro lado, le iría bien hacer amigos para no sentirse tan sola allí, y Miguel parecía encantado con la idea, además, el hecho de que fuese policía y saber que a pocos metros de ella había varios más le daba tranquilidad. ¿Por qué no?

—Claro —acabó diciendo.

—Estupendo. Podemos tomar algo también si te apetece, así hablamos —dijo dirigiéndose a la puerta.

—Me parece bien —sonrió ella entusiasmada también con la idea de salir a tomar algo y pasar un rato agradable en compañía. Aquella última semana se había sentido bastante sola allí—. Cogeré la chaqueta —dijo dirigiéndose a la planta de arriba—, por la noche refresca un poco.

—De acuerdo, te espero en el coche. Vamos con el mío —comentó Miguel saliendo por la puerta y dirigiéndose a su todoterreno.

En cuanto salió, instintivamente echó la vista hacia arriba, hacia aquella ventana que daba al comedor desde donde, muchas veces, su jefe lo observaba. Bien, ahora no había nadie, mucho mejor así, pues sabía que si Aitor veía que su nueva vecina se subía en uno de sus todoterrenos se echaría las manos a la cabeza.

Elena subió a la segunda planta y fue directa a la que era su habitación. Abrió el armario y cogió la chaqueta tejana. Miró su fondo de armario, realmente necesitaba hacerse con unos cuantos conjuntos para trabajar, y tampoco le iría mal hacerse con algo de ropa para el día a día.

Se giró y observó a través de la ventana a Miguel entrando en el todoterreno. El hecho de que le hubiese dicho que era policía le transmitía tranquilidad. Ya le había dicho su amiga que en la casa cercana a la de su abuela vivía un grupo, pero no había tenido mucho contacto con ellos, por no decir ninguno, aunque sí le había dicho que parecían agradables. Al menos no se sentía tan sola. Se sentía emocionada por salir a tomar algo sin la necesidad de ir girando el cuello de un lado a otro en busca de Mateo y, ante todo, por no tener miedo a volver a casa.

Los recuerdos de los últimos días junto a él volvieron a su mente, pero desechó la idea de inmediato, no era momento para compadecerse, ahora era su momento, el momento que había

esperado durante tantos meses. Ahora solo se limitaría a ser feliz.

Bajó las escaleras y salió de la casa echando la llave. Se echó el bolso al hombro y caminó hacia ese enorme todoterreno. Miguel tenía la ventanilla del asiento del conductor bajada y había sacado su brazo por ella.

—Vamos, sube —la animó.

Ella sonrió con timidez y rodeó el vehículo hacia la puerta del copiloto.

El vehículo era enorme por dentro. Se sentó en el mullido asiento y cerró la puerta. Se sorprendió cuando vio la cantidad de botones que había en el salpicadero.

—Vaya —comentó divertida cogiendo el cinturón de seguridad—, qué moderno.

Miguel asintió sin decir nada más. Esos todoterrenos estaban preparados para hacer frente a fuerzas paranormales, de modo que emitían luz solar pudiendo acabar así con un vampiro o cegar a un hombre lobo, también podían tintarse todos los cristales y la parte de atrás del vehículo, el maletero, estaba forrado en plata, lo que debilitaba a seres paranormales, además, aunque ahora no las llevaban puestas, podían colocarse unas cadenas para sujetar a quien llevasen preso.

El vehículo permitía, como mínimo, poder transportar a siete personas: el conductor y el copiloto, tres personas en el asiento trasero y en el maletero se ubicaban dos asientos pequeños plegables.

—Sí, está a la última moda —bromeó él mientras arrancaba. Se fijó por última vez en la ventana de su casa, asegurándose de que nadie lo viese y comenzó a circular. Realmente no le importaba mucho si su jefe o sus compañeros se daban cuenta, pero de esta forma, al menos, se evitaría una charla.

Miró a Elena de reojo, se la notaba bastante tímida, aunque esperaba que poco a poco fuese abriéndose con él. Le parecía una chica muy atractiva y, por lo poco que había conversado con ella, era encantadora. Sentía unas profundas ganas de conocerla mejor, y eso pensaba hacer.

9

La zona del centro era perfecta para encontrar todo tipo de ropa. Situada cerca del puente viejo que cruzaba el río Cabe, se encontraba una zona donde podías encontrar muchas tiendas de ropa, así como cafeterías y restaurantes.

Elena se miró en el espejo del probador y se colocó correctamente la chaqueta del conjunto que había escogido, formado por unos pantalones azul oscuro y una chaqueta. Otro conjunto que iba a llevarse, y con este ya iban tres.

Se lo quitó y lo colgó de nuevo en la percha. Cuando salió del probador miró al final de la tienda, en la calle, tras el escaparate de cristal, pudo ver a Miguel caminar de un lado a otro. Él era mucho más rápido que ella comprando ropa, pues llevaba una bolsa colgando de la mano. No pudo evitar sonreír. Fue hacia el mostrador y pagó su compra.

Salió de la tienda con una mirada tímida hacia él que, en ese momento, le daba la espalda. Tuvo que notar su presencia porque se giró directamente con una gran sonrisa. Elena tragó saliva al observarlo, era realmente atractivo, tenía una sonrisa de infarto y unos ojos azules como el cielo.

—¿Ya has hecho tus compras? —preguntó Miguel.

Ella asintió.

—¿He tardado mucho? —preguntó divertida.

Miguel negó con su cabeza.

—He esperado solo unos minutos. —Miró la bolsa—. ¿Ha ido bien la compra?

—Sí, necesitaba ropa para el trabajo —admitió—. Ahora tengo que comprarme algo más para el día a día, pero ya si eso otro día. —Se miró el reloj de muñeca que marcaba casi las ocho de la tarde.

Miguel apretó los labios. ¿Quería irse ya? Con la excusa de comprar ropa habían permanecido separados todo el rato.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó él.

Ella asintió de inmediato.

—Claro. —Miró de un lado a otro buscando un bar—. No conozco mucho la zona.

—Ven, vamos —le indicó él con un movimiento de cabeza—. Yo sí. Hay un bar aquí cerca que está muy bien, además, si te apetece comer algo hacen un pulpo increíble.

Ella lo siguió situándose a su lado.

—Lo cierto es que tengo un poco de hambre —admitió.

—Yo también —respondió Miguel feliz por lo que decía—. Esto de ir de compras abre el apetito. —Comenzaron a caminar por la calle —. Me dijiste que eras de Extremadura, ¿no?

Ella asintió.

—Sí, de Zafra —recordó y miró a su alrededor—. Es muy diferente a esto. Aquí hay mucha naturaleza. ¿Has estado allí?

—No.

—Yo tampoco había estado en Galicia, pero me encanta, y no solo por el clima, que es más fresco —rio ella—, sino por la tranquilidad que se respira en estos pueblos.

Aquella afirmación le hizo sonreír, obviamente él no podía opinar lo mismo, sobre todo después de las vivencias de las últimas semanas con la división.

—Sí, es… un pueblo muy tranquilo —acabó bromeando.

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué dices eso? —preguntó divertida—. ¿Algo que deba saber? —Él negó—. Bueno, supongo que como en todos sitios encuentras de todo —lo escudriñó con la mirada—, aunque tú al ser policía supongo que estarás al tanto de las peores cosas que ocurren por aquí.

Él chasqueó la lengua.

—Como has dicho, te encuentras de todo, pero la verdad es que sí, es un pueblo bastante tranquilo.

Ella asintió y le sonrió. Miguel sintió cómo el corazón se le aceleraba. ¿Cómo podía ser que conociéndola desde hacía tan poco su corazón incrementase sus latidos de aquella forma?

—Aquí es —indicó él señalando la terraza de un bar. Tenía una carpa de color blanco y varias mesas en el interior de ella—. ¿Quieres en la terraza o prefieres entrar…?

—En la terraza —comentó ella feliz de poder disfrutar de aquel momento.

Fueron hacia una de las mesas que estaba libre y tomaron asiento.

Miguel se sentó frente a ella.

—Y, cuéntame, tengo curiosidad… ¿cómo una chica joven como tú se traslada a un pueblo como este?

Ella borró la sonrisa de su rostro, aunque intentó recuperarse. Aquel gesto no pasó desapercibido para Miguel que la observó

intrigado.

Elena se encogió de hombros.

—Me iba bien un cambio de aires —comentó ella sin darle importancia—. La notaria en la que estaba, aunque estaba muy a gusto, era muy estresante. Llevaba muchos temas y, la verdad, andaba agobiada —explicó—. Me surgió esta oportunidad y me lancé a la aventura.

Miguel cogió la carta para mirarla.

—Ya, pero… ¿tú sola? —preguntó aún sin dar crédito.

Ella asintió.

—Mis padres tienen su trabajo allí… —Cogió la carta y miró lo que se podía pedir. Aquella era una buena excusa para apartar los ojos de él. Miguel tenía un magnetismo diferente a todos los hombres que había conocido, además, no sabía mentir, y aquel chico tenía una mirada muy persuasiva—, y mi relación con ellos… no es muy buena —acabó diciendo sin mirarlo.

—Vaya. —Miró la carta—. Supongo que ha sido una decisión difícil de tomar. —Ella lo miró dudosa—. Comenzar en un sitio nuevo, sola… se tienen que tener muchas ganas de cambiar de aires —bromeó.

Ella le sonrió y asintió.

—Sí, lo necesitaba. Aquí se está mucho más tranquila —comentó lentamente y miró la carta también—. ¿Qué vas a tomar?

Miguel miró su reloj y le hizo un gesto tímido.

—¿Cenamos algo? Son pasadas las ocho. —No pudo evitar sonreír cuando vio que ella asentía. Volvió a mirar la carta—. Hay que pedir pulpo —dijo con voz solemne.

—Me encanta el pulpo —reaccionó ella—. Y aún no lo he probado desde que estoy aquí.

—Pues una ración de pulpo… mmm… ¿qué más te apetece?

—¿Patatas bravas? —dijo ella con alegría.

—Estupendo y, ¿algo más? —comentó.

—Elige tú —propuso—. Yo con el pulpo y las patatas ya soy feliz.

Miguel miró la carta.

—¿Chocos o pinchos? —Ella se encogió de hombros dándole a entender que le daba igual—. ¿Pedimos pinchos?

—Me parece bien —contestó ella dejando la carta.

—Y de beber… —continuó él—, sabes que con el pulpo no puede beberse agua, ¿verdad?

Lo miró sorprendida y luego comenzó a reír.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es —comentó él riendo—. Es una creencia muy arraigada aquí en Galicia. Ni a los niños se les da agua… se suele beber con vino blanco —sugirió.

Ella ladeó su cuello.

—¿Vino blanco con patatas bravas y pinchos? —bromeó—. No queda muy glamuroso.

—Pero está bueno —continuó él con la broma encogiéndose de hombros.

—Está bien —respondió asintiendo—. Aceptamos vino —se encogió de hombros—. Total, yo no tengo que conducir.

El camarero se acercó y les tomó nota, en cuanto se alejó Miguel volvió a la carga. Ahora que la tenía para él solo quería aprovechar, sabía que delante de sus compañeros se debería cortar un poco. Iba a preguntar, pero ella se adelantó.

—Me dijiste que eras policía, ¿no?

—Sí —respondió.

—¿En qué departamento trabajas?

Él se apoyó contra el respaldo. No podía decirle la verdad, por suerte todos sabían lo que debían responder si se les formulaba aquella pregunta.

—Trabajo en investigación, no estoy en la calle.

Aquel dato sorprendió a Elena.

—¿En investigación? —preguntó.

—Sí. Trabajo de oficina, básicamente —acabó diciendo—, pero es emocionante de todos modos.

Ella le sonrió.

—Supongo que bastante más que redactar escrituras de herencia o de compraventa.

—Apuesto a que sí —rio él—. ¿Estudiaste derecho?

Ella asintió.

—Sí, de hecho, cuando acabé la carrera me planteé hacer oposiciones para notaria. Estuve estudiando un año mientras trabajaba en la notaría donde había realizado las prácticas, pero… —dejó la frase sin acabar.

—¿Te cansaste?

—Sí, debo admitir que me cansé. —Chasqueó la lengua—. Quizá un día me anime y las retome, pero… entre el trabajo y la academia no tenía vida.

—Imagino que deben de ser duras.

—Lo son —admitió.

El camarero se acercó con una bandeja.

—Una copa de vino para los señores —dijo el camarero depositando dos copas llenas hasta la mitad de un vino blanco espumoso.

—Gracias —respondió Elena cogiendo su copa—. Veamos qué tal —dijo mientras se llevaba la copa a los labios. Miguel se quedó observando cómo daba el sorbo mientras notaba cómo su boca se

secaba. Aquella muchacha era realmente deliciosa, sus gestos, su mirada, su sonrisa—. Está muy bueno —admitió ella. Miguel dio también un sorbo y asintió mientras ella lo observaba con suspicacia —. ¿Y tú? —preguntó—. Conozco a otro de los vecinos, Daniel me dijiste, ¿no?

—Sí.

—Pero he visto bastante movimiento en tu casa… —rio—, ¿cuántos vivís ahí?

—Somos seis compañeros —admitió.

—¿Seis?

—Ajá.

—¿Todos policías?

—Sí señora —respondió con una sonrisa—. Nos conocimos en la academia, como te expliqué, y dado que ganamos plaza decidimos instalarnos juntos en una casa…

—Ya, pero… ¿juntos?

Él se encogió de hombros y se acercó a la mesa como si fuese a revelarle un secreto.

—Es más barato entre todos.

Ella rio.

—Ya, imagino… aunque los alquileres por aquí no son muy altos.

Miguel se encogió de hombros.

—Te encuentras de todo, pero pensamos que era lo mejor para comenzar en un sitio nuevo, por eso me sorprende tanto tu valentía… no es fácil tomar una decisión así.

Ella le sonrió, aunque borró la sonrisa de golpe. No, no había sido fácil, iniciar una nueva vida alejada de todo lo que conocía era difícil, pero ella se había visto obligada a huir de un maltratador, de un hombre que, pese a que le decía que la amaba, la golpeaba y amenazaba con acabar con su vida.

—A veces no es tan difícil —susurró ella.

Miguel se quedó observándola unos segundos, estudiando sus gestos tímidos hasta que asintió.

—Supongo que no —comentó. Se apoyó contra el respaldo y colocó los brazos a los lados—. ¿Tienes que hacer muchas reformas en la casa?

—No, la verdad es que no —se encogió de hombros—. Había pensado en comprar algunas cosas, sillas nuevas, cosas así…, pero tampoco voy a hacer reformas. La casa no es mía —le recordó.

—Bueno, si necesitas ayuda para algo, ya sabes. Muchos días estoy en casa —comentó.

En ese momento el camarero llegó con las tapas que habían pedido dejándolas sobre la mesa.

—Tiene todo una pinta buenísima —comentó Elena mientras

cogía su tenedor.

—Y cuando se tiene hambre más —respondió Miguel imitándola. Cogió un trozo de pulpo y cerró los ojos deleitándose con ese maravilloso manjar—. Mmm… creo que es de las mejores cosas de Galicia.

Ella cogió otro trozo y asintió.

—Está delicioso y muy tierno.

Miguel cogió un par de patatas con su tenedor y le guiñó un ojo.

—Que aproveche —dijo antes de llevarse el tenedor a la boca.

Eran las nueve y media de la noche cuando Miguel detuvo el todoterreno ante la casa de Elena. Hacía mucho tiempo que no se divertía tanto y que lograba desconectar de todo lo ocurrido aquellas últimas semanas. Elena había aparecido como una fresca brisa de verano.

Elena se quitó el cinturón y se giró para observarlo.

—Muchas gracias por la cena, no deberías haber invitado. Ahora estamos en deuda —rio ella.

—Qué va, ni mucho menos —comentó él risueño.

—Lo he pasado muy bien, de verdad —dijo mientras abría la puerta del vehículo para bajar—. Pero a la próxima invito yo —sentenció.

—De acuerdo —respondió Miguel. Luego la miró fijamente, tenía unos enormes ojos azules que, incluso en aquella reciente oscuridad, brillaban—. Hay una heladería impresionante en Monforte, podemos ir a tomar un helado, si te gustan, claro.

—¿Que si me gustan? —preguntó animada—. Me chiflan —exclamó—. Y más si se le puede poner algún *topping* como…

—Chocolate caliente —dijeron los dos a la vez.

Ambos comenzaron a reír.

—Nos vamos a llevar bien —señaló Elena con gracia.

—Pues queda apuntado: un helado con chocolate caliente. —Apretó los labios y se llevó la mano al bolsillo para extraer su cartera. La abrió y sacó una tarjeta—. Toma —se la entregó a Elena—. Es mi número de teléfono.

—Ah, perfecto —comentó ella observándola.

—Así puedes llamarme o escribirme para cualquier cosa que necesites.

—Muchas gracias —contestó—. En un rato te envío un mensaje para que tengas mi número.

—De acuerdo.

Se quedaron mirándose unos segundos hasta que Miguel echó la vista al frente.

—Voy a meter el vehículo en el subterráneo.

Ella asintió y dio unos pasos hacia atrás en dirección a su casa.

—Buenas noches y… gracias por todo.

—Buenas noches —respondió Miguel antes de seguir hacia delante con el todoterreno.

Una sonrisa se formó en sus labios mientras descendía la rampa al subterráneo.

Aquella tarde había sido mejor de lo que esperaba. Elena le había atraído desde que la había visto descargar las cajas de su coche a su llegada, pero ahora que comenzaba a conocerla debía reconocer que además era encantadora y que tenía una sonrisa preciosa.

Aparcó el todoterreno y apretó el botón para que la puerta del garaje se cerrase.

Se miró en el retrovisor. Sí, sonreía como un tontorrón. ¿Cómo era posible que unas simples horas cambiasen tanto su estado de ánimo?

Así de sonriente estaba cuando Daniel golpeó la ventana provocando que Miguel brincase sobre el asiento y mirase enfadado a sus compañeros.

—¡Joder! —gritó Miguel borrando la sonrisa de sus labios y abriendo la puerta.

Salió del todoterreno mientras Daniel le sonreía también divertido, pocos metros por detrás se encontraba Marcos con una sonrisa también.

—¿Y a vosotros qué os pasa? —preguntó Miguel a la defensiva.

Marcos avanzó hasta Daniel y ambos se miraron de reojo.

—¿Ha ido bien la cita? —preguntó Marcos.

Perfecto, lo habían pillado de pleno.

Miguel resopló y puso los ojos en blanco mientras cerraba el vehículo con el mando a distancia.

—Ha coincidido que Elena…

—¿Ya la tuteas? —le interrumpió Daniel.

Miguel suspiró y se giró hacia ellos. Inspiró con fuerza y se acercó como si fuese a explicarles una confidencia.

—He… he ido con ella al pueblo —comentó en un susurro—. Ha dado la casualidad de que ella también tenía que ir a comprar ropa, así que…

Daniel enarcó una ceja, sorprendido por las palabras de su amigo.

—¿Te has ido de compras con ella? —lo interrumpió sorprendido.

Miguel se encogió de hombros.

—Vive al lado, ¿qué iba a decirle?

—Tú siempre tan caballeroso —bromeó Marcos.

Miguel puso los ojos en blanco y comenzó a rodear a sus amigos para dirigirse a la planta superior donde estarían todos los demás, pero Daniel lo detuvo situando una mano en su pecho.

—Las tiendas cierran a las ocho —comentó pensativo—, y son las nueve y media pasadas. —Acto seguido alzó sus dos cejas.

Miguel cerró los ojos unos segundos, armándose de paciencia.

—Hemos tomado unas tapas.

—Ahhh —comentaron los dos divertidos, parecía que disfrutaban sonsacándole información.

Miguel los escudriñó con la mirada.

—¿Algún problema?

—No, no… —respondieron los dos a la vez.

Daniel se adelantó.

—Por nosotros ninguno, pero ya sabes que el jefe no es muy partidario de que nos dejemos ver mucho por ahí —le recordó.

Miguel parpadeó varias veces.

—¿Me ha visto llegar? —Ambos negaron con la cabeza—. Pues entonces no habrá problema —sentenció, y luego enarcó una ceja hacia ellos—. A no ser que vosotros os vayáis de la lengua.

—Sabes que nosotros somos como tumbas —le recordó Marcos.

—De acuerdo, gracias —respondió intentando rodearlos de nuevo. Aunque no estaba de acuerdo con lo que su jefe les pedía de no dejarse ver mucho ni tener muchas amistades por el pueblo, sabía que en parte tenía razón.

—Espera, espera… ¿quién ha dicho que nuestro silencio sea gratis? —comentó Marcos encogiéndose de hombros.

Miguel se detuvo de inmediato y se giró hacia ellos resignado.

—¿Sabéis qué? —preguntó encogiéndose de hombros—. Lo cierto es que me da igual si se entera o no, así que… —acabó sonriente.

Daniel chasqueó la lengua y miró en plan gracioso a Daniel.

—Está bien, pero… ¿no deberías llevar una bolsa de la compra?

—Coño —reaccionó Miguel girándose de inmediato—, la ropa de gótico-satánico —acabó divertido.

Abrió la puerta trasera del coche y cogió la bolsa. Cerró de nuevo el vehículo y los tres se dirigieron a la planta superior por las escaleras.

—Entonces… ¿la cita ha ido bien? —insistió Daniel.

Miguel puso los ojos en blanco, ya sabía lo que pretendían sus compañeros, pero no se iba a dejar amedrentar.

—No ha sido una cita —comentó con toda la normalidad del mundo.

—¿Ir a comprar ropa con una chica y a tomar algo no es una cita? —se burló Marcos.

—No hemos ido juntos a comprarla —comentó sobresaltado.

Marcos iba a hablar de nuevo, pero la voz de su jefe los detuvo. Aitor permanecía en el comedor, con el móvil en la oreja y negando hacia sus compañeros Lucas y Víctor.

—No es tema eclesiástico —comentó Aitor intentando mantener la calma, aunque por sus gestos se podía intuir que estaba de los nervios—. Las posesiones se produjeron porque un grupo satánico de hechiceros debilitaba las almas para… —se quedó callado y apretó los labios mientras lo interrumpían al otro lado de la línea.

Miguel enarcó una ceja mientras se acercaba a sus amigos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Lucas.

Lucas señaló a Aitor que comenzaba a moverse nervioso por el comedor, caminando de un lado a otro.

—Lleva todo el día queriendo hablar con Paco. Después de más de diez llamadas ha conseguido dar con él…

—¿Y? —preguntó Miguel interesado. Paco era su superior directo en el CNI, siempre debía estar informado de todos sus pasos, por eso mismo debían enviarle informes casi a diario, aunque, obviamente, habían evitado aquellos informes últimamente, pues no les habían dado competencia para actuar en todo lo relacionado con la iglesia y el Vaticano. El asistir al padre Santiago en las posesiones no era algo autorizado por el CNI. Ahora, una vez habían indagado y descubierto que había un grupo satanista y, por lo tanto, de hechiceros detrás de esto, buscaban la ayuda del CNI para que les autorizasen a actuar y les permitiesen usar todos los mecanismos que el CNI les brindaba.

—¿Por qué no? —preguntó en un tono más elevado—. Hay una secta llamada Thelema que pertenece a un alto hechicero que… —tuvo que volver a callarse y miró realmente enfadado a sus compañeros. Resopló y Aitor se pasó la mano por el cabello, despeinándose—. Entiendo, está bien. —Esperó unos segundos más y finalmente colgó.

Aitor depositó el móvil lentamente sobre el mármol. Aunque sus movimientos eran lentos todos podían intuir que se estaba controlando.

—No me digas… —ironizó Miguel—. No nos dan luz verde para actuar.

Aitor resopló.

—Malditos inútiles… —comentó Aitor con un grito—. Es más, Paco me dice que no vuelva a llamarlo por un asunto así. Si tiene que ver con la iglesia o con el Vaticano no quieren saber nada.

—Ya, pero esto… —comentó Marcos dando unos pasos hacia delante—, ya no tiene nada que ver con el Vaticano.

—Es lo que he intentado explicarle —replicó Aitor—, pero no hay manera. Escuchan la palabra iglesia o Vaticano y deniegan rotundamente todo sin importarles nada más.

—Quizá deberías haber evitado pronunciar esas palabras… —comentó Miguel pensativo, aunque al ver la mirada asesina de su jefe apretó los labios y se encogió de hombros—, o quizá no —continuó

rápidamente. Suspiró intentando calmarse—. Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó mostrándole la bolsa con la ropa—. Yo ya me he comprado la ropa de satánico…

Aitor se quedó pensativo.

—Seguiremos como hasta ahora… —Los miró a todos—. Os digo lo mismo que la última vez. Si… —se quedó callado intentando medir sus palabras—, alguno de vosotros no se siente bien actuando y colaborando con Santiago al no tener el permiso del CNI, puede….

—Oh, venga ya —lo interrumpió Miguel—, sabes que todos haremos lo que nos pidas. Si el CNI es un grupo de inútiles no es culpa nuestra.

—No podemos permitir que los demonios sigan encarnándose y jodiendo la vida a la gente —continuó Daniel.

Aitor asintió al escuchar aquellas palabras. Al menos siempre contaba con su equipo.

—Sabéis que nos jugamos un expediente.

—Y, ¿qué van a hacer? —ironizó Víctor—. ¿Desterrarnos de Galicia? —bromeó—. Están necesitados de divisiones, dudo mucho que nos abran un expediente si al final se enteran de que colaboramos con el padre Santiago.

Aitor volvió a asentir.

—Entonces… —preguntó Miguel—, ¿continuamos con el plan? —preguntó con cierta ansiedad—. Si no dímelo y voy a devolver esta mierda —le señaló la bolsa de la compra.

Aitor los miró a todos y asintió.

—Seguimos con el plan —sentenció.

10

Elena sonrió a una de sus nuevas compañeras de trabajo. Aquellas dos últimas semanas se había acostumbrado totalmente a la rutina y había tenido tiempo de conocer mejor a sus compañeras de trabajo, sobre todo a Arancha, una mujer de cuarenta años que la había ayudado mucho en los primeros días y que siempre estaba dispuesta a resolver sus dudas con una sonrisa.

No es que hubiese intimado mucho con ellas, pero Arancha era una mujer muy habladora y durante la hora de la comida la había puesto al corriente de su vida. Divorciada hacía dos años y con dos pequeños de siete y tres años. Su vida era ajetreada, pero siempre encontraba un hueco para salir a tomar algo con las amigas. No había dudado ni un segundo en ofrecerle su grupo de amigas para salir. Se había sentido entusiasmada con ello, pues a medida que pasaban los días la soledad iba causando mella en ella. Sí que era cierto que disfrutaba de estar sola, de la tranquilidad y la paz que le brindaba aquella casita en la pequeña aldea, pero no pocas veces se había sorprendido mirando por la ventana hacia la casa de sus vecinos. Sí, ellos eran los únicos que parecían residir en aquella pequeña aldea junto a ella, y muchas veces había sentido la tentación de ir y llamar a su puerta, solo para buscar algo de conversación.

—Te lo pasarás bien —comentó Arancha a su lado mientras abría la puerta de la notaría—. Salimos a tomar algo y hablamos. —Elena le sonrió—. Vamos, anímate. A veces se viene también la hija de Baia, debe de tener más o menos tu edad.

—Quizá me anime —contestó Elena saliendo también de la notaría, dirigiéndose a las escaleras—. La verdad es que a veces me aburro un poco.

—Solemos quedar los viernes o los sábados, dependiendo un poco del fin de semana. Esta semana quedamos hoy viernes, te podrías venir —le ofreció—. Solemos ir al jardín. ¿Sabes dónde está? —Elena negó—. Es muy fácil, lo pones en el Google Maps y listo —pronunció Arancha divertida mientras se apartaba su cabello rubio de la cara—.

Hemos quedado a las diez. —Bajaron hasta el portal y ambas se detuvieron—. No le des más vueltas y vente, estarán encantadas de conocerte, ya verás —comentó con ternura, pues Elena parecía una chica un poco tímida.

Quizá ya había llegado el momento de que comenzase a socializar un poco y se diese una oportunidad. Sí, puede que no fuesen de su edad, pero Arancha era buena mujer y estaba segura de que se encontraría a gusto en ese grupo.

—Está bien —susurró ella.

—Tengo tu móvil —la señaló—. Luego te digo a qué hora estaremos en El jardín, a veces quedamos un poco antes o después y tú, sin ningún tipo de problema ni timidez, te vienes —acabó pronunciando a modo de orden.

—Muchas gracias.

Arancha colocó una mano en su hombro y dio una palmadita.

—Ya verás que lo pasaremos bien —comentó y se giró para observar—. Me marcho, ya que Joaquín viene en una hora a recoger a los niños. —Hizo un gesto gracioso con su boca—. Este fin de semana los dos monstruitos se van con él. Soy libre —bromeó mientras iniciaba el paso—. Luego te envío un mensaje.

—De acuerdo —se despidió Elena con un movimiento de mano antes de iniciar el paso en dirección contraria hacia el subterráneo donde había aparcado el vehículo.

Por suerte, a una manzana de la notaría había un parquin bastante económico donde ofrecían plazas de aparcamiento mensuales. Debería renovar la tarjeta cada mes, pero le salía más a cuenta que el transporte público y tenía la tranquilidad de tener el vehículo siempre cerca.

Caminó hacia el parquin mientras rebuscaba en su bolso las llaves del vehículo y la tarjeta que debería presentar para salir de él mientras una sonrisa iluminaba su rostro.

Le apetecía salir y distraerse, y estaba segura de que Arancha y sus amigas le proporcionarían distracción aquella noche.

Bajó a la segunda planta del subterráneo donde tenía su plaza y tras arrancar el motor salió a la calle.

Era un día soleado, incluso caluroso para la zona de Lugo. Puso el aire acondicionado y condujo tranquila. Se sentía bastante emocionada con el plan que su amiga Arancha le había ofrecido para aquella noche. La imagen de Miguel cruzó su mente. Tenía su teléfono móvil y le había enviado un mensaje para que él tuviese el suyo, aun así, no se había atrevido a enviarle ninguno más. Miguel se había ofrecido para ir a tomar algo alguna noche, quizá podría proponérselo en algún momento.

Tras diez minutos llegó a su casa. Aparcó el vehículo y miró su

reloj de muñeca. Al menos, hasta el mes que viene no le tocaba ninguna tarde de guardia los viernes. Eran las dos y media de la tarde. Disponía de toda la tarde por delante para relajarse y arreglarse. Había pensado en aprovechar aquel día y comenzar a arreglar el jardín, pero tras la cita que le había surgido aquella noche prefería dejar el jardín para el día siguiente. Tenía pensado comprar unas cuantas flores y plantarlas, incluso algún limonero, siempre le habían encantado aquellos árboles.

Salió del vehículo e instintivamente miró hacia la casa de Miguel. Le sorprendió cuando vio que, en la segunda planta, en la ventana, aparecía una chica bastante joven, aunque rápidamente desapareció.

Se quedó observando unos segundos más y finalmente entró en su casa.

Cerró la puerta, suspiró y miró su hogar. Aún le costaba hacerse a la idea de que vivía sola, totalmente libre.

Lo primero que haría sería darse una ducha, refrescarse y después comería una ensalada de pasta que había dejado preparada el día anterior.

Aquella tarde aprovecharía para descansar, ver la televisión un rato y, después, prepararse para la salida de aquella noche.

Paula miró la ropa de Daniel y Miguel y arqueó una ceja. Sí, habían comprado unas camisetas negras y unos pantalones negros, además de unas botas del mismo color.

Los miró como si no diese crédito.

—¿En serio? Está demasiado nuevo —comentó ella como si fuese obvio. Se giró hacia Aitor—. ¿Tienes unas tijeras?

—Eh, ¿para qué? —preguntó Miguel.

—¿Tú qué crees? —comentó Paula mientras cogía las tijeras que le ofrecía Aitor con una sonrisa.

Cogió los pantalones de Miguel y les hizo un agujero cerca de la rodilla. Miguel resopló cuando vio que comenzaba a deshilacharlo.

—Sinceramente, no creo que haga falta romper unos tejanos recién comprados —acabó apretando los dientes.

—¿Queréis entrar en la orden satanista o no? —los retó ella. Miguel puso los ojos en blanco. Paula soltó aquellos tejanos y cogió los de Daniel, aunque a este no parecía importarle que los cortase. Dejó las tijeras sobre la mesa y los observó de la cabeza a los pies—. ¿Tenéis tatuajes?

—No —contestaron los dos a la vez.

Paula puso los ojos en blanco y se levantó la manga de su camisa mostrándoles un pequeño tatuaje de un pentagrama. Se subió la manga del otro brazo y les mostró otro pequeño tatuaje con los números 666.

—Qué bonito —ironizó Daniel.

Paula se subió la camiseta dejando su barriga al descubierto y les mostró, al lado del ombligo, un tatuaje que parecía el ojo de Orus y, finalmente, se dio la vuelta y les enseñó el omoplato donde había tatuado un Baphomet.

Daniel y Miguel la miraban con una ceja enarcada.

—Qué moderna vas —continuó Daniel.

—¿Y tus padres qué dicen de los tatuajes? —ironizó él.

Ella se giró bajándose la camiseta.

—Mis padres no los ven —sentenció.

—¿Y qué harás con ellos cuando tengas setenta años? —continuó Miguel con la broma.

Daniel chasqueó la lengua al escucharle hacer aquella pregunta.

Paula se removió un poco inquieta.

—Tengo… tengo pensado ahorrar para quitármelos con láser —susurró y luego miró a Aitor—. Por eso necesito que me paguéis algo por esto.

—Si nos infiltras con mucho gusto te pago el láser de todos —interrumpió Miguel. Paula asintió aceptando su oferta—. De acuerdo, ¿qué hay que hacer?

—Eh, espera, espera… —comentó ella con los brazos hacia delante—, primero hay que vestiros como verdaderos satanistas. —Cogió la ropa y se la lanzó—. Vamos, poneos eso.

Daniel y Miguel se miraron de reojo y suspiraron.

—Está bien —comentó Miguel quitándose la camiseta directamente, sin importarle que Paula estuviese delante. Estaba claro que ninguno de los dos tenía pudor, pero Paula tampoco porque los miraba sin darle mucha importancia a que se encontrasen en calzoncillos.

—¿No te avergüenzas? —ironizó Daniel arrojando los pantalones a un lado para coger los negros—. ¿Ni siquiera un poquito?

Ella lo miró con sorna.

—¿Por dos tíos en calzoncillos? —bromeó—. He visto cosas mucho peores —se encogió de hombros.

Daniel y Miguel acabaron de vestirse ante la mirada divertida de todos sus amigos.

—Bien —comentó ella mientras se sentaba en una mesa—, necesitáis algún tatuaje.

Aitor negó.

—No podemos hacernos tatuajes, ya has visto que nos regeneramos. La tinta no nos duraría ni unos minutos en la piel.

Paula resopló y cogió su bolso. Comenzó a extraer cosas de él dejándolas sobre la mesa. Un peine, maquillajes, gomas del pelo y…

—Aquí está —dijo depositándolas sobre la mesa.

Miguel enarcó una ceja.

—¿Unas calcomanías? —se burló.

Ellas las cogió en su mano y saltó de la mesa.

—¿Se te ocurre algo mejor? —se burló mientras se acercaba—. También puedo dibujaros algo, pero no os lo recomiendo…

—Está bien, a ver qué tienes —comentó Daniel cogiéndole las calcomanías de la mano.

Miguel se acercó para observar y suspiró.

—Desde luego, lo que hay que hacer —susurró mientras las observaba.

Paula parecía que se había tomado en serio que iba a ayudarles y había pensado en todo.

—Me quedo con esta —comentó Daniel cogiendo un pentagrama.

Miguel chasqueó la lengua. El resto eran el número 666, un Baphomet que ni loco iba a ponerse, una calavera ensartada por un cuchillo y una cruz invertida.

Sintió un escalofrío al observar todo aquello.

—Me quedo con el 666 —comentó cogiéndolo.

Aitor parecía que se lo estaba pasando en grande y se giró divertido.

—Pásame la botella de agua —le pidió a Lucas que también parecía divertirse.

Miguel resopló y le tendió la calcomanía a su jefe que se acercaba para enganchársela.

—¿Por aquí? —le preguntó colocando la pegatina en el brazo. Miguel se encogió de hombros.

Aitor le echó una buena cantidad de agua y luego fue a por Daniel.

—Voy a pedir un aumento de sueldo —le dijo Daniel a su jefe.

—Vosotros os ofrecisteis voluntarios —le recordó Aitor con una sonrisa mientras le pegaba la calcomanía en el brazo.

—Y aún hay que maquillaros —comentó Paula desde atrás.

Miguel y Daniel elevaron la mirada hacia ella y enarcaron una ceja.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

—No, ni hablar —comentó Daniel.

—No pienso maquillarme —se negó Miguel en redondo.

Paula pestañeó varias veces y ladeó su cuello.

—Pues todos se maquillan un poco. Es solo poner un poco de sombra de ojos oscura, nada más.

Miguel y Daniel resoplaron mientras Aitor les quitaba la primera capa de la calcomanía dejando el resto pegado en el brazo.

—Listo —comentó Aitor orgulloso—. Comenzáis a tener pinta de satánicos —bromeó.

—Y hay que peinaros también y… —continuó Paula—, ¿tenéis algún pendiente?

—¡No! —gritaron los dos a la vez.

—Espera, espera… —interrumpió Aitor—, seguro que Nerea puede prestarnos alguno —dijo saliendo rápidamente por la puerta para dirigirse a la habitación donde ella guardaba sus joyas.

Miguel resopló y se pasó la mano por la cara, agobiado. Todos sus compañeros los miraban muy divertidos. Paula, sin embargo, los miraba con ojo crítico. Miguel miró el reloj de muñeca que marcaba las seis de la tarde.

—¿Comenzamos ya con la clase? —preguntó él.

Paula se encogió de hombros.

—Tenemos tiempo —respondió ella—. De todas formas, ya os digo, mientras se realiza la misa nos dan una capa con capucha para cubrirnos, con que miréis hacia abajo y mováis los labios ya está. Nadie os va a vigilar si pronunciáis bien las palabras o no.

—Pues menos mal —comentó Daniel observándose la calcomanía en su brazo.

—Igualmente preferiría que nos explicases un poco —dijo Miguel sentándose sobre la mesa, aunque se dio cuenta de que todos lo miraban divertidos. Suponía que verlo ataviado de aquella forma les hacía gracia—. ¿Podéis parar de mirarme? —imploró a sus compañeros y luego resopló.

—De acuerdo —comentó Paula acercándose—. Lo primero que haremos en cuanto lleguemos será presentaros a José…

—Manda narices que el jefe de la organización satanista se llame José —se burló Miguel y miró a Daniel con sorna en la mirada.

Paula se encogió de hombros haciendo caso omiso a su comentario.

—Supongo que os aceptará sin problema, últimamente acogen a cualquiera… —comentó como si aquella idea la asquease.

—¿Nos harán alguna pregunta? —preguntó Daniel.

—No creo —respondió pensativa—. Quizá, como mucho, ¿por qué os queréis unir? O si habéis estado en algún ritual… cosas así. —Miguel y Daniel hicieron un gesto negativo—. Vale, allí no hagáis ese gesto. —Paula se encogió de hombros—. Podéis decir que estuvisteis viviendo en Praga mientras cursabais los estudios. Allí hay muchos grupos satánicos… —se encogió de hombros—, y obviamente ellos no conocen a los integrantes de allí, así que no podrán preguntarles si es cierto o no. —Se cruzó de brazos—. ¿Tenéis las Biblias que os pedí? —preguntó.

Ambos asintieron y señalaron hacia la mesa donde sobre ella reposaban un par de libros sagrados.

—¿Para qué tenemos que llevar la Biblia? —preguntó Daniel

sorprendido—. Pensaba que los satanistas odiabais la…

—La quemaremos —lo interrumpió ella sin tapujos.

Miguel la miró de arriba abajo.

—¿Vamos a… quemar la Biblia? —preguntó sorprendido.

Ella lo miró y asintió efusivamente.

—Primero santificaremos el fuego…

—¿Qué? —preguntaron los dos sorprendidos.

—Santificar el fuego —comentó ella como si no diese crédito a la pregunta.

—¿Es al aire libre? —preguntó Miguel sorprendido.

—Sí, quedamos siempre en un punto, nos recoge el guía…

—¿El guía? —preguntó Daniel.

Paula entornó los ojos.

—¿Vais a preguntarme cada vez que diga algo? —preguntó ofuscada.

—Eh —comentó Miguel—, estás aquí para enseñarnos, así que sí, te vamos a preguntar todas las dudas que tengamos. Ese es el trato.

Ella apretó los labios, lógicamente no le había gustado ni la respuesta ni el tono con que había hablado Miguel. Resopló.

—El guía es la mano derecha del hechicero o brujo supremo, del dirigente de la organización y quien realiza la misa. Nadie sabe dónde se va a realizar la misa excepto él. Nos recoge en un punto y a veces vamos andando, otras veces en coche o furgoneta. —Se encogió de hombros—. Depende de la gente que acuda esa noche.

—¿Y por qué no se hace siempre en el mismo sitio? —preguntó Daniel.

—¿Para evitar que nos descubran? —ironizó ella. Daniel enarcó una ceja por su tono de voz—. ¿Puedo seguir? —Ambos asintieron, aunque Daniel puso los ojos en blanco—. Cuando lleguemos al lugar escogido por el hechicero supremo nos darán las capas, nos las ponemos y lo primero que se hace es santificar el fuego. —Se encogió de hombros—. Os darán unas cruces y debéis echarlas al fuego.

—Eh, eh… —la interrumpió Miguel—, ¿vamos a quemar cruces? —resopló—. Yo no es que sea muy creyente, pero… vamos… me resulta un poco ofensivo.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Perdona? —preguntó ofuscada—. ¿Quieres que te ayude a entrar en la orden o no? —Se cruzó de brazos—. Porque además de que no dejáis de interrumpirme… todo os parece mal. La cruz tiene el significado que vosotros le habéis dado —comentó ella como si les diese una clase—, para nosotros representa a un falso dios. Para nosotros Jesús es un héroe, murió por todos… y la Biblia, bueno… —rio—, no es mal libro, teniendo en cuenta que lo escribieron los que asesinaron a Jesús. Tiene unos mandamientos corruptos que sirven

para coartar la libertad del hombre y representa el viejo mundo. Eso es lo que queremos cambiar. Por esa razón la quemamos. —Todos miraban sorprendidos a Paula, incluso alguno enarcaba una ceja o cerraba los ojos mientras negaba—. Luego se leerán algunos salmos o letanías, y se mezcla con el latín. —Se encogió de hombros—. Y se invoca al anticristo y se unge a todos con la sangre de algún animal.

—Ah, no… —comentó Daniel—. Ni de coña. ¿Se va a hacer algún sacrificio?

—Normalmente se sacrifica algún animal ante de comenzar con la misa.

—Ni de coña —se quejó Daniel de nuevo.

—No estarás presente. Al sacrificio solo van los elegidos —comentó ella. Miguel se pasó la mano por la cara, agobiado—. Luego se procede a realizar la misa que dura sobre un cuarto de hora o veinte minutos.

—Ya… —comentó Miguel no muy de acuerdo.

—Limitaos a arrodillaros o poneos de pie cuando el resto lo haga y ya está —dijo ella.

Hubo un silencio largo hasta que Miguel volvió a intervenir.

—De acuerdo y, ¿cómo hacemos para acceder a Thelema?

Paula negó.

—No sé si habrá alguien de Thelema… es posible, pero no lo sé a ciencia cierta.

—Ya, pero a ti te captó —indicó Daniel.

—Sí, pero no he vuelto a hablar con ninguno de ellos —se encogió de hombros—. Es posible que venga alguien a pedirme explicaciones —comentó pensativa—. Si es así no os entrometáis. Intentaré hablarle de vosotros.

Ambos asintieron.

En ese momento Aitor entró por la puerta.

—Tengo unos cuantos pendientes de Nerea, pero son de cristales y flores… no creo que sirvan —comentó.

Miguel suspiró.

—Menos mal —susurró bajando su cabeza.

—Bueno —comentó Paula rebuscando en su bolso del que extrajo un pequeño set de maquillaje. Lo abrió y miró a Daniel y a Miguel—, ¿quién es el primero? —comentó con una sonrisa al ver la cara de disgusto que ponían ambos.

—Daniel —dijo Miguel con una sonrisa mientras colocaba una mano en la espalda y lo empujaba hacia delante.

Daniel se giró hacia él enfadado porque lo hubiese empujado.

—Serás cabrón —susurró mirándolo mientras Miguel le sonreía de una forma tirante.

11

Carmiña dio un sorbo a su copa y sonrió.

—Y va y me suelta el mocoso… —rio mientras dejaba su cerveza en la mesa—, pues papá me quitará el castigo, y lo sabes. No sé para qué te enfadas tanto.

Elena rio junto a Baia y Arancha. Aquellas mujeres eran muy simpáticas, aunque hablaban de experiencias que ella no había tenido aún, como la maternidad.

Tanto Arancha como Baia estaban divorciadas y ambas tenían hijos en común con sus ex maridos, la única que se encontraba casada era Carmiña, con un hijo de seis años que, por lo que explicaba, era un trasto.

—Los niños tienen unas salidas impresionantes —comentó Baia y se giró hacia Elena con una sonrisa—. ¿Y tú? ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

A Elena le sorprendió la pregunta.

—Ah, no, no… —negó rápidamente—, soltera y sin hijos.

—Pues habrá que buscarle un novio —rio divertida Carmiña.

Elena les correspondió con una sonrisa.

—De momento estoy muy bien así.

—Di que sí —intervino Arancha colocando una mano en su hombro—, ya te llegará el momento de las responsabilidades. Tú, de momento, disfruta.

Elena se encogió de hombros.

—Eso intento —susurró, aunque se quedó pensativa.

Sí, durante los últimos años había sido infeliz. No recordaba ningún momento en que hubiese salido con amigas a disfrutar de unas copas, de la tranquilidad de poder volver a casa sin temor… le había costado, pero ahora se daba cuenta de que aquella decisión era la mejor que había podido tomar.

Carmiña miró todas las copas y levantó la mano hacia el camarero para que se acercase.

—¿Cuatro mojitos más? —preguntó con una sonrisa. Elena

chasqueó la lengua y comenzó a negar, pero Carmiña colocó una mano en su hombro—. Anímate, aún es muy pronto.

—Tengo que conducir —comentó.

—Pfff —comentó Carmiña—, mi marido viene luego a buscarme y nos lleva a todas a casa. Te podemos acercar a la tuya sin problema. ¿Vives muy lejos?

—En Barxa —contestó Elena.

—Eso está aquí al lado, no llega ni a diez minutos en coche, ¿no?

Elena le sonrió.

—No quiero causar molestias.

—No son molestias —continuó Carmiña—, ya vendrás mañana a buscar el coche.

¿Y por qué no? Aquella noche se estaba convirtiendo en la mejor noche desde hacía años. Se merecía un homenaje así.

—De acuerdo —acabó con una sonrisa.

—Camarero —pronunció Carmiña con voz solemne—, cuatro mojitos más.

—Con mucho mojito —bromeó Arancha.

Elena las miró a todas. Sí, había bastante diferencia de edad, pero lo cierto era que aquellas mujeres estaban siendo encantadoras y no sentía esa diferencia.

—Tenemos que organizar una quedada en la bolera —comentó Baia.

—Oh, sí… hace tiempo que no vamos —respondió Arancha que se giró hacia Elena muy sonriente—. De vez en cuando hacemos una actividad. En vez de tomar unas copas quedamos para echar una partida a los bolos o para ir al cine.

—Veo que estáis entretenidas —respondió Elena.

—Con nosotras no te aburrirás, te doy mi palabra.

—La próxima vez le diré a mi hija que se venga —comentó Baia —. Debéis llevaros pocos años, seguro que hacéis buenas migas.

—Hace tiempo que no la veo, desde que fuimos al cine la última vez —recordó Arancha—. Hará unos dos meses.

—Va un poco a su bola —comentó Baia un poco molesta por la actitud de su hija—. Pero es buena niña —acabó sonriente. Se echó a un lado asustada cuando el camarero se situó a su lado y depositó sobre la mesa las cuatro copas—. ¡Qué rapidez!

El camarero sonrió divertido.

—Aquí estamos para servirlas, señoras —pronunció mientras se ponía firme con una sonrisa atractiva en sus labios.

En cuanto el camarero se giró para acercarse a otra mesa que solicitaba su atención, Baia miró a sus amigas con guasa.

—Ayyy… si no estuviese casada —pronunció divertida—, aunque una lástima lo que ha dicho de “señora” —entrecomilló con sus dedos

—. Se ha cargado todo el romanticismo que podría haber surgido entre nosotros —bromeó. Miró a Elena que reía divertida—. Es más bien de tu edad —le guiñó un ojo. Miró a todas y una sonrisa traviesa brotó de sus labios—. ¿Tendrá pareja?

Carmiña tomó su copa y dio un sorbo.

—Baia, por favor… —rio su amiga abochornada.

—No lo digo por mí, tontorrona —continuó Baia—, lo digo por ella —señaló con un movimiento de cabeza hacia Elena, la cual se quedó con la copa a pocos centímetros de la boca.

—Ah, no, no… —rio Elena—, de verdad, estoy bien como estoy —sentenció y dio un sorbo a su copa.

Baia chasqueó la lengua. Al parecer, el alcohol hacía que Baia se convirtiese en una especie de celestina.

—A mí no me mires —la amenazó Arancha con el dedo cuando la mirada de Baia recayó en ella—. Es un yogurín.

Dos horas después se habían levantado de la mesa cuando Juan, el marido de Carmiña, había ido a buscarlas. Por lo visto era algo normal que aquel hombre, un día a la semana, fuese el chófer de todas ellas, al fin y al cabo, todas vivían cerca y de camino a casa de la pareja. Solo tuvieron que desviarse mínimamente para dejar en primer lugar a Elena.

Había bebido tres copas y, aunque no había perdido la noción del tiempo, sí se sentía alegre y reía por cualquier ocurrencia de aquellas mujeres. Aquella noche la había alegrado y la había hecho ser consciente de lo feliz que podía llegar a ser, de la libertad que podía sentir.

Salió por la puerta trasera del vehículo intentando mantener el equilibrio y se reclinó sobre la ventanilla del copiloto.

—Muchas gracias por traerme —comentó agradecida—. Lo he pasado muy bien.

—Oh, deja de decir eso —rio Baia—, o acabaré besándote. —Elena rio y se puso erguida—. Nos vemos la semana que viene.

Ella asintió y se despidió con un movimiento de mano mientras daba unos pasos atrás.

El vehículo echó marcha atrás para girar y se dirigió a la carretera.

Una sonrisa brotó de los labios de Elena. En aquel momento, suponía que fruto también del alcohol que había consumido, se sentía pletórica y, por primera vez desde que había escapado, llena de vitalidad.

Avanzó hacia su casa mientras abría el bolso y buscaba las llaves en el interior cuando el sonido de una voz masculina la hizo detenerse y girarse.

—Ha sido totalmente ridículo… —escuchó una voz.

Se giró y, aunque había bastante oscuridad, identificó la silueta de dos chicos.

—Pero si te has acojonado —rio el otro.

Esta vez sí reconoció aquella voz. Sonrió y dio unos pasos bajando de su portal.

—¿Miguel? —preguntó divertida.

En otra ocasión no hubiese dicho nada, pues se caracterizaba por ser bastante tímida, pero ahora mismo sentía un subidón importante.

Ambas siluetas se detuvieron.

—¿Elena? —preguntó Miguel sorprendido.

Aunque a Elena le llamó la atención que en vez de acercarse a ella Miguel diese unos pasos hacia atrás, como si intentase internarse en la oscuridad para no ser visto.

—¿Has salido tú también de fiesta? —preguntó con un tono de voz agudo que daba a entender que había tomado alguna copa de más.

Miguel miró de reojo a su compañero, no muy seguro de la respuesta que debía darle. ¿Asistir a una misa negra podía entenderse como salir de fiesta? Carraspeó un poco y sonrió.

—No, solo… a tomar algo —dijo al final.

Elena lo miró de la cabeza a los pies y, en ese momento, cayó en la cuenta de la vestimenta que llevaba. Unos pantalones negros de cuero ajustados, una camiseta negra con el dibujo de un pentagrama en medio de color rojo y… ¿tenía un tatuaje en el brazo?

Lo miró confundida y luego sonrió abiertamente, un cambio de actitud bastante brusco y que denotaba que iba pasada de copas.

—Pues qué moderno te vistes para salir a tomar algo —rio provocando que Miguel apretase los labios y Daniel tuviese que girarse levemente intentando disimular su carcajada.

Eran cerca de las once cuando habían aparcado el vehículo cerca de una gasolinera y esperaban, prácticamente en medio del bosque, a que pasasen a recogerlos.

Miguel suspiró y observó a Paula, la cual miraba de un lado a otro.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Daniel que miró el reloj de su muñeca.

—Claro que es aquí —respondió Paula molesta—. Llevo años acudiendo a las misas negras —recordó.

Ambos asintieron. El lugar no era muy transitado, al menos a esas horas de la noche.

Habían tomado la N-120. Se trataba una carretera que unía Monforte de Lemos con la Sierra del Caurel.

A pocos kilómetros de salir de Monforte de Lemos había una

gasolinera que parecía estar a punto de cerrar. Habían dejado el vehículo aparcado en un lateral y esperaban bastante apartados de la gasolinera, internados en el bosque que los rodeaba.

—Ahí están —susurró Paula al ver que una furgoneta de color negro se acercaba. Miguel y Daniel se miraron de reojo e intentaron adoptar posturas tranquilas—. Recordad… —susurró ella—, mejor estad calladitos.

Miguel carraspeó al escuchar aquello, dando a entender su disconformidad con las últimas palabras de Paula. Aunque agradecían su ayuda aquella muchacha se ponía demasiado bravucona con ellos.

La furgoneta se detuvo y un hombre bajó la ventanilla del copiloto. Paula le sonrió.

—Hola, Oscar.

Oscar la miró confundido y luego observó a sus dos acompañantes, contrariado. Volvió la mirada hacia ella.

—Llevabas un par de semanas sin aparecer por aquí.

Ella se encogió de hombros.

—La universidad, ya sabes —se excusó y siguió la mirada de Oscar que volvió a mirar a los dos acompañantes de ella—. Son compañeros de universidad. Pertenecieron al grupo satánico de Praga mientras realizaban el Erasmus. Ahora quieren unirse a nosotros.

El hombre los estudio fijamente. Miguel y Daniel le devolvieron una mirada intensa y desafiante, como si no aceptasen un escrutinio por parte de aquel hombre.

—Está bien —comentó Oscar y señaló con un movimiento de cabeza hacia atrás—. Subid —dijo mientras golpeaba la chapa de la furgoneta con su puño.

Debía de tratarse de un aviso porque antes de que los tres rodeasen la furgoneta la puerta trasera se abrió. Un joven vestido con una túnica negra los sorprendió. No dijo nada, simplemente mantuvo la puerta abierta mientras Paula subía a la furgoneta sin pronunciar palabra.

No hubo preguntas, ni siquiera un saludo, nada… Miguel y Daniel la siguieron al interior. La furgoneta tenía un largo asiento a cada lado. En el interior solo se encontraba el joven que les había abierto la puerta y otra muchacha que se sentaba a su lado vestida de la misma forma.

Paula fue directa al final de la furgoneta y cogió tres capas, le tendió una a cada uno de ellos, se puso la suya y se sentó en el asiento. Miguel se sentó a su lado mientras anudaba la capa a su cuello y Daniel se situó al lado de este.

No podían decir que no lo tenían bien organizado.

Cuando el muchacho volvió a cerrar la puerta la oscuridad reinó en el interior unos segundos hasta que el mismo joven encendió una

linterna manteniéndola en sus manos.

Permanecieron en silencio mientras la furgoneta avanzaba por la carretera. No sabían a qué lugar los conducían, pues las misas negras iban cambiando su ubicación cada semana para no ser descubiertos, tal y como les había explicado Paula.

Media hora después la furgoneta tomó un desvió por un camino mal asfaltado que hacía que se moviesen de un lado a otro. Además, estaba seguro de que debían estar subiendo, ya que la furgoneta se inclinaba hacia delante mientras tomaba las curvas.

Varias veces estuvo a punto de maldecir al conductor, pero se contuvo. De hecho, ninguno de los allí presentes intercambiaba palabra alguna.

Poco después, la furgoneta se detuvo y escucharon cómo el conductor y el copiloto bajaban. El muchacho que sujetaba la linterna abrió la puerta y, sin decir nada, bajó de esta. El resto le siguió.

Miguel dio un salto después de Paula y miró a su alrededor. No sabía dónde se encontraban, solo que el bosque los rodeaba, aunque al final, en aquella oscuridad, atisbó a ver un par de casas en ruinas y una hoguera que iluminaba los muros prácticamente derrumbados.

Daniel se situó a su lado echándose la capucha por encima, tal y como había hecho Paula que caminaba por delante de ellos.

La siguieron mientras miraban de un lado a otro.

—¿Sabes qué lugar es este? —le preguntó Daniel.

Paula se giró hacia ellos molesta, sin dejar de caminar.

—Moreda Maior, es un pueblo abandonado —los miró furiosa—, y haced el favor de guardar silencio.

Ambos la escudriñaron con la mirada y finalmente asintieron.

Caminaron tras ella por el camino de tierra en dirección a la hoguera. Aunque era verano, allí en lo alto de aquella cima refrescaba bastante, así que las capas que les habían dado los cobijaba del frío.

A medida que se fueron aproximando a la hoguera descubrieron a un grupo de personas esperando. Todos rodeaban la hoguera con las Biblias en sus manos. El ambiente era frío y tenebroso. Sin duda, ver a una veintena de personas rodeando una hoguera en medio del bosque, en un pueblo abandonado, cubiertos por unas capas negras y una capucha que cubría parte de sus cuerpos, era siniestro.

Paula les indicó que la siguiesen con un movimiento de mano, rodeando a todas aquellas personas que no se movían, que se mantenían totalmente estáticas, con sus cabezas agachadas y realizando algún tipo de oración.

Entre todos ellos un hombre destacaba. Portaba la capa y la capucha puesta, pero en el lado izquierdo de la capa se dibujaba con hilo rojo una cruz invertida.

—Menuda fiesta, ¿eh? —ironizó Miguel hacia Daniel, el cual le

hizo un gesto gracioso con la lengua.

Aquel comentario tuvo que ser escuchado por Paula que se giró hacia ellos y los reprendió con la mirada antes de detenerse ante aquel hombre. Ambos se pusieron serios cuando aquel hombre comenzó a inspeccionarlos durante unos segundos. Finalmente, miró a Paula.

—No sabíamos nada de ti desde hacía unas semanas —comentó seriamente—, ¿y ahora apareces con dos hombres?

Ella descendió la mirada en un claro gesto sumiso.

—Lo siento, maestre —susurró—, mis padres me obligaron a ir a la universidad y estas semanas me ha sido difícil compaginarlo. No volverá a pasar —comentó con un tono de voz nervioso y sin atreverse a elevar la mirada hacia él.

El hombre volvió a mirarlos. Sin duda, este debía ser José, el jefe de la organización satánica.

—¿Quiénes sois? —preguntó hacia ellos.

Miguel dio un paso hacia delante.

—Soy Miguel, maestre —se presentó también bajando la mirada en actitud sumisa—. Conozco a Paula desde hace años, vamos a la misma universidad. —Inspiró aire sin moverse, manteniendo aquella actitud vulnerable—. El año pasado realicé un Erasmus en Praga y me uní a la iglesia de Satán —indicó—. Ahora que he vuelto a mi hogar quiero unirme a esta congregación.

José lo miró de la cabeza a los pies y enarcó una ceja.

—¿A tu hogar? No tienes acento gallego —pronunció confundido.

—Soy de Granada —indicó—, pero voy a quedarme a vivir aquí en Lugo —improvisó rápidamente. Luego señaló a Daniel que se mantenía en la misma actitud—. Él es Daniel, compañero también de universidad y…

—Prefiero que me lo explique él —lo interrumpió José.

Miguel apretó los labios y asintió mientras agachaba su cabeza.

—Pues… soy Daniel —se encogió de hombros—, y soy de aquí, de Lugo —indicó resaltando su acento gallego—. Soy compañero de universidad de Miguel y amigo de Paula. Realicé el Erasmus junto a Miguel y ambos nos unimos la iglesia de Satán. Ahora queremos unirnos a esta.

El maestre asintió mientras los estudiaba, como si evaluase sus explicaciones. Luego miró a Paula también.

Paula sabía que si no se fiaba los expulsarían, incluso sabía que muchos de los ex miembros de las iglesias de Satán habían sufrido represalias a manos de los actuales miembros. Era fácil entrar y formar parte de ellas, pero no salir. Había muchos secretos que proteger.

Llevó la mano hasta el hombro de ella que intentó mitigar su temblor y dibujó en su rostro una sonrisa tranquilizadora.

—Está bien, pero la próxima vez que vayas a faltar a las reuniones… —comentó apretando su hombro—, avísanos. Estábamos preocupados —acabó arrastrando las palabras.

Sin duda, Miguel y Daniel entendieron aquel tono de voz a la perfección, no reflejaba preocupación, sino más bien amenaza.

—Claro, maestre —contestó ella en un susurro.

Miguel enarcó una ceja en su dirección. Estaba claro que en ese momento sentía temor. Quizá sí era cierto lo que había dicho de que no quería pertenecer más a esa secta y que, por eso mismo, intentaba pasar desapercibida, puede que fuese peligroso abandonar aquellas sectas. De todas formas, si permanecía a su lado no tenía de qué preocuparse. Ella se encargaba de infiltrarlos en la iglesia satánica de Lugo y ellos se encargarían de protegerla, fuese cual fuese el peligro.

José, el maestre, alzó la mirada hacia ellos mientras apartaba la mano del hombro de Paula.

—Sed bienvenidos. Os ungiremos para daros la bienvenida.

Ambos vieron los enormes ojos azules escondidos bajo unas gruesas cejas pobladas, aunque blanquecinas. Su cara estaba surcada por arrugas y una gran papada se formaba bajo su barbilla.

Ambos asintieron y esperaron a que Paula se situase a su lado y comenzase a caminar hacia el círculo que rodeaba la hoguera, buscando un lugar para los tres.

Miguel se situó a su lado, estaba claro que, en ese momento, Paula se encontraba atemorizada.

—¿Estás bien? —le susurró.

Paula se detuvo colocándose en un hueco que había frente al fuego.

—Ahora no —le devolvió el susurró ella mientras les indicaba que tomasen sus posiciones.

—¿Qué es eso de ungirnos?

—¿Tú que crees? —preguntó retóricamente con temblor en su voz.

Miguel asintió y se situó a poco menos de un metro de ella, a su izquierda, y Daniel lo hizo también al lado de esta. No era tonto, y sabía identificar perfectamente cuándo alguien estaba asustado. Sin duda, Paula lo estaba en aquellos momentos.

El maestre alzó los brazos y comenzó a recitar unas palabras en latín que no comprendían. Tal y como Paula les había dicho, ellos mantuvieron la mirada clavada en el suelo, por suerte, las capuchas cubrían sus rostros y no pronunciaban las contestaciones del resto, ocultando así que no tenían ni idea de lo que se debía decir.

—El fuego purificador sanará nuestras almas inmortales… —pronunció con solemnidad el maestre y llevó su mano hacia un lado, solicitando así que uno de los hombres cercanos le entregase una cesta

donde había decenas de cruces y Biblias—. Arrojemos al fuego santificado los símbolos de opresión.

El hombre se acercó para entregarle la canasta, pero al dar el último paso se pisó la larga capa y dio unos pasos rápidos hacia delante. A punto estuvo de caer.

—Uyyy —susurró Daniel provocando que Miguel sonriese, aunque rápidamente ambos adoptaron una postura seria de nuevo.

Hicieron todo lo que hacía el resto, arrodillándose cuando lo hacían y conteniéndose de soltar algún improperio cuando veían que lanzaban a la hoguera cruces y Biblias.

Al principio, se encontraban un poco nerviosos, no por miedo, sabían de sobra que podrían defenderse frente a aquel puñado de hombres sin problema, pero sí por temor a ser descubiertos y tener que abandonar aquel plan.

Miguel alzó la vista al frente cuando escuchó que el maestre hacía referencia a ellos.

—… dos nuevos integrantes que pasan a formar parte de la iglesia satanista de Lugo, convirtiéndose así en nuestros hermanos de sangre. ¡Por Satán!

—Por Satán —respondieron todos.

Miguel miró de reojo a Daniel y enarcó una ceja cuando vio que uno de los hombres cogía un tarro de barro y se dirigía hacia ellos. Intentó evitar el gesto de desagrado cuando identificó que la sustancia que había en el interior del tarro era, seguramente, sangre de animal.

Miró a aquel muchacho acercarse con solemnidad hacia él, aunque abrió los ojos al máximo cuando este tropezó con una de las piedras.

—Ahhh —gritó el hombre salpicándose la capa con sangre. Ninguno de los que rodeaban la hoguera rio o hizo un gesto de sorpresa, al contrario que Miguel y Daniel, los cuales tuvieron que morderse la lengua al ver la cara de espanto del muchacho. El joven miró a su maestre que se acercaba a ellos con gesto de circunstancias. Desde luego, si las miradas matasen, seguramente aquel muchacho yacería bajo tierra en ese momento, pues el maestre lo fulminaba con la mirada mientras se acercaba.

Miguel tuvo que reprimir sus instintos de reírse y de decirle al joven que era un torpe de los cojones cuando se situaron frente a él.

Enarcó una ceja disimuladamente cuando el maestre introdujo dos dedos en la sangre y los llevó hacia la frente de Miguel.

—Por Satán —dijo mientras dibujaba una cruz invertida en su frente.

—Joder —susurró Miguel al notar cómo la sangre caía por el puente de la nariz. Al ver la mirada sorprendida del maestre se puso serio y asintió—. Por Satán —respondió con solemnidad.

El maestre asintió y fue hacia Daniel que observaba con desagrado hacia el recipiente de sangre.

Miguel miró de reojo a Paula que lo observaba y, en un gesto involuntario, llevó la túnica hacia su nariz para limpiarse, pero Paula lo detuvo negando con su cabeza. Miguel resopló y tuvo que reprimir sus ganas de limpiarse. La sensación era asquerosa.

Observó cómo Daniel cerraba los ojos cuando dibujaban en su frente con la sangre viscosa, incluso captó cómo apretaba los labios. Sabía lo escrupuloso que era y estaba seguro de que se le estaba revolviendo el estómago. Tuvo que contenerse de reír al mirar a su compañero.

Aprovechó y desvió la mirada hacia Paula.

—¿Alguien de Thelema?

Ella lo miró con los labios apretados y negó.

Miguel suspiró mientras observaba cómo el maestre, acompañado del muchacho que aún tenía cara de circunstancias tras su tropiezo, se alejaba y se situaba en su puesto inicial frente a la hoguera.

Alzó sus manos manchadas de sangre hacia el cielo y comenzó a recitar en latín con la voz fuerte y segura.

—Menudo espectáculo —susurró Miguel.

Daniel puso sus ojos en blanco dándole así la razón mientras se limpiaba disimuladamente la sangre que caía por su mejilla.

Media hora después subían de nuevo a la furgoneta para ser devueltos al lugar de recogida.

Se le hizo eterno aquel rato, no había nada que desease más que limpiarse la sangre medio seca del rostro y quitarse aquella absurda capa.

En cuanto uno de los jóvenes abrió la puerta trasera de la furgoneta y les señaló que bajasen, se quitaron las capas y dieron un salto hasta el suelo.

Miguel iba a despedirse con un movimiento de mano, pero Paula lo contuvo. Desde luego, no eran muy amigables.

En cuanto la furgoneta desapareció en la oscuridad de la noche, Paula resopló.

—Adiós colegas, ¡menuda fiesta! —ironizó Miguel alzando la mano hacia la furgoneta.

Daniel corrió hacia el todoterreno y lo primero que hizo fue mirarse en el retrovisor del copiloto.

—Mierda —se quejó mientras se pasaba la mano por la sangre seca de la frente—. Qué asco, qué ascooo —escupió.

Miguel abrió el todoterreno y le indicó a Paula que se subiera en la parte de atrás mientras él se subía en el asiento del conductor. Daniel entró, se sentó y bajó el parasol para observarse en el espejo.

—En la guantera hay pañuelos de papel y una botella de agua —

comentó Miguel.

Daniel abrió y extrajo lo que le pedía Miguel. Ambos mojaron unos cuantos pañuelos y comenzaron a frotar enérgicamente sus frentes ante la mirada asqueada de Paula que los observaba desde atrás cruzada de brazos.

Miguel se fijó en cómo ella los miraba.

—En serio… ¿la juventud no sabe divertirse de otra forma? Es mejor ir a una discoteca a tomarse algo.

Paula resopló y miró por la ventana sin responder a la pregunta.

Miguel se giró hacia ella mientras seguía pasándose el pañuelo húmedo por la frente y Daniel frotaba a conciencia, quitándose los últimos restos de sangre seca.

Paula miraba con gesto preocupado por la ventana, incluso podía apreciar los músculos de su rostro en tensión.

—Ese tal José, el maestre, no parecía muy amistoso…

—No está permitido abandonar la orden —indicó ella y tragó saliva—. No sin el permiso del maestre.

Miguel asintió comprendiendo lo que significaba aquello.

—No te preocupes, si fuese necesario te protegeríamos. —Paula suspiró y lo miró no muy convencida—. Vamos, ya has visto de lo que somos capaces —intentó calmarla.

Daniel se giró también hacia ella.

—Te agradecemos mucho lo que has hecho, entendemos que es arriesgado para ti.

Ella resopló.

—Vosotros no tenéis ni idea —susurró mirando por la ventana.

Miguel chasqueó la lengua. Había intuido bien aquel tono amenazante del maestre hacia Paula, pero tampoco mentían al decir que si fuese necesario la protegerían.

—Igualmente… —comentó con un tono de voz más divertido—, no los veo muy peligrosos. —Paula lo miró enarcando una ceja—. Entre el secretario torpe que tenéis… —bromeó haciendo que Daniel también riese—, y esas miradas tan intrigantes de tu maestre… —frunció el ceño, imitándolo—. Sinceramente, no creo que corras peligro alguno —acabó con una sonrisa tranquilizadora.

Finalmente, Paula sonrió un poco más tranquila. Había visto de lo que eran capaces y estaba segura de que no le habían mostrado ni una décima parte. En cierto modo, sí que le relajaba que le brindasen su protección. Esperaba no necesitarla, pero si fuese necesario no dudaría en pedirla.

—Bien, ¿y de Thelema? —preguntó Miguel.

Paula negó.

—No había nadie allí. No siempre van —indicó con voz más calmada—. Quizá la semana que viene. Es el primer viernes de mes y,

además, creo que coincide con luna llena.

Miguel parpadeó varias veces y asintió.

—Bueno, pues la semana que viene tendremos que volver. —Se giró y volvió a mirarse en el espejo quitándose los últimos trozos de sangre seca—. Por Dios, ¡qué guarrada! —dijo arrugando el clínex y guardándolo en su bolsillo.

Arrancó el todoterreno y avanzó por la carretera.

—Eh… —dijo Paula desde atrás llamando la atención de los dos —, he pensado que… —Miguel la miró por el retrovisor—, mañana es la clase con Susana por la mañana, ¿no?

—Sí —respondió Daniel esta vez.

—¿Y no podría quedarme a dormir con vosotros?

Ambos se quedaron petrificados al escuchar aquella pregunta. Se miraron de reojo asombrados y Miguel sonrió divertido mientras negaba.

—Mejor te llevamos a tu casa ahora —respondió.

—Me vais a hacer madrugar más de la cuenta.

—Quien algo quiere algo le cuesta —continuó Miguel. Ella resopló—. Además, no hay camas suficientes y…

—Puedo dormir en un sofá —interrumpió ella.

—Y… —continuó Miguel—, aunque las hubiese debes ir a tu casa. Tus padres se preocuparían.

—No si les digo que me quedo a dormir en casa de una amiga — concluyó ella feliz.

Miguel inspiró lentamente y negó con rotundidad.

—No —sentenció él—. Cada uno a su casa y mañana, si quieres, a las nueve de la mañana serás bien recibida.

Ella volvió a resoplar cruzándose de brazos con más fuerza mientras Miguel miraba divertido a Daniel que también sonreía.

¿Qué se creía? ¿Que iban a montar una fiesta de pijamas o algo por el estilo?

Cuando llegaron a su casa, Paula bajó a desgana del todoterreno, estaba claro que no quería ir a su casa.

—Nos vemos mañana —comentó Miguel en actitud divertida, como si se despidiese de su hermana pequeña.

Ella fue hasta la ventanilla y los miró enfadada.

—No tengo coche para poder ir.

Daniel puso los ojos en blanco y se echó hacia delante para mirarla.

—Mañana te espero a las nueve menos cuarto en ese cruce de atrás —señaló—. Ya vendré a buscarte.

—¡Genial! —indicó ella alzando los brazos—. Graciaaas — canturreó.

Miguel negó mientras la veía alejarse.

—La próxima vez no vayas con rodeos, pregúntanos directamente si podemos venir a buscarte. Es más fácil —pronunció en un tono de voz más alto. Vio que se giraba un segundo y asentía feliz porque fuesen a recogerla mañana. ¿Esa era toda la preocupación que tenía? ¿Que no disponía de vehículo para acudir a las clases de brujería de Susana? —Menuda está hecha —bromeó Miguel mientras subía la ventanilla.

—Es un poco rarita… —pronunció Daniel.

—¿Un poco? —ironizó Miguel mientras le daba la vuelta al volante para cambiar de dirección—. Yo diría que bastante. ¿Qué joven de hoy en día prefiere irse a una misa negra antes que salir de fiesta con los amigos? ¡Está como un choto!

Daniel se encogió de hombros y chasqueó la lengua.

—Sea como sea, al final nos está ayudando a entrar en este mundillo. Es de agradecer —pronunció mientras se observaba de nuevo en el espejo de su parasol para asegurarse de que había limpiado bien su frente—. Macho, ¿no te ha parecido todo un poco estrambótico?

Miguel se quedó pensativo.

—Sí —respondió con la mirada fija en la carretera—. Da la imagen de que está todo muy bien montado, pero… joder, cuando se ha tropezado con el cuenco…

—Bueníiísimo —rio Daniel—, casi me meo de la risa ahí mismo.

Miguel le dio la razón.

—¿Y las miradas intrigantes de José? —Puso los ojos en blanco—. Creo que todos tienen mucho que perfeccionar aún, pero es que… José… —rio—, parecía estreñido —apunto Daniel finalmente.

—Y que lo digas —le dio la razón Miguel—. Bueno, solo espero que la semana que viene sí venga alguien de Thelema… —comentó mientras tomaba el desvío en dirección a su pueblo—, no quiero tener que aguantar esta mierda mucho tiempo.

Diez minutos después aparcaban el vehículo frente a su casa.

—Mejor, así ya tengo el vehículo fuera cuando tenga que ir a buscar a Paula —comentó Daniel saliendo por la puerta del copiloto. Miró hacia la casa que tenían enfrente donde estaban las luces de la segunda planta encendidas—. Están despiertos.

—Querrán que les informemos de todo —comentó Miguel llevándose las llaves al bolsillo, rodeando el coche—. Ha sido totalmente ridículo…

—Pero si te has acojonado —bromeó Daniel.

Ambos se detuvieron cuando una voz femenina los alertó.

—¿Miguel? —preguntó Elena divertida.

Ambos se quedaron totalmente parados al observarla allí, pues no esperaban la presencia de nadie.

—¿Elena? —preguntó Miguel sorprendido.

¿Y vestido así? No, ni hablar, pensó dando unos pasos hacia atrás mientras ella avanzaba con una gran sonrisa en su dirección.

—¿Has salido tú también de fiesta? —preguntó con un tono de voz agudo que daba a entender que había tomado alguna copa de más.

Miguel miró de reojo a su compañero, no muy seguro de la respuesta que debía darle. ¿Asistir a una misa negra podía considerarse como salir de fiesta? Carraspeó un poco y sonrió.

—No, solo… a tomar algo —respondió al final.

Elena lo miró de la cabeza a los pies y, en ese momento, cayó en la cuenta de la vestimenta que llevaba. Unos pantalones negros de cuero ajustados, una camiseta negra con el dibujo de un pentagrama en medio de color rojo y… ¿tenía un tatuaje en el brazo?

Miguel se dio cuenta de hacia dónde dirigía la mirada y se removió nervioso. Estaba claro que con aquella oscuridad no lograba verlos con claridad, pero sin lugar a dudas se había dado cuenta de su tatuaje. Se fijó en cómo daba unos pasos atolondrados en su dirección. ¿Había bebido?

—Me parece que tu amiguita va un poco pasada de copas —le susurró Daniel disimuladamente.

Sí, ya se había dado cuenta de ello, aunque lo corroboró cuando el gesto de Elena se modificó bruscamente pasando de estar muy seria a muy sonriente.

—Pues qué moderno te vistes para salir a tomar algo —rio provocando que Miguel apretase los labios y Daniel tuviese que girarse levemente intentando disimular su carcajada.

Miguel se encogió de hombros.

—Ya ves. Nos gusta ir… a la última moda —comentó sin saber qué otra cosa decir.

Ella alzó un dedo hacia arriba.

—Pues eso está muy bien —indicó dando unos pasos más hacia ellos. Miguel iba a retroceder de nuevo cuando Elena tropezó doblándose el pie e iba a caer al suelo.

Supuso que era el alcohol, porque todo ocurrió demasiado rápido, demasiado para que su mente asimilase un movimiento tan rápido en una fracción de segundo.

Miguel se movió rápidamente hacia Elena y la cogió del brazo ayudándola para que no cayese al suelo.

—Joder, Miguel… —se quejó Daniel al verlo hacer ese movimiento tan rápido para evitar que cayese. En menos de una fracción de segundo Miguel se encontraba a pocos metros de ella y al momento estaba a su lado cogiéndola del brazo y evitando que cayese —. Mierda, contrólate.

Miguel lo miró enfurruñado mientras Elena intentaba mantener el equilibrio y la señaló con la mano. ¿Qué quería que hiciese? ¿Que la dejase caer?

—Guauuu —pronunció Elena muy sonriente—, menudos reflejos, agente —susurró con voz lenta, incluso acaramelada, sin ser consciente realmente del rápido movimiento de él.

Miguel enarcó una ceja hacia ella mientras Elena sonreía a pocos centímetros de su rostro, con los ojos entornados por el estado de embriaguez.

—Ya ves, soy rápido y veloz —comentó él sin apartar la mirada de sus ojos.

Daniel carraspeó.

—Muy rápido —sentenció ella.

—Mucho —le contestó con el mismo tono.

Daniel volvió a carraspear y, esta vez, sí consiguió su propósito llamando la atención de su compañero. Señaló hacia la casa.

—¿Qué tal si vamos dentro? Nos están esperando… —comentó Daniel tirante—. Por cierto, hola Elena —dijo alzando la mano hacia ella.

Elena dio un paso hacia delante intentando ver quién era, aún sujeta del brazo por Miguel.

—¿Quién es? —se preguntó para sí misma—. Ah, hola… Daniel, ¿no? ¿Qué tal? —dijo saludándolo con la mano.

Daniel sonrió y la saludó con la cabeza.

—Ten cuidado o volverás a tropezar… —bramó Miguel sin soltarla, aunque Elena se movía espitosamente de un lado a otro. Miró a su compañero que observaba la escena, totalmente pasmado—. Adelántate tú, ahora iré… —Daniel suspiró y negó con los ojos cerrados—. Voy a… —comenzó a tirar de Elena hacia la casa—, a acompañarla.

—Ya, ya… —dijo dando un manotazo al aire como si se diese por vencido, sabía que, aunque le insistiese con que la dejase allí, no serviría de nada—. Te espero arriba —indicó abriendo la puerta de su casa.

Nada más cerrar la puerta tras de sí, Elena subió la mano y se despidió de él, como si aún se encontrase en el portal.

—Adiós, Dani —canturreaba mientras movía su mano enérgicamente. Se giró hacia Miguel y lo miró sonriente—. ¿Puedo llamarle Dani?

—Supongo que sí —respondió él intentando mantenerla firme. Miró hacia su casita situada a pocos metros de donde se encontraban —. Vamos, te acompaño —comentó mientras la conducía con cuidado —, ¿tienes las llaves?

Ella le mostró el bolso.

—Por aquí deben de estar —dijo deteniéndose. Abrió el bolso y rebuscó en su interior. La verdad es que buscar unas llaves ahí dentro ahora era difícil—. Sé que están por aquí… —rio mientras removía todo en su interior. Extrajo su cartera y se la entregó a Miguel—. Toma, aguanta. —Miguel la recibió directamente mientras observaba petrificado—. Clínex… —dijo mientras extraía un paquete y se lo entregaba también—, pintalabios… —lo sacó y se lo entregó—, colorete —continuó mientras lo depositaba sobre el brazo que Miguel había situado frente a ella a modo de canastilla—, nunca se sabe si hará falta un retoque —bromeó mientras seguía extrayendo cosas del bolso—, mi carné de identidad… —A Miguel comenzaban a faltarle brazos—, la botellita de agua… —la cogió él con la otra mano—. ¡Aquí están! —dijo mostrándoselas ante su nariz.

—Ya veo, qué bien —comentó él sin saber qué hacer con todo lo que le había entregado. Acto seguido, Elena se dio media vuelta y fue hacia la puerta dejando a Miguel a pocos pasos de ella con todos sus enseres. Caminaba con bastante dificultad—. Espera —dijo corriendo hacia ella e intentando que ninguno de los objetos se le cayese.

Elena introdujo con dificultad la llave en la puerta y abrió, encendió la luz y entró en el interior.

Miguel se situó bajo el marco de la puerta con la barra de labios, la botella de agua, su carné de identidad, la cartera y varias cosas más. La casita estaba ya más adecuada que la última vez que la había visto. Elena fue hacia la puerta que separaba el comedor de la cocina y se apoyó en esta para quitarse los zapatos.

—Nunca te pongas tacones —le advirtió.

—Lo tendré en cuenta.

Miguel entró y fue hacia la mesa de la cocina para depositar todo lo que ella le había entregado.

Ella no parecía ser muy consciente de su presencia.

—Te… te dejo todo esto aquí, ¿sí? —dijo mientras lo dejaba caer.

—Muchas gracias —dijo ella ya descalza.

—Veo que… te has divertido.

—Mucho —rio ella—, hacía tiempo que no me divertía tanto. De hecho, creo que nunca lo había hecho. Ya sabes… —comentó mientras cogía el bolso e introducía todos sus enseres en el interior—, es lo que tiene tener un ex que te controla todos los movimientos —apuntó divertida sin ser consciente de lo que decía, pero aquel comentario hizo que él la observase intrigado. ¿Un ex? ¿Controlador?

—Ya —comentó pensativo, iba a preguntarle que cuándo había puesto fin a su relación, pero ella lo interrumpió.

—Muchas gracias por ayudarme. —Volvió a mirarlo de la cabeza a los pies—. No sabía que tenías un tatuaje… —le señaló el brazo indicando el 666, aunque en ese momento pudo apreciar cómo ella

abría los ojos de par en par, sobresaltada por el tatuaje—, es un…

—No, no… mira… es de broma —dijo pasándose la mano por el brazo y despegando parte de la calcomanía—. Es… por una apuesta que he hecho con mi amigo —mintió.

Ella lo miró seriamente, aunque en ese momento le pareció que Elena se perdía en sus pensamientos, como si recobrase parte de su lucidez.

Aquella chica le encantaba. Lo único que le apetecía era tenerla entre sus brazos, y ahora, confirmado ya que estaba soltera, no quería dejar pasar la oportunidad.

—Elena… —comentó Miguel dando unos pasos hacia delante, lo que provocó que ella alzase la mirada como si despertara de un sueño —, ¿te puedo invitar a comer mañana?

Ella parpadeó varias veces, intentando asimilar aquella pregunta.

—¿Mañana? —repitió.

—Sí, a comer —insistió él.

Se quedó observándolo unos segundos, ahí, frente a ella, y notó cómo el rubor recorría sus mejillas. Sí, era muy apuesto y, ahora que lo pensaba… lo había usado de perchero para todos sus cachivaches del bolso, pero esa no era la cuestión. Miguel la estaba invitando a comer mañana. ¿Una cita? Tragó saliva y durante unos segundos no supo qué decir. Su mente le imploraba que aceptase, pero una parte de ella aún seguía rememorando sus años de relación o… más bien de cautiverio.

—Claro —comentó al final sin pensarlo más.

Miguel asintió y dio un paso hacia ella.

—¿Necesitas algo? —Ella lo miró consciente de que le ofrecía su ayuda, dado que había bebido bastante. Por Dios, ¿qué había hecho? Lo miró con timidez y negó—. ¿Solo necesitas dormir la mona? —bromeó él. Ella asintió sin saber qué decir. Sí, le estaba tomando el pelo, pero se sentía bastante avergonzada—. Bien, pues… ¿te paso a buscar mañana sobre la una y media?

Carraspeó buscando su voz y asintió.

—De acuerdo —susurró esta vez.

Miguel fue hasta ella y colocó una mano en su hombro. Elena sintió cómo su vello se erizaba. Elevó la mirada hacia él, lentamente.

—Buenas noches —pronunció Miguel con una leve sonrisa.

—Buenas noches —susurró ella intentando controlar los latidos de su corazón.

Se quedó observándola unos segundos hasta que apartó la mano de su hombro y se dirigió a la puerta. Elena lo vio alejarse, aunque su mirada descendió levemente hasta su trasero. Apretó los labios y apartó la mirada de él. ¿Cómo podía sentir tanto en tan poco tiempo? ¿Estaba necesitada? Sí, debía de ser eso, la necesidad de cariño, de

contacto humano… ¿cuánto tiempo hacía que no experimentaba algo así?

Se despidió con un leve movimiento de mano antes de que cerrase la puerta dejándola a solas. En ese momento se dio cuenta de que había aguantado la respiración aquellos últimos segundos.

Se pasó la mano por la nuca notando su piel erizada y luego la paseó sobre sus ojos. ¿Se había vuelto loca? ¿Había aceptado una cita con Miguel en ese estado? ¿Ebria?

Bueno, fuese como fuese, al día siguiente tendría una cita con él, algo que no le disgustaba, sino todo lo contrario. Una sonrisa se esbozó en sus labios. Sí, la vida comenzaba a sonreírle de nuevo.

Miguel entró por la puerta de su casa y subió por las escaleras hasta la planta superior donde todo el grupo permanecía despierto.

—¿Dónde estabas? —preguntó Aitor.

—Con Elena —respondió sinceramente, tampoco tenía por qué esconderse—, la he acompañado a casa. Ha bebido un poquito más de la cuenta.

Aitor lo miró de arriba abajo y finalmente resopló.

—Ya nos ha comentado Daniel que Thelema no ha hecho acto de presencia —continuó Aitor—. Debéis ir hasta que lo haga.

Miguel asintió.

—Lo sé —dijo acercándose a la barra de la cocina donde había una cafetera recién hecha. Cogió un vaso y se echó hasta la mitad—. No hay problema, jefe, ha estado gracioso —acabó bromeando antes de dar un sorbo. Aitor lo miró sin comprender y miró a sus compañeros que también se encontraban aturdidos por la respuesta—. ¿No se lo has explicado? —ironizó hacia Daniel.

—No he tenido tiempo —respondió Daniel.

—Pues, para resumir: una gran hoguera y mucho loco con capa, mucha palabrería en latín, arrojamos cruces al fuego, arrojamos Biblias al fuego… —iba acelerando a medida que relataba, provocando que sus compañeros lo mirasen enarcando una ceja—, nos ungen con sangre en la frente, más palabrería en latín, una oración final que no sé qué mierda significa y fin. Eso ha sido todo —se encogió de hombros—. Ah, bueno… —dijo recordándolo—, y varios tropezones con la capa —rio—. Eso ha estado gracioso. —Miró a su jefe—. En definitiva, ni rastro de Thelema y probaremos la semana que viene, sí. —Se giró un segundo hacia el pasillo—. Me voy a dormir, buenas noches.

Miguel fue hacia el pasillo donde se encontraban las habitaciones.

—¿Os han ungido? —preguntó Víctor hacia Daniel.

Este asintió.

—Nos han puesto una cruz invertida en la frente con sangre, una guarrada, me ha revuelto el estómago —explicó Daniel.

—Eh, eh, espera… —interrumpió Aitor dirigiéndose unos pasos hacia el pasillo. Miguel se detuvo—. ¿Habéis reconocido a alguien de los que estaba allí?

Miguel se giró y negó.

—Imposible, todos cubrían su rostro con la capucha.

—Excepto José, el maestre de la orden —recordó Daniel—. Creo que podría reconocerlo.

—Perfecto —dijo Aitor—, mañana haremos una búsqueda, a ver si averiguamos algo más sobre ese hombre. Quizá a partir de ahí podamos establecer algunos vínculos.

Miguel asintió y, sin decir nada más, entró en su habitación.

Fue directo hacia el aseo personal y se miró en el espejo, por suerte no quedaba rastro de la sangre que habían esparcido en su frente, pero necesitaba una ducha urgente, se sentía sucio desde entonces.

Arrojó la camiseta negra al suelo y se miró la calcomanía de su brazo. Resopló y se acabó de desvestir antes de entrar en la ducha.

Pese a que aquella reunión de locos fanáticos de Satán había agotado sus fuerzas y su paciencia, la cita del día siguiente a mediodía con Elena había hecho resurgir su alegría. Sí, el día siguiente podía ser un gran día y, además, debía indagar sobre el comentario que Elena había hecho con relación a un ex posesivo. Aquellas afirmaciones habían despertado su curiosidad y estaba decidido a averiguar sobre eso.

12

Miguel miró de reojo a Paula, sentada en la mesa de al lado y tomando notas como si estuviese en la facultad. Daniel la había ido a buscar tal y como le había prometido. La muchacha había acudido con una carpeta repleta de folios y varios bolígrafos e iba apuntando todo lo que Susana explicaba. Por el contrario, el resto de la división se limitaba a escuchar y a evitar que Susana viese los bostezos.

Paula volvió a levantar su mano, entusiasmada. Susana la miró y sonrió, parecía que le gustaba la actitud de la joven. Al principio le había sorprendido verla allí, pero tras la explicación de Aitor y ver que la muchacha, a diferencia del resto de la división, parecía emocionada con las clases, la había aceptado de buen grado.

—Dime —la señaló Susana con un movimiento de mano y una gran sonrisa.

Paula miró los apuntes que tenía.

—De acuerdo, entonces, entiendo que la estrella de David y el pentagrama son totalmente iguales, excepto porque en el pentagrama pagano una de sus puntas señala hacia arriba.

Susana asintió y miró al resto de la división que escuchaba, aunque sin tomar notas.

—Exacto, por lo que siempre que queramos invocar el símbolo protector hay que asegurarse de que la punta no señale el norte, de ser así… haríamos todo lo contrario a lo que deseamos. —Señaló los dos dibujos—. Con la estrella de David podemos protegernos de todo lo negativo y, además, concentra todas las energías positivas del mundo. Es un símbolo muy poderoso y respetado por los espíritus. Eso sí, dibujadlo mal, confundíos y dibujad el pentagrama pagano y en vez de protegeros podréis conjurar a un demonio.

Aitor interrumpió la explicación.

—Eso quería saber yo… ¿cómo los conjuramos? Creo que no nos iría mal hablar con alguno para enterarnos de lo que está ocurriendo.

Susana resopló y los señaló.

—Aún no estáis preparados para algo así. —Aitor resopló al igual

que el resto de la división—. Invocarlo es fácil —pronunció ella mirándolos a todos, uno a uno—, lo difícil es mantenerlo sujeto, sin que pueda salir del sello, por eso necesitáis conocer los sellos a la perfección y cómo usarlos antes de invocarlos, de lo contrario podéis liberar a un demonio.

—Está bien… —indicó Aitor poniéndose en pie y miró a sus compañeros—, en nombre de todos los miembros de la división… estamos muy, muy agradecidos de lo que estás haciendo —Susana sonrió ante su cumplido—, te estás tomando muchas molestias, pero… —esta vez usó un tono de súplica—, necesitamos invocar ya a un puto demonio —acabó alzando la voz—. Los demonios planean abrir las puertas del infierno, lo cual creemos que es un portal a este mundo… —comentó acelerado, provocando que Susana pusiese la espalda recta —, y necesitamos ya información de primera mano. De verdad que te agradecemos lo que estás haciendo, pero… por el amor de Dios —suplicó—, enséñanos ya cómo narices invocar a un espíritu y amarrarlo.

Susana se tomó unos segundos de silencio.

—Está bien —acabó diciendo bastante tensa—, pero os advierto que hacerlo puede ser muy peligroso.

—Lo sabemos, pero vamos a contrarreloj —indicó Aitor.

—Bronce —pronunció provocando que todos la mirasen sin comprender. Hasta ese momento no había nombrado nada sobre el bronce—. Esa alineación mantiene a los demonios apresados. —Fue hacia la mesa y cogió todas las hojas que la división había imprimido del libro de La llave de Salomón con los símbolos de los demonios—. Debéis saber a qué demonio conjurar y escribir este símbolo en el suelo. Después debéis pronunciar correctamente el encantamiento que Salomón dejó por escrito. —Inspiró aire intentando relajarse, pues comentar aquello la ponía nerviosa—. Os iría bien que alrededor del sello del demonio hagáis el dibujo de la estrella de David en cobre, de esta forma el sello de protección tendrá más poder. Y, sobre todo, mientras el demonio esté aquí, jamás debéis romper ninguno de los sellos, si esto sucediera… el demonio sería liberado. Tanto el sello del demonio como el símbolo de protección deben estar bien cerrados.

—¿Debe estar en el suelo? —preguntó Miguel—. ¿Alrededor del sello del demonio?

—No tiene por qué —explicó lentamente—. Podéis llevarlo también vosotros. Aunque lo mejor sería rodear el sello del demonio para evitar que pudiese salir. Creará… —tragó saliva—, creará un muro invisible que no permitirá al demonio moverse fuera de él. No podrá escapar.

Susana tragó saliva.

—¿Cuánto tiempo dura? —preguntó Miguel.

Susana negó.

—No… no lo sé… yo nunca he invocado a un demonio. Invoco deidades blancas, buenas —explicó ella—. Nunca he experimentado con la parte oscura… ni quiero —confesó.

Miguel miró a Aitor, el cual asentía. Era respetable, no podía pedirle a Susana que les ayudase a invocar a un demonio o que estuviese presente, ella no era así, ella se consideraba una bruja blanca y jamás entrarían en contacto con estos seres, al menos por voluntad propia.

Aitor se quedó pensativo y finalmente suspiró.

—¿Cuál es el símbolo de protección más poderoso de todos?

Susana se quedó pensativa.

—Quizá sería mejor hacer un ritual de protección para cada uno de vosotros y del lugar donde queráis realizar la invocación —dijo lentamente.

—Muy buena idea —la señaló Miguel poniéndose en pie—. ¿Qué nos propones?

—Ahhh… mmm… creo que primero deberíais saber a qué demonio queréis invocar y, en función de las características de este, se haría un ritual de protección u otro —explicó Susana—. Además, creo recordar, porque lo leí hace mucho tiempo, que en el libro de La llave de Salomón, de donde habéis extraído los sellos, explica los rituales de conjuración y de protección frente a los espíritus malignos. Yo nunca lo estudié a fondo, pero sé que ahí lo explica todo.

—Estupendo —comentó Aitor—. Víctor, tú lo leíste, ¿verdad?

—Sí, aunque no lo memoricé, pero recuerdo que sí lo explicaba —respondió Víctor.

—Pues manos a la obra —sentenció Aitor—, ya hemos esperado bastante. —Miró a Susana—. Si te decimos el demonio que queremos invocar, ¿puedes prepararnos un ritual de protección?

Susana se removió incómoda.

—Puedo intentarlo, pero no me dedico a eso —confesó.

Paula que había permanecido callada esos últimos minutos intervino.

—Yo puedo ayudar —dijo emocionada.

Todas las miradas se centraron en ella, como si en ese momento no hubiesen sido conscientes de que ella se encontraba allí.

Aitor la miró desubicado.

—¿Qué haces aún aquí? —preguntó. Ella se encogió de hombros —. Venga, a tu casa —comentó como un padre que riñe a su hija.

—Oh, venga ya —se quejó la joven—, esto es lo que quiero, puedo ayudaros —sentenció.

—¿Cómo? —ironizó Aitor rodeando la mesa—. ¿Has conjurado algún demonio alguna vez?

—Mmm… no.

—¿Sabes hacer rituales de protección?

—No —respondió con timidez.

—¿Has leído el libro de la llave del rey Salomón?

—No —acabó con un tono lúgubre.

Aitor colocó las manos en su cintura y ladeó su cuello.

—¿Y en qué puedes ayudarnos?

Paula parecía desesperada por responder de alguna forma que los convenciese.

—Aprendo rápido.

—A tu casa —insistió Aitor.

—Jooo —se quejó Paula poniéndose en pie.

—Lucas, llévala, por favor —le pidió a su compañero.

Lucas se puso en pie y fue hacia Paula.

—Venga, vamos —comentó colocando una mano en la espalda de ella, medio arrastrándola hacia la puerta.

En cuanto se quedaron solos Aitor fue hacia Susana.

—El demonio al que hay que conjurar es Cheitán —comentó y miró a sus compañeros—. Creo recordar que ese era el demonio que mantenía un vínculo con Xacinta. Debe estar al tanto de todo.

Susana apuntó el nombre en un papel.

—Está bien… —Lo dobló y lo guardó en su bolsillo—, ¿para cuándo queréis hacerlo?

Aitor miró su reloj de muñeca que marcaba casi las doce del mediodía.

—¿Crees que para esta noche lo tendrás listo?

Susana abrió los ojos como platos.

—¿Estás loco? Tengo que investigar a ese demonio, preparar un ritual de protección específico… no es coser y cantar, lleva su tiempo.

—Eh, eh… —dijo Aitor colocando sus manos por delante—, tranquila, haz lo que puedas.

Susana se pasó la mano por la cara, agobiada, y se dirigió hacia la puerta.

—Luego os llamo —fue lo único que dijo antes de salir a toda prisa del despacho en dirección a las escaleras. Seguramente, cogería su coche e iría directa a su casa para iniciar la investigación y preparar lo que buenamente pudiese.

Aitor se giró hacia el resto de sus compañeros.

—¿Os parece bien? —les preguntó.

—A mí me parece estupendo, ya va siendo hora de que tomemos cartas en el asunto —comentó Víctor mientras se sentaba frente al ordenador—. Voy a imprimir seis copias del libro y os daré una a cada uno, echad una ojeada a los rituales.

Aitor asintió conforme con lo que Víctor proponía.

—Creo que deberíamos avisar a Santiago y a Anael —comentó Miguel.

—Sí, ya lo había pensado —comentó Aitor pensativo—. Ahora hablaré con ellos.

—Bien, pues… —dijo mirando la impresora que comenzaba a imprimir las hojas—, coged los libros y memorizad todo lo que podáis. Esta noche habrá fiesta.

Miguel se acercó a la impresora y esperó a que imprimiese el primer ejemplar. Cuando vio que la última hoja de este salía despedida, lo cogió y lo metió en una carpeta.

—Comenzaré a leerlo y luego tengo que ir al pueblo a comprar unas cosas… —dijo como si nada, obviamente no iba a decir que había quedado para comer con Elena, pues seguramente Aitor se le echaría encima—, ¿necesitáis que os traiga algo? —preguntó saliendo ya por la puerta.

—No —respondieron casi todos a la vez sin prestarle atención.

—Perfecto —dijo dirigiéndose ya a las escaleras para ir a su habitación, ubicada en la primera planta. Una ducha rápida, algo de ropa más decente que la del día anterior y, durante un par de horas, simplemente sería un chico normal quedando para comer con una preciosa chica a la que quería conquistar.

Corrió por el pasillo huyendo de los gritos de Mateo.

—¿Cuántas veces te he dicho que no mires en mis cosas? —gritó saliendo hecho una furia de la habitación.

Sujetó el brazo de Elena y la arrojó contra la pared. Su otra mano la llevó hasta el cuello de ella, apretándolo, provocando que a Elena le faltase el aire. Elena llevó sus manos hasta la mano de él y comenzó a golpear.

—Te lo he repetido hasta la saciedad y, aun así, no aprendes —dijo frente a sus labios, con los ojos casi saliéndose de sus cuencas.

—Yo… —tragó saliva e intentó coger aire, pero era muy difícil—, solo estaba… poniendo tus camisas planchadas en el armario —logró balbucear.

Mateo rugió frente a ella y soltó su mano del cuello permitiéndole que volviese a respirar. Las piernas de Elena no sujetaron su peso y cayó hacia el suelo, desmoronada, luchando por recuperar el aire que había perdido durante aquellos eternos segundos.

—No vuelvas a abrir mi armario —ordenó con voz profunda.

Ni siquiera se atrevió a alzar la cabeza y a mirarlo, simplemente asintió mientras paseaba su mano por el cuello mientras Mateo ya se alejaba de allí.

Despertó de aquel recuerdo que la había paralizado al abrir su armario y sacar una chaqueta de entretiempo cuando sonó el timbre

de su puerta.

—Miguel —susurró, y una leve sonrisa se apoderó de su rostro.

Aunque los recuerdos no la abandonaban del todo debía admitir que aquella última semana el recuerdo de Mateo se había ido difuminando y, ahora, cobraba más fuerza la imagen de Miguel. Decían que un clavo sacaba otro clavo, y en parte el dicho tenía razón, aunque le costase admitirlo, debía confesar que cada tarde cuando llegaba a su casa después del trabajo tenía la ilusión de cruzarse con él. Sí, Miguel se había convertido en su máxima distracción aquellos días y, aquella noche, bajo la influencia del alcohol, había aceptado una cita con él porque era de lo que se trataba, ¿verdad? Aquello era una cita.

Se miró en el espejo antes de dirigirse a la puerta y abrió.

Apretó los labios cuando lo observó.

Miguel permanecía con las manos en los bolsillos de los pantalones tejanos. Su camiseta color azul oscuro remarcaba sus enormes ojos azules.

—Hola —dijo con una sonrisa.

—Hola —le respondió ella mientras salía de casa y echaba la llave.

Miguel bajó los escalones del portal junto a ella y miró hacia la ventana de la planta superior de su casa, al menos ninguno de sus compañeros se asomaba. Fue rápidamente hacia el todoterreno y abrió la puerta del copiloto.

—¿Adónde te apetece ir? —le preguntó Miguel mientras ella se sentaba. Cerró la puerta y rodeó el vehículo. Cuando abrió la puerta, Elena miraba el todoterreno, impresionada, no solo era muy elegante, sino que tenía decenas de botones en el salpicadero, muy diferente al de un vehículo que podía adquirir cualquier civil—. ¿Algún sitio que te guste en especial?

Elena sonrió mientras se ponía el cinturón y negó.

—Aún no conozco mucho la zona —reconoció.

—Aquí cerca hay una brasería que está muy bien —explicó Miguel mientras arrancaba el vehículo.

—Claro, me gusta —dijo sonriente.

Solo respiró tranquilo cuando tomaron la carretera en dirección a Monforte, pues creía que en cualquier momento podía salir uno de sus compañeros y sorprenderlo con Elena. Lo tenía todo planeado. Iría a comer con ella, permanecería relajado y, sobre las seis de la tarde, volverían a casa, así dispondría de un par de horas para poder empaparse del libro de Salomón. Sabía que lo que iban a hacer aquella noche era importante, que se jugaban mucho y, por eso mismo, tenía una extraña necesidad de quedar con ella, de estar cerca.

—¿Mucha resaca? —preguntó Miguel más relajado y la miró con

una sonrisa.

Ella sonrió también y chasqueó la lengua. Sí, sabía que había hecho bastante el ridículo la noche anterior.

—Lo siento —comentó graciosa, aunque él la miró sorprendido—. No sé si dije algo inapropiado.

—No, nada —respondió Miguel.

—Y creo que parecía un pato mareado…

—Eso un poco sí —rio.

—Tuviste que ayudarme, ¿verdad? —Miguel no respondió, simplemente se mantenía con una sonrisa hacia la carretera—. Y te usé de perchero… —rio.

—Oh, no… no te preocupes, úsame cuanto quieras —contestó mirándola de reojo y luego le sonrió mostrándole todos los dientes.

Elena ladeó su cuello y lo miró divertida.

—Gracias, de verdad. Seguramente, si no fuese por ti, habría acabado durmiendo en el portal. —Aquel comentario hizo gracia a Miguel—. No suelo beber y cuando me tomo un par de copas…

—Ya, te sube rápido —acabó él la frase—. Eso está bien, saldrás barata —bromeó.

—Creo que debería invitarte yo a ti por las molestias —susurró con timidez.

—¿Qué molestias? Mis compañeros de piso son molestos… no tú.

—Ya —se mordió el labio inferior—, hablando de eso… creo que no estabas solo, ¿verdad?

—No, no lo estaba.

—Estabas con Daniel —confirmó ella.

—Sí.

Elena se llevó la mano a la frente. Si no tenía bastante con hacer el ridículo delante de Miguel también lo había hecho delante de su compañero de piso.

—Pídele disculpas de mi parte cuando lo veas.

Miguel hizo un gesto como si apartase una mosca, quitándole importancia al asunto.

—No tienes por qué disculparte, fuiste lo más divertido que nos pasó ayer.

Ella apretó los labios y sonrió.

—Parecía que venías de… una gran fiesta.

Miguel resopló.

—Bueno, no estuvo mal —se encogió de hombros.

Elena miró por la ventana cómo accedían al pueblo de Monforte. Aquel camino lo tomaba cada mañana para ir a la notaría a trabajar, era de las pocas zonas que conocía del pueblo.

—Al menos tienes a gente con quien salir —comentó ella lentamente—. Una compañera mía del trabajo se apiadó de mí y me

ofreció que me uniese a su grupo de amigas.

—¿Y fue bien la noche?

—Sí, la verdad es que sí, son majísimas. Creo que… a la vista está —comentó con rubor en sus mejillas—, pero… todas están casadas o divorciadas, incluso una tiene una hija de casi mi edad.

Miguel chasqueó la lengua.

—Bueno, si quieres podemos ir saliendo de vez en cuando. Yo tampoco es que salga mucho con mis compañeros, solo de vez en cuando, pero… me gustaría quedar contigo más a menudo —se sinceró.

Ella le devolvió la sonrisa y asintió feliz por su propuesta.

—A mí también —confirmó ella.

Se obligó a apartar la mirada de sus preciosos ojos azules y volver la vista a la carretera. Aquello era mejor de lo que esperaba. Elena parecía decidida a iniciar una nueva vida y rodearse de personas… y él parecía ser una de ellas. Le llenaba de satisfacción. Siempre se había considerado un mujeriego, en cierto modo, huía de las relaciones serias, sin embargo, Elena tenía una ternura diferente a todas las mujeres. Cuando la miraba no podía evitar que su corazón latiese con más intensidad, e incluso, en alguna ocasión, le costaba encontrar las palabras. Sabía lo que significaba aquello, aunque durante mucho tiempo se había negado a sentirlo, se estaba enamorando realmente de ella, de sus gestos, su sonrisa, su mirada…

Tragó saliva y ralentizó el vehículo, pues se acercaban a la zona del restaurante y debía buscar sitio para aparcar.

Por su trabajo se había mantenido alejado de cualquier relación estable, pero su jefe, Aitor, mantenía una fantástica relación con su pareja, ¿por qué él no iba a poder lograr lo mismo? ¿Por qué no podía tenerlo él también?

—Aparcaré aquí, está muy cerca —dijo poniendo marcha atrás para aparcar el todoterreno en un hueco entre dos coches.

—De acuerdo —dijo ella mirando por la ventana.

Sabía que para iniciar una relación seria no podían haber secretos, y mucho menos secretos como los que él guardaba…

Apagó el motor y se quitó el cinturón mientras la miraba.

Se estaba precipitando, tampoco hacía mucho que la conocía y ya estaba pensando en formalizar una relación con ella. Resopló y se pasó la mano por los ojos. El gesto llamó la atención de Elena que lo miró preocupada.

—¿Va todo bien?

—Sí —respondió él rápidamente al darse cuenta de lo que había hecho—, es solo que estoy pensando en el trabajo que me espera esta tarde.

—¿Trabajas? ¿Un sábado por la tarde? —preguntó sorprendida

mientras abría la puerta para salir del vehículo.

—Sí, trabajo de oficina, pero es trabajo igual.

—Incluso más aburrido que otro —contestó ella divertida dándole la razón.

—*Touché* —la señaló con la mano.

Rodeó el todoterreno y le indicó con un movimiento de cabeza la dirección que debían tomar.

—Dímelo a mí, que paso horas en el despacho de la notaría redactando documentos.

—Puajjj —bromeó Miguel caminando a su lado—. Prefiero el trabajo de campo.

Ella se encogió de hombros.

—Yo no tengo ese tipo de trabajo, a no ser que reunirse con una familia que no está de acuerdo con la herencia y que se pelean por todo sea considerado como tal. —Le sonrió—. Te aseguro que se puede formar una auténtica batalla campal.

—Lo imagino —dijo metiendo las manos en los bolsillos—. Debe haber unas buenas peleas.

Ella asintió y se detuvieron ante el paso de peatones esperando a que el semáforo les indicase que podían cruzar.

Miguel la miró mientras se apartaba el mechón de cabello castaño oscuro de la cara y lo colocaba delicadamente tras su oreja. Elena se dio cuenta de que la observaba e instintivamente lo miró. Cuando sus miradas coincidieron fue consciente de que Miguel la miraba de una forma especial. Lejos de atemorizarla, aquello le gustó, aunque también provocó que sus mejillas volviesen a tomar un color rosado. Apartó la mirada de él rápidamente con un gesto tenso que hizo ser consciente a Miguel de que ella también debía sentir algo. ¿Atracción? Sí, estaba seguro. La forma en que había esquivado su mirada era clara en ese sentido.

—Vamos —dijo Miguel cuando el semáforo se puso en verde. Cruzaron y tomaron esa calle recta—. Anoche… —comentó un poco cohibido. Se sentía intimidado al sacar aquella conversación, pero tenía necesidad de saber—, comentaste que no salías mucho antes. —Ella asintió dándole la razón. Él apretó los labios antes de volver a hablar—, porque tenías un ex controlador —dijo en un tono serio.

Miguel se detuvo ante la puerta del restaurante y observó a Elena parpadear un par de veces, confundida.

—¿Dije eso? —preguntó con timidez. Él asintió—. Vaya.

Miguel abrió la puerta del restaurante y dejó que ella pasase primero. No hacía falta que dijese nada, pues podía notar cómo todo el cuerpo de Elena estaba en tensión al haberle sacado aquel tema de conversación.

—Perdona… —dijo él—, no era mi intención que te sintieses…

—No, no… —lo cortó—, no pasa nada —le tranquilizó—. Es solo que no suelo hablar mucho sobre eso —dijo e inspiró con fuerza.

Un camarero se acercó.

—Buenas tardes, ¿mesa para dos?

—Sí —contestó Miguel.

Siguieron al camarero entre las mesas. El restaurante estaba decorado de forma rústica, con vigas de madera en el techo y alguna de las paredes de piedra. La iluminación venía de unas enormes lámparas de araña de metal. El comedor era rectangular, con decenas de mesas a lo largo dispuestas en tres filas.

El camarero los llevó al final de una de ellas y los sentó.

—Bienvenidos —indicó mientras ellos se sentaban y les entregaba la carta con el menú.

—Gracias —contestó Elena.

La abrió y leyó con atención. Elevó la mirada un momento por encima de la carta, observando a Miguel. ¿Había dicho eso la noche anterior? Algo le sonaba, aunque no lo recordaba del todo. Tragó saliva y finalmente dejó la carta sobre la mesa.

—Mateo no me trató muy bien —comentó lentamente. Miguel le ofreció toda su atención—. Por esa razón abandoné Zafra. La relación no iba bien y decidí poner tierra de por medio. Era… controlador y posesivo —acabó diciendo como si no encontrase otra forma de definirlo.

—¿Trabajabais juntos?

Ella negó.

—Los dos estudiamos derecho. Yo me decanté por las notarías y él… —tragó saliva—, es fiscal del juzgado de Zafra.

Miguel suspiró al ver la expresión de dolor de Elena. Sentía una gran curiosidad por saber, pero quizá ese no fuese el lugar más apropiado para hacer ese tipo de confesiones y sincerarse.

Se acercó a ella un poco por encima de la mesa, captando su atención, pues Elena parecía estar inmersa en sus pensamientos.

—Me alegro de que ahora estés aquí —comentó mientras llevaba su mano hacia la de ella.

Elena sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca al notar la suavidad con que Miguel paseaba sus dedos por encima de su mano, acariciándola con una ternura que jamás antes había conocido.

Lo miró y no pudo evitar sonreírle de una forma triste, lo que provocó que el corazón de Miguel se desbocase. Un sentimiento de protección se apoderó de él, apretó un poco más fuerte su mano y finalmente la soltó. Elena le sonrió, notaba una conexión con Miguel que no había notado antes con nadie. Sentía que podía confiar en él, y que, si fuese necesario, él la protegería de cualquier cosa, y no solo porque fuese policía, sino por la delicadeza con la que la había

acariciado o la mirada tan cargada de sentimientos que le ofrecía.

Tragó saliva y cogió la carta de nuevo intentando calmar sus sentimientos. Sintió incluso cómo sus ojos se humedecían, hacía tanto tiempo que no se sentía en paz consigo misma o con la confianza necesaria para confiarle a alguien aquel secreto… solo lo había hecho con su amiga de la notaría, la misma que le había ofrecido el coche y la casa donde ahora se alojaba.

—¿Compartimos un pulpo? —preguntó Miguel cambiando de tema, pues Elena parecía afectada.

Ella asintió rápidamente, agradecida por aquella pregunta.

—Claro —contestó animada.

—Pues una de pulpo y, ¿qué más te apetece?

13

Miguel puso el freno de mano y se giró hacia Elena que abría la puerta para salir.

—Muchas gracias por la comida, lo he pasado muy bien —dijo antes de cerrar la puerta.

—Yo también —contestó Miguel. Elena apoyó el brazo en la ventanilla bajada—. Tenemos que repetirlo más a menudo.

—Por mí perfecto, pero a la próxima invito yo —contestó ella sonriente.

Miguel chasqueó la lengua.

—De acuerdo —contestó de mala gana—. La próxima vez podemos ir a cenar y a tomar algo.

—Me parece bien.

Se quedaron mirándose unos segundos hasta que Elena dio un paso hacia atrás.

—Nos vemos pronto —dijo mientras se dirigía a la puerta de su casa.

—En un rato, seguramente —rio Miguel—, vivo a tu lado.

Elena sonrió, abrió la puerta de su casa y cerró tras de sí.

Miguel tardó unos segundos en reaccionar. Elena era todo lo que deseaba, lo que necesitaba. Ella le daba la alegría que tanto necesitaba.

Miró hacia arriba asegurándose de que nadie lo espiaba y pulsó el botón del control remoto para que la puerta del garaje se abriese.

Cuando bajó la rampa y la puerta comenzó a cerrarse fue consciente de la luz que provenía de la habitación de al lado. Era como si saltasen chispas.

Bajó rápidamente del todoterreno y fue a la habitación. Abrió la puerta. En la habitación se encontraban Lucas y Marcos, vestidos con un mono de trabajo y ambos con gafas de soldador. Lucas mantenía en su mano el soldador que echaba chispas mientras lo pasaba sobre el metal.

—Eh —llamó su atención Miguel.

Lucas lo miró directamente.

—¿Qué haces ahí?

—Acabó de venir del pueblo —respondió.

—¿Del pueblo? Pensaba que estabas en tu habitación —respondió Marcos mientras sujetaba otro trozo de metal.

Bien, mejor así, pensó Miguel que dio un paso hacia delante.

—¿Qué hacéis? —preguntó Miguel.

—Un atrapademonios de bronce —explicó Marcos.

—¿Un atrapademonios? —se burló Miguel—. ¿No podías ponerle un nombre más original?

—¿Se te ocurre otro? —ironizó Marcos.

En ese momento, le llegó la voz de Aitor desde la planta superior. Miguel se giró hacia allí.

—Está con Santiago y Anael —explicó Lucas mientras se pasaba la mano por la frente para secarse el sudor—. Más vale que funcione —dijo colocándose las gafas de soldar de nuevo.

Subió a la planta de arriba donde, tal y como le habían informado, Anael y Santiago se encontraban allí y, además, los acompañaban Daniel y Víctor.

—Por eso hemos pensado en Cheitán —insistió Aitor—. Sabemos que ese demonio ha acudido a las reuniones con el resto de demonios y que está enterado del plan.

—Cheitán es un demonio muy poderoso —recordó Santiago—. Llegó a corromper la carne de Xacinta.

—Lo recuerdo —dijo Aitor—, pero es la única forma que se me ocurre. Los días van pasando y sabemos que algo está ocurriendo en el infierno, que los demonios se están preparando. Daniel y Miguel… —En ese momento se dio cuenta de que Miguel se encontraba allí y lo miró sorprendido, aunque no preguntó nada al respecto—, no pudieron contactar ayer con nadie de Thelema y es posible que pase bastante tiempo antes de que puedan conseguirlo. No podemos esperar a que la suerte nos sonría y que uno de los miembros de Thelema se digne a aparecer por allí. Además, todavía tendrían que reclutarlos. Puede llevar mucho tiempo y, mientras tanto, los demonios se preparan para atacar, abrir las puertas y desatar el infierno en nuestro mundo. Tenemos que hacer algo.

Santiago colocó una mano por delante de él intentando frenarlo, pues Aitor cada vez hablaba más acelerado.

—Lo sé, y no te quito razón, pero… ¿invocarlo? Ya os dije que era una mala idea infiltraros, pero ¿invocar a un demonio para sonsacarle información? —preguntó como si se tratase de algo absurdo—. ¿Qué os hace pensar que vais a poder doblegar la voluntad de un demonio? Y… más importante aún, ¿creéis que vais a poder mantenerlo preso?

—Susana nos ha explicado los rituales de protección y…

—Es una locura —dijo Santiago—, te lo dije ayer y te lo digo hoy. Además de peligroso.

Anael colocó una mano en el hombro de Santiago.

—Tampoco es tan locura… —se encogió de hombros—, Aitor tiene razón, debemos hacer algo. —Todos se sorprendieron cuando Santiago apretó los labios, sin contradecir lo que Anael decía—. Los demonios no se detendrán —pronunció con seriedad y miró a Aitor—. ¿Qué habéis pensado?

Aitor inspiró.

—Intentaremos conjurar a Cheitán y que nos explique realmente lo que planea.

—Un demonio no hablará tan fácilmente… —explicó Anael, lo cual hizo que todos enarcasen una ceja. Aquella muchacha sabía más de lo que aparentaba—. Lo primero que hará el demonio es intentar poseer a cualquiera de los invocadores.

—Susana nos traerá unos colgantes de protección.

—La cruz que os dio Santiago, ¿la tenéis?

Aitor llevó la mano hasta su cuello y sacó el colgante de donde pendía la cruz.

—Nunca nos la quitamos —contestó. Ella asintió—. Además, Víctor y Marcos están acabando una estrella de David en bronce.

Ella asintió y miró al sacerdote.

—Hay que bendecirla. —Santiago asintió, aunque por cómo se frotaba las manos estaba claro que aquello le ponía nervioso. Anael miró de nuevo a los miembros de la división allí presentes y observó que Daniel llevaba el libro de La llave de Salomón en su mano—. ¿Lo habéis leído?

—Más o menos, no nos ha dado tiempo a acabarlo —respondió Víctor y se giró hacia Aitor—. El problema es que no hay ningún sello de invocación para el demonio Cheitán. —Miró a Aitor, el cual lo miró sorprendido—. Es lo que iba a comentarte, me he mirado todo el apartado de los sellos y no existe ninguno para Cheitán.

—¿No? —preguntó Aitor.

—En el libro explica todo lo necesario para conjurar un demonio —interrumpió Anael—. Comienza con una invocación preliminar… para prepararnos —explicó. Fue hacia Daniel y le cogió el libro de las manos—. Cheitán es un demonio nacido del humo, súbdito del marqués Leraje, y, como tal, hay que invocarlo con el sello de su linaje. —Comenzó a pasar páginas hasta que les mostró una—. Leraje, sello número catorce.

Todos se quedaron callados. Sin lugar a duda, Anael era la indicada para enseñarles, pues estaba claro que dominaba el tema.

—Enséñanos —le pidió Aitor—. Todos queremos detenerlo, pero está claro que necesitamos tu ayuda. Vamos dando palos de ciego en

todo momento y Susana, aunque lo intenta, no tiene conocimientos suficientes para ello.

—Dinos qué debemos hacer —continuó Miguel—. Haremos todo lo que nos ordenes.

Ella los miró seriamente, pensativa, hasta que finalmente asintió.

—De acuerdo —dijo decidida. Fue hasta la mesa y depositó el libro sobre ella—. Lo primero de todo que debéis saber es que este libro, La llave de Salomón, no es el verdadero libro que escribió Salomón. —Se giró y los miró a todos. Algo en su mirada había cambiado, como si hubiese tomado una determinación—. Para poder entender la sabiduría antigua ancestral que fue protegida por los grandes sabios y el esoterismo, hay que prestar atención a los símbolos. —Dio unos pasos hacia Aitor—. Los símbolos encierran palabras, las palabras encierran ideas, las ideas encierran conceptos y estos son los que crean nuestra realidad, por lo que hay que entender que este símbolo… —señaló el sello—, es una obra de poder, un objeto o una entidad que otorga sabiduría y que abre las puertas a otra realidad. —Miró a Miguel y a Daniel—. Una realidad prohibida para la mayoría de los mortales… y muy peligrosa. El rey Salomón conocía todo esto, según la leyenda, un ángel bajado de los cielos lo instruyó. Este libro, según se dice, fue escrito por él bajo las órdenes de un ángel maestro, de hecho, no solo se relataba cómo conjurar demonios y atraparlos, sino también cómo realizar exorcismos. La Iglesia católica… —miró a Santiago—, durante muchos años utilizó este libro para realizar los exorcismos y combatir el mal latente en este mundo. Si lo leéis hay alabanzas a Dios, a la Trinidad… ya sabéis, padre, hijo al que conocemos como Jesús y espíritu Santo, sin embargo, el rey Salomón falleció en el año 931 antes de Cristo, prácticamente un milenio antes del nacimiento de Jesús. —Se giró de nuevo hacia los miembros de la división—. La Iglesia católica tomó este grimorio y lo modificó a su conveniencia, lo reversionó. Aquí solo tenemos la raíz fundamental, pero no el verdadero.

—Y… ¿servirá? —preguntó Víctor—. ¿Podremos realizar los conjuros correctamente?

Ella asintió.

—Los sellos, preparación, rituales y ungüentos que se explican en el libro son correctos. Con esto quiero decir que una gran parte de este libro y de la sabiduría que contenía desapareció, solo unos pocos privilegiados, y no por elección divina, son los que tienen en su poder esa sabiduría. Aquí solo encontraréis una pequeña parte de lo que el rey Salomón narró en realidad.

—Ya, bueno… pero nos sirve, ¿no? —insistió Miguel.

—Nos sirve —confirmó Anael—, pero quiero que seáis conscientes de la puerta que vais a abrir. Debéis estar preparados, no

solo físicamente, sino emocional y espiritualmente. Vais a usar magia antigua ancestral. —Los tres se quedaron pensativos, asimilando lo que Anael les explicaba. Visto así asustaba un poco, pero ¿qué otra cosa podían hacer? Necesitaban parar a los demonios o su mundo se convertiría en el mismo infierno.

—Todos sabemos lo que está en juego y somos conscientes de la importancia y del poder que conlleva este libro —indicó Aitor con voz pausada.

Tanto Víctor como Miguel asintieron mostrando su conformidad con las palabras que había expresado su jefe.

Ella los miró uno a uno. Sabía los peligros que conllevaba, y, aunque no le gustase lo que iba a hacer, era necesario. Ella lo había intentado por su lado con Gadreel, pero ni siquiera se había presentado ante ella para explicarle algo. No podía perder más el tiempo, ella también sabía lo que estaba en juego.

—De acuerdo —dijo mostrándoles la página catorce con el sello —. Para las invocaciones es muy importante observar la luna. Los días 2, 4, 6, 8, 10, 12 y 14 de su ascenso son los mejores para realizar invocaciones. Ningún otro día es bueno, pues la fina capa que separa nuestra realidad de la de ellos es más fuerte y mucho más difícil que puedan traspasarla y presentarse ante nosotros.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Víctor rápidamente.

—El día cuatro de su ascenso. Es bueno —indicó ella y miró a Aitor—. ¿Cómo pensáis hacer el sello para la invocación?

Aitor se encogió de hombros.

—Habíamos pensado en pintura acrílica en el suelo.

Anael enarcó una ceja sorprendida y rio.

—Aficionados… —susurró—. Los sellos deben contener metal, y no uno cualquiera. Cada linaje debe contener un metal en especial. Los reyes deben contener oro, los marqueses plata, los duques cobre, los prelados estaño, los caballeros plomo y los presidentes mercurio. —Los tres se miraron de reojo—. Cheitán pertenece al linaje de Leraje, que es un marqués, por lo tanto, su sello debe llevar trazos de plata.

—¿Cuánta plata? —preguntó Aitor rápidamente.

Anael hizo un gesto como si no tuviese mucha importancia.

—No hace falta que haya mucha, simplemente este elemento debe mezclarse con el resto de metales. Hay que… fundirlos. —Aitor se pasó la mano por la cabeza, agobiado—. Y, además, debe hacerse a unas determinadas horas. Los marqueses pueden invocarse desde las tres del mediodía hasta las nueve de la noche y desde las nueve de la noche a la salida del sol al día siguiente. Os recomiendo que lo hagáis cuando la luna esté visible, es mucho más fácil.

—Ya —interrumpió Miguel—, pero si hay que fabricar esos sellos va a ser imposible hacerlo hoy… —miró a su jefe—. Hay que hacer

moldes y conseguir los metales… ¿cómo debe ser de grande el sello? —preguntó a Anael.

—Para comenzar, y dado que no tenéis experiencia, os recomendaría que el sello fuese grande, al menos de un metro por un metro, de esta forma cogerá más fuerza. A medida que se coge experiencia y sabes cómo manejar esa energía puedes llegar a comprimir el sello en un anillo, como el que tenía el rey Salomón.

Miguel resopló.

—Pues complicado hacerlo hoy, jefe —insistió Miguel.

Aitor asintió y se pasó la mano por la nuca.

Santiago levantó la mano como si pidiese permiso para hablar.

—Conozco a un herrero, viene mucho a la iglesia… —explicó—, estoy seguro de que nos puede ayudar, aunque está claro que no podrá tenerlo para hoy.

—Esperemos al jueves —propuso Anael—. El jueves es el día 10 de la transición lunar, uno de los días que más fuerza tendrá la invocación. —Miró a Santiago—. Supongo que en cinco días tu amigo podrá tenerlo.

—Supongo —pronunció Santiago encogiéndose de hombros.

Aitor resopló, pues no parecía estar muy de acuerdo con ellos.

—Cinco días —susurró. Aunque no parecía estar de acuerdo con esperar esos días, no tuvo otra opción—. Está bien —aceptó. Resopló expresando así su disconformidad y, sin decir nada más, se giró hacia el pasillo evitando continuar con la conversación.

Aquella actitud sorprendió a todos los presentes. Aitor era un buen jefe, siempre solía escuchar a sus compañeros, los tenía en consideración y jamás perdía la compostura, sin embargo, había algo que lo debía mantener muy preocupado.

—¿Qué tal con Elena? —le susurró Daniel a Miguel. La pregunta lo desconcertó unos segundos y lo miró confundido—. Te he visto llegar con ella —le sonrió mostrándole todos los dientes.

—Oh, cállate —se quejó Miguel antes de alejarse de él y dirigirse hacia Aitor—. Jefe —lo llamó elevando su brazo, aunque obviamente Aitor no podía verlo dado que le daba la espalda. Aitor ni siquiera respondió, simplemente fue hasta las escaleras y comenzó a subir—. Eh, jefe… —repitió. Resopló y aceleró el paso—. Aitor —lo llamó.

Finalmente, Aitor se detuvo en medio de las escaleras, dándole aún la espalda. Miguel fue hasta él. Daniel y Víctor también lo habían seguido, aunque estos se habían detenido al inicio de las escaleras.

Se situó ante él y observó su rostro. Sí, sin duda había algo que le preocupaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó seriamente. Aitor apretó los labios y finalmente resopló—. Oye, si hay algún problema debes explicárnoslo —comentó y colocó una mano en su brazo mostrándole su apoyo—.

Aquí nos ayudamos todos.

Aitor tragó saliva y se giró un segundo observando a Daniel y a Víctor que también esperaban una respuesta por su parte.

—Es Nerea —susurró volviendo su mirada hacia Miguel.

—¿Nerea? —preguntó sorprendido.

Al decir aquel nombre Daniel y Víctor subieron los escalones contrariados, pues no esperaban que pronunciase el nombre de su novia.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Daniel.

Aitor se quedó callado, buscando la forma de decir aquello lo más suave posible.

—Esta noche ha soñado con el símbolo de Thelema… —Se llevó la mano al bolsillo y extrajo un papel doblado. Lo desdobló y se lo mostró a los chicos—. Nerea no sabe nada al respecto —sentenció.

Miguel comprendió lo que quería decir.

—¿Ha sido un sueño igual al de Xacinta?

—No, no… —respondió rápidamente—. Le he preguntado, no ha sentido ninguna conexión, ni se ha visto en otro lugar, simplemente ha soñado con este símbolo.

Todos asintieron comprendiendo la preocupación de su jefe.

Nerea, al igual que Xacinta, era una superviviente de una posesión demoníaca, aunque Xacinta parecía haber creado un vínculo más extremo con el demonio que la poseyó que Nerea. Era normal, ya que la posesión de Xacinta había sido mucho más dilatada en el tiempo, mientras que la de Nerea, pese a que había sido mucho más agresiva, a duras penas había llegado a las veinticuatro horas.

—Es posible que el resto de poseídos también estén experimentado algo parecido —indicó Daniel.

—Hay que preguntarles —sentenció Miguel. Volvió su atención hacia Aitor sin saber bien qué decir, comprendía la preocupación de Aitor—. Está claro que hay una pequeña conexión, pero nada más. No dejaremos que evolucione.

Aitor se mojó los labios con la lengua.

—Pero hay que esperar cinco días —dijo con los dientes apretados.

Ahora comprendían a qué venía tanta prisa por invocarlo.

—Son solo cinco días —intentó calmarlo Miguel y miró a sus compañeros—. La tendremos vigilada.

Aitor suspiró dándose por vencido, de todas formas, no podía hacer nada más.

Todos se giraron hacia el inicio de la escalera cuando Santiago y Anael aparecieron ahí, parecía que ambos habían escuchado la conversación, pues los miraban preocupados.

Anael dio un paso hacia delante.

—¿Le has explicado a Nerea lo que ocurre? —preguntó Anael.

Aitor asintió.

—Muy por encima, pero sí. No quiero que se asuste más de la cuenta.

Anael asintió y se giró hacia Santiago.

—Habla con tu amigo el herrero —le pidió y se volvió a girar hacia Aitor—. ¿Nerea duerme aquí?

—Lleva una semana en su piso, pero le he pedido que se venga esta noche —respondió Aitor.

Ella asintió y le sonrió con ternura, como si comprendiese su preocupación.

—Padre —dijo sin girarse hacia el sacerdote, mirando a Aitor—, me quedaré esta noche aquí.

Aitor la escudriñó con la mirada. Ya sabían que Anael era especial, que tenía un conocimiento que no era típico de una novicia y una fortaleza tan impresionante como para combatir ella misma a un demonio, cuando ni ellos mismos, juntos, habían podido contra él.

En otra circunstancia hubiese vuelto a interrogarla, a preguntarle quién era, pero, en ese momento, las últimas palabras que Anael había pronunciado le transmitieron calma.

—Gracias —contestó Aitor.

Miguel puso los ojos en blanco mientras sostenía su teléfono móvil en la oreja y miraba a sus compañeros. Se habían reunido todos en la planta superior para investigar a José, el maestre de la orden satánica de Lugo.

—No, no vamos a conjurarlo al final —pronunció y, acto seguido, resopló.

—Y, ¿cuándo lo haréis? —volvió a preguntar Paula al otro lado de la línea.

Miguel abrió los ojos al máximo e hizo un gesto gracioso a sus compañeros.

—No voy a decírtelo —rio.

—Vaaa… os he infiltrado, os estoy ayudando —suplicó de nuevo mientras Miguel se pasaba la mano por los ojos, agobiado—. ¿Sabéis que tenéis que conjurar al demonio superior del linaje al que queréis invocar?

—Síií —respondió con paciencia.

—Cheitán pertenece al linaje de Leraje, es un marqués. El sello de invocación debe contener plata, si no… no funcionará. —Miguel puso cara de extrañado al escuchar aquello—. Y, además, tenéis que hacerlo a unas determinadas horas. ¿Sabéis que los demonios se rigen por el calendario lunar?

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó sorprendido, llamando la

atención de sus compañeros que lo miraban intrigados al no escuchar lo que Paula le decía.

—Ya os he dicho que os puedo ayudar… —Al no recibir respuesta por parte de Miguel, Paula continuó hablando—. Me he comprado en Amazon el libro de La llave de Salomón, me lo estoy estudiando.

—Madre de Dios… —susurró Miguel golpeándose la cara con la palma de la mano.

—¡Soy buena estudiante! Mañana me lo habré acabado y puedo ayudaros a…

—Eso no lo dudo. Sé que eres una buena estudiante —la cortó Miguel, pues Paula hablaba muy excitada—, pero prefiero que dediques tu tiempo a estudiar biología.

—¿Qué pasa? —le susurró Daniel.

Miguel le negó con la cabeza y se giró para continuar la conversación.

—¿Sabes el apellido de José o no?

Pudo escuchar el suspiro de Paula al otro lado de la línea.

—Nooo —respondió abatida, arrastrando la negación.

Miguel chasqueó la lengua.

—Y, ¿sabes dónde vive? ¿Es de Monforte? ¿Sabes algo que pueda ayudarnos para investigarlo? —acabó más exaltado.

Paula se quedó callada unos segundos, pensativa.

—Creo que vive en Quiroga —dijo no muy segura—. Una vez lo escuché hablar con Oscar, el que conduce la furgoneta. Le dijo que nos llevase a todos primeros y que luego volviese a buscarlo a él para llevarle a Quiroga.

—Bien, algo es algo —acabó diciendo Miguel mientras extendía su brazo a un lado.

—Y… creo que tiene dos hijos pequeños. Eso no lo sé seguro, pero hubo otra vez que dijo algo sobre que su mujer no quería dejarle los niños al cargo porque sabía en lo que estaba metido… —Aquel dato sorprendió a Miguel que parpadeó un par de veces—. Escucho bastante bien.

—Sí, ya veo que tienes una buena antena —bromeó.

—Ja, ja —ironizó ella—. Bueno, entonces… ¿puedes hablar con Aitor y pedirle que me deje estar presente cuando conjuréis al demonio? —volvió a la carga.

Miguel volvió a poner los ojos en blanco.

—No —sentenció—. Muchas gracias por todo y…

—No, no, espera… ¿puedo ir mañana para…?

—Nos vemos el viernes que viene.

—Esperaaa —suplicó.

—Hasta luego —canturreó Miguel antes de colgar.

Dejó el móvil sobre la mesa y se encogió de hombros.

—No tiene ni idea de cuál es el apellido de José, pero cree que vive en Quiroga y que tiene un par de críos, puede que esté divorciado o separado.

Lucas resopló.

—Bueno, ¿cuántos José puede haber en Quiroga? No es un pueblo muy grande.

—Creo que no llega a 3300 habitantes —intervino Lucas y se encogió de hombros—. Podemos buscar los José empadronados en Quiroga, con hijos y que ronden entre unos cuarenta y cinco y sesenta años.

—Me pongo a ello —dijo Miguel situándose frente al ordenador al lado de Daniel, luego miró al resto—. Vosotros id y descansad, de todas formas, no podríais identificarlo. Ya nos encargamos nosotros.

—¿Seguro? —preguntó Víctor.

—Sí, aprovechad y descansad —insistió Miguel.

—De acuerdo, pero si encontráis algo importante nos avisáis —insistió Víctor.

—Claro —respondió Daniel.

En cuanto se quedaron solos Miguel accedió a la web del CNI e introdujo los datos que conocían. Varón de entre cuarenta y cinco años y sesenta años que respondía al nombre de José, con domicilio habitual en Quiroga.

—Ciento setenta y tres —dijo Miguel mientras observaba la web —. Algunos son compuestos…

—No sabemos si este loco puede tener nombre compuesto — comentó Daniel con fastidio.

—Está bien. Revisa tú los compuestos y yo los que se llaman solo José —dijo clicando sobre el primero para acceder a sus datos personales y ver la fotografía. Aunque la capucha cubría parte de su rostro confiaba en poder reconocerlo.

—De acuerdo —dijo Daniel desplazándose con la silla de ruedas hasta el otro ordenador. Lo encendió e introdujo los datos—. Bueno, y… con Elena, ¿bien?

Miguel lo miró de reojo.

—Sí —respondió de forma cortante, evitando hablar sobre ello.

—Habéis ido a comer juntos, ¿verdad?

Miguel suspiró mientras observaba la fotografía de un hombre de cabello rubio y muy corto. No, aquel hombre no era. La cerró y fue a por el siguiente.

—Sí —respondió de nuevo.

—Qué bien —comentó divertido y lo miró de reojo—. ¿Te interesa?

Miguel cerró los ojos unos segundos, armándose de paciencia, y se giró hacia su compañero.

—¿Tú qué crees? Pues claro que me interesa.

Daniel se encogió de hombros mientras Miguel movía de nuevo el ratón hacia el siguiente nombre.

—No sé… —continuó con su tono jovial—, siempre has sido bastante reticente a tener una pareja formal.

Miguel hizo un gesto molesto por aquel comentario.

—Solo nos estamos conociendo, nada más. —Miró la fotografía del siguiente y negó—. Este tampoco es. —Cerró la fotografía y fue a por el siguiente perfil.

—Quizá si pusiésemos que tiene hijos se recortaría más la búsqueda, ¿no? —comentó Daniel.

—Prueba a ver —le indicó Miguel con la mano.

Daniel tecleó y luego dio una palmada.

—Pues sí. Noventa y dos —dijo entusiasmado—. Esto ya es otra cosa. —Miró unos cuantos más hasta que se decidió a hablar de nuevo, parecía que no le gustaba el silencio—. ¿Has vuelto a quedar con ella?

Miguel puso los ojos en blanco.

—Nooo —respondió con paciencia—. Hemos dicho de quedar otro día, pero no lo hemos fijado y, por favor… —señaló la pantalla plana del ordenador—, vamos a concentrarnos en esto.

—Vale, vale —comentó—, menudo genio, cualquiera diría que estás enamorado —bromeó.

Miguel lo miró fijamente, escudriñándolo, aunque prefirió no decir nada al respecto, después de todo, ¿para qué iba a negarlo? Estaba claro que estaba enamorado de Elena y, además, Daniel los había visto llegar juntos.

Inspiró intentando calmarse mientras seguía abriendo archivos personales, buscando al hombre al que habían conocido la noche anterior.

—Está bien —susurró al final—, me gusta… —comentó sin mirarlo, con la vista clavada en la pantalla—, me gusta muchísimo.

Daniel no dijo nada, solo sonrió.

—Me alegro mucho.

—No he dicho que esté saliendo con ella como Aitor y Nerea…

—No, claro —le dio la razón—, pero es lo que pretendes.

Miguel se encogió de hombros, sincerándose finalmente con su compañero.

—Aún tenemos que conocernos más, pero… no, no me importaría.

Daniel hizo un gesto de sorpresa y asintió.

—Mucho me has cambiado, ¿eh? —rio.

Miguel le sonrió también y volvió a abrir otra página de datos. Se quedó observando la fotografía de aquella web. Unos enormes y

enigmáticos ojos azules lo miraban seriamente bajo unas gruesas cejas blanquecinas. En su momento, al llevar la capucha sobre la cabeza, no había visto si tenía pelo, ahora veía que solo tenía un poco de cabello por los laterales y en el centro absolutamente nada. Sí, sin lugar a duda era él.

—Lo tengo —comentó Miguel sin apartar la mirada. Daniel se impulsó con la silla de ruedas hasta él observando la fotografía y asintió—. José Fernández Blanco —leyó los datos de él—, cincuenta y un años, matemático… —Miguel hizo un silbido al leer aquel dato—, es un coco.

—Ya, bueno, no lo será tanto si se mete en estas cosas —ironizó Daniel.

Miguel siguió leyendo.

—Docente en el IES de Quiroga.

—¿Es profesor en el instituto de Quiroga? —preguntó Daniel sorprendido—. ¡Joder! Yo fui un año a ese instituto.

—¿Y no lo tuviste de profesor?

—No, claro que no. Una cara así me hubiese sonado… con esa papada tan grande —acentuó su acento gallego—. Santa madre de Dios… profesor —repitió asombrado—, del instituto… —decía sin dar crédito.

—¿Por qué te sorprendes tanto?

—No sé, me esperaba más… un banquero, alguien codicioso o con ansias de poder, o ambas —exclamó.

—Ya, también es verdad.

—Un puto profesor —repitió incrédulo.

Miguel movió el ratón y fue a los datos personales.

—Tenemos su número fijo y su número móvil personal —dijo.

—Hay que decírselo a Aitor para intervenirlo —pronunció Daniel acelerado.

Miguel colocó una mano en su hombro.

—Ahora no. —Miró su reloj—. Son casi las dos de la madrugada y está descansando con Nerea. Mañana se lo diremos. De todas formas, no hay prisa, ya lo tenemos —dijo pulsando un botón en la pantalla para imprimir los datos.

Daniel aprovechó que Miguel fue hacia la impresora para coger el documento.

—Aquí está su domicilio. Podemos seguirlo —comentó.

—Seguro que Aitor nos lo ordenará —dijo mientras cogía el documento recién impreso donde aparecía la fotografía de José y todos sus datos personales. Fue hacia la mesa principal, la de Aitor, y dejó el documento sobre ella.

Daniel dio una palmada y se puso en pie.

—Pues bien, vamos a descansar —dijo apagando el ordenador—.

¿Cómo llevas el libro de La llave de Salomón? —preguntó cogiendo el tomo que él mismo había guardado en una carpeta.

Miguel le hizo un gesto gracioso.

—Si te soy sincero, ni lo he comenzado. Ahora lo ojearé un rato.

—Has estado muy entretenido a mediodía, ¿eh? —bromeó haciendo referencia a su cita con Elena—. No es muy largo, apenas unas cien páginas —le informó—. Se lee rápido.

—Mejor —dijo dirigiéndose a su ordenador para apagarlo—. No me apetece nada leer esas cosas —continuó asqueado.

A Daniel le hizo gracia ese comentario y rio antes de salir de la oficina.

—A mí me parece interesante, estas cosas no nos las explican en el CNI.

—Porque la división DAE no se dedica a esto —le recordó—. Nos dedicamos a los agentes externos: vampiros, lobos, brujas, cambiaformas…, no a demonios y posesiones —acabó diciendo con un gruñido.

—Fíjate y, de momento, aquí en Galicia ni lobos, ni vampiros, ni cambiaformas… solo alguna meiga de nivel uno o dos como mucho, inofensivas.

—No llames al mal tiempo —dijo dirigiéndose también a la puerta.

Apagó la luz de la oficina y ambos se dirigieron a la planta baja.

14

Había leído un rato y se había ido a dormir, a las ocho de la mañana se había levantado para seguir con la lectura, no quería retrasarse respecto a sus compañeros.

Había ido al comedor, se había preparado un café y había situado uno de los sofás orejeros al lado del gran ventanal, donde se había sentado a leer.

Volvió a leer el párrafo relacionado con Leraje.

—El decimocuarto espíritu llamado Leraje o Leraie —susurró—. Marqués grande en poder que se muestra en la forma de un arquero vestido de verde portando sus armas. Causa grandes batallas y hace que las heridas causadas por flechas en los combates se pudran. Pertenece a Sagitario. Gobierna 30 legiones. Este es su sello.

Se trataba de dos círculos concéntricos, entre ambos aparecían las letras de su nombre, equidistantes entre ellas. En su centro había un dibujo que le recordaba a un arco con una flecha, adornado con círculos.

—¿Leyendo?

La voz femenina de Anael le hizo levantar la vista, sobresaltado. Le sonrió y asintió.

—Sí, tengo que ponerme al día —comentó divertido, luego miró hacia el pasillo por donde había venido Anael—. ¿Has dormido aquí?

Ella asintió y fue hacia el asiento orejero situado frente a Miguel. Llevaba un camisón blanco y sobre sus hombros una fina tela con la que se cubría.

—Sí, he dormido con Nerea. Aitor se ha quedado en el sofá de la habitación, ha sido muy amable —miró por la ventana.

Había amanecido, aunque aquel día había nubes.

—¿Qué tal está Nerea? —preguntó con interés.

—Bien, ha dormido bien —explicó volviendo la mirada hacia él —. Lo que le ocurre a Xacinta no tiene por qué ocurrirle a ella. Cada persona es un mundo, igual que cada alma. —Le sonrió—. Nerea tiene un alma fuerte.

Miguel se quedó observándola. Se la veía muy joven, aparentando unos veinticuatro o veinticinco años. Sus ojos azules brillaban y destacaban sobre su piel blanquecina. Tenía el cabello rubio y largo, suelto, formando unas ondas en las puntas que caían sobre su pecho y su espalda.

Miguel la miró intrigado.

—Sabes mucho para ser tan joven.

Ella rio.

—Aparento menos edad de la que tengo, créeme —pronunció divertida.

Miguel cerró la carpeta donde estaban todos los documentos y miró por la ventana hacia la casa de Elena.

—¿Cómo sabes tanto sobre Salomón?

—Me gusta estudiar —contestó sin darle importancia—. Es importante saber sobre estas cosas cuando eres la compañera espiritual de un sacerdote exorcista.

Miguel la miró intrigado.

—Nunca te lo he preguntado. ¿Cómo acabaste aquí? Me refiero, a Lugo, al lado del padre Santiago.

Ella se encogió de hombros.

—Dios me lo ordenó —ladeó su cabeza, aunque Miguel enarcó una ceja—. Todos debemos seguir un camino, él me puso a Santiago en el mío y supe que debía ir con él. —Miguel se quedó callado, escuchando atentamente sus palabras. Anael se echó hacia delante—. Todos tenemos un destino, una razón de ser en este mundo… —le susurró—, solo hay que darse cuenta.

—Hay que sentir la llamada, ¿no? —acabó Miguel con una sonrisa.

—Exacto —rio ella y miró de reojo hacia la casa de Elena. Luego se quedó unos segundos observando cómo Miguel miraba también en aquella dirección—. ¿Qué tal con Elena? —preguntó divertida.

Miguel la miró sobresaltado y la escudriñó con la mirada.

—¿Cómo sabes lo de… Elena? —Se encontraba totalmente sorprendido.

Ella se encogió de hombros y rio.

—Daniel habla mucho —le confesó. Aquellas palabras hicieron que él resoplase, por un segundo había creído que Anael podía ser una gran vidente. Sabía de su fuerza en los exorcismos, de su elevado conocimiento… sabía que había algo más que ella no les confesaba, y eso le intrigaba. Tanto ella como Miguel se giraron hacia el pasillo cuando escucharon unos pasos. Anael se levantó del asiento colocándose correctamente la fina manta sobre sus hombros—. Los caminos de Dios son inescrutables —pronunció con la mirada fija en él —. Quizá sea Dios quien te ha puesto a Elena en el camino —acabó

diciéndole con ternura—. Todo, aunque no nos demos cuenta, tiene una razón de ser, un porqué.

Miguel tragó saliva al escucharla decir aquello. No eran solo sus palabras, sino la forma en que las pronunciaba.

—¿Qué quieres decir con…?

—¡Hay café! —exclamó Lucas entrando por la puerta del comedor, dirigiéndose directamente a la barra de la cocina. Vestía solo con unos pantalones cortos y nada más—. Buenos días —saludó a Miguel, luego miró a Anael sonriente—. Buenos días, Anael —dijo sin importarle lo más mínimo el ir medio desnudo. Se giró y comenzó a servirse una taza de café.

Miguel miró de nuevo a Anael, la cual lo miraba sonriente, se giró, le sonrió a él también y fue hacia la barra de la cocina.

—¿Quieres un café? —le preguntó Lucas.

—Sí, muchas gracias —respondió ella sin inmutarse tampoco por la poca ropa que llevaba.

Las palabras de Anael le hicieron quedarse pensativo. Lo había detectado desde un principio, aquella muchacha hablaba con una ternura inigualable.

Se puso en pie y dejó la carpeta con los documentos sobre la mesa cuando Aitor entró en el comedor.

—Buenos días —dijo acercándose a él—. Esta noche te dejé un documento sobre José.

Aitor debía haberse despertado pocos minutos antes porque ocultó un bostezo con la mano.

—¿Lo encontrasteis? —preguntó sorprendido.

Lucas se giró también con la taza de café en la mano.

—¿Al loco de la orden satánica? —preguntó intrigado.

Miguel asintió.

—Vive en Quiroga, tenemos su domicilio habitual y, además…

—Es el profesor del instituto de Quiroga —intervino Daniel que también hizo acto de presencia en el comedor—. Manda narices, un dichoso maestro.

—¿Qué imparte? —preguntó Lucas pensativo—. ¿Satanismo? —bromeó y miró a Anael con una sonrisa, como si se hiciese gracia a sí mismo.

Anael le correspondió también con una mirada divertida.

—¿Qué más da? —le respondió Miguel—. Es matemático, así que supongo que impartirá matemáticas… o algo de números.

Lucas se encogió de hombros e hizo un gesto de desagrado al dar un sorbo al café. Se giró y cogió la azucarera echándose varias cucharadas.

—Por saber… —comentó como si nada. Miró a su jefe—. ¿Quieres que le sigamos?

Aitor barajó la idea unos segundos.

—Sí, no iría mal tenerlo controlado, aunque sobre todo nos iría bien hacerle el seguimiento el viernes cuando Miguel y Daniel vayan a otra de sus fantásticas quedadas —explicó dirigiéndose a la barra para coger otro vaso y servirse él también una taza de café.

—Tenemos sus teléfonos —informó Miguel—. El fijo y el móvil privado. ¿Crees que Paco nos dará permiso para intervenirlo?

Aitor resopló y se pasó la mano por los ojos. Dio un sorbo a la taza y se apoyó contra la barra que separaba el comedor de la cocina.

—Sinceramente, creo que es una pérdida de tiempo insistirle. Ya se lo he pedido varias veces, pero los mandos superiores no nos autorizan, ni siquiera después de explicar que hay brujería de por medio. Las cosas de la iglesia para la iglesia —comentó y miró a Anael —, con todos mis respetos, claro.

Anael lo miró preocupada.

—¿No os autorizan a llevar esta investigación? —preguntó sorprendida.

Miguel se giró hacia ella.

—Según el CNI no es competencia nuestra. Las posesiones y los temas demoníacos son asuntos de la Iglesia.

—¿Entonces? —preguntó Miguel.

Aitor se quedó pensativo y, durante unos segundos, se giró hacia la habitación donde seguía durmiendo Nerea. Todos intuyeron cuál iba a ser su respuesta.

—De nuevo os lo digo, no quiero involucraros en algo que os puede costar el…

—No digas tonterías —lo cortó Miguel—. Vamos a intervenirlo —sentenció él—. Todos estamos de acuerdo, ¿verdad? —Todos asintieron—. Pues ea… a intervenir ese teléfono, ya.

Aitor sonrió hacia su amigo con complicidad y asintió.

—Yo mismo lo haré —confirmó Aitor y miró a Víctor y a Lucas—. Santiago me ha llamado hace unos minutos —comentó—. Su amigo herrero le confirmó que podía tener listo el sello para el jueves, incluso antes, pero necesita uno de los dibujos. ¿Podéis llevarle una de las impresiones del sello?

—Claro —confirmó Víctor.

—Os paso la dirección ahora —dijo Aitor cogiendo su móvil para pegar la dirección en el privado de Víctor.

Anael dio unos pasos hacia delante.

—Sé que es un poco precipitado… pero ayer me fijé en la estrella de David que realizasteis en bronce. Está bien —dijo con un poco de timidez—, pero, si no os importa, para estar más protegidos, añadiría unas cosas…

—Claro —dijo Aitor—, ya te lo dije, haremos lo que nos digas.

Ella lo miró esta vez con confianza.

—Son símbolos de protección que os ayudarán, están explicados en el libro…

—¿El círculo mágico de Salomón? —preguntó Miguel, aquella parte del libro la recordaba bien.

—Entre otros —confirmó Anael—. No iría mal un triángulo de Salomón, el hexagrama y un pentagrama. Con el círculo mágico adquiriréis una mayor protección que con la estrella de David y, juntos, se duplicará su poder. Estoy segura de que un demonio de la categoría de Cheitán no logrará escapar. El triángulo os servirá para mandar al demonio, podréis debilitarlo más fácilmente y obtener más información. —Miró a Aitor—. El hexagrama hará que el espíritu tenga forma humana, lo cual es mucho más fácil para comunicarse y, bueno, el pentagrama también podría hacerlo, pero… es para demonios más fuertes que un simple súbdito de un marqués. —Acabó encogiéndose de hombros—. Si te parece bien, puedo encargarme de conseguir los materiales que se necesitan y lo haré yo misma.

Aitor la miró sorprendido.

—¿Ya podrás?

Ella le sonrió.

—Se trata de hacer dibujos y bordar, no te preocupes.

Aitor asintió conforme.

—Te lo agradezco mucho. Todos —dijo señalando al resto de la división—. Eso sí, los gastos corren a nuestro cargo. Nos haces una lista y vamos a comprar.

Miguel alzó la mano.

—Nosotros iremos a comprar los materiales, no hay problema.

Ella rio por lo que acababa de pronunciar.

—Claro —ladeó su cuello—. ¿Dónde planeáis hacer la invocación?

—Había pensado en el subterráneo. Una de las partes es del garaje, pero en la otra parte tenemos una habitación bastante grande. Creo que servirá —indicó Aitor.

—¿Puedo verla? —preguntó con curiosidad—. No es por nada, pero algunos de los símbolos deben tener unas medidas determinadas, orientación y distancia entre ellos. Debe ser un espacio amplio y diáfano.

—Lo es —corroboró Aitor—. Ahora te lo enseño —dijo con un movimiento de cabeza para que Anael lo siguiese.

El resto de la división fue también a arreglarse. Se suponía que cuando Anael subiese con Aitor les haría una lista y deberían irse de compras.

Miguel se dio una ducha rápida, se arregló y para cuando salió de la habitación Anael se encontraba junto a Aitor y Daniel redactando la

lista de la compra.

Miguel se acercó y se dio cuenta de que era una lista más larga de lo que había pensado.

—Algunas cosas podemos sacarlas del almacén de Nerea, os las he marcado con un asterisco. Nerea llamará ahora para que nos preparen el encargo, podéis pasar a buscarlo en una hora más o menos —corroboró Aitor mientras le tendía la lista a Daniel que la cogió y comenzó a leerla—, para el resto de cosas… os deseo buena suerte —bromeó.

Acabaron de meter en el todoterreno los botes de pintura e hicieron recuento.

—Amarillo brillante, rojo, negro, azul, verde y verde oscuro —dijo Miguel señalando en la lista los colores que tenían—. Todos. —Miró al lado—. Y seis brochas.

Daniel cerró la puerta trasera del todoterreno y rodeó el vehículo para dirigirse al asiento del copiloto. Habían tenido suerte de que Nerea tuviese en el almacén todas esas pinturas y material.

Miguel se sentó en el asiento del conductor y miró la lista.

—¿Dónde se supone que tenemos que encontrar pergamino de cabrito? —Miró a Daniel y chasqueó la lengua—. Supongo que en la tienda de curtidos tendrán, ¿no?

—Supongo.

Miguel resopló.

—Pero hoy domingo estará cerrada.

Daniel continuó.

—Las telas también tendremos que dejarlas para mañana.

Miguel señaló el siguiente punto.

—Las botellas de bronce amarillo sé dónde podemos encontrarlas, hay un almacén donde venden de todo y a veces las he visto —indicó —. Plomo, hoja de pergamino, oro y plata… —miró con una sonrisa traviesa a su compañero—. Quizá está pensando en que atraquemos un banco.

Daniel rio y le quitó la lista.

—La plata y el plomo son fáciles de conseguir, el oro no tanto, pero siempre podemos ir a una tienda “Compro Oro” o a una joyería. Lo chungo es… ¿dónde narices encontramos sangre de gallo negro que no haya engendrado?

Miguel se quedó mirando al frente, pensativo.

—Por aquí hay muchas granjas, es posible que alguna…

—¿Nos dé un gallo negro? Yo no pienso matarlo —dijo Daniel asustado.

—Ni yo —remarcó Miguel—. Tenemos que hablar con Santiago y sus contactos para esto.

Daniel asintió efusivamente y siguió mirando la lista.

—El incienso, la resina secada al sol, el cedro, los aceites para ungir y los aloes se los podemos pedir a Susana, seguro que tiene.

Miguel suspiró.

—De acuerdo. Así que lo único que podemos conseguir hoy son las pinturas que ya tenemos, todo lo que nos pueda dar Susana y… ya está —resopló.

Miguel arrancó el motor.

—Llama a Susana y pregúntale si tiene lo que necesitamos. Que nos prepare un paquete —le pidió mientras ponía la primera marcha y comenzaba a circular.

Tras la conversación de Daniel con Susana, este colgó.

—Tiene de todo excepto la resina secada al sol. Me ha dicho que nos la puede conseguir mañana —dijo mientras tachaba los que ya tenían seguro y observaba la lista—. Mañana va a ser un día muy largo. Hay muchas cosas que buscar.

Pocos minutos después llegaron a la casa.

Miguel se quedó observando hacia la casa de Elena mientras la puerta del garaje se abría.

—Ya no tenemos nada más que hacer por hoy. ¿Por qué no vas a verla? —le preguntó Daniel provocando que su compañero lo mirase sorprendido—. Venga, ve, yo te cubro —le guiñó el ojo.

Miguel le sonrió y miró el reloj del salpicadero que marcaba las once y media de la mañana.

—Gracias —dijo saliendo del vehículo.

Daniel salió por la otra puerta para sentarse en el asiento del piloto.

—Para eso están los amigos —dijo entrando al todoterreno—. Ya te pediré que me devuelvas el favor más adelante —acabó bromeando.

Miguel rio.

—No lo dudaba —contestó feliz mientras Daniel arrancaba de nuevo para meter el vehículo en el interior del garaje.

Cuando la puerta de este se cerró, se fijó en que no había nadie en las ventanas superiores de su casa. No le importaba si lo veían los otros compañeros, pero con Aitor era diferente. No quería que su jefe pensase que descuidaba sus obligaciones por una mujer.

Se metió las manos en los bolsillos y fue hacia la puerta de Elena. Sintió cómo la piel se le erizaba cuando se situó frente a esta. Aquella chica había entrado con fuerza en su mente y en su corazón. No lo comprendía, pero algo dentro de él le decía que debía estar con ella. Aquella idea le hizo sonreír de incredulidad. Un mes antes no hubiese imaginado que pudiese llegar a sentir algo así, sin embargo, allí estaba, frente a la puerta de su vecina con el corazón latiendo con fuerza y la respiración entrecortada.

No esperó más y pulso el timbre.

Se distanció unos pasos de la puerta y esperó a que ella abriese. Aquellos segundos se le hicieron eternos, aunque no pudo evitar que su sonrisa se ensanchase cuando Elena apareció tras la puerta. Su mirada al principio fue sorprendida, aunque luego una sonrisa apareció en su rostro.

—Hola —dijo sonriente y se pasó la mano por el cabello instintivamente, intentando acomodarlo.

—Hola, espero no despertarte.

—No, no… —reaccionó ella—, llevo un par de horas levantada.

Miguel asintió sin saber qué decir, debería haberlo pensado antes. Miró hacia atrás unos segundos, hacia su vivienda, y luego se giró hacia ella.

—Tengo un rato libre —comentó encogiéndose de hombros—, y, bueno, he pensado que si no hacías nada…

—He hecho una cafetera hace poco, ¿te apetece? —propuso ella rápidamente. Miguel asintió casi desesperado—. Pasa —le invitó.

Debía de haber hecho limpieza porque la casa estaba totalmente ordenada y limpia, incluso olía a desinfectante.

Elena cerró la puerta tras él. Aquella mañana había dudado en ir y llamar a su puerta, tenía ganas de estar con él, pero su timidez la había frenado. Y, ahora, él se encontraba allí y parecía con ganas de disfrutar también de su compañía.

Se dirigió hacia la barra de la cocina donde efectivamente había una cafetera. Vestía un pantalón corto y una camiseta de manga corta. Llevaba el cabello recogido en un alto moño que resaltaba su largo cuello.

—¿Solo o con leche? —preguntó cogiendo una taza.

—Solo —respondió acercándose a ella—, sin azúcar.

—¿Sin azúcar? —preguntó sorprendida.

—Me gusta así —dijo cogiendo la taza de su mano.

Ella asintió y se digirió hacia las puertas abiertas del comedor que daban al pequeño jardín trasero. Miguel la siguió.

En el pequeño jardín había una mesa y unas sillas. Sobre esta reposaba un libro y una taza de café.

—¿Leyendo? —preguntó mientras iba hacia una de las sillas.

Ella tomó asiento y cogió su taza de café.

—Sí, me gusta. Me sirve para evadirme del día a día —comentó mientras apartaba el libro a un lado.

Miguel observó el pequeño jardín. Al final de este había dos enormes bolsas de basura llenas.

—¿Has arrancado todas las malas hierbas?

Ella tragó su café y asintió.

—Sí. Llevo toda la mañana haciéndolo y, al fin, he acabado —

respondió satisfecha—. Mañana iré al almacén que me dijiste a comprar algunas flores.

—Ah —recordó—. Sí, *Flores para ti*. La dueña es amiga mía. Es la novia de un compañero —aclaró—. Le diré que vas, seguro que te hace un buen precio —dijo divertido.

—Gracias. —Miró el jardín—. Quiero comprar algunas flores, darle un poco de colorido.

—Quedará muy bien. Puedo ayudarte a plantarlas cuando las compres.

—¡Claro! —respondió entusiasmada. Miguel sonrió, aquello iba bien, acababa de llegar y ya se había apuntado a otra quedada con ella—. Me iría muy bien tu ayuda. ¿Hoy no tienes trabajo? —preguntó dando otro sorbo a su café.

—No, hoy toca descansar —respondió—. Por la tarde puede que me mire algunas cosas, pero, en principio, no tengo nada más que hacer hoy. Es domingo, que se note.

—He visto bastante movimiento en tu casa. ¿Con cuántos compañeros vives?

—Seis, contándome a mí —respondió.

—Vaya, no te aburrirás —rio.

Miguel chasqueó la lengua.

—No, nunca nos aburrimos. —Suspiró y miró el jardín—. Nosotros también disponemos de un jardín.

—Seguro que más grande que este.

—Un poco más. La novia de mi compañero se encarga de él. La del almacén —le recordó.

Ella lo miró traviesa.

—Te confesaré una cosa —dijo acercándose a él por encima de la mesa—, jamás he plantado flores. Nunca había tenido un jardín.

—¿En serio?

Ella asintió divertida.

—Lo más que he hecho ha sido regar las plantas.

—Pues sí, creo que tendré que ayudarte, no insistas más… —bromeó Miguel—, te ayudaré —sentenció. La miró con ternura, cuando Elena reía sentía cómo se le cortaba la respiración—. Tengo en casa las herramientas que necesitamos.

—Muchas gracias —respondió.

—Además, la jardinería me gusta. —Se encogió de hombros—. No es uno de mis *hobbies* favoritos, pero, de vez en cuando, sí me gusta hacer algo.

—Yo soy pésima —admitió—. Llegué a comprar plantas de plástico para no tener que regar y que no se me muriesen.

Miguel resopló.

—Madre mía… —exageró su gesto—, eso ya es demasiado, ¿eh?

—Si, ¿verdad? —dijo antes de darle otro sorbo—. Nunca he sido de plantas ni de flores, pero ahora que tengo el jardín me apetece arreglarlo, tener un sitio bonito en mi casa donde relajarme.

—Un lugar de escape —confirmó él.

—Sí —respondió con un suspiro.

Miguel dio otro sorbo a su café y se quedó mirando el cielo, a lo lejos se veían unas nubes, aunque dudaba que llegasen a formar una tormenta.

Sí, eso era todo lo que necesitaba para ser feliz: aire puro, una taza de café y la compañía de Elena.

15

Mateo González dejó con un sonoro golpe el grueso expediente sobre la mesa y pasó la mano por su frente, apartando las gotas de sudor.

Llevó su mano hasta la corbata y deshizo el nudo que le comprimía y le quitaba la respiración. Aquel despacho en el juzgado de primera instrucción de Zafra había sido su segundo domicilio desde que había ganado la plaza y ahora, sin embargo, sentía que allí dentro faltaba el aire.

Miró a través de la pequeña abertura de la puerta, desde donde observaba a los oficiales de fiscalía tecleando documentos. Una de ellas se había girado en su dirección al escuchar el fuerte golpe.

Se pasó de nuevo las manos por su nuca, notando cómo le temblaban.

Más de tres semanas sin saber nada de Elena. La nota que le había dejado era muy clara, si hablaba con la policía no dudaría en hablar sobre él. No quería eso. Tenía una posición privilegiada que había ganado a base de horas de estudio y esfuerzo y, sin duda, si él denunciaba su desaparición e intentaba encontrarla por los medios habituales, sabía que lo investigarían. No, no podía poner una denuncia de desaparición, ella no había desaparecido, simplemente se había fugado, lo había dejado.

Apretó los dientes sin poder contener la rabia que sentía y miró de nuevo la pantalla del ordenador.

Volvió a releer el texto que había redactado y le dio a imprimir.

¿Qué estaría haciendo Elena? ¿Se habría ido con otro hombre? Aquella idea lo consumía.

Llevaba varios días dándole vueltas. Debía dar con ella como fuese, Elena no solo lo había abandonado sin darle ningún tipo de explicación, sino que, además, era conocedora de demasiados secretos suyos que ponían en riesgo su vida laboral.

Introdujo el documento impreso en el atestado y lo depositó con otro golpe sobre la mesa contigua.

Se sentó totalmente abatido sobre la butaca y se desabrochó el primer botón de la camisa mientras volvía a fijar la mirada en la oficial que había vuelto a girarse, asustada y confundida por el comportamiento de su superior.

Durante unos segundos coincidió la mirada con ella, pero rápidamente la muchacha volvió a girarse hacia el ordenador, disimulando su malestar.

Mateo se quedó observando su espalda. Sabía que no era buena idea, que podía meterse en un lío, pero ¿qué más daba? Necesitaba dar con Elena como fuese, asegurarse de que jamás hablaría sobre lo que sabía.

Dudó unos segundos más, pero finalmente halló las fuerzas para llamar a aquella mujer.

—Ester —dijo con un tono elevado de voz, lo que provocó no solo que ella se girase, sino varios oficiales más.

Ester se levantó lentamente y fue hacia su despacho. Cuando entró se dio cuenta de que lo miraba preocupada. Probablemente no debía de tener muy buena cara. Aquellas últimas tres semanas no había conciliado el sueño más de dos horas seguidas. Pasaba las noches paseando por su piso, revisándolo todo e intentando hallar alguna pista que lo condujese hasta ella. Muchas tardes había ido a la notaría donde trabajaba Elena esperando encontrarla, observando desde el coche la salida de los trabajadores, pero nada, absolutamente nada. No aparecía por allí.

En un momento de debilidad había bajado del vehículo y se había acercado a una de las trabajadoras.

—Buenos días —había dicho. La mujer que llevaba su bolso colgado al hombro se giró con una sonrisa amable hacía él—. Disculpe, ¿es esta la notaría donde trabaja Elena Castillo?

La mujer lo había mirado de la cabeza a los pies.

—¿Quién pregunta? —lo miró pensativa, como si intentase reconocerlo.

—Oh —sonrió de forma tranquilizadora—, Elena hizo la herencia de un tío mío y estoy pensando en redactar un testamento. Mi tío siempre me hablaba muy bien de la profesionalidad de Elena y había pensado en contactar con ella para que me lo redactase, pero no tengo sus datos ni su teléfono.

La mujer sonrió.

—Lamento decirle que Elena ya no trabaja aquí. Se marchó hace un par de semanas, lo siento.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

La mujer hizo un gesto negativo.

—No, lo siento —comentó lentamente—. Pero las encargadas ahora de los testamentos son Silvia y Judith. —Abrió su bolso y le

tendió una tarjeta—. Puede llamar y preguntar por ellas, le atenderán encantadas —dijo mientras él aceptaba la tarjeta que le entregaba.

Se había ido, realmente era como si Elena hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Parecía que lo había organizado todo muy bien para que él no pudiese dar con ella.

No, a él no se le abandonaba como si se tratase de un perro, ni hablar.

—Cierra la puerta, por favor —indicó a Ester mientras volvía a secarse las gotas de sudor que recorrían su frente y resbalaban por su mejilla.

Ester hizo lo que le pedía y volvió a girarse ante él, parecía bastante intimidada.

—Verás… —comentó él intentando adoptar un postura despreocupada y amigable—, necesito un favor… —En ese momento sintió cómo su labio inferior temblaba. Se llevó la mano a la boca palpándose varias veces el labio en un gesto que dejó a Ester confundida—, estoy hasta arriba de trabajo y…

—¿Necesita que le haga algunos informes? —preguntó ella rápidamente.

—No, no… —dijo molesto por su interrupción, aunque de nuevo intentó controlar su tono de voz, pues, al fin y al cabo, iba a pedirle un gran favor—, verás, sién… siéntate, por favor.

Ester miró de un lado a otro con temor y se sentó lentamente, con todos los músculos en tensión.

—¿He hecho algo mal?

—No, ni mucho menos… —pronunció calmándola con voz tranquila—, estoy muy contento con tu trabajo, la verdad… sacas muchos expedientes adelante y todo de forma muy ordenada —la agasajó provocando que ella sonriese por el cumplido—, por eso mismo necesito un favor por tu parte… —continuó con más confianza al ver la sonrisa de la joven—, no se lo pediría a otra. Ante todo, necesito discreción.

—Claro —continuó rápidamente.

—Verás, mi novia ha tenido un problema en el trabajo y… —se inventó mientras se apoyaba contra el respaldo y situaba sus brazos en el reposabrazos, como si se encontrase sentado sobre un trono—, cree que es posible que la hayan dado de baja, ya sabes… hay empresas que no aseguran a sus trabajadores para no pagar el IRPF de la nómina al estado, el problema es que se lo descuentan de la nómina y se lo quedan ellos.

—Sí —asintió ella—. Si le ha ocurrido eso debería interponer una denuncia en la inspección de trabajo, seguramente le pondrán una multa a la empresa.

—Ya, ya… —la cortó él—, el asunto es que ella no quiere poner

la denuncia hasta no estar segura.

—Puede pedir la hoja de vida laboral en…

—Ester —la cortó con tono serio—. Necesito que solicites a la Seguridad Social un oficio de averiguación de domicilio laboral. —Ella lo miró confundida—. Elena, mi novia, intentó solicitarlo el otro día por internet, pero tardan unos quince días en enviarlo a casa…

—Ufff… —dijo como si comprendiese la situación—, debe de estar pasándolo mal.

—Sí, he… he pensado que quizá podría pedirla desde aquí. Si la solicitamos desde el juzgado en un par de horas la tendremos. ¿Me harías ese favor? —acabó con una voz suplicante.

Ella le sonrió.

—Claro —respondió rápidamente.

Mateo apuntó los datos de Elena, su DNI y su domicilio habitual y se lo entregó a Ester.

—Por favor, quiero máxima discreción.

—Claro, no hay problema —dijo Ester levantándose de la silla.

—Y pídela urgente, por favor… —insistió—, Elena está muy preocupada. Así, si sabemos algo seguro, puede interponer la denuncia hoy mismo.

—Por supuesto. Se la pido ahora mismo. En cuanto tenga respuesta se la reenvío.

—Gracias Ester —dijo mientras abría la puerta—. No cierres, por favor.

Tuvo que volver a limpiarse la gota de sudor que descendía por su frente. Debía calmarse. Si todo iba bien conseguiría algún dato más. Él mismo había ido al registro para corroborar que Elena seguía empadronada en su domicilio, así que no había podido sacar nada en claro. En su anterior puesto de trabajo tampoco sabían dónde se encontraba. Lo único que podía hacer era solicitar un oficio a la Seguridad Social para saber si estaba trabajando. Sin duda debía estar haciéndolo, pues solo había retirado la cantidad de 600 euros antes de irse. Debía de haberse abierto otra cuenta corriente, pero averiguar eso no le ayudaría en nada. Lo que necesitaba saber era si estaba asegurada en un nuevo trabajo. Eso le daría la clave de dónde residía. Sabía que era un delito, que atentaba contra la ley de protección de datos hacer lo que estaba haciendo, por eso, para cubrirse las espaldas, era mucho mejor que lo solicitase a una de sus oficiales.

Se fijó en que Ester tecleaba en el ordenador, seguramente estaría realizando la solicitud del oficio.

Cerró los ojos e intentó calmarse, no podía seguir así o acabaría sufriendo un ataque al corazón.

Miró su reloj de muñeca que marcaba las diez en punto y se puso en pie. Normalmente, cuando no estaba de guardia, solía salir a

desayunar sobre las diez y media de la mañana, pero justamente aquel día tenía una conformidad con un letrado a esa hora.

Cogió la americana que colgaba del perchero, se aseguró de que llevaba la cartera en el bolsillo y salió de su despacho. Ni siquiera miró a los oficiales del juzgado, nunca se había considerado un superior amable, simplemente se limitaba a cumplir su trabajo sin profundizar o querer establecer una relación con el resto de trabajadores.

Tomó el ascensor y bajó a la planta cero para salir a la calle. Como siempre, el juzgado estaba repleto de personas, sobre todo en el arco de seguridad, donde una larga cola salía hasta la calle.

Cruzó y fue a la cafetería de siempre.

—¿Un café con leche y un mini de jamón con queso? —le preguntó la camarera.

Llevaba tanto tiempo trabajando allí que ya conocía lo que cada cliente habitual desayunaba.

—Sí, por favor.

Tomó asiento y durante unos segundos se quedó observando los juzgados.

Se apoyó contra el respaldo y respiró hondo.

Sabía que tenía otros sistemas para poder encontrarla, pero aún no quería hacer uso de ellos.

Tomó el café y el bocadillo tranquilamente, controlando cómo los minutos pasaban lentamente en su reloj. Cogió el móvil y lo observó. Ni una llamada, ni un mensaje…

Aquellas últimas semanas había llamado incansablemente al móvil de Elena, pero desde un principio el teléfono aparecía apagado. Con el WhatsApp era más de lo mismo. Debía de haberlo bloqueado antes de cambiar de teléfono.

Realmente se había tomado demasiadas molestias, todo estaba demasiado bien coordinado, no parecía haber dejado ningún cabo suelto… eso era precisamente lo que le había llevado a pensar que había recibido ayuda. Desde ese momento las imágenes de Elena con otro hombre machacaban constantemente su mente impidiéndole concentrarse en otra cosa.

Pagó el desayuno y volvió a su claustrofóbico despacho.

Ni siquiera tuvo tiempo de acabar de leer el expediente antes de que el letrado apareciese en su despacho solicitando una reducción de condena con la conformidad.

—Letrado, ¿su cliente tiene antecedentes? —preguntó Mateo examinando el atestado—. No me ha dado tiempo de revisarlo.

—No, fiscal.

Mateo llegó al anexo del atestado donde la oficial había adjuntado la documentación sobre los antecedentes.

Enarcó una ceja hacia el letrado.

—Tiene un antecedente, letrado… precisamente por hurto, el mismo tipo que se le imputa ahora —acabó con un tono de voz grave.

El letrado se aclaró la garganta.

—Disculpe, pero ese hurto es de hace diez años, como puede ver en la fecha. Entiendo que ha prescrito y en los últimos dos años no ha delinquido.

Mateo inspiró y se pasó la mano por los ojos. No tenía ganas de pensar.

—Está bien, le ofrezco la pena mínima que me ha solicitado usted. —El abogado sonrió instintivamente al escuchar aquello—. Eso sí, dígale a su cliente que haga el favor de solicitar que desaparezcan sus antecedentes prescritos.

—Claro, fiscal —dijo levantándose del asiento.

—Espere fuera y redactaré el acuerdo. Su cliente está aquí, ¿verdad?

—Sí.

—De acuerdo, mejor, así podrá firmar y lo dejamos hoy todo listo. —Miró el expediente fijándose en el juzgado que lo llevaba—. Subid al juzgado de Instrucción 1, os entregarán la sentencia de conformidad allí.

—Muchas gracias —contestó abriendo la puerta del despacho.

Mateo ni siquiera contestó o miró cuando el letrado salió de su despacho.

Se pasó la mano por los ojos intentando centrarse en lo que debía hacer y abrió una de las plantillas para el acuerdo. No le llevaría más de diez minutos modificar su escrito de acusación. Simplemente debía cambiar los datos del investigado, el tipo y pasarlo a su señoría para que redactase la sentencia con la pena que habían acordado. Uno de sus oficiales la redactaría en esa misma mañana y el investigado solo tendría que firmarla expresando que estaba de acuerdo con la acusación y la condena.

Era una buena forma de aligerar el sistema judicial tan colapsado.

Acabó de redactar el documento y lo envió a Instrucción 1 justo cuando Ester llamó a su puerta, golpeando suavemente.

—Adelante —dijo directamente.

—Ya ha llegado el informe de la Seguridad Social de su novia —comentó en un tono bajo mientras se lo entregaba.

Mateo cogió el documento y asintió.

—Muchas gracias. Cierra la puerta cuando salgas —dijo directamente.

Ester asintió y cerró la puerta tras ella. No se atrevió a mirar el documento hasta que se hubo quedado totalmente solo.

Inspiró y miró el documento.

Tal y como suponía había cursado baja de su puesto laboral como oficial en la Notaría García el día 26 de agosto, el mismo día que lo había abandonado.

Miró el renglón siguiente y se sorprendió al ver que el día 5 de septiembre comenzaba en una notaría nueva: Notaría Herrero en Lugo.

¿Lugo? ¿Se había ido a Galicia?

Notó cómo sus dedos temblaban mientras los llevaba al teclado y entraba en el buscador de internet.

Puso el nombre de la notaría y la provincia y se sorprendió cuando le salieron todos los datos. Se quedó totalmente paralizado. La había encontrado. Se había marchado a Galicia.

Lejos de apaciguarlo o estar más tranquilo ante aquel nuevo dato, sintió cómo la ira se apoderaba de él y estuvo a punto de arrojar la pantalla del ordenador al suelo.

Se quedó mirando la dirección y el teléfono de la notaría.

Cogió el teléfono fijo y lo llevó a su oído. No era tonto, sabía perfectamente que una notaría tendría un teléfono reconocedor de llamadas. Marcó almohadilla 31 almohadilla y el número fijo de la notaría detrás para ocultar su teléfono.

Sintió cómo el corazón se le aceleraba cuando daba tono al otro lado.

—Notaría Herrero, dígame —contestó una voz femenina.

Mateo tragó saliva.

—Hola, buenos días. Soy Sergio Hernández —mintió—. Me tramitaron una escritura hace unos días, ¿podría hablar con Elena Castillo?

La mujer tardó unos segundos en responder.

—Ahora no puedo pasarle, lo siento, está reunida. ¿Quiere que le deje nota de algún recado o que le diga que le llame?

—No, no se preocupe, ya volveré a llamar, gracias —zanjó y colgó directamente mientras notaba cómo sus nudillos se volvían blancos al presionar tan fuerte el teléfono.

Elena fue hacia Arancha y le entregó un documento.

—¿Puedes hacerme una copia? —le preguntó.

Arancha se lo cogió.

—Sí, claro, cariño… acaban de llamar preguntando por ti —dijo mientras metía el documento recién imprimido en la fotocopiadora.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida.

—Un tal Sergio… mmm… creo que me ha dicho Sergio Hernández o Fernández, no sé.

—¿Sergio? —preguntó de nuevo haciendo memoria.

Arancha sacó la copia que acababa de hacer y puso el sello de la notaría en las dos.

Elena cogió las dos copias y parpadeó varias veces.

—No caigo.

—Pues dice que le tramitaste una escritura hace unos días —se encogió de hombros—. No te preocupes, ya volverá a llamar si le interesa.

—Vale —comentó Elena cogiendo las dos copias—. Muchas gracias.

Fue directa hacia el despacho y cerró la puerta.

—De acuerdo —dijo dirigiéndose a la mesa donde se encontraba reunida con dos personas—. Les leeré el testamento antes de pasar a firmarlo con el notario. Cualquier duda que tengan, por favor, pregúntenmela y la aclaramos.

16

Miguel fue extrayendo de la bolsa los objetos que habían adquirido.

—El pergamino de cabrito, botellas de bronce amarillo…

Daniel extrajo más materiales de otra bolsa.

—Hoja de pergamino, tela fina de lino blanco… —Cogió una caja y la depositó sobre la mesa—. Y la caja que nos ha preparado Susana con todo lo que le pedimos: incienso de alumbre, resina secada al sol, cedro, aloes y aceites para ungir.

Anael asintió mientras observaba todo.

—Perfecto —dijo con una sonrisa.

Santiago puso cara de disgusto y situó sobre la mesa una botella de agua vacía llena de sangre. Todos hicieron un gesto de desagrado.

—La sangre de gallo negro virgen —pronunció a desgana.

Miguel lo miró dubitativo.

—¿Seguro que es virgen?

Santiago resopló.

—Se lo pregunté al granjero —pronunció en tensión—, imagina la cara que me puso.

Miguel sonrió.

—Ya, supongo que es una pregunta… complicada de hacer —acabó lentamente.

Santiago cerró los ojos armándose de paciencia.

—Sus hijos cenaron pollo ayer —acabó a disgusto.

Aitor se cruzó de brazos.

—¿Necesitas que consigamos algo más? —preguntó a Anael.

Ella negó.

—Con esto ya tengo suficiente —dijo cogiendo el lino y mirando uno a uno a todos los miembros de la división—. Os haré las túnicas.

—¿Túnicas? —preguntó Aitor.

Ella asintió.

—Claro, hay que vestirse para la ocasión —bromeó ella.

—Tengo curiosidad… —intervino Miguel mientras ella metía todo

en la bolsa para llevárselo—, ¿para qué vas a usar la sangre de gallo negro virgen?

Todos escucharon atentos, parecía que sentían curiosidad.

—Para los sellos de las botellas —explicó con toda la calma del mundo—. Los amenazaremos con encerrarlos en las botellas si no colaboran, igual que hacía el rey Salomón.

Miguel miró de reojo al resto de la división. ¿Iban a amenazarlos? ¿A los demonios? ¿Ellos?

—¿Y no se mosquearán más si les enseñamos las botellas? —preguntó confundido—. Quizá es mejor no enfadarlos.

—Miguel —comentó Anael mientras metía las botellas en la otra bolsa—, los demonios siempre están mosqueados —ironizó—. No colaborarán a no ser que los amenacéis… y, aun así, no es seguro que lo hagan —suspiró y los miró atentamente—. Ya lo hablaremos todo. Ahora tengo trabajo —dijo mostrándoles la bolsa donde había introducido el lino con una sonrisa—. Por cierto, ¿el oro y la plata?

Aitor intervino.

—La plata se la ha llevado Víctor esta mañana al herrero para que la fundiese con el resto de metales al hacer el sello —explicó—. El resto de la plata que hemos podido conseguir y el oro me lo traerá Nerea en un rato.

—De acuerdo —dijo Anael dirigiéndose a las escaleras para bajar al subterráneo—. Voy a seguir con lo mío.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Aitor.

—No, no… está todo controlado —contestó ella sonriente antes de desaparecer.

Aitor se giró hacia ellos y se cruzó de brazos.

—De acuerdo —comentó a sus compañeros—. Respecto a José, el satanista… —lo apodó—. Haremos turnos para vigilarlo, al menos hasta el viernes. —Todos aceptaron—. Primer turno Víctor y Lucas, segundo turno Miguel y Daniel, y tercer turno Marcos y yo. ¿Os parecen bien turnos de doce horas? —Todos asintieron—. Perfecto. —Miró el reloj—. Son las seis de la tarde. Haremos turnos de ocho a ocho. —Señaló a Víctor y a Lucas—. Preparaos.

Lucas y Víctor se dirigieron a sus habitaciones para prepararse mientras el resto seguía en el comedor. En ese momento, Miguel sintió cómo su teléfono vibraba en su bolsillo. Lo cogió y leyó.

Elena: Ya he llegado a casa.
Elena: En diez minutos estoy lista.

El día anterior habían quedado en que la acompañaría al almacén de Nerea para comprar las plantas y flores y después la ayudaría a plantarlas.

—Me he descargado todos los mensajes de WhatsApp de José. De

momento no hay nada fuera de lo normal, pero los iremos revisando cada cierto tiempo —explicó Aitor—. En vuestro turno id revisándolos y en cuanto detectéis un mensaje extraño… me lo comunicáis —ordenó.

—Claro —respondieron todos.

—En ese caso, lo que se hará será intervenir también el móvil del que le haya escrito para seguir a todos los posibles sospechosos. —Los miró seriamente—. Me lo comunicaréis y quien lo intervendrá seré yo. No quiero causaros más problemas.

Miguel puso los ojos en blanco.

—¿Por qué eres tan dramático? —Miró a su jefe—. Eh, que a mí no me va a temblar la mano tampoco por intervenir un teléfono. Total, van cortos de personal en las DAE, ¿qué van a hacer?

Aitor chasqueó la lengua.

—Mejor no tentar a la suerte. ¿Alguna duda? —Todos negaron—. Bien, pues aprovechemos estos ratos para estudiar también el libro de Salomón y buscar información nueva.

—Claro —contestó Daniel mientras iba hacia la mesa donde había depositado los documentos del libro.

Miguel, en cambio, se dirigió al mueble donde se encontraban las llaves de uno de los todoterrenos. Aitor lo miró extrañado cuando las cogió.

—¿Te marchas? —le preguntó.

Miguel se giró hacia él, se encogió de hombros y asintió.

—Sí, he quedado —dijo sin cortase un pelo.

Aitor ladeó su cuello y lo miró intrigado.

—¿Con quién?

De todas formas, de nada servía esconder que se veía con la vecina.

—Con Elena.

—¿Con Elena? ¿Nuestra vecina? —preguntó asombrado.

—La misma —respondió dirigiéndose a las escaleras para descender hasta el garaje.

—Eh, eh… espera… —Miguel se quedó quieto, resopló y lo miró fastidiado—. ¿Cuándo has quedado con Elena?

—Ayer, mientras nos tomábamos un café —le sonrió.

—¿Os tomasteis un café? —Miró a sus compañeros de división—. ¿Cuándo?

—Antes de comer —respondió Miguel.

Aitor se llevó la mano a la nuca y chasqueó la lengua, luego resopló.

—Sabes que es peligroso que…

—Sí, sí… bla, bla, bla… —comentó provocando que su jefe lo mirase seriamente, él se puso serio también de inmediato—. Oye, es

buena chica y… se encuentra sola.

—Y está muy buena… —rio Marcos.

—Marcos, así no me ayudas… —bufó Miguel que se encogió de hombros ante el último comentario de su amigo.

—Con todo lo que está ocurriendo no creo que sea un buen momento para…

—Oye —lo cortó Miguel—, no voy a dejar de lado mis obligaciones ni me voy a distraer, pero esa chica me gusta —admitió —, y pienso estar cerca de ella todo el tiempo que sea posible — extendió los brazos hacia los lados—. ¿Algún problema?

Aitor apretó los labios.

—Sabes que nuestra identidad es secreta…

—Lo sé —dijo con una gran sonrisa.

—Y que tiene que seguir siéndolo.

—Lo sé —repitió en el mismo tono.

Aitor resopló y acabó moviendo su mano hacia él como si espantase una mosca.

—Haz lo que quieras —pronunció abatido—, de todas formas, lo vas a hacer —acabó con ironía y se giró hacia Marc y Daniel—. ¿Vosotros sabíais que se estaba viendo con Elena?

Marc negó y Daniel chasqueó la lengua. Aitor miró a Daniel en actitud graciosa.

—¿En serio? —preguntó cruzándose de brazos—. ¿Por qué el último en enterarme soy yo? —se quejó.

Miguel aprovechó que Aitor hablaba con el resto para bajar las escaleras y descender al subterráneo. El olor a pintura inundó sus fosas nasales. Sin duda, aquel olor venía de la habitación del subterráneo donde se encontraba Anael encerrada, trabajando en ella.

Fue hasta la puerta y golpeó un par de veces.

—¿Anael? —preguntó.

—Un segundo. No abras —gritó ella nerviosa.

El tono de voz de Anael lo sobresaltó.

—¿Estás bien? Hay un olor muy fuerte en esa habitación — preguntó situando su mano sobre el pomo. En ese momento la puerta se abrió desde dentro, aunque mínimamente, lo suficiente para asomar la mitad de la cara. Ella lo observaba con sus enormes ojos azules esperando una respuesta—. Deja la puerta abierta, te vas a marear con el olor a pintura.

—No, no puedo —indicó.

—¿No puedes?

—La habitación debe permanecer pura hasta que la unja con los aceites —explicó—. Nadie puede entrar ni verla.

—¿Ni siquiera verla? —preguntó. Ella negó—. Pues vaya.

Elena lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Vas con Elena?

—Eres muy intuitiva…

—Y también se escucha todo desde aquí —señaló hacia arriba, al techo. Miguel sonrió—. Diviértete mucho con ella —comentó con una tierna sonrisa y, acto seguido, sin siquiera dejar que él contestase, cerró la puerta en sus morros.

Si hubiese estado unos centímetros más adelante le habría pillado la nariz con la puerta.

Miguel resopló y se llevó la mano a la nariz instintivamente.

—Menudo carácter —susurró mientras se giraba.

Fue directo al todoterreno, se subió y lo arrancó. Ahora que había dejado claro delante de su jefe que se iba a seguir viendo con Elena se sentía más tranquilo. Ya no tenía que esconderse ni pedirle favores a Daniel, tampoco tendría que vigilar si lo espiaban desde la ventana superior. Además, estaba claro que, si iba a acompañar a Elena al almacén de Nerea, esta no se iba a cortar un pelo en explicárselo a Aitor, así que… mejor las cosas claras desde un principio. Sabía que este no era el mejor momento para iniciar una relación, que tenían cosas muy importantes entre manos, pero él no podía decidir en qué momento enamorarse. Su jefe debería aceptarlo sí o sí, sin poner ninguna objeción, igual que todos habían aceptado a Nerea como alguien más de la familia que habían formado.

Sacó el vehículo del garaje e iba a salir de este para llamar al timbre de Elena cuando esta salió por la puerta.

—Hola —dijo él bajando su ventanilla.

—Hola —contestó ella feliz mientras echaba la llave de su puerta.

Se dirigió directamente al todoterreno y entró sentándose en el asiento del copiloto.

—¿Sueles llegar a esta hora del trabajo? —preguntó Miguel mientras se ponía el cinturón.

—Depende del día —respondió ella con una gran sonrisa, parecía entusiasmada—. Hay días que llego antes, sobre las dos, y otros sobre las siete. Depende de las visitas que tenga y de la cantidad de documentos a redactar.

Miguel arrancó y tomó el desvío para coger la carretera que los llevaba a Monforte.

—¿Qué tal ha ido el día hoy? —preguntó Miguel.

—Bien —se encogió de hombros—, mi trabajo es muy monótono —reconoció—. Cada escritura es un mundo, pero los protocolos y la forma de hacer siempre es la misma. Esta mañana he tenido una reunión para un testamento y por la tarde he redactado dos préstamos hipotecarios. —Lo miró graciosa—. ¡Super emocionante! —exclamó—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu día?

Miguel se encogió de hombros.

—Mucho papeleo de oficina, investigar llamadas…

—Eso suena más entretenido que lo mío. ¿En qué comisaría trabajas?

Miguel se quedó callado unos segundos. Ni siquiera lo había pensado. Obviamente, no podía decirle en Monforte, pues ella trabajaba en ese mismo pueblo.

—En La Rúa —improvisó y pareció dar en el clavo.

—Ah, ¿está muy lejos de aquí?

De acuerdo, ni siquiera sabía dónde se encontraba ese pueblo.

—A una media hora —respondió sin darle más importancia—. Aunque mi equipo suele moverse por muchas comisarías. En investigación vamos donde nos necesitan. Es como la científica. Hay una central y nos movemos por toda la zona de Lugo —continuó improvisando—. No es que pase mucho tiempo en la comisaría, salvo algún día para redactar documentos.

—Ah —respondió interesada. Se acercó un poco a él por encima del freno de mano, con curiosidad—. ¿Y puedes explicarme algún caso que estés llevando? —preguntó interesada.

Miguel rio ante su expresión.

—Pues… —se quedó en silencio unos segundos—, investigamos bandas.

—¿Bandas?

—Sí, bandas organizadas. Organización de banda armada, de robos, tráfico de drogas… —Se encogió de hombros—. Ya sabes, lo normal.

—Bueno, yo no lo veo muy normal —ironizó ella.

—Ya, supongo.

—¿Cuántos años llevas como policía?

Realmente su instrucción había comenzado a los 14 años, cuando desde el CNI había sido reclutado a tenor de su alto potencial. Se había trasladado desde Granada a Madrid para formarse tanto teóricamente como en la práctica durante seis largos años. A los veinte años había iniciado su trabajo en una de las divisiones DAE en Sudamérica, concretamente en México. Sin embargo, eso no se lo iba a explicar a Elena.

—Tenía muy claro desde pequeño que quería ser policía, así que con dieciochos años hice las oposiciones y entré en la academia —explicó.

—Perdona por la pregunta, pero ¿cuántos años tienes?

Miguel la miró divertido.

—¿Cuántos me echas?

—Oh, esas preguntas no me gustan nada.

—Veintinueve —contestó directamente—. ¿Y tú?

—Veintiséis —dijo ella y se encogió de hombros.

Miguel se quedó contemplando la carretera y puso la radio.

—¿Has pensado qué tipo de flores quieres comprar?

Ella chasqueó la lengua.

—Quería mirarlo por internet, pero no he tenido tiempo de nada —admitió.

—Bueno, Nerea nos podrá asesorar sin problema.

—¿Es muy amiga tuya? —preguntó interesada.

—Sí, nos llevamos muy bien. Es la novia de Aitor, mi superior —explicó—. Es muy agradable. Pasa mucho por casa, de hecho, a veces parece que vive ahí con nosotros —rio—. Seguro que has tenido que verla… —Ella negó—, bueno, ahora la conocerás.

Una vez entraron en Monforte tomó el desvío que llevaba directamente al almacén.

Frente al almacén había un descampado de tierra donde podían aparcar varios vehículos. Sobre la puerta de entrada del almacén se encontraba pintado un letrero que decía "*Flores para ti"*, con tonos verdes y las letras formando enredaderas y flores de colores.

Apagó el vehículo y bajó del todoterreno mientras Elena hacía lo mismo por el otro lado.

—Vamos —dijo Miguel dirigiéndose a la entrada.

Fuera había varias plantas de exterior formando un pasillo hasta la puerta. Abrió y el olor a tierra húmeda y a flores los impregnó.

Había varias personas que paseaban con sus carritos entre las estanterías del gran almacén. Lo primero que hizo Miguel fue buscar a Nerea.

—Mira, estas flores son bonitas… —dijo Elena acercándose a unas plantas con una enorme flor lila. Sí, ya podía imaginar su pequeño jardín transformado. Ahora que había quitado las malas hierbas quería plantar césped y poner varias macetas con flores muy coloridas. Quería un espacio colorido y alegre.

—Son bonitas —contestó Miguel situándose a su lado. Miró el cartel—. Surfinia.

—¿Qué?

—El nombre de la flor —explicó señalando el cartel. Sonrió cuando vio a Nerea al final de un pasillo—. Espera —dijo colocando una mano en el hombro de Elena. Se dirigió al pasillo y alzó un poco la voz—. ¡Nerea!

Nerea se giró de inmediato, sorprendida.

—¿Miguel? —preguntó riendo, acercándose a él—. ¿Qué haces aquí? —dijo llegando hasta él—. Va… ¿va todo bien? —susurró frente a él.

—Sí, claro… he venido con una amiga a…

—¿Una amiga? —lo interrumpió enarcando una ceja.

—Sí, Elena, nuestra vecina —dijo como si nada—. Está interesada

en arreglar su jardín, bueno —se encogió de hombros—, quiere comprar unas cuantas plantas y he pensado…

—Flores —contestó Elena a su lado. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que se había acercado—. Me gustaría comprar flores y poner césped —continuó entusiasmada. Tendió la mano hacia Nerea —. Hola soy Elena, la vecina —bromeó.

Nerea sonrió de inmediato y le tendió la mano, aún sorprendida por aquella visita.

—Igualmente —contestó y miró de reojo a Miguel. Sí, ya había escuchado algo sobre la vecina, pero no tenía ni idea de que fuese amiga de Miguel, aunque estaba claro que Miguel pretendía algo más. Lo conocía demasiado bien como para no captarlo—. Bien, y… ¿habías pensado en alguna flor en concreto o en algún color? —preguntó contagiándose de la alegría de Elena.

Se acercó a ella provocando que Miguel tuviese que echarse a un lado.

—Pues… —comento ella—, no es un espacio muy grande, pero me gustaría poner césped y flores en las esquinas. —Señaló hacia el inicio del pasillo—. He visto unas flores preciosas allí.

—¿Cuáles? —preguntó Nerea dirigiéndose a donde ella le señalaba.

Elena y Nerea se adelantaron mientras Miguel caminaba detrás de ellas, parecía que había quedado relegado a un segundo plano. Igualmente, no se sintió disgustado, sabía que Nerea era buena chica y Elena era nueva en la ciudad, le iría bien conocer a alguna chica de su edad. Ya le había explicado que las únicas amigas que tenía eran personas de más edad y, aunque le parecía bien, intuía que ella ansiaba conocer a gente nueva. Sabía que Nerea era la muchacha indicada para ello, además, podía ejercer positivamente en Aitor.

—La surfinia —comentó Nerea—, es preciosa, pero me temo que si la plantas no te duraría mucho. Es una flor de verano, de hecho, hoy pensaba retirarlas —comentó con pesar.

—Y, ¿qué me recomiendas?

Nerea pareció entusiasmada con aquella pregunta.

—Pues… —dijo ella—, lo primero de todo, ¿quieres césped natural o artificial?

—Natural —contestó Elena rápidamente.

—¿Tienes el terreno preparado?

Elena parpadeó varias veces.

—Mmm… he quitado las malas hierbas, pero nada más, no sé si con eso basta.

Nerea ladeó su cuello.

—Bueno, ese es el primer paso, quitar las malas hierbas, pero además hay que labrarlo, remover la tierra y drenarla, es decir, que no

sea una tierra seca. Luego está bien añadir tierra orgánica y un buen abono. —Elena se quedó pensativa—. Nosotros también hacemos jardines, decoraciones y nivelados de terreno, podemos ayudarte, a no ser que quieras hacerlo tú.

—La verdad es que me gustaría hacerlo yo, aunque no sé si seré capaz —admitió.

—Es muy fácil —comentó Nerea—. Lo primero que necesitas es un rastrillo —dijo conduciéndola a un pasillo—. Es posible que la tierra esté seca. Una vez que hayas retirado las malas hierbas debes picar toda la tierra, con el rastrillo te será fácil, consiste en removerla. Luego la riegas un par de días para que se vuelva más húmeda. Finalmente, cuando la tierra ya no tenga esa textura tan arenosa hay que añadir tierra orgánica y abono —iba explicando—. Lo mezclas otra vez y ya está… luego puedes echar las semillas de césped que, básicamente, es como darle de comer a las gallinas —acabó riendo—. Cuando crezca, si ves que en algún punto se ha quedado pobre le echas más semillas y ya está.

—No parece difícil… —dijo pensativa.

—Yo puedo ayudarte, ya lo sabes —intervino Miguel, lo que hizo que Elena lo mirase y sonriese.

Nerea vio cómo los dos se miraban y sonreían. Sí, sin duda ahí había algo.

—De acuerdo, pues… —dijo cogiendo un rastrillo—, ¿uno o dos?

—Tampoco quiero explotarte —rio Elena hacia Miguel—. Uno.

Nerea apretó los labios y miró sonriente a Elena, sí, no había ni un atisbo de duda, por la forma en que Miguel la miraba sabía que estaba loquito por esa chica.

—¿Sabes qué? A veces se rompen… —dijo cogiendo otro—, el otro te lo regalo yo —le guiñó un ojo a Miguel.

—Muchas gracias, pero no tienes por qué.

—Lo hago encantada —comentó y se giró—. Luego le pediré a Andrés que lleve a caja un saco de tierra orgánica y uno de abono. ¿Qué tamaño tiene el jardín?

—No es muy grande… —dijo encogiéndose de hombros—. Creo que unos treinta y cinco metros cuadrados o así.

—Estupendo, es posible que con un saco de cada te llegue, pero si ves que te quedas corta ya te llevaré yo otro —se encogió de hombros —. Al fin y al cabo, vives al lado de… ellos —acabó diciendo—, y yo paso por ahí casi cada día.

—Yo pensaba que ya vivías con nosotros —ironizó Miguel.

—Ya, poco me falta, ¿eh? —rio Nerea—. Bueno, flores… ¿quieres plantar en las cuatro esquinas.

—La verdad, no sé si poner unas cuantas flores en cada esquina o hacer al final como una jardinera con troncos de madera y plantar ahí

muchas flores.

Nerea se quedó pensativa.

—Si aceptas un consejo, no hagas eso… —explicó—. El terreno no es muy grande y si lo acortas dará la impresión de que es más pequeño aún. Yo pondría una jardinera rectangular en uno de los lados, quizás de dos por tres, o si lo ves muy grande de uno por dos.

—Me gusta la idea —reconoció Elena.

—Y, además, nosotros disponemos también de todo tipo de adornos. Tenemos unas maderas tratadas que dan el aspecto de viejas que quedan preciosas para hacer lo que dices. Sería cuestión de colocarlas primero y luego abonar la tierra de la macetera también. ¿Quieres que te las enseñe?

—Sí, por favor —contestó ella.

—Además te la llevaríamos a casa de forma gratuita —dijo mientras señalaba hacia arriba—. Son esas de allí.

—Oh, pues… me gustan mucho.

—Quedan muy bien.

—Pues, ¿te parece bien si planto primero el césped y, cuando lo tenga todo, vengo a por las maderas y las flores?

—Claro —respondió Nerea—. Es lo mejor, la verdad, así tendré más variedad de flores de otoño, ahora tengo muchas, pero en un par de semanas tendré muchas más donde elegir y, oye… así nos volvemos a ver —dijo Nerea con alegría.

—Me encantaría —dijo Elena entusiasmada, pues la muchacha era encantadora con ella.

Nerea se giró y dio unos pasos hacia delante.

—Andrés, ¿puedes traer a caja un saco de ocho quilos de tierra orgánica, uno de abono y uno de semillas de césped?

El hombre asintió mientras iba en busca de la carretilla.

—Ven, vamos a caja —dijo Nerea—, así que… vives en la casita de al lado —comentó ella queriendo dar conversación.

Miguel la miró de reojo.

—Sí —contestó Elena—, me instalé hace poco más de un mes —reconoció.

—¿De dónde eres?

—De Zafra, en Extremadura —dijo llegando a la caja con ellos.

—Vaya, qué lejos.

Elena se encogió de hombros.

—Me surgió una entrevista de trabajo y no pude rechazarla —improvisó.

—Claro, normal —comentó Nerea mientras se echaba a un lado para que Andrés pasase con la carretilla donde llevaba los tres sacos —. Aquí se vive muy bien. Pues oye —se encogió de hombros—, yo paso mucho por allí, de hecho, tal y como te ha dicho Miguel, casi

vivo ahí —rio de forma tonta—. Si te parece bien puedo pasarme algún día.

—Claro, estaría encantada —respondió Elena con una gran sonrisa.

Miguel no pudo evitar sonreír a Nerea. Ya sabía perfectamente lo que hacía presentándolas y estaba seguro de que Nerea iría a verla tal y como le estaba prometiendo.

—Miguel —dijo Nerea—, ¿has traído el todoterreno? —Miguel asintió—. Pues Andrés, cóbrales y déjale la carretilla para que lleve los sacos al coche. —Miró a Elena y volvió a tenderle la mano—. Me alegro mucho de haberte conocido. Queda pendiente un café —la señaló.

—Cuando quieras —contestó Elena.

—Me marcho que tengo gente —dijo ya separándose, aunque mientras Elena se giraba para pagar Nerea miró a Miguel y le hizo un gesto en plan cursi, llevándose las manos al corazón y parpadeando varias veces.

Miguel puso los ojos en blanco sin hacerle caso. Sí, Nerea había captado sus intenciones con ella, aunque tampoco se tenía que ser muy listo para averiguarlo.

En cuanto Elena pagó, Miguel cogió la carretilla y los dos rastrillos.

—Vamos, lo llevaremos todo al todoterreno —dijo mientras comenzaba a tirar de ella sin mucho esfuerzo.

17

Anael había pasado los últimos tres días encerrada en el subterráneo hasta que, finalmente, el miércoles por la tarde les había pedido que bajasen. Por lo que había explicado, ya había realizado todos los rituales de purificación y ungido la sala.

Aquella habitación, ubicada ahí como almacén, disponía de más de sesenta metros cuadrados, lo que la hacía un espacio amplio y diáfano. Había solo tres pequeñas ventanas que comunicaban con el patio exterior trasero, pero Anael las había cubierto con unas pequeñas cortinas improvisadas con tela y velcro.

Aún olía bastante a pintura, pero esperaban que tras toda una noche con las ventanas abiertas el olor disminuyese.

Por la mañana habían traído en uno de los todoterrenos el sello construido por el herrero. Pesaba lo suyo, por suerte el garaje estaba al lado de la sala a la que habían bautizado como la habitación de conjuros.

Todos entraron entusiasmados, como quien entra en un museo para observar grandes obras de arte. Anael iba en cabeza.

A un lado había seis sillas, sobre cada una reposaba bien doblada una túnica blanca larga de lino.

El suelo de parqué de aquella zona de la casa estaba poco cuidado y, ahora, todo lleno de garabatos.

Anael caminó hacia delante sorteando los dibujos hasta que se situó en el centro de la sala.

—Aquí es donde debe situarse el sello cuando se vaya a conjurar al demonio —indicó el centro de la sala. —Señaló hacia arriba donde había colgado la estrella de David como si se tratase de una lámpara —. Con la estrella de David sobre el sello provocaremos que el demonio no pueda salir de este espacio, garantizando vuestra protección, aun así, hay demonios que son muy fuertes, por eso mismo os he preparado otros sellos que os serán de utilidad. —Señaló hacia delante, justo frente a ellos—. El Círculo Mágico del rey Salomón. Este círculo mide, tal y como se pide, dos metros con setenta y cuatro

centímetros de diámetro… —Se agachó y señaló algunas letras—. En él están escritos los nombres divinos comenzando por Ehyeh y terminando por Levanah. Os aseguro que si permanecéis en el interior de este círculo los demonios no os podrán hacer daño.

Todos se fijaron. Se trataba de varios círculos concéntricos. El espacio entre los círculos exteriores y el interior, donde una serpiente se enrollaba con los nombres divinos, era de un brillante color amarillo. En el centro había un cuadrado donde estaba escrita la palabra "Maestro" pintada de color rojo. Todas las letras eran de color negro. En cada vértice del cuadrado del centro había un hexagrama. Estos hexagramas estaban unidos por cruces en forma de T en color azul o verde. Fuera del círculo había pentagramas donde estaban escritas las sílabas Te-tra-gram-ma-ton, en amarillo brillante y los centros de las cruces en rojo.

—¿Qué significa? —preguntó Aitor hacia aquellas sílabas.

Anael lo miró con una sonrisa de soslayo.

—La traducción escrita en latín es una YHWH —deletreó—, siendo utilizado en el antiguo testamento como Yahvé. —Inspiró con fuerza—. Es el nombre con el que se designa antes de los antiguos hebreos a Dios. Es el nombre de Dios según la sabiduría ancestral. Su nombre más antiguo que conocemos. —Todos se pusieron erguidos al escuchar aquella explicación—. Por eso os digo, dentro de este círculo mágico estaréis totalmente protegidos, no debéis temer. Dudo que el demonio pueda salir siquiera de la estrella de David —señaló hacia el techo—, pero si la cosa se complica, este círculo os protegerá totalmente.

—Es bueno saberlo —bromeó Daniel.

Anael les sonrió y señaló el siguiente sello mágico pintado en el suelo.

—El Triángulo Mágico del rey Salomón —señaló—. Debe estar hecho a sesenta centímetros de distancia del Círculo Mágico y debe tener noventa y un centímetros y medio de diámetro. En este caso, vais a invocar a Cheitán, un demonio que pertenece a la legión de Leraje que pertenece al punto cardinal sur.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto Víctor.

—En el libro no se habla solo de conjuros, exorcismos, invocaciones… sino también de alquimia y del zodiaco. En la descripción de Leraje dice que está orientado hacia la constelación de Sagitario, y esta pertenece al hemisferio sur, lo que implica que el triángulo deberá estar orientado en ese sentido. La base del triángulo siempre tendrá que ser el punto más cercano al círculo mágico, y su ápex deberá estar orientado en este caso hacia el sur.

—Es decir, este triángulo solo sirve cuando el sello del demonio pertenece a una orientación sur, ¿no? —intentó aclarar Miguel.

—Exacto —dijo ella.

—Y, ¿para qué sirve? —volvió a preguntar Miguel.

—Para mandar sobre el espíritu maligno.

—¿Mandar? —preguntaron casi todos a la vez.

—Sí —respondió ella—. Normalmente cuando se conjuran espíritus o demonios se les ordena hacer algo. Este triángulo dará fuerza y energía a la orden y debilitará al espíritu, doblegando su voluntad. Vosotros queréis información… —los miró y extendió los brazos hacia ellos—, pero no dudéis que un espíritu tiene más fuerza que vosotros. Ordenadle a responder desde este triángulo y podréis doblegar más su voluntad.

—Valeee —comentó Aitor dando un paso hacia delante—, a ver si he entendido bien—. Señaló el círculo—. El círculo para proteger —luego señaló el triángulo—. El triángulo para doblegar su voluntad y que obedezca.

—Exacto.

—¿Tenemos que estar todos en el interior? —continuó Aitor.

—No —respondió ella—. Yo no usaría estos símbolos si no fuese necesario, os lo he puesto solo como última opción. Las preguntas podéis hacerlas tranquilamente sentados en la silla —bromeó ella—, o bien pasear por la sala. La estrella de David —señaló hacia arriba—, os protege, pero realmente no sé cuál es la fuerza de un demonio como Cheitán. Pertenece a la legión de un marqués, tiene un alto grado, así que puede que tenga fuerza. De hecho, tuvo la suficiente fuerza como para poseer a un humano y gangrenar su carne. No estamos hablando de un demonio cualquiera. —Lo miró fijamente—. Además, es la primera vez que os enfrentáis cara a cara con un demonio, mejor estar preparados para todo. —Se encogió de hombros —. Quizá sí os interese usarlos desde un principio… no tenéis mucha experiencia. Ahí los tenéis para lo que necesitéis —acabó risueña.

—Bueno… —recordó Miguel—, ya nos enfrentamos antes. Estuvimos en varios exorcismos.

Anael lo miró fijamente y, directamente, comenzó a reír llevándose la mano al estómago, como si le hubiese dado un ataque de risa y no pudiese controlarse.

Todos se miraron de reojo.

—Perdona, Miguel —comentó Anael intentando recobrar la compostura—. Lamento decirte que no es lo mismo. Cuando os enfrentasteis a un demonio este estaba encarnado, es decir, el cuerpo humano limitaba su fuerza y sus capacidades. Ahora no, ahora os enfrentaréis a todo el poder de un demonio, sin limitaciones.

Miguel apretó los labios.

—Vale —dijo dando un paso hacia atrás.

Anael volvió a señalar el círculo.

—Si veis que la cosa se pone fea o que es posible que rompa el escudo protector de la estrella de David entrad en este círculo… sin dilación —acabó.

—De acuerdo, de acuerdo… —intervino Aitor—. Pero entonces, si uno de nosotros se encuentra en el triángulo intentando doblegar su voluntad para que conteste a nuestras preguntas no estará tan protegido, ¿verdad?

Ella lo señaló dándole la razón.

—Y por eso mismo os he preparado las túnicas. —Señaló hacia las sillas donde las túnicas permanecían dobladas. Todos se apartaron para que ella pasase y cogiese una. La túnica era blanca, muy sencilla, tejida con el lino que habían comprado—. Mirad —dijo girándola—, en la espalda os he dibujado el pentagrama de Salomón. —El círculo que rodeaba el pentagrama se delineaba en negro. Los sellos y los nombres en el interior eran del mismo color, a excepción de la palabra Tetragrammaton que estaba pintada en rojo. El fondo del centro del pentagrama, donde estaba escrita la palabra Soluzen, era de un color verde. Los ángulos de este llevaban palabras escritas en azul. Llevó su mano hasta la palabra Soluzen—. Viene a ser una invocación que dice: ábreme tu puerta secreta y yo cumpliré mi propósito. Os dará fuerza y protección.

—Y, ¿tenemos que llevar puesta la túnica? —preguntó Daniel.

Anael desencajó la mandíbula.

—¿Tú que crees? —gritó asombrada—. Pues claro que tienes que llevarla, con esta túnica estarás más protegido y te podrás mover tranquilo por la sala, si no estarías obligado a permanecer en el círculo. ¿Quieres estar todo el rato en el círculo? —preguntó irónicamente.

Daniel tragó saliva. Vaya, Anael parecía mosqueada por su pregunta.

—No —respondió como un niño pequeño que recibe una reprimenda.

—Pues póntela —ordenó.

—Claro, me la pondré —acabó susurrando—, pero… —siguió con su tono de voz bajo y tímido—, me refiero a… si podemos llevar algo más debajo o… solo la túnica.

Anael se quedó observándolo pasmada, de hecho, si no mantuviese la compostura, se caería de culo al suelo.

—Pues claro que puedes ir vestido debajo, de hecho, os recomiendo que os vistáis. En una invocación puede formarse bastante viento —acabó explicando y miró a Aitor—. Podéis poneros vuestros uniformes de la división.

—De acuerdo —pronunció Aitor mirando de reojo a Daniel y cruzándose de brazos.

Anael cogió el pergamino de cabrío y se lo mostró. Sobre él también había un sello.

—El Hexagrama de Salomón —les señaló.

El círculo, el hexágono y la cruz en T del centro se delineaban en color negro, al igual que las cruces de Malta que lo rodeaban y los cinco triángulos exteriores, donde de nuevo volvía a aparecer la palabra Tetragrammaton. El interior estaba pintado en amarillo, la cruz en T del centro en rojo y los tres pequeños cuadrados en negro. Fuera del símbolo volvía a aparecer la palabra Tetragrammaton y Tau en letras negras, acompañadas de la palabra Agla, con alfa y omega en letras rojas.

—Estás hecha una artista —bromeó Miguel.

Ella se encogió de hombros y sonrió aceptando aquellas palabras como un cumplido.

—Debéis tener en cuenta que estáis invocando a un espíritu, es decir, no tiene cuerpo físico. A muchos de ellos les gusta hacer una entrada triunfal, a lo grande, otros simplemente aparecen como una fina bruma sobre el sello o como oscuridad. Cuando estéis seguros de que el demonio ha hecho acto de presencia mostradle este símbolo —explicó Anael—. Con este símbolo mandáis una orden expresa al demonio para que adopte una forma humana y os podáis comunicar mejor con él. —Miguel levantó la mano como si pidiese turno para hacer una pregunta—. Dime, Miguel.

—¿Cómo sabremos que realmente ha funcionado la invocación? Quiero decir… si aparece como una fina bruma o como un poco más de oscuridad… es posible que se nos pase por alto.

Ella le sonrió.

—Lo sabréis porque el sello del demonio brillará cuando este se encuentre sobre él. Cuando brille todo el sello al completo será el momento en que deberéis mostrar el hexagrama y hacer la invocación. —Los miró a todos—. Y, sobre todo, tened en cuenta que estos símbolos: el círculo mágico, el triángulo, el pentagrama y el hexagrama son solo símbolos, por sí solos no funcionan, debéis hacer el conjuro antes de usarlos para que estos símbolos descarguen su poder. Sin los conjuros del grimorio estos sellos no son nada.

—Te aseguro que para mañana nos los habremos aprendido todos de memoria —pronunció mirando a sus compañeros.

—Debéis hacerlo, no solo por vosotros, sino por vuestros compañeros —explicó con seriedad—. El conjuro siempre se hará sobre el sello que se quiera usar, y con que se haga una vez será suficiente. Estos símbolos no se iluminan a diferencia del sello del demonio, así que no sabréis si el conjuro estará bien hecho o no hasta el momento en que necesitéis que haga su efecto. Debéis aprenderlo letra a letra.

Miguel miró a sus compañeros.

—Podemos activarlos antes de invocar al espíritu, así los tendremos preparados —propuso.

—No —lo cortó Anael—. Nunca hagas eso. Jamás actives estos sellos antes de la llegada del demonio. Es necesario que lo hagáis ante él, para que vea que sois poderosos y que vais en serio… —se giró y fue hacia una mesa donde reposaban las tres botellas de bronce amarillo con los tapones de plomo—, y para eso os he preparado una sorpresita. —Los miró mientras cogía una y sonrió—. Enseñadle esta botella al demonio y os aseguro que se hará caquita… —acabó riendo Anael, como si le hiciese gracia haber pronunciado aquellas palabras —. Si no os quiere dar la información podéis amenazarlo con que lo vais a encerrar en la botella.

—¿Eso se puede hacer? —preguntó Víctor sorprendido.

Anael resopló.

—Pero ¿vosotros habéis leído el libro? Ahí lo explica todo —dijo con tono desesperado.

—Sí, sí… lo he leído —reaccionó rápidamente Víctor—, pero no sabía si sería posible hacerlo o si el rey Salomón lo había conseguido. No sé… —se encogió de hombros—, me recuerda mucho al mito de los genios y la lámpara, ¿no?

Anael sujetó con fuerza una de las botellas en su mano.

—Salomón encerró a unos cuantos demonios en este tipo de botella —explicó—. Él conjuraba a los espíritus malignos intentando liberar al mundo de la maldad, hablaba con ellos, los exorcizaba, intentaba eliminar la maldad que tenían, pero si estos espíritus no se doblegaban a su voluntad y no abandonaban cualquier tipo de maldad u oscuridad los capturaba y encerraba en las botellas para liberar al mundo de ese espíritu maligno. —Se giró y cogió el tapón—. El tapón lleva dibujado el sello del demonio —indicó mostrándoselo—. Debéis decir el conjuro mágico de Salomón para el encierro, situaros en el vórtice de su sello, sin entrar, y la boca de la botella abierta para que lo absorba. Os aconsejo que no lo dejéis en el suelo, lo normal es que el demonio se niegue a ser encerrado y luche, así que es posible que la botella se vuelque. En cuanto el espíritu esté en el interior contáis con pocos segundos para tapar la boca de la botella con este tapón —se lo mostró. Lo colocó sobre la botella y con un golpe lo selló—. Así, ¿veis? —Todos asintieron—. Bien, ¿alguna duda?

—Sí —preguntó Víctor de nuevo—, ¿nos recomiendas que lo encerremos?

Ella se removió nerviosa.

—Es peligroso encerrarlo. Pensad que los demonios forman parte de una familia muy extensa, y es posible que a esa familia no le haga ninguna gracia que encerréis a un familiar —aclaró—, es solo como

amenaza, aunque existe la posibilidad de que podáis hacerlo, en ese caso, una vez sellado deberíamos hacer un conjuro de invisibilidad. —Todos la miraron sin comprender—. No es para que la botella desaparezca, sino para que no pueda ser rastreada por los demonios. —Anael chasqueó la lengua—. Siendo la primera vez que invocáis a un demonio limitaos a intentar sonsacarle información —acabó ella—. No presentéis todas vuestras cartas desde el principio, dialogad con él, preguntadle cosas, que sienta vuestra curiosidad… debéis ser más listos que él. A un demonio se le puede engañar de muchas formas, solo hay que ser astuto y convincente. Podéis intentar que os brinde información sin revelar vuestras intenciones.

—Ya —intervino Aitor—, el problema es que este demonio nos conoce. Ya nos enfrentamos a él cuando poseyó a Xacinta. Supongo que se acordará de nosotros, y no con mucho cariño —acabó ironizando.

Anael parpadeó varias veces.

—Vale, pues olvidad lo último que os he dicho —hizo un gesto gracioso. Miró su reloj de muñeca que marcaba las doce del mediodía y dio una palmada—. ¿Alguna duda más de momento? —Todos negaron—. Bien, pues vamos a hacer una de prueba…

—¿Una de prueba? —preguntó Miguel sorprendido.

Anael se encogió de hombros.

—Sí, pero no aquí, no quiero que activéis los sellos aún. Subamos al comedor y hagámoslo ahí, desde el principio, desde la oración de invocación —ordenó dirigiéndose a la puerta—. Ensayaremos durante todo el día.

Todos se miraron entre ellos y no les quedó más remedio que seguirla a la planta superior para realizar una escenificación de la invocación y la activación de sellos, aunque, bien pensado, eso les iría bien para aprender todos los pasos y ensayar, pues ninguno de ellos se había enfrentado a algo así.

Elena volvió a arrastrar el rastrillo por la tierra, removiéndola, tal y como le había explicado Nerea. Se había levantado sobre las diez de la mañana y tras el desayuno se había dedicado al jardín. Había descubierto que le encantaba aquello, aunque la dejaba agotada. La tierra estaba más dura de lo que había pensado, pero tras bastante rato conseguía removerla.

Iba a dejarlo precioso, estaba dispuesta a hacer de aquel jardín un lugar donde poder descansar y relajarse, incluso se visualizaba en un balancín que pensaba situar en el lado contrario a las flores y donde podría tumbarse a leer las tardes de verano. Sí, estaba realmente entusiasmada.

Soltó el rastrillo apoyándolo contra la pared e iba a coger la

manguera para mojar la tierra cuando escuchó el timbre de su casa.

Se pasó la mano por la frente quitando las gotas de sudor y entró al comedor para dirigirse a la puerta. Aunque ya no hacía tanto calor como unas semanas atrás el constante movimiento la hacía estar sofocada.

Abrió la puerta y no pudo disimular su sonrisa. Miguel se encontraba ante ella vestido con ropa de deporte, como si supiese que ella se encontraba trabajando el jardín y viniese a ayudarla. Se había puesto unos pantalones azul marino de deporte y una camiseta holgada. Incluso así, vestido de aquella forma, le pareció el hombre más atractivo que jamás había visto.

—¿Ha pedido ayuda para el jardín? —bromeó él con una sonrisa pícara.

Ella abrió más la puerta para que entrase.

—La ayuda siempre es bien recibida —contestó sonriente echándose a un lado.

Miguel entró y fijó la mirada directamente en las puertas laterales del comedor que conectaban con el jardín. Había imaginado bien y Elena estaba trabajando en él. Fue hasta allí y observó toda la tierra removida. Salió fuera y colocó las manos en su cintura.

—Has hecho un buen trabajo —comentó mirando el pequeño recinto.

Ella se situó a su lado y sonrió mientras observaba su pequeño jardín.

—Sí, llevo toda la mañana. Me ha costado lo mío, pero finalmente lo he conseguido. —Fue hasta la pared y cogió la manguera—. Tengo que mojarla ahora y volver a removerla después.

Miguel cogió el rastrillo y se situó a su lado.

—Tú mojas y yo remuevo —se ofreció.

—Está bien —dijo divertida.

Fue hasta el final del jardín y abrió la manguera mojando la tierra. Miguel se situó a su lado y fue removiendo la tierra que se convertía en barro a medida que Elena la mojaba.

En menos de media hora estuvo toda empapada.

Elena dejó la manguera en un lado y Miguel el rastrillo.

—La iré humedeciendo cada día tal y como me dijo Nerea y le echaré la tierra. En tres o cuatro días podré plantar el césped —pronunció orgullosa—. ¿Cuánto tarda en crecer? —Se giró hacia Miguel como si él supiese la respuesta.

—Pues no tengo ni idea —reconoció—. Creo que en unos diez días comienza a brotar, pero eso te lo podrá responder mejor Nerea.

Ella miró la tierra y suspiró.

—Bueno, lo que es seguro es que antes de que este mes acabe tendré césped —apuntó. Lo miró de reojo—. He pensado en que

cuando tenga el césped y las flores, quizá me compre un balancín.

—¿Un columpio? —bromeó él.

—No —rio—, una tumbona que se mece. Quiero disfrutar de este espacio.

Miguel lo imaginó donde ella señalaba.

—No es mala idea. Tendrás que invitarme más.

—Dalo por hecho. —Se giró y miró hacia dentro—. ¿Quieres un refresco?

—Me apetece —respondió siguiéndola al interior.

Elena fue hacia la cocina y abrió la nevera. Le mostró unas cuantas latas y Miguel se decidió por una.

—¿Cómo ha ido el trabajo hoy? —preguntó Miguel abriendo la lata.

—Bien, lo mismo de siempre, ¿y tú?

—Igual —dijo antes de darle un sorbo.

Elena lo miró con timidez. Le apetecía estar con él a todas horas. Las últimas veces que habían salido a comer o a tomar algo lo había propuesto él. Quizá debería envalentonarse más.

—Este fin de semana no hago nada… —comenzó ella, él la miró fijamente—. ¿Te apetece que quedemos un día para cenar e ir al cine o algo así?

Miguel chasqueó la lengua.

—Me encantaría —pronunció lentamente—, el viernes me es imposible por trabajo, pero es posible que pueda el domingo. ¿Te va bien?

—Sí, claro.

—Lo del cine me parece buena idea. Hace tiempo que no voy, aunque no sé qué películas hay ahora.

—Podemos mirar la cartelera antes de ir —propuso ella—, y si no hay nada que nos interese podemos hacer otra cosa. Hay también una bolera.

Miguel la señaló.

—También me apetece. Me apunto a cualquiera de las dos opciones —dijo sonriente mientras dejaba la lata de refresco sobre la barra.

—¿Quieres algo de picar? —preguntó girándose. Se puso de puntillas y abrió el armario superior donde había varias bolsas de patatas.

—Sí, claro —respondió acercándose por su espalda.

Se detuvo a poca distancia, observando cómo se ponía de puntillas y estiraba el brazo. Llevaba el cabello recogido en una cola alta, se fijó en cómo su pecho se pegaba a la camiseta. No pudo evitar descender la mirada hacia ese bonito trasero. Era realmente hermosa.

—No, no llego —rio ella mientras se giraba, aunque no esperaba

que Miguel estuviese tan cerca. Pegó más la espalda al mármol de la cocina y descendió su mirada hacia sus labios. Miguel estaba muy cerca, demasiado como para poder controlar su respiración y los latidos de su corazón.

Miguel sonrió levemente y cogió sin esfuerzo la bolsa de patatas que ella había intentado alcanzar.

Elena tuvo que apoyarse más aún sobre la barra pues Miguel se aproximaba cada vez más y tenía una sonrisa picarona en su rostro, como si se diese cuenta de su nerviosismo.

—¿Quieres esta? —preguntó mostrándosela, sin alejarse de ella—. ¿O cojo la otra?

Ella tragó saliva e intentó aparentar normalidad.

—La que más te guste a ti —aunque su voz acabó con un tono estridente.

—Esta me va bien —comentó él sin alejarse. La miró fijamente y ella le sonrió nerviosa. Sí, Elena se encontraba inquieta ante su proximidad—. ¿Sabes? Tienes unos ojos preciosos —pronunció sin apartar su mirada de ellos. Ella se vio obligada a apartarlos por la timidez.

Si no tenía bastante con la cercanía de Miguel ahora le decía esas cosas. Supo que era una clara insinuación, sobre todo cuando Miguel dejó la bolsa de patatas sobre el mármol y colocó su mano en la cintura de ella.

Miguel llevó su otra mano hasta la mejilla de ella. Ya no iba a controlarse más, había deseado besarla desde que la había conocido. Elena también parecía estar interesada en él. ¿Qué podía pasar? ¿Que lo rechazase? Podría vivir con ello, lo que no podría hacer era vivir sin intentarlo.

Descendió sus labios lentamente hasta los de ella atrapándolos en un beso muy suave.

Se quedó tranquilo cuando, después de varios segundos, Elena no se apartó, sino que comenzó a corresponder muy lentamente a ese beso.

Había intuido que aquel beso iba a ocurrir desde que se había girado hacia él y lo había encontrado tan cerca, pero lo cierto era que no estaba preparada para ello. Jamás había experimentado una dulzura, una delicadeza, incluso una devoción expresada tan gráficamente en el beso de Miguel. Sintió cómo su vello se erizaba y los latidos de su corazón aumentaban.

Sin siquiera pensar, Elena elevó sus brazos hasta el cuello de él, sujetándose mientras Miguel la apretaba contra el mármol de la cocina.

La sensación era realmente exquisita, y ahora que estaba seguro de que ella no iba a rehuir de su beso lo estaba disfrutando mucho

más. El problema era que aquel beso le sabía a poco, él necesitaba más de ella.

Apartó sus labios de los de Elena y se dirigió a su cuello, besándolo suavemente, deleitándose en la suavidad de su piel.

Elena sintió cómo su vello se erizaba al sentir la suavidad de sus labios sobre su piel y cómo acariciaba su cintura con delicadeza.

Cerró los ojos deleitándose en aquella sensación tan gratificante. Jamás se había sentido así, nunca había experimentado suavidad en las caricias, en los besos. Para ella siempre había sido violento, sin poder relajarse. Sin poder evitarlo, la imagen de Mateo acudió a su mente y dio un respingo.

Miguel se separó automáticamente y la miró confundido. Elena se había quedado pensativa, como si algún recuerdo la mantuviese paralizada.

—¿Estás bien? —preguntó provocando que ella lo mirase—. ¿He… he hecho algo que…?

—No, no… —lo tranquilizó ella rápidamente y una delicada sonrisa brotó de sus labios.

Durante todo este tiempo había sentido mariposas en el estómago cuando Miguel se encontraba cerca, había deseado besarle, abrazarse y, sin embargo, ahora que estaba ocurriendo había algo que la frenaba. Tenía miedo de volver a amar y que le hiciesen daño. Sabía que Miguel era diferente, sin embargo, había sufrido tanto por amor que le costaba aceptar aquello.

Intentó inspirar para mitigar sus nervios y le sonrió.

—Está todo bien —susurró cogiendo su mano.

Pero Miguel intuía algo.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí, perdona… —dijo acercándose de nuevo a sus labios.

Él no la rechazó, al contrario, deseaba más que nada besarla y sentir su piel.

Situó sus manos en su cintura empujándola contra el mármol y la besó con pasión.

Elena lo acogió de buen grado. Quizá ya era hora de que abriese del todo su corazón. Sí, había pasado una experiencia muy dura durante años, pero Miguel había aparecido en su vida para demostrarle que no siempre tenía que ser así.

Rodeó el cuello de Miguel con sus manos impidiendo que sus labios se separasen de los de él. Tampoco es que él tuviese intención de hacerlo.

Notó cómo los dedos de ella acariciaban su nuca, cómo introducía suavemente sus dedos entre su cabello corto.

Allí comenzaba a hacer mucho calor o bien había pasado demasiadas horas al sol.

Elena sintió cómo ardía por dentro, cómo aquel instinto primario que había permanecido dormido tanto tiempo aparecía queriendo devorarlo todo a su paso.

Llevó su mano hasta el pecho de él, acariciando su camiseta, sintiendo cómo sus músculos se tensaban ante su contacto.

Miguel también ansiaba un mayor contacto y sabía que ya no había vuelta atrás, ¿o sí?

Se separó levemente de sus labios para quitarse la camiseta cuando su móvil comenzó a sonar en su bolsillo anunciando la llegada de un mensaje.

Ambos se quedaron petrificados durante un segundo.

Miguel sacó el móvil de su bolsillo rápidamente y lo dejó sobre el mármol sin siquiera mirar de quién se trataba.

Ah, no, no pensaba dejar que lo distrajesen.

Se quitó la camiseta arrojándola sobre el suelo y volvió a besarla con pasión.

—¿No… no vas a mirar quién es? —preguntó ella entre beso y beso.

—¿Me ves con ganas de mirarlo? —preguntó mientras volvía a atrapar sus labios entre los suyos.

De nuevo volvió a sonar su móvil anunciando otro mensaje.

¿En serio? ¿Justo ahora? ¿No podían dejarlo tranquilo en ese momento?

Resopló y volvió a besarla cuando esta vez sonó una melodía más larga. Lo estaban llamando.

Miguel se separó levemente de sus labios y suspiró armándose de paciencia.

Ella lo miró graciosa y ladeó su cuello.

—Creo que será mejor que lo cojas —susurró.

—Yo creo que lo mejor es destruir ese… móvil —acabó gritando hacia él señalándolo con la mano.

El móvil no dejaba de sonar y vibrar sobre la barra de la cocina. Inspiró intentando calmarse y se pasó la mano por los ojos intentando despejarse.

—Joder —susurró antes de apartarse de ella y de coger el móvil. Descolgó y lo llevó hasta su oído—. ¿Qué? —preguntó seriamente.

—Eh, ¿dónde estás? —preguntó Daniel al otro lado de la línea—. Vamos a hacer otro ensayo.

—¿Otro? —acabó medio gritando.

Elena lo miró sorprendida y se separó un poco de él mientras una sonrisilla traviesa aparecía en su rostro. Sí, él estaba más afectado por aquella separación que ella.

—Sí —respondió Daniel como si nada—. Anael ha insistido.

Miguel cerró los ojos.

—Joder… —susurró.

Aquella palabra hizo que Daniel carraspease.

—¿Te… estoy… interrumpiendo? —bromeó—. ¿De ahí tu mal humor?

Miguel apretó el móvil con fuerza en su mano.

—Ya voy, pesado —dijo antes de colgar.

Llevaba semanas deseando besarse con ella, fundirse con su cuerpo y, ahora que había dado el paso, sus compañeros no lo dejaban tranquilo. Debía tener en cuenta que tenía responsabilidades, y no se quejaba de ellas, al contrario… pero ¿tenía que ser justo en ese momento?

Se giró hacia ella y chasqueó la lengua.

—Lo siento…

—Ya, tranquilo —respondió con timidez—. Tienes que irte, ¿verdad?

Miguel volvió a resoplar, estaba claro que no estaba de acuerdo con aquello.

—Sí —respondió de mala gana mientras se agachaba para coger su camiseta.

Elena aprovechó para observar su esculpido pecho y sus marcados abdominales. Por suerte, aún tenía el suficiente sentido común para no comenzar a babear igual que un niño que ve una tableta de chocolate o su golosina favorita.

Miguel se la puso e hizo un gesto de disgusto.

—Tenemos unos asuntos entre manos…

—No te preocupes —comentó ella y se encogió de hombros—, no voy a moverme de aquí.

Él le sonrió y se acercó.

—Eso espero… —la besó de nuevo—, porque pienso volver a terminar lo que hemos comenzado.

Elena sintió cómo todo su rostro se ruborizaba. ¿Qué decir en ese caso? ¿De acuerdo? ¿A qué hora? ¿Tardarás mucho?

Miguel volvió a besarla y se separó de ella.

—Luego te envío un mensaje. Igualmente —dijo dirigiéndose a la puerta de salida—, tenemos una cita el domingo sí o sí.

—Claro —respondió ella aún conmocionada por las últimas palabras de él.

Miguel la observó un segundo mientras abría la puerta y no pudo evitar sonreírle.

Sí, en aquel momento era realmente feliz y sospechaba que ella también por la forma en que lo miraba.

Cerró la puerta de la casa de Elena y se dirigió a la suya sin poder borrar la sonrisa de su rostro.

Antes de entrar se pasó las manos por las mejillas intentando

relajarlas.

Abrió y se encontró de lleno con Daniel que lo observaba fijamente. Miguel intentó aparentar seriedad y lo miró fijamente mientras cerraba la puerta, sin un atisbo de la sonrisa que había mantenido hasta ese momento.

—¿Estabas con Elena? —preguntó Daniel.

No pudo evitarlo y cuando Miguel se giró hacia su compañero lucía de nuevo aquella sonrisa en sus labios. Daniel lo observó sorprendido por su cambio de humor.

—Sí —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Daniel enarcó una ceja.

—Ya veo… y, ahora… eres feliz y dichoso en tu vida, ¿verdad? —bromeó.

Miguel entornó los ojos y fue hacia él.

—¿Hacemos ya ese ensayo? —preguntó subiendo los escalones.

—Sí, estamos en la planta de arriba —explicó siguiéndolo—. Te estábamos esperando.

Cuando llegó a la primera planta recibió las miradas intrigadas de todo ellos, excepto de Anael que parecía estar concentrada en el libro.

Miguel recorrió con la mirada a cada uno de ellos.

—¿Entretenido? —ironizó su jefe que sabía que Miguel había estado con Elena momentos antes. Lo conocía demasiado bien como para no intuir tal cosa.

—Pues sí, bastante más que aquí —bromeó él.

—Bueno, chicos… —interrumpió Anael—, ahora que estamos todos: Hola, Miguel —rio ella divertida.

—Cuanto tiempo, ¿eh? —bromeó él.

—Vamos a comenzar de nuevo desde el principio —señaló a Aitor —. Comenzamos con la invocación preliminar.

Todos se pusieron en la ubicación que les correspondía y Aitor cogió el libro.

—A ti, el no-nacido, yo invoco. A ti, que creaste el Cielo y la Tierra. A ti, que creaste el día y la noche. A ti, que creaste la oscuridad y la luz. A quien no ha visto hombre alguno en ningún tiempo…

Anael comenzó a pasear por la sala mientras escuchaba cómo leía la iniciación, mirando a cada uno de los miembros de la división. Sabía que era arriesgado, solo esperaba estar instruyéndolos correctamente.

Se quedó al margen y dejó que todos hiciesen su papel, supervisando cada una de sus palabras y movimientos.

Les llevó cerca de una hora y media ensayar, ya que ella les exponía diversas circunstancias en las que podían encontrarse y cómo las solucionarían. La mayoría había estudiado las oraciones y se las

sabían prácticamente de memoria, excepto en algún momento en que se quedaban encallados y ella los ayudaba. En términos generales, parecían dominar el arte de la invocación.

—Bien —dijo felicitándolos—, lo habéis hecho bien. Eso sí, tenéis que aseguraros de aprenderos perfectamente las invocaciones de los sellos, ¿de acuerdo? De ello depende vuestra seguridad.

—Claro —respondió Aitor mientras Anael iba hacia la silla donde tenía colgada una chaqueta.

—Y recordad hacer la bendición de las túnicas una hora antes de hacer la invocación, es decir, a las once debéis comenzar.

—Espera, ¿te vas? —interrumpió Aitor.

Ella acabó de colocarse bien la chaqueta y asintió.

—Sí.

—¿Quieres que te acerque? —preguntó Víctor.

—No, no hace falta. El padre Santiago ha venido a buscarme —señaló hacia la ventana.

Efectivamente, el padre Santiago acababa de aparcar su vehículo, bastante viejo, frente a la casa de ellos. Todos saludaron al sacerdote, aunque este no pareció verlos, pues se encontraba en el interior del vehículo.

Cogió su bolso y se dirigió hacia las escaleras.

—¿Queréis cenar aquí mañana? —preguntó Aitor mientras dejaba el libro sobre la mesa. Anael le sonrió agradecida, pero negó—. Bueno, pues… ¿pasamos a buscaros sobre las diez de la noche?

Anael suspiró y los miró con ternura.

—Mañana no vendré —pronunció con delicadeza.

Todos la miraron extrañados.

—¿No vendrás? —preguntó Miguel sorprendido—. ¿A la invocación?

—¿Por qué? —preguntó Aitor con curiosidad, escudriñándola con la mirada.

Ella volvió a negar y dio un paso hacia él. Colocó una mano en su pecho y dio una palmadita.

—Lo haréis bien, estoy segura —dijo sonriente.

Dicho esto, y sin contestar a su pregunta, bajó los escalones hasta la planta baja y salió de la casa. Todos vieron cómo se dirigía al vehículo de Santiago y entraba en él.

Santiago permanecía concentrado en la música que sonaba por la radio y brincó cuando Anael abrió la puerta del copiloto.

Entró y se sentó.

—Vamos —ordenó mientras se ponía el cinturón.

Santiago dio la vuelta y comenzó a alejarse de la vivienda mientras Anael observaba por el retrovisor a algunos de los miembros de la división asomados, observando cómo el vehículo se alejaba.

—¿Crees que lo harán bien? —preguntó Santiago.

—Sí, seguro que sí —respondió sin apartar la mirada del retrovisor.

Santiago carraspeó.

—¿Y no crees que sería mejor que estuvieses allí por si…?

—No, no puedo —pronunció nerviosa mientras apartaba ya la mirada y la dirigía a la carretera—. Ni siquiera debería haberles enseñado. Me he excedido en mis funciones.

Anael apretó los labios. Santiago la miró de reojo, observando por primera vez en su vida un atisbo de preocupación en el rostro de Anael.

Llevó su mano hasta la de ella y le dio unas palmaditas reconfortantes.

—Todo saldrá bien —intentó tranquilizarla.

18

Lucas y Víctor habían llegado de la vigilancia a José durante todo el día. Según habían podido constatar de los días de vigilancia, José tenía una doble vida que diferenciaba totalmente. Durante la semana era un reputado y aburrido profesor de matemáticas en el Instituto de Secundaria de Quiroga, los viernes se desmelenaba y era uno de los jefes de la orden satánica de Lugo.

Era un hombre realmente aburrido. Tenía una vida pausada. Por las mañanas y dos tardes a la semana clases en el instituto y los miércoles y los jueves un régimen de visitas desde las seis de la tarde (cuando sus hijos salían de la extraescolar de baloncesto) hasta las nueve, cuando ya los llevaba cenados a casa de su ex mujer.

Miguel resopló mientras revisaba de nuevo los mensajes recibidos en su móvil.

Abrió uno de los privados.

—El próximo miércoles no puedo ir a buscar a los niños —leyó Miguel en voz baja—. ¿Puedo cambiarlo por el martes? —Miguel resopló—. Eso no es lo que dice la sentencia —continuó Miguel con voz femenina. El privado con su ex mujer era el que le resultaba más emocionante—. Nunca te pido favores —dijo con voz grave. Tras diez minutos su ex mujer había contestado—. De acuerdo —leyó Miguel de nuevo con voz afeminada.

De esos mensajes hacía ya un mes, así que no es que hubiese mucha comunicación entre ellos.

Abrió otro privado.

—Hola guapa, este lunes puedo quedar al final, ¿te va bien que nos veamos donde siempre? —Miguel rio—. Vaya, vaya… Joselito.

La mujer había respondido con un sí y muchos corazones.

Miguel carraspeó cuando Daniel entró en la oficina.

Abrió otro privado y dijo con voz femenina.

—La tenemos —rio leyendo el mensaje—. ¿Nos vemos el miércoles? —Daniel se situó a su lado y lo miró sorprendido—. Sí —continuó con voz masculina.

—Estás fatal —dijo Daniel y miró la pantalla del ordenador—. Al menos te has puesto ya el uniforme —bromeó viendo a su compañero enfundado en el uniforme negro de la división. Aquel traje, creado a base de nanotubos de carbono, les permitía una gran flexibilidad y movimiento, además de una gran protección ante golpes, mordeduras o arañazos. En la cintura llevaban un cinturón donde podían colgar sus armas y las botas tenían una gruesa suela de goma—. ¿Leyendo los mensajes de José?

—Ajá —respondió sin apartar la mirada de la pantalla—. No es que tenga una vida muy emocionante, quitando los viernes, claro. —Luego lo miró divertido—. ¿Sabes que José es un donjuán? —Negó cerrando los ojos, incrédulo—. No sé cómo voy a mirarlo mañana durante la misa negra. Nos ha salido pichabrava el satanista…

Daniel chasqueó la lengua y miró hacia el pasillo.

—Vamos a prepararnos ya.

Miguel miró el reloj de la pantalla del ordenador, marcaba las diez y cuarenta minutos. Puede que la vida de José no fuese apasionante, pero sin duda revisar sus mensajes de texto le entretenía lo suficiente como para distraerlo la última hora y media.

Miguel apagó el ordenador y descendieron hasta el subterráneo donde todos esperaban antes de entrar a la sala que Anael les había confeccionado, vestidos ya con el uniforme y la túnica sobre ellos.

Aitor miró hacia Daniel y Miguel.

—¿Algo nuevo de José? —preguntó.

—Nada, ningún mensaje nuevo desde hace cuatro días —explicó Miguel mientras cogía la túnica que Aitor le tendía—. Gracias.

La desdobló y la pasó por su cabeza y sus brazos. Al menos, la túnica les iba bastante ancha, lo que permitía libertad de movimiento.

Miguel miró a todos sus compañeros. Hasta ese momento ninguno de ellos se la había probado. Todos se miraron entre sí arrugando la frente y enarcando alguna ceja que otra.

—Menudas pintas —comentó Daniel mirando a sus compañeros.

Miguel chasqueó la lengua.

—Un poco de seriedad, compañero. —Lo miró fijamente con aspecto serio—, es importante estar bien atractivos y a la última moda para cazar demonios —bromeó él también—, o si no se nos pueden escapar.

Hubo una risa generalizada por lo bajini, aunque más que por el comentario fue por los nervios que sentían. Sí, habían memorizado cada palabra del libro de Salomón, habían ensayado junto a Anael los pasos que debían seguir y los problemas que podían surgir. Sabían cómo solucionar cada uno de ellos, pero eso no quitaba que fuese algo nuevo, la primera vez que iban a enfrentarse a algo así, algo que ni siquiera habían aprendido durante sus años de formación en el CNI.

Aitor los miró a todos e inspiró.

—Bien, haremos lo que Anael nos ordenó. Bendeciremos las túnicas primero y cuando acabemos volveremos a ungir la habitación. —Todos asintieron—. ¿Os habéis aprendido todas las invocaciones? Bien, pues… comencemos —dijo mientras cogía el agua bendita que Santiago había llevado varios días antes.

Tras leer por sexta vez la bendición para la última de las túnicas, la de Aitor, y bendecirla con agua bendita, entraron en la habitación. Tal y como les había dicho Anael, no encendieron ninguna luz, sino que fueron alumbrando con los candelabros que iban encendiendo mientras recitaban las oraciones de protección cada uno en silencio.

Miguel encendió el fósforo y lo colocó sobre la mecha de la última vela blanca que quedaba por encender, perteneciente a un candelabro que contenía tres cirios. Quizá, en otras circunstancias, todos hubiesen bromeado, pero en aquel momento sentían un profundo respeto hacia lo que estaban haciendo. Anael había conseguido que fuesen conscientes de lo que iban a hacer. Iban a invocar poderes ancestrales, magia de invocación… eso eran palabras mayores.

Cuando la vela se encendió, apagó el fósforo y lo depositó en un cenicero que había en la mesa donde tenían todo el material que debían usar.

Aitor se aseguró de que las tres ventanas que daban al patio trasero estuviesen cubiertas, impidiendo así que nada pudiese verse desde fuera. Acto seguido, miró su reloj.

—Las doce menos dos minutos —indicó. Luego miró el sello del marqués Leraje, la dinastía a la que pertenecía el demonio al que pretendían invocar: Cheitán. Esperó unos segundos mientras sus compañeros rodeaban el sello formando un círculo alrededor de este —. Recordad que esa puerta… —dijo señalando con la cabeza hacia la puerta que comunicaba con el garaje—, no podrá abrirse hasta que el demonio no se haya marchado. —Todos asintieron en silencio. Tragó saliva y asintió—. Está bien, comencemos.

Cerró los ojos intentando relajarse y cuando los abrió miró el selló fijamente.

—A ti, el no-nacido, yo invoco. A ti, que creaste el Cielo y la Tierra. A ti, que creaste el día y la noche. A ti, que creaste la oscuridad y la luz. Tú eres Osorronophis, a quien no ha visto hombre alguno en ningún tiempo. Tú eres Jabas, Tú eres Japos… —fue recitando lentamente, recordando cada una de las palabras de la invocación preliminar para comenzar a abrir el portal.

Miguel miró de reojo a sus compañeros, todos se mantenían en la misma posición, erguidos y con las manos unidas por delante de ellos, mirando el sello fijamente.

—Escúchame: Aoth, Abaoth, Basum, Isak, Sabaoth, Iao…

Todos hacían lo mismo mientras su jefe iba recitando aquella invocación, repitiendo en su mente aquellas mismas palabras que habían recitado.

—Angelos ton Theon, Aniaia Lai, Gaia ape Diathanna Thorun…

Miguel tragó saliva y se concentró en el sello. Sabía que aquella solo era la primera invocación, que el demonio no aparecería y que seguramente deberían invocarlo más de una vez usando diferentes invocaciones hasta que diesen con la que provocaba su venida.

No era una tarea fácil.

—Ven y sígueme y pon todos los espíritus a mi obediencia para que todos los espíritus del firmamento y del éter, sobre la Tierra y bajo la Tierra, en tierra seca o en agua, del aire en remolino o del fuego que embiste. ¡Y que cada palabra azote de Dios puedan serme obedientes! Iao sabao.

—Tales son las palabras —respondieron todos al unísono.

Aitor guardó unos segundos de silencio y elevó la mirada hacia Miguel, el cual se encontraba frente a él, al otro lado del círculo. Miguel asintió. Bien, ahí comenzaba realmente la fiesta.

—Yo te invoco y te conjuro Cheitán —pronunció Aitor con voz decidida—, y estando armado de poder de la Majestad Suprema yo te ordeno enérgicamente por los Príncipes más poderosos y ministros de la Bóveda Tartárea, y por los Príncipes Jefes del Trono de Apología en la Novena Legión, yo te invoco y por la invocación te conjuro. —Inspiró lentamente—. Y habiendo sido armado con el poder de la Suprema Majestad yo te exorcizo por el poderoso nombre de Dios, el fuerte y poderoso… te ordeno que aparezcas ante mí, aquí en este círculo. Por lo tanto, acata mi mandato y cúmplelo permaneciendo hasta el final.

Todos se quedaron en silencio mirando el círculo, esperando alguna respuesta por parte de este. Las miradas entre ellos se sucedieron durante los siguientes segundos. Miguel sintió cómo su garganta se secaba por los nervios. Enfrentarse a un vampiro, a un lobo, incluso a una bruja era una cosa, pero esto… esto era diferente.

Miguel miró a Aitor expectante.

—No responde —dijo al final.

—Segundo conjuro —pronunció Daniel hacia su jefe.

Por lo que les había explicado Anael, obviamente, un demonio se resistiría a la llamada, por esa misma razón había seis conjuros, cada uno de mayor intensidad para doblegar la voluntad del demonio paso a paso.

Aitor asintió.

—¡Yo te invoco, te conjuro y te ordeno demonio Cheitán que aparezcas y te muestres visible en este círculo! —pronunció con voz

potente—. Te exorcizo y te ordeno demonio Cheitán y también por aquel que habló la palabra y fue hecho, y al que obedecen todas las criaturas, y por el terrible juicio de Dios, y por el incierto Mar de Cristal que está ante la Divina Majestad Todopoderosa, por las cuatro bestias ante el Trono, que tienen ojos delante y atrás, por el fuego que circunda el trono, por los santos ángeles del cielo y por la poderosa sabiduría de Dios, yo potentemente te exorcizo a que aparezcas aquí, en este círculo, para hacer mi voluntad, para dar respuesta a mis demandas y hacer todo lo que yo desee hasta donde tu oficio te capacite. ¡Te ordeno que aparezcas ahora! —Guardaron silencio sin perder de vista el sello—. Si desobedeces y rehúsas venir, en el poder y por el poder del nombre del Supremo y Eterno Dios, quien nos creó a ambos y a todo el universo, te maldeciré y te encerraré en lo profundo del abismo para que permanezcas ahí hasta el fin de los días. Te arrojaré al fuego eterno y al lado en llamas y azufre, a menos que vengas y aparezcas aquí en el círculo para hacer mi voluntad… —En ese momento se quedó callado cuando el centro del sello comenzó a tomar un color plateado, justo del metal al que pertenecía la dinastía.

Todos tragaron saliva y Aitor miró unos segundos a todos antes de seguir.

—Por lo tanto… —dijo alzando más la voz a medida que el círculo comenzaba a brillar—. ¡Ven a quien te lo ordena! Te conjuro y te obligo demonio Cheitán… —pronunció con fuerza mientras la luz plateada del sello cobraba más intensidad—, por todos los nombres dichos y por los siete nombres con los que Salomón introdujo en botellas de bronce a tus hermanos demonios. Adonai preyai, Tetragrammaton, Anaphaxeton, Inessen fatoal Pathumon e Itemon. ¡Aparece en este círculo para hacer mi voluntad! ¡Ahora! —gritó.

Se obligaron a dar un paso atrás cuando el brillo del sello se hizo casi cegador durante unos segundos. Miguel se quedó erguido, intentando no moverse, sabía lo que estaba ocurriendo. Entornó los ojos unos segundos hasta que el brillo se atenuó y todos pudieron observar cómo aparecía un pequeño remolino de aire en movimiento sobre el sello. Se quedaron petrificados al observar aquello. ¿Realmente estaba ocurriendo?

—El hexagrama —susurró Víctor sacando a Aitor de su ensoñamiento.

Aitor se giró y cogió el hexagrama que Anael había realizado sobre el pergamino de cabrito, situándolo sobre su falda blanca de lino.

—Te ordeno que tomes forma humana y una lengua para hablar —decretó Aitor.

El remolino de aire dejó de girar y fue formando una delgada silueta.

Seguramente, si no se hubiesen concienciado de que lo que iban a ver era un demonio todos hubiesen salido corriendo de allí.

Ante ellos apareció un hombre extremadamente alto y delgado, prácticamente en los huesos. Se mantenía agachado y en actitud desafiante. Su cabello negro caía sobre su rostro ocultando unos ojos amarillos. Su nariz pequeña, al igual que su boca sin labios, simplemente formada por un corte en aquella extremada carne blanca, le daba un aspecto de calavera. Su cuerpo estaba únicamente cubierto por una gasa en forma de falda desde sus huesudas caderas hasta su pantorrilla.

—Sé obediente —continuó Aitor iniciando el discurso al espíritu a su llegada—. Observa el pentáculo de Salomón que te ha traído ante mi presencia. Observa la persona que te exorciza, el que está armado por Dios y sin temor, el que potentemente te llamó e invocó para que aparecieras… —El demonio alzó su cuello hacia el cielo y gritó de una forma tan estruendosa que el resto de la división se obligó a cerrar los ojos—. Por ellos… —dijo Aitor apretando su mandíbula—, soy tu maestro y tu amo. Contesta con respuestas lógicas a mis demandas y prepárate para ser obediente a tu amo.

Cheitán miró con unos ojos encendidos a Aitor.

—Ni eres mi amo… ni eres mi maestro —pronunció con una voz extremadamente grave, incluso gutural. Cheitán giró sobre sí mismo sin ponerse en pie, ayudándose de las manos y los pies, hasta que termino de nuevo en Aitor y, esta vez, sonrió diabólicamente—. Nosotros ya nos conocemos.

—Y por eso te llamamos —intervino Lucas llamando su atención. El demonio se giró hacia él. Desde un principio ninguno concentraría toda la atención del demonio, todos intervendrían a partes iguales—. Queremos respuestas —ordenó.

Cheitán comenzó a reír.

—¿Respuestas? —ironizó arrastrando cada una de las sílabas.

Lucas iba a contestar, pero se vieron sorprendidos por un brusco giro del demonio y un salto hacia delante, intentando salir del sello, aunque como si se tratase de un muro invisible, Cheitán se golpeó y cayó de nuevo sobre el sello.

Aitor sonrió al ver el gesto del demonio. ¿Acaso quería escapar?

Cheitán se incorporó con un gruñido aterrador que erizó la piel de todos ellos.

Aitor señaló hacia arriba mostrándole la estrella de David.

—Dudo que puedas escapar —ironizó Aitor.

Cheitán lo miró fijamente, pensativo, hasta que una sonrisa lasciva irrumpió en su rostro.

—Glasya-Labolas aún la recuerda… —susurró hacia él. Aitor no se movió ante aquellas palabras, ni siquiera se inmutó, simplemente lo

observó. Aquel era el espíritu que había invadido a su novia, a Nerea, y por el que habían tenido que practicarle un exorcismo—, cuando se la folló. Cómo disfrutó la perra —reía mientras lo decía, intentando provocarlo.

Aitor dio un paso hacia el sello, sin pisarlo.

—A tu amigo Glasya-Labolas —dijo echándose hacia delante—, nos lo merendamos —pronunció con voz firme—. Y lo devolvimos al lugar del cual nunca tuvo que haber salido.

—Eh, bichejo —le gritó Miguel. Cheitán gruñó y se giró hacia él. Todos pudieron ver cómo la expresión del demonio se modificaba y donde en un principio había una mirada cargada del maldad e ira aparecía sorpresa y terror—. Mira lo que tengo —dijo mostrándole la botella de bronce mientras caminaba alrededor del círculo, moviéndola de un lado a otro como si se tratase de una maraca—. No sé tú, pero… a mí me parece que es una coctelera, ¿tú que crees? —lo retó—. ¿Te apetece un batido? ¿Hacemos uno? —Cheitán se puso en pie por primera vez, firme—. Coño, qué alto es —comentó Miguel dando un paso atrás, provocando que Aitor pusiese los ojos en blanco. Miguel miró a Daniel mostrándole la botella—. No sé si cabrá.

El rugido de Cheitán hizo que todos los objetos allí presentes vibrasen.

—Maldito cazador…

—Mira, se acuerda de nosotros —lo interrumpió Miguel fingiendo alegría.

—Y tanto que os recuerdo, os he tenido muy presentes en mis pensamientos —rugió con los músculos en tensión.

Aitor volvió a intervenir.

—No nos andemos con rodeos… —dijo haciendo que Cheitán volviese a girarse—. Contesta a nuestras preguntas y te dejaremos volver a tu dulce hogar…

—Bueno, tanto como dulce… —ironizó Miguel desde atrás desconcertando a Cheitán que se giró de nuevo hacia él.

—No lo hagas —siguió Aitor—, y te encerraremos en una botella por toda la eternidad.

Cheitán volvió a mirarlo, su respiración era agitada, obviamente la rabia lo consumía por dentro. Los miró a todos.

—Vosotros no podéis encerrarme —sentenció él.

—Ah, ¿no? —volvió a intervenir Miguel—. Mira, botella de bronce —volvió a menearla hacia él. Fue hacia la mesa y le mostró un tapón—. Y sí, este tapón tiene tu sello —Cheitán lo miró sorprendido —. Nosotros hacemos nuestros deberes. —Se encogió de hombros—. Tuvimos que hacerlo a una determinada hora, mezclar metales como la plata, usar la sangre de un gallo negro virgen… —se encogió de hombros—. ¡Ah, bueno! Y también nos sabemos el conjuro para

encerrarte. Mira —dijo levantando un dedo hacia él para captar toda su atención, el demonio se removió nervioso—, comienza así: Ahora, demonio Cheitán —comenzó abandonando todo tono de broma y con la voz potente, con una mirada cargada de convencimiento—, pernicioso y desobediente, que no apareces ante mí para contestar las cosas que deseo de ti, y que no me has satisfecho, yo, por el poder, el nombre dignidad del Omnipresente e Inmortal Señor Dios de los ejércitos Iehovah Tetragrammaton, te maldigo y te arrojo a…

—¡Ya basta! —gritó Cheitán interrumpiéndolo. Miguel se calló.

Cheitán miró a su alrededor, a los seis hombres que lo rodeaban, todos con sus túnicas blancas de lino y el sello protector en su pecho. Miró la cantidad de velas encendidas en aquel lugar, y, en ese momento, observó el resto de símbolos dibujados en el suelo. Su mirada voló directamente hacia el triángulo de Salomón, aquel sello con el que podrían obligarlo a hablar. Aquellos hombres parecían dominar las artes místicas. Se fijó de nuevo en Miguel que movió la botella hacia él.

—¿Qué queréis saber? —preguntó directamente.

Miguel miró con una sonrisa triunfante a Aitor que dio un paso hacia delante, decidido.

—Xacinta, la mujer a la que poseíste… —comenzó Aitor—, ha creado un vínculo contigo. A partir de este podía ver el infierno… —pronunció con desagrado—, y un símbolo, el de la organización secreta Thelema. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Es solo un símbolo —respondió Cheitán.

—Ese símbolo —intervino Marcos—, como te ha dicho mi compañero pertenece a la organización secreta Thelema, una organización mística que se jacta de abrir portales a otros mundos o dimensiones y mantener contacto con entidades como vosotros.

—¿Acaso quieren abrir ellos las puertas del infierno tal y como decíais? —continuó Aitor.

Cheitán los miró confundido.

—Ese símbolo lleva años dibujado en la roca de la gruta —indicó sin darle mayor importancia.

—Entonces, ¿qué significan las palabras “Las puertas del infierno se abrirán”? —insistió Aitor.

Cheitán los miró a todos, uno a uno, con odio, debatiéndose entre contestar o no. Aitor pudo ver cómo el demonio se debatía y, sin más preámbulos, fue directo hacia el triángulo ante la mirada atenta del demonio. Sabía que, de esa forma, mediante aquel sello mágico podían obligarlo a responder a todas sus preguntas.

La respiración del demonio se hizo más rápida al ver a Aitor sobre el triángulo.

—Demonio Cheitán, pernicioso y desobediente, que no apareces

ante mí para contestar las cosas que deseo de ti, y que no me has satisfecho, yo, por el poder de este triángulo mágico, y por el nombre dignidad del Omnipresente e Inmortal Señor Dios de los ejércitos Iehovah Tetragrammaton, te ordeno que respondas a mis preguntas siempre con la verdad… —En ese momento el selló sobre el que permanecía Cheitán comenzó a vibrar, como si se tratase de un temblor, arrojando a Cheitán sobre este con un rugido.

—¡Yo no sé nada! —gritó Cheitán tembloroso por la vibración del sello.

—…sin demora ni dilación. Obedece mi orden y responde mi pregunta sin cuestionar nada. ¡Haz mi voluntad! ¡Ahora! —ordenó con un grito y lo miró fijamente—. ¿Por qué necesitáis a Thelema? ¿Para abrir el portal? —rugió.

Cheitán se sujetó con fuerza sobre el sello ante la intensa vibración de este y rugió. Resopló varias veces como si aquella vibración le produjese un intenso dolor.

—¡Thelema sabe cómo hacerlo! —gritó Cheitán al final.

—¿Cómo se hace? —insistió Aitor.

Cheitán tragó saliva mientras se sujetaba con fuerza al sello ante la intensa vibración y rugía desesperado.

—Con una invocación —respondió Cheitán con dificultad—, pero yo no la sé.

—¿Y quién la sabe?

—El maestre de Thelema… —respondió con un grito—. ¡Basta! —rogó.

Aitor apretó los labios, no sentía ninguna lástima por el demonio, pero dudaba que aquella acción fuese a dejarlo tan extenuado que no pudiese ni responder a sus preguntas.

—Dinos el nombre del maestre de Thelema —ordenó deprisa.

—No lo sé —confesó Cheitán, y lo miró con todos los músculos contraídos por el esfuerzo—. Yo pertenezco a una legión, no gozo ni del poder ni de la reputación suficientes como para saber cuál es el plan.

—Ese maestre de Thelema… ¿puede abrir las puertas del infierno?

Cheitán inspiró profundamente, como si intentase controlarse.

—Él no puede… —sonrió maliciosamente hacia ellos mientras temblaba sobre el sello—, ningún humano puede, pero solo gracias a él lo lograrán.

Aquella información los dejó descolocados. Había algo que se les escapaba.

—¿Qué significa eso? —preguntó Marcos—. No te andes con rodeos ni hables de una forma enigmática.

Cheitán volvió a sonreír al ver el desconcierto de todos ellos.

—Os estáis equivocando en todo…

—¡Explícate! —ordenó Aitor desde el interior del triángulo, provocando con aquel grito que el sello temblase más aún.

Cheitán gruñó, como si sintiese dolor ante la vibración constante que estaba sufriendo.

—Las puertas del infierno solo pueden ser abiertas por el gran Astaroth.

Aitor miró de reojo a sus compañeros.

—¿Quién? —murmuró Miguel hacia ellos. Todos se encogieron de hombros.

Aitor resopló.

—¿Quién es Astaroth? —preguntó.

—Él… —comenzó Cheitán, aunque tuvo que guardar silencio unos segundos ante las sacudidas del sello—, él es un príncipe coronado del infierno. Y el único con suficiente poder para hacerlo.

Aitor pestañeó varias veces intentando comprender y ordenar las ideas.

—¿Es lo que van a hacer? ¿Invocar a Astaroth para que abra las puertas del infierno?

Cheitán comenzó a reír y negó.

—Astaroth no puede hacerlo ahora, él no está entre nosotros.

—¡Habla claro! —ordenó Aitor.

Cheitán se puso de rodillas en el sello y lo miró apretando todos los músculos, parecía agotado. Ya se lo había dicho Anael, aquel sello, el triángulo, doblegaría la voluntad del demonio y agotaría sus fuerzas.

—¡Salomón lo encerró en una de esas asquerosas botellas! —señaló hacia la botella que Miguel aún sostenía y luego comenzó a reír —. Pero… —dijo clavando la mirada en Aitor, una mirada penetrante y cargada de fuerza—, si se abre la botella… —dejó la frase sin acabar.

Todos sintieron cómo sus músculos se ponían en tensión. Comenzaban a comprender. Las puertas del infierno solo podían ser abiertas por un demonio, Astaroth, el cual se encontraba encerrado en una de las botellas de Salomón. Si alguien lograba abrir esa botella se desataría el caos y ese demonio lograría su propósito.

—¿Astaroth sigue encerrado? —preguntó Aitor con urgencia.

—Si no lo estuviese… no estaríamos aquí hablando —rugió el demonio.

Miguel dio un paso hacia Aitor.

—¿La tienen en su poder? —preguntó al demonio, aunque este lo miró sin contestar.

—¿Thelema la tiene en su poder? —insistió Aitor desde dentro del triángulo mágico para forzar al demonio a responder.

Cheitán lo miró fijamente y sonrió.

—Sí —dijo al final.

Aitor se giró hacia sus compañeros.

—Eso es lo que pretenden hacer. Thelema pretende abrir la botella donde se encuentra Astaroth. —Todos asintieron—. ¿Sabes dónde se encuentra la botella?

—No —rugió el demonio—, como ya he dicho, solo soy un legionario, nada más.

Aitor apretó los labios y miró a sus compañeros. Ahora ya tenían la información que necesitaban, Cheitán no parecía saber nada más que pudiese ayudarlos.

—¿Queréis preguntar algo más? —preguntó a sus compañeros.

La mayoría negó, excepto Daniel.

—Cheitán pertenece a la legión de Leraje, ¿Leraje conoce quién es el maestre de Thelema?

Todos miraron a Cheitán, pero este no respondía.

—Responde a la pregunta —ordenó Aitor.

—No lo sé —gritó Cheitán.

—Seguro que lo sabe —continuó Daniel—, Leraje es un marqués. Estará más enterado de todo que este… —lo señaló con desdén.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Miguel enarcando una ceja.

—Que invoquemos al maldito Leraje —pronunció Daniel con los dientes apretados.

Cheitán interrumpió la conversación con una sonora carcajada.

—¿A mi señor? —preguntó provocativo—. Hacedlo —los retó—, y dudo que veáis un nuevo amanecer.

Miguel lo miró con sorna.

—Pues mira, a ti te invocamos y lo vamos a ver, quizá tú no… quizá tú lo único que veas sea el fondo de una botella —lo provocó.

—Mi señor no es como yo… —rio con malicia—, pero sí, hacedlo, invocadlo —acabó rugiendo como si los retase.

Aitor se removió incómodo y salió directamente del triángulo.

—Ya no nos sirve para nada más… —señaló hacia Cheitán.

—¿Lo metemos ya en la botella? —ironizó Miguel mostrándole la botella al demonio que se removió inquieto, aunque esta vez sí pudo arrodillarse, ya que el sello había dejado de vibrar en el momento en que Aitor había abandonado el triángulo mágico.

—He respondido todo lo que sé —les gritó Cheitán ante la amenaza de Miguel.

Miguel lo miró y alzó su dedo índice negando con él.

—No, no… has sido malo, hemos tenido que emplear el triángulo para que hablases… —comentó encogiéndose de hombros—, has respondido obligado, no por propia voluntad.

Cheitán rugió.

Aitor resopló y dio un paso hacia delante.

—Oh, tú, demonio Cheitán, porque has contentado diligentemente a mis demandas y has venido listo y pronto a mi llamada, te licencio para que partas a tu lugar apropiado, sin causar daño o peligro a hombre o bestia. —Todos pudieron ver el rostro de alivio de Cheitán al escuchar la licencia de partida—. Parte luego, te digo, y estate listo para venir a mi llamada nuevamente cuando lo requiera, siendo debidamente exorcizado y conjurado por medio de ritos sagrados de la magia. —El sello sobre el que reposaba prácticamente estirado comenzó a brillar de nuevo—. ¡Te obligo a retirarte apacible y silenciosamente y que la paz de Dios sea siempre continua entre tú y yo! ¡Amén!

El sello brilló con fuerza, igual que la primera vez, provocando que todos cerrasen los ojos mientras Cheitán se ponía en pie y alzaba los brazos hacia delante.

—¿Qué hace? —preguntó Miguel poniéndose la mano por delante, pues del interior del sello comenzó a brotar un intenso viento que hizo que su túnica se moviese—. Vete ya, ¡idiota! —le gritó.

Aitor estuvo a punto de gritarles que fuesen al sello de protección cuando el sonido del trueno atravesó toda la estancia provocando que todo vibrase, incluso algún candelabro cayó al suelo por el estallido.

El viento cesó y la luz del sello desapareció.

Todos miraron hacia delante mientras colocaban sus túnicas correctamente.

—Lo de retirarse apacible y silenciosamente no le ha quedado muy claro, ¿eh? —bromeó Miguel mientras cogía unas cuantas de las velas que habían caído, apagándose.

Cheitán había desaparecido de allí, aunque de una forma estrambótica.

Se quedaron observando el sello durante unos segundos.

—Bueno, pues… ha ido bien, ¿no? —preguntó Lucas.

—¿Bien? —ironizó Daniel—. ¡Ha sido una pasada! —gritó extendiendo los brazos hacia Aitor, el cual medio sonrió al ver la expresión fascinada de su amigo.

—Tendríamos que invocar a Leraje —continuó Lucas—, seguro que ese hijo de puta sabe quién es el maestre de Thelema.

—Eh, eh… vamos a calmarnos —Aitor intentó poner un poco de tranquilidad, pues todos estaban realmente excitados—, ya habéis oído a Cheitán. Leraje tiene mucho más poder que…

Miguel intervino en la conversación.

—A mí Leraje me come los…

—Miguel —lo cortó Aitor y los miró a todos—, vamos a tranquilizarnos todos un poco, ¿de acuerdo? —insistió. Tomó aire e intentó calmarse él también—. Lo primero de todo, hay que llamar a

Anael y explicarle lo que ha ocurrido, lo que hemos averiguado. Respecto a invocar a Leraje… lo hablaremos con Anael, pero no soy partidario de comenzar a invocar a todo el infierno para que resuelva nuestras…

Se quedaron callados cuando escucharon el timbre.

—¿Será Anael? —preguntó Lucas.

Aitor se quitó la túnica rápidamente y se dirigió a la puerta para acceder al garaje.

—¿A estas horas de la noche y sin avisar? Lo dudo —comentó mientras se ponía rápidamente una camisa encima del uniforme—. Salid y cerrad la puerta, vamos —ordenó mientras él se dirigía a las escaleras a toda prisa.

Subió los escalones y tomó el pasillo en dirección a la puerta, aunque cuando abrió se quedó sorprendido, era la última persona a la que esperaba encontrarse. Enarcó una ceja hacia ella.

—Supongo que eres… ¿Elena? —preguntó.

Elena se había puesto una chaqueta encima y se removía nerviosa.

—Sí, hola —dijo con una sonrisa tímida—, no nos habían presentado. Soy Elena —dijo tendiéndole la mano.

—Hola —dijo Aitor estrechándosela, aunque la miró inquieto—. ¿Va todo bien? ¿Necesitas algo?

Ella lo miró inquieta.

—Venía a… a preguntar si estabais bien, he… —tragó saliva—, he escuchado un sonido muy fuerte, como una explosión y… no sabía si…

—¿Elena? —preguntó Miguel desde atrás, el cual se había quitado rápidamente el uniforme y vestía unos pantalones tejanos y una camiseta negra.

—Hola, Miguel —sonrió ella—, perdonad, solo quería asegurarme de que estabais bien. He escuchado un sonido parecido a una explosión.

Aitor miró de reojo a Miguel cuando este se situó a su lado. Sí, sin duda Cheitán se había lucido con su desaparición.

—Estamos todos bien, tranquila —comentó Miguel—. Ha sido… —miró a Aitor de reojo—, una tubería…

—Una tubería, sí —le siguió la corriente Aitor mientras Miguel ponía una mano en su hombro.

—La estamos arreglando —acabó Miguel.

—Ah, pues vaya petardazo ha dado —rio ella asombrada—. No sabía si llamar a la policía o a una ambulancia…

Los dos rieron con los dientes apretados.

—No hace falta, estamos todos bien —comentó Aitor—, pero gracias.

Miró a Miguel que observaba a Elena con una sonrisa boba y veía cómo esta le correspondía de igual forma. En ese momento se sintió fuera de lugar, las miradas entre los dos, las sonrisas…

—Bien, mmm… —dijo Aitor dando un paso hacia atrás—, voy a seguir con… la tubería —comentó al final—. Hasta otra, Elena.

Miguel vio a su jefe alejarse y miró a Elena con una sonrisa.

—¿Te has asustado?

Ella hizo un gesto no muy seguro.

—Estaba viendo la tele y, de repente… puuum…

—Ya —rio Miguel que miró hacia atrás mientras veía cómo su jefe descendía las escaleras a la planta baja. Miró hacia la casa de Elena—. Vamos, te acompaño —dijo saliendo al portal y colocando un brazo por encima de los hombros de ella.

Aitor descendió hasta abajo donde el resto de la división apagaba las velas del subterráneo y ungía los sellos del suelo que habían usado, tal y como Anael les había explicado.

—Elena —comentó Aitor mientras se llevaba la mano al bolsillo y sacaba el móvil—. Ha escuchado el petardazo de Cheitán y se ha asustado.

—Qué mona —comentó Daniel mientras acababa de ungir el triángulo mágico. Se puso en pie y miró a su jefe ladeando la cabeza —. No me digas… Miguel se ha quedado con ella, ¿verdad? —bromeó.

—Creo que la va a acompañar a su casa —respondió Aitor mientras buscaba en la agenda del móvil el número de teléfono de Anael.

—Ya, bueno… —comentó Víctor acercándose a ellos—, entonces no esperamos a Miguel hasta… ¿mañana? —bromeó.

Aitor enarcó una ceja en su dirección mientras se llevaba la mano con el móvil al oído.

—No creo que tarde mucho.

Daniel carraspeó.

—Mira por dónde yo creo que no deberíamos contar con él hasta mañana…. ¿apostamos algo? —le preguntó a su jefe.

—Yo con vosotros no apuesto nada —contestó mientras escuchaba los tonos al otro lado de la línea. Cuando ya llevaba unos cuantos los miró intrigado—. Anael no responde.

—Son las doce y media pasadas, jefe —contestó Daniel—. Estará durmiendo. —Se giró y fue hacia la silla para dejar la túnica sobre ella —. Ya se lo explicaremos mañana. Tampoco es que podamos hacer nada más por ahora.

19

Anael miraba atenta por la ventana. El cielo estaba espectacular, con la luna casi llena, dotando a la noche de mucha claridad.

A pocos metros de aquella vivienda comenzaba el bosque, oscuro, tenebroso y, a esas horas, solitario.

¿Habrían acabado ya? ¿Habría funcionado la invocación? ¿Habría ido bien?

Aquellas preguntas no dejaban de rondar su mente desde que el reloj había marcado las doce en punto de la noche, cuando sabía que habían iniciado el conjuro de invocación.

Había barajado la posibilidad de llamarlos, pero no quería interrumpirlos, sabía que en esos momentos era mejor no despistarlos, que aquello podía resultar fatal. Todos debían estar concentrados en las preguntas que debían hacerle a Cheitán y protegerse. Una distracción y todo podía irse al traste. Además, lo mejor era no intervenir, sabía que eso los pondría aún más en peligro.

Fue contando los minutos a medida que pasaban, con la mirada fija en la oscuridad del bosque y observando la luz plateada que desprendían la luna y las estrellas.

Se giró cuando su móvil, sobre la mesa, comenzó a vibrar. Desde aquellos metros de distancia pudo ver que la pantalla iluminada mostraba el nombre de Aitor.

Bien, eso era buena señal, al menos sabía que estaban bien.

Fue a cogerlo y dejó la mano suspendida sobre el móvil cuando sintió una corriente de aire a su espalda. No le hizo falta girarse para saber qué ocurría. Se quedó totalmente estática, mirando por la ventana y con la mano sobre el móvil, sin cogerlo, mientras este seguía vibrando y desplazándose sobre la mesa de madera.

—¿Qué has hecho? —escuchó una voz masculina a su espalda.

Anael tragó saliva e intentó aparentar serenidad antes de girarse.

Gadreel se encontraba a pocos pasos de ella, con su elegante traje y una capa oscura que portaba sobre este, dándole aún un aspecto más tenebroso. La miró de la cabeza a los pies, incrédulo.

—¿Cómo has podido? —insistió él totalmente paralizado.

Ella lo miró alzando un poco más el mentón, dándole a entender que no se arrepentía de ello.

—No he tenido otra opción.

—¿Otra opción? —preguntó Gadreel más alterado mientras daba un paso hacia ella—. ¿Les has enseñado magia ancestral a esos humanos? —acabó preguntando con repugnancia en la voz. Intentó controlarse y apretó los labios durante unos segundos—. Cheitán ha llegado al infierno hecho una furia…

—No tuve otra opción —lo interrumpió.

—¿En serio no tuviste otra opción que esa? —extendió los brazos hacia los lados como si no comprendiese.

—No, no la tuve… —confirmó ella elevando su tono de voz. Se plantó ante él con la mirada fija en sus ojos, una mirada decidida—. Tú… —susurró—, hicimos un trato, ¿recuerdas? —ironizó—. Intentarías averiguar lo que estaba ocurriendo y me lo explicarías. — Gadreel, impresionado, abrió la boca e iba a contestar, pero Anael continuó con tono de voz irritado—. ¡De eso hace dos semanas! —le gritó—. El tiempo corre y no precisamente a nuestro favor. Dos de ellos se han infiltrado en la orden satánica de Lugo, pero no logran contactar con Thelema. Debía hacer algo para averiguar qué es lo que…

—¿Te crees que es fácil? —la interrumpió él esta vez—. Los demonios no suelen abrirse mucho conmigo —ironizó—. No es nada fácil lo que me pediste.

Ella puso su espalda más erguida y ladeó su cuello.

—Ahora ya está —le dio la espalda y se dirigió hacia la ventana —. No era lo que yo deseaba, pero era totalmente necesario. — Observó la oscuridad de la noche—. Confío en que hayan averiguado lo que necesito para detener a…

—Sé algo —la cortó.

Ella se giró hacia él y lo miró confundida.

—¿Algo? —preguntó sin comprender.

Gadreel dio unos pasos hacia ella mientras se mojaba los labios, ligeramente nervioso, como si fuese a confesarle algo que no tenía por qué saber.

—Cuando Cheitán ha regresado al infierno he escuchado a varios marqueses hablando…

—¿Y? —preguntó sin dilación.

Gadreel tragó saliva e inspiró hondo.

—La tienen.

Ella parpadeó varias veces, confundida.

—¿La tienen? ¿El qué? ¿Qué tienen? —Gadreel se quedó observándola fijamente, con cierto temor. En ese momento lo

compendió, no hizo falta que Gadreel dijese nada más. Sabía que el temor que reflejaban los ojos de Gadreel acompañado de esa frase solo podía significar una cosa—. La botella —susurró.

Gadreel tardó un poco en reaccionar tras aquella confesión.

—Planean abrirla y liberar a Astaroth —comentó con la voz quebrada.

—Si… si liberan a… —Anael no pudo ni acabar la frase.

—Ya sabemos lo que hará Astaroth —acabó él.

Ella se llevó la mano temblorosa hacia sus labios, incapaz de articular palabra alguna. Eso era mucho más grave de lo que había imaginado. Sabía quién era Astaroth y el poder que tenía. Si lograban liberarlo sería imposible detenerlo.

—¿Quién tiene la botella? —le preguntó Anael rápidamente.

—Sé que obra en poder de Thelema, pero nada más. Ya te he dicho que es difícil obtener información allí abajo —acabó con los dientes apretados.

Ella dio unos pasos rápidos hacia él, situándose enfrente.

—Necesito que averigües dónde está la botella, Gadreel —suplicó —. Si la abren, el mundo que conocemos dejará de existir. Debemos protegerlos.

En ese momento, Anael cogió la mano de Gadreel con delicadeza, suplicándole de aquella forma que la ayudase.

Gadreel tragó saliva al notar la suavidad de su piel, durante unos segundos se quedó conmocionado y dirigió su mirada hacia los azules y enormes ojos de Anael. Seguían brillando como siempre.

—Veré qué puedo hacer —dijo sin soltar su mano.

Ella asintió sin perder el contacto visual con él.

—Gracias —susurró al final.

Dicho esto, Gadreel desapareció dejándola sola en la habitación de la casa de Santiago. Tardó unos segundos en reaccionar. La botella, la botella que durante milenios había permanecido oculta había sido hallada y, ahora, además, planeaban abrirla. Debía hablar con la división, ya.

Fue hasta el móvil y vio la llamada anterior de Aitor. Necesitaba explicarles lo ocurrido, ponerles sobre aviso. Solo tenían una esperanza, y esa esperanza radicaba en que ellos evitasen la apertura de aquella botella. Necesitaban dar con ella y arrebatársela a Thelema.

Contempló el móvil, lo cogió y se giró directamente hacia la puerta. Salió al pasillo a toda prisa y lo atravesó con grandes zancadas.

Santiago tampoco podía dormir, estaba nervioso por la invocación que la división iba a realizar.

Lo encontró de espaldas a ella, sentado en un gran butacón y viendo la televisión, totalmente concentrado, seguramente para

evadirse de los pensamientos que no dejarían de asaltarlo.

—Santiago —pronunció ella.

Este brinco sobre el sofá y se giró de inmediato.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó acelerado y se pasó la mano por los ojos, como si estuviese casi dormido.

—Tenemos que ir a hablar con la división.

—Sí, sí… —dijo poniéndose en pie, aunque luego miró el reloj que colgaba de la pared y enarcó una ceja hacia ella—. ¿Ahora?

—Ahora —confirmó Anael.

Gadreel descendió hasta el infierno, entre los altos acantilados del inicio del valle de los muertos, donde las altas montañas picudas creaban pasillos estrechos y oscuros desde donde se escuchaban los aullidos de dolor y sufrimiento.

Se dejó caer suavemente hasta que sus pies se hundieron en la tierra. Elevó su cuello hacia lo alto, donde una tiniebla anaranjada unos metros por encima de él tapaba toda visión del cielo y de los puntos más altos de aquellas montañas.

—Gadreel —dijo una voz profunda tras él—, ya has vuelto —acabó con un tono de voz que manifestaba sorpresa.

Gadreel se giró hacia él. Era un ser colosal, con fornidos músculos. Sus ojos absolutamente negros le daban una apariencia maligna.

—Belcebú —pronunció hacia él y se giró asintiendo.

—¿Le has dicho que la botella obra en posesión de Thelema? —preguntó sin rodeos. Gadreel inspiró profundo y asintió sin decir nada más—. Estupendo —dijo sonriente, mostrando unos dientes ennegrecidos, como si hubiese comido carbón—. Seguiremos con el plan tal y como está establecido. —Miró a Gadreel y asintió—. Que así sea.

—Que así sea —repitió Gadreel.

Belcebú desapareció entre la niebla que se creaba en aquellos angostos pasillos dejando a Gadreel solo. Cerró los ojos y suspiró antes de iniciar la marcha a paso lento.

Elena abrió la puerta de su casa y se giró para sonreír a Miguel.

—Me alegro de que no sea nada… importante —comentó con timidez.

Miguel se encogió de hombros y se apoyó contra el marco de la puerta.

—Y yo me alegro de que te preocupes tanto por nosotros —rio al final.

Ella le hizo un gesto gracioso.

—Ha sonado muy fuerte, más de lo que crees —continuó ella y finalmente suspiró—. Menos mal que ha sido solo una tubería y tiene

solución.

—Sí, menos mal —ironizó él.

Ella apretó los labios y se giró un segundo para observar el interior de su casa. La luz del comedor estaba encendida y la televisión puesta. Sobre el sofá había una pequeña manta con la que se había tapado para ver cómodamente la televisión. Sobre la mesa que tenía enfrente había un vaso con refresco y su móvil.

Se giró hacia él y se dio cuenta de que Miguel la observaba pensativo.

—Bueno… —comentó sin saber qué decir y jugó con sus manos tímidamente—, entonces, nos… nos vemos el domingo, ¿verdad?

Miguel despertó de sus pensamientos.

—Sí, claro —respondió con voz lenta.

Ambos se quedaron mirándose mutuamente.

¿Cómo podía ser tan hermosa?

Le enternecía que ella hubiese ido a asegurarse de que estaban bien tras la sonora despedida que había hecho Cheitán en el subterráneo de su casa.

Ambos se sostuvieron las miradas durante unos segundos más. Sí, sin duda había deseo en aquellas miradas. ¿Para qué esperar más? Si ambos lo deseaban, ¿por qué demorar más el momento?

Miguel tomó su mano con delicadeza y la acarició sin perder el contacto visual con ella, en una clara insinuación. Elena sintió cómo su piel se erizaba y sujetó su mano con fuerza, aceptando de buen grado aquel contacto y lo que prometía.

No hubo que decir nada más. Miguel la rodeó con el brazo mientras la acercaba y Elena rodeó su cuello con sus brazos. La empujó hacia dentro de la casa y, nada más cerrar la puerta con un golpe del pie, descendió sus labios hasta los de ella.

Allí estaba, besándola, expresándole con la caricia de sus labios lo mucho que le importaba y la deseaba.

La apoyó contra la puerta mientras se recreaba en el beso y colocaba las manos en su cintura, apretándola. El beso se hizo más agresivo, devorándose el uno al otro como si no hubiese un mañana. Después de lo que habían experimentado en el subterráneo de su casa necesitaba aquel contacto más que nada. Necesitaba acción.

Las manos de Miguel se introdujeron por debajo de la camiseta de Elena hasta llegar a su cintura mientras las manos de ella bailaban por su pecho. Apartó las manos de ella y Miguel se quitó su camiseta directamente. Elena hizo lo mismo con la suya. ¿Para qué iba a andarse con rodeos? Ambos estaban deseando vivir aquella experiencia, la necesitaban.

Se abrazaron de nuevo mientras notaban cómo la piel se les erizaba al notar el cuerpo del otro. Miguel la abrazó con más fuerza

mientras se fundía en un apasionado beso con ella.

Abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello mientras acariciaba su cintura, acercándola, y ella pasaba la palma de sus manos por los brazos que la rodeaban.

Sí, iba a tardar más de lo que había esperado en un primer momento. Sabía que sus compañeros no eran tontos y sospecharían, pero ¿qué más le daba? Ahora solo importaban ellos dos. Aunque aquel pensamiento simplemente le hizo sonreír mientras llevaba su mano hasta la espalda de ella y desabrochaba el sujetador. Se lo quitó y comenzó a descender con sus labios hasta uno de sus pechos.

Elena gimió y se apoyó contra la puerta mientras acariciaba su cabello, notando cómo los labios y la lengua de él paseaban sobre ellos.

Tuvo que contenerse de gritar ante la sensación, ante todo lo que Miguel le hacía. Aquello era tan inesperado que no sabía ni cómo actuar. Cuando pensó que no podría contener los gemidos que pretendían escapar por su boca Miguel se situó ante ella, la cogió por la cadera aupándola e hizo que ella rodease su cintura con las piernas.

Ella se sujetó a sus hombros mientras él se giraba y observaba el comedor. Su mirada voló directamente a aquel mullido sofá. Podría hacer el apaño, pero no creía que fuese el lugar más adecuado para su primera vez.

—La habitación está arriba —susurró ella en su oído—. La primera.

—Sí, mucho mejor —contestó él iniciando el camino hacia las escaleras.

Subió sin detenerse y entró en la habitación que ella le había indicado. Ni siquiera se detuvo a encender la luz o a ubicarse, con la luz que les llegaba de la planta baja ya tenían suficiente para lo que iban a hacer.

La depositó sobre el colchón y se tumbó sobre ella.

Los dos eran conscientes del deseo que los consumía, pues pese a que había delicadeza en sus movimientos, estos estaban impregnados de un ansia que se matizaba en sus movimientos acelerados.

Miguel se desnudó del todo antes de incorporarse sobre ella, se situó entre sus piernas y la besó mientras se introducía. Sí, aquello era demasiado rápido, sin preámbulos, pero era lo que ambos necesitaban.

Elena no se quejó, al contrario, se agarró con fuerza a él. Le excitaba en exceso ver que la necesidad que ella sentía de que sus cuerpos se unieran también estuviese reflejada en los movimiento tensos y rápidos de él.

Atrapó los labios de ella mientras comenzaba a moverse con delicadeza, mientras tomaba su mano. Pronto inició unos movimientos muchos más rápidos.

No era momento para la compasión o la ternura… ambos habían pasado por experiencias muy difíciles y duras, aunque diferentes. Este era su momento.

Elena se sujetó a él con fuerza, recibiendo de buen grado cada uno de los movimientos de él.

En ese momento, Miguel fue consciente de que el dosel de la cama estaba golpeando la pared y miró al frente.

—Joder —susurró mientras se quedaba quieto.

—¿Qué? —preguntó ella impaciente.

—La cama golpea la pared —dijo con rabia—. Menos mal que no son casas apareadas.

Elena rio por su comentario antes de recibir otro apasionado beso.

Comenzó a moverse con agresividad, pasando su brazo por encima de la cabeza de ella para apoyarse contra la pared, sin dejar de moverse y con ella sujetándose a la cintura de él.

Aquello era lo más excitante que jamás había hecho, pensó Elena. Jamás había experimentado un placer igual. Sus relaciones hasta ahora no habían sido placenteras, pues siempre conllevaban una agresividad implícita, sin embargo, aunque Miguel derrochaba energía había también delicadeza en sus actos y el deseo de que ella disfrutase de ese contacto junto a él, algo que no había experimentado nunca antes.

Su respiración se aceleró y los gemidos comenzaron a ser incontrolables. Jamás nadie le había hecho el amor de aquella forma.

Miguel la miró y medio sonrió cuando sintió cómo ella se contraía y enterraba su rostro en su hombro conteniendo un grito de placer.

Solo logró silenciarla lo que duró el beso, así que llevó la mano hasta sus labios intentando contener los gemidos de placer de ella. Puede que hubiese distancia entre sus casas, pero no le extrañaría si uno de sus compañeros llamase al timbre en esos momentos. ¡Siempre eran tan oportunos!

En ese momento se dio cuenta de que su respiración también era acelerada. Pese a luchar de una forma encarnizada contra vampiros, lobos, brujas, demonios… jamás había notado el corazón latiendo a aquella velocidad.

Apoyó su frente en la de ella sin dejar de moverse, entrelazando sus dedos con los largos cabellos de ella y la besó con deseo.

Notaron cómo sus cuerpos llegaban al éxtasis hasta que al final Miguel tuvo que apoyarse sobre sus dos brazos para no caer sobre ella.

Permanecieron unos segundos en silencio, intentando recuperar el aliento, hasta que sus miradas coincidieron.

Elena lo miraba con un amor increíble, jamás una mujer lo había mirado así. Descendió los labios hasta los de ella y la besó esta vez con más ternura, más lento. Aquella, sin duda, había sido la mejor

experiencia de su vida. Era justo lo que necesitaba después de invocar a un demonio y vérselas con él.

La contempló y la besó. Sí, había sido inesperado, pero necesario para ambos.

—Vas a tener que darme una botella de agua —pronunció divertido—. Me he quedado seco.

Ella lo miró divertida mientras él se echaba a un lado. Pasó su mano sobre su pecho desnudo y lo miró, aún incrédula por lo que acababa de ocurrir.

—¿Tus compañeros no te echarán en falta? —bromeó.

Miguel se encogió de hombros.

—Sinceramente, ahora mismo me da igual lo que mis compañeros piensen —acabó sonriente. Se echó hacia ella y la besó—. Estoy demasiado cómodo aquí —dijo mientras ella colocaba su cabeza sobre su pecho y él la abrazaba por la cintura, estrechándola contra él. Besó su frente y acarició su cabello—. Creo que tengo mucha suerte de haberte encontrado —pronunció él al final.

Ella se incorporó y lo miró. Miguel la observaba mientras acariciaba su mejilla. Él era tan diferente a Mateo… Sin poder evitarlo se mordió el labio y se quedó pensativa.

—¿Ocurre algo? —preguntó él.

Elena barajó la idea de explicarle lo que había vivido junto a su ex pareja, las brutales palizas, las amenazas, lo que había visto… quizá ya era el momento de que se sincerase con alguien, y… ¿quién mejor que él? Ahora, Miguel formaba parte de su vida, una parte muy importante. Le quería, estaba totalmente enamorada de él y sabía que él también era sincero en sus sentimientos, pero ¿estropear ese momento justo ahora?

Le sonrió de una forma tranquilizadora y negó con su cabeza.

—Yo también estoy muy a gusto —dijo dejando caer la cabeza sobre su pecho mientras sentía cómo él comenzaba a acariciar su espalda.

Sí, sin duda, él se había convertido en su mayor refugio, en el lugar donde poder olvidar todas sus penas y todo lo malo que le había ocurrido. Junto a él podía afrontar su nueva vida con esperanza, ilusión y amor.

Cerró los ojos y se relajó junto a Miguel, disfrutando de aquella paz y calma que la madrugada les brindaba.

20

Anael los miró a todos expectante. Habían llegado hacía pocos minutos a casa de la división. Aitor se había sorprendido cuando habían llamado a la puerta y encontrado a una Anael francamente nerviosa y a Santiago ocultando su boca tras su mano para reprimir un bostezo, sinceramente había pensado que Miguel no había cogido sus llaves.

—Astaroth —repitió ella de nuevo—, es un príncipe del infierno —continuó—. Fue un ángel que se corrompió cuando visitó el mundo del hombre. Fue un serafín y además Príncipe de la Orden de los tronos.

—¿Un serafín? —preguntó Aitor.

—Igual que los demonios tienen una jerarquía los ángeles también. Un serafín es un ángel que está junto al trono de Dios, tiene un alto grado. En concreto, Astaroth pertenecía a los más cercanos a Dios —explicó ella. Todos la miraban con ojos como platos—. Hay tres jerarquías. En la primera están los Serafines, los Querubines y los Tronos. La segunda jerarquía consta de Dominaciones, Virtudes y Potestades, y la tercera jerarquía son los Principados, los Arcángeles y los Ángeles. ¿Os dais cuenta de lo que os estoy diciendo? Él era un ángel de primera jerarquía, ¿sabéis la fuerza y el poder que puede llegar a tener?

—No tenía ni idea de que había una jerarquía angelical —continuó Daniel sin prestar atención a la pregunta de ella, intentando asimilar todo aquello.

—Pues claro que la hay —dijo Anael de los nervios e intentó centrarse de nuevo—. Este ángel caído es tan fuerte y tiene tanto poder que es prácticamente indestructible… lo único que se pudo hacer fue contenerlo en una botella, tal y como hizo el rey Salomón.

Aitor la señaló.

—Eso es justamente lo que nos ha explicado Cheitán. Astaroth está encerrado en una botella, pero ahora esa botella está en manos de la organización secreta Thelema y estos tienen intenciones de abrirla.

—Si Astaroth vuelve a caminar sobre este mundo… despedíos de él —comentó Anael con voz tajante—. Él abrirá las puertas del infierno y dejará que los demonios caminen a sus anchas. ¿Sabéis lo que eso significa? —preguntó de los nervios—. Eso puede representar el fin de la raza humana. Ya habéis visto lo que un demonio puede llegar a hacer con un humano, imaginad ahora millones de demonios libres.

—Está claro que hay que pararle los pies —comentó Lucas.

—Y no solo eso… Astaroth forma parte de la trinidad maligna —continuó ella.

—¿Trinidad maligna? —preguntó Aitor.

—Igual que existe una trinidad divina: Dios padre, hijo y espíritu santo, también existe la maligna: Astaroth, Belcebú y Lucifer.

Todos la miraron confundidos.

—¿Lucifer no era un ángel también?

—Igual que Astaroth, aunque mucho más conocido que este. Sinceramente, Lucifer no le llega ni a la suela de los zapatos. Astaroth, como he dicho, era un Serafín, Lucifer era solo un arcángel y, de hecho, no era ni el más poderoso. Siempre estuvo por detrás del arcángel Miguel.

—¿Y el otro integrante de esa trinidad maligna? —insistió Aitor.

—Belcebú —recordó ella—, otro ángel caído bajo el mando de Lucifer, era un serafín también, aunque no del trono, sino del coro. —Inspiró intentando centrarse—. Son los ángeles de más rango que han caído. Su poder, su fortaleza… es inigualable. Así como la trinidad divina simboliza todo el poder del bien, la trinidad maligna simboliza todo el poder del mal, el mal más oscuro y absoluto que os podáis imaginar.

—¡Hola! —interrumpió la conversación Miguel entrando en el comedor con una gran sonrisa—. Eh… Anael, qué alegría verte —dijo lentamente con una sonrisa de oreja a oreja mientras dejaba las llaves de casa sobre la barra de la cocina.

—A buenas horas llegas —dijo Aitor.

Todos se giraron hacia Miguel. Este borró la sonrisa de su boca y los miró uno a uno.

Carraspeó y se pasó la mano por la nuca.

—Estaba… mmm… en casa de Elena y… mmm… —Todos enarcaron una ceja, incluso Daniel resopló al ver la expresión de su amigo. Miguel chasqueó la lengua y avanzó hacia el corrillo que habían formado, interesado—. ¿Qué me he perdido?

—Astaroth es un ángel caído… —explicó Daniel—, un antiguo serafín, con una fuerza inigualable…

—Y forma parte de una trinidad maligna junto a Belcebú y Lucifer —continuó Lucas.

—¿El lucero del alba? —ironizó Miguel que aún seguía con la sonrisa de oreja de oreja. De nuevo se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se cruzó de brazos adoptando una postura seria—. Ya… mmm… intuyo que eso no es bueno, ¿verdad?

—No, no lo es —le contestó Anael—. Hay que impedir que Astaroth escape de la botella o abrirá las puertas del infierno.

—Ya… mmm… eso no pinta nada bien —continuó Miguel pensativo, luego miró a Anael—. De acuerdo, ¿cómo lo hacemos? Habrá que localizar la botella, ¿verdad?

—La botella está en manos de Thelema —continuó Anael.

—Sí, ya nos lo ha dicho Cheitán —indicó Miguel.

—Mañana vais a otra misa… —Anael miró su reloj y rectificó, pues ya eran más de las dos y media de la madrugada—, hoy tenéis otra misa negra, ¿verdad? —Miguel y Daniel asintieron—. Infiltraos todo lo que podáis y, si hace falta, decid que estáis interesados en entrar en Thelema. Paula pertenecía a esa secta, ¿verdad? Decidle al maestre de la orden satánica de Lugo que vosotros también estáis interesados…

—Habrá que intentarlo —comentó Daniel encogiéndose de hombros.

—Tenéis que lograrlo —sentenció Anael y luego se pasó la mano por los ojos—. Como ya sabéis, hay un determinado conjuro para cada demonio, para abrir una botella viene a ser lo mismo, hay que hacer un ritual, pero aquí no estamos hablando de un demonio normal y corriente, estamos hablando de un ángel caído —explicó—, y no de conjurarlo, sino de abrir una botella donde ha permanecido encarcelado durante milenios. Hay que seguir un ritual…

—¿Y lo sabes? —preguntó Aitor.

—Si fuese un demonio al uso cualquier humano podría abrir la botella, pero estamos hablando de un ángel caído, esa botella requiere tanta fuerza que solo puede ser abierta por un demonio —indicó ella —. Necesitarán una posesión… —se giró hacia Santiago—, ¿actualmente conoces de alguna posesión?

Santiago la miró fijamente unos segundos.

—Últimamente no hay muchas posesiones…

—Habrá que estar al tanto los próximos días —intervino Aitor.

Anael apretó los labios y los miró a todos.

—La botella debe abrirse a las tres de la madrugada de una noche con luna llena. —Los miró a todos seriamente—. El próximo miércoles es luna llena. El día 14 del calendario lunar, el día más propicio —sentenció. Todos pusieron su espalda erguida—. Contamos con menos de seis días para localizar esa botella.

Aitor comenzó a pasear por el comedor nervioso, provocando las miradas de todos.

—El tema está peor de lo que imaginábamos… —sentenció y miró a Anael—. Pongámonos en lo peor… ¿y si no logran infiltrarse en Thelema? —preguntó señalando a Daniel y a Miguel—. Tenemos que contar con un plan B. —Se detuvo colocando las manos en su cintura —. No soy partidario, y sé que es muy peligroso, pero quizá deberíamos plantearnos conjurar a un demonio de mayor categoría para sacarle información. Podríamos usar el triángulo mágico como hicimos con Cheitán.

Anael se removió inquieta.

—No es tan fácil y, además… —inspiró intentando centrarse y modular su tono de voz—, no estáis preparados para enfrentaros a un demonio de mayor rango. Cheitán era solo un legionario, ni siquiera habéis conjurado a un caballero o a un conde, habéis conjurado a uno de los demonios de más baja categoría. No sabéis realmente a lo que os enfrentáis. —Negó con la cabeza—. Centraos en encontrar la botella, por favor —suplicó.

—Ya, pero… vamos a contrarreloj —dijo Miguel acercándose a ella—, y… si… ¿si no lo conseguimos? Te aseguro que haremos todo lo posible, pero cabe la posibilidad de que con tan poco tiempo no logremos ni siquiera acercarnos a Thelema. —Anael cerró los ojos intentando calmarse—. ¿Qué hacemos entonces?

Ella tragó saliva y negó.

—No lo sé —gimió ella. En ese momento Miguel la miró fijamente, parecía realmente desesperada, incluso tenía los ojos llorosos—. Siento deciros esto, pero… no lo sé. —Se removió inquieta —. Habrá que… —suspiro y miró a Miguel—, habrá que confiar en Dios.

—Ya, pues… —continuó Miguel—, será mejor que intervenga, porque sin su ayuda lo llevamos claro.

—Hay que confiar —susurró ella y volvió a mirarlo—. Ya te lo dije, los caminos del señor son inescrutables.

Todos permanecieron en silencio unos segundos hasta que Aitor alzó la voz.

—Está bien —dijo haciendo que todos lo mirasen—, haremos todo lo que podamos. Daniel, llama mañana a primera hora a Paula y dile que tenemos que infiltrarnos en Thelema sí o sí… —luego carraspeó—, aunque tampoco le expliques mucho todo lo que hemos averiguado, ya sabemos que se emociona demasiado. —Señaló a Lucas y a Víctor—. En cuanto José salga del instituto de dar las clases pegaos a él, no quiero que lo perdáis de vista. Marcos y yo estaremos aquí en casa vigilando su teléfono móvil y, además, cualquier persona con la que hable me pasáis la foto y la analizamos. —Ambos asintieron—. Respecto a vosotros dos… —dijo mirando a Daniel y a Miguel—, ya tenéis bastante por la noche, pero, igualmente, llevaréis

un dispositivo de rastreo encima. —Los miró a todos—. Mañana asistiremos todos a la misa negra.

Lucas chasqueó la lengua mientras observaba a través de la luna delantera del todoterreno a José saliendo del supermercado con varias bolsas de la compra.

—Deduzco que ha comprado algo de pescado y carne —pronunció hacia el manos libres, donde al otro lado de la línea escuchaban el resto de sus compañeros.

Lucas se fijó en Víctor que caminaba con las manos en los bolsillos pasando al lado de José, como si nada. Llevaban toda la tarde persiguiéndolo. Se iban alternando, si José entraba en una tienda lo seguía uno de ellos al interior y si veía que hablaba mucho o escuchaba alguna conversación sospechosa tomaban una fotografía a la persona que lo acompañaba, se la pasaban a Aitor y este la analizaba en casa a través del reconocimiento facial. De momento, nada de nada.

Víctor miró su reloj que marcaba prácticamente las ocho de la tarde y se subió en el asiento del copiloto mientras José pasaba a su lado inmerso en sus pensamientos, sin darse cuenta de que lo estaban siguiendo.

—Menudo empanado —susurró Víctor cuando este pasó al lado de la ventanilla de su vehículo.

Aitor habló a través del manos libres.

—La última fotografía que nos habéis pasado pertenece a una tal Alicia Rodríguez. No parece que tenga nada sospechoso —comentó Aitor.

Lucas miró a través del retrovisor cómo José giraba la esquina y encendió el vehículo.

—Ha girado la esquina —explicó.

—Irá a su casa a cenar, esta noche tiene fiesta satánica —bromeó Víctor.

Aitor miró de reojo a Marcos que estaba sentado a su lado investigando a cada una de las personas de las que habían recibido una fotografía. Al otro lado, y vestidos ya para la ocasión que les esperaba aquella noche, se encontraban Daniel y Miguel, buscando también información por internet que les pudiese ser de utilidad.

—Lucas, Víctor —comentó Aitor hacia el teléfono—, seguidlo e id informándonos. Daniel y Miguel se irán en breve hacia la gasolinera a esperar a la furgoneta. Marcos y yo os esperaremos cerca, os enviaremos la ubicación de donde nos encontremos y nos pasáis a recoger. Seguiremos a la furgoneta y nos mantendremos escondidos, pero cerca de donde se celebre la misa negra. Tomaremos fotografías de todos los que estén allí para investigarlos. Vosotros —señaló a

Daniel y a Miguel—, poneos un micro, quiero grabarlo todo.

—¿Nosotros? —preguntó Lucas mientras conducía.

—No, me refería a Miguel y a Daniel —comentó Aitor focalizando toda su atención en el móvil—. Os llevaremos los uniformes para que os cambiéis en el trayecto.

—De acuerdo —respondió Víctor.

—Y… si vemos la botella, intervendremos —sentenció Aitor.

—Perdona, jefe… —intervino Miguel mientras pulsaba unos botones en la pared para que esta se echase a un lado y acceder así al almacén secreto de armas—, pero dudo que la botella la tengan esa panda de inútiles —ironizó—. En serio, parecía el club de la comedia.

—Por si acaso, os quiero preparados —dijo Aitor.

Miguel y Daniel entraron en el almacén y buscaron unos micros para engancharlos en el uniforme, así como un pequeño auricular transparente que podrían introducir en su oído para escuchar las órdenes de Aitor.

Daniel le tendió un par de micros a Miguel.

—Le he dicho a Paula que pasaremos a buscarla a las diez y media en la esquina donde la otra vez.

Miguel cerró los ojos y negó.

—Esta muchacha… —dejó la frase sin acabar.

—Por cierto, no me has dicho nada… ¿qué tal anoche? —Miguel enarcó una ceja hacia él—. ¿Qué? Luego tendremos los micros y nos escucharán todos. —Miró hacia la puerta del almacén—. Llegaste con una sonrisa de oreja a oreja. Entiendo que bien con Elena, ¿no?

Miguel lo miró serio. Eso sí que no, no pensaba alardear de lo que había ocurrido entre los dos, eso era algo privado.

—Sí, todo bien —dijo zanjando la conversación, pues se dirigió a la puerta del almacén—. Jefe… —dijo acercándose a Aitor—, ¿quieres que llevemos armas?

—¿Os cachearon la otra vez? —preguntó Aitor.

—Qué va —respondió Daniel saliendo también del almacén.

—Pues sí, llevad algo por si acaso. —Se puso en pie y se situó frente a ellos—. Necesitamos acceder a Thelema como sea, si su contacto estuviese allí…

—Tranqui, jefe —lo interrumpió Miguel situando una mano en su hombro—, sé cómo llamar su atención —sonrió y le guiñó un ojo.

Aitor enarcó una ceja, no es que no se fiase de su compañero, pero sabía que Miguel nunca se andaba con rodeos.

—Miguel… —pronunció lentamente, como advertencia.

—Está todo controlado —canturreó mientras se dirigía de nuevo al almacén para buscar unas cuantas armas que pudiese ponerse en el cinturón de su uniforme, cubierto por aquella espantosa ropa gótica.

Aitor suspiró y fue de nuevo hacia la mesa donde estaba su móvil.

—Lucas, Víctor —llamó la atención de ambos situándose al lado de la mesa—, luego os paso la ubicación de la gasolinera donde tenéis que venir a buscarnos. Os llevaremos la cena.

21

Miguel no pudo evitar quedarse mirando la casa de Elena cuando los dos salieron del garaje en dirección a casa de Paula.

—¿Me lo explicarás o no? —preguntó Daniel.

Miguel lo miró de reojo mientras tomaba el desvío en dirección a Monforte de Lemos.

—No.

—Mmm… vale —respondió Daniel mientras se ponía el cinturón.

Cómo no, Paula los estaba esperando ansiosa. Durante todo el trayecto hasta la gasolinera no había dejado de hablar y de preguntar.

—¿Invocasteis al demonio? —preguntó ella desde el asiento de atrás.

—No —mintieron los dos a la vez.

—¿Por qué no? —insistió ella.

—Pues porque no. Es peligroso —respondió Miguel.

—¡Es una pasada!

—No, no lo es —dijo esta vez Daniel—. Y haz el favor de sentarte bien. —La miró de reojo—. ¿Cómo van los estudios de biología?

Ella los miró fijamente.

—¿En serio queréis que hable con vosotros de la carrera cuando puedo hablar de invocaciones? —ironizó.

—Lo preferiríamos, sí —dijo Miguel—. Tener una conversación civilizada contigo sería… guauuu… —exageró—, sería increíble.

Paula resopló y se cruzó de brazos.

—Seguid soñando —contestó ella y se echó de nuevo hacia delante tirando del cinturón—. ¿Cuándo retomamos las clases con Susana? ¿Mañana?

—No —habían vuelto a contestar los dos al unísono.

Ni siquiera había guardado silencio durante todo el rato que habían permanecido en la gasolinera esperando a que la furgoneta que iba a recogerlos para llevarlos a la misa negra apareciese.

—Menudo palique tiene Paula, ¿eh? —escucharon la voz de Lucas por el auricular oculto en sus oídos.

Daniel y Miguel se habían limitado a mirarse de reojo y volver a centrar su atención en Paula que permanecía cruzada de brazos ante ellos.

—Soy Aitor —dijo el jefe de la división por el auricular—. Marcos y yo ya estamos con Lucas y Víctor en el todoterreno. Cuando aparezca la furgoneta la seguiremos a una distancia prudencial.

—Me lo estuve mirando y me lo aprendí de memoria, me sé todas las invocaciones del rey Salomón… —continuó Paula. Los dos suspiraron y miraron hacia la carretera desesperados porque apareciese la furgoneta—. ¿Sabéis? Ahora estoy aprendiendo magia ceremonial…

Los dos enarcaron una ceja en su dirección.

—¿Y eso qué es? —preguntó Daniel.

—Invocaciones por tablas —dijo orgullosa—, el libro se llama *Magia, hechizos y ceremonias*. Os resultaría interesante.

Miguel se llevó la mano a la cara denotando fastidio.

—Por Dios, Paula… céntrate en los estudios —insistió.

Ella colocó sus brazos en jarras.

—Los estudios los llevo perfectamente. Habláis como mi padre.

Daniel la miró intrigado.

—¿Tus padres saben que juegas con brujería? —ironizó.

Ella apretó los labios.

—Muy gracioso… y no, no lo saben. Todos tenemos nuestros secretos —se encogió de hombros.

—Pues menudo secretito el tuyo —ironizó de nuevo Daniel—. Mira, ahí está la furgoneta —indicó señalando hacia delante desesperado.

La furgoneta llegó hasta ellos y se detuvo. Esta vez el conductor los saludó y dio unos golpes en la chapa para que abriesen la puerta trasera. Los tres se dirigieron hacia allí e, igual que la anterior semana, un chico abrió la puerta y se hizo a un lado para que entrasen. Repitieron la misma acción cogiendo una de las capas con capucha que había en una de las cajas al final de la furgoneta y se sentaron en silencio.

El muchacho encendió la linterna para alumbrar un poco el habitáculo y la furgoneta inició su camino.

—Os seguimos —escuchó Miguel que decía Aitor en su oído.

Miró de reojo a Daniel, el cual le devolvió la mirada y asintió conforme que también había escuchado aquellas palabras.

El trayecto fue bastante más corto que la anterior semana. Esto de no saber adónde los llevaban lo ponía nervioso. Sabía que no tenía por qué temer, en una fracción de segundo podría acabar con todo aquel que se interpusiese en su camino, pero no le gustaba que lo llevasen a un lugar que desconocía. Ni siquiera comprendía cómo Paula podía

aceptar hacer aquello. Aquella muchacha había perdido la cabeza. Era realmente peligroso para cualquier persona, pero más aún para una chica joven como ella.

En veinte minutos la furgoneta se detuvo. Escucharon cómo la puerta del conductor se abría y poco después la trasera también lo hacía.

Escucharon cómo Víctor carraspeaba a través del auricular.

—Bienvenidos al cementerio de Santalla del Rey —ironizó incluso antes de que ellos hubiesen bajado de la furgoneta.

¿Un cementerio?

Daniel se acercó a Miguel.

—¿Se puede ser más tétrico? —le susurró.

—Espera a las doce de la noche y verás como sí —ironizó Miguel en el mismo tono.

Se habían detenido frente a la puerta del cementerio y muchos rodeaban sus muros para dirigirse a la parte trasera donde parecía que había un frondoso bosque.

Paula se situó a un lado de los chicos y les indicó con la cabeza que caminasen juntos.

Miguel dio unos pasos rápidos para igualarla, situándose a su lado.

—Si ves a alguno de Thelema…

—Sí, ya lo sé —dijo entornando los ojos—, no paráis de repetírmelo. Me he enterado a la primera.

Miguel hizo un gesto gracioso con la lengua y siguió caminando hacia delante, siguiendo al resto.

Tras los muros del cementerio habían encendido una hoguera y decenas de personas la rodeaban.

Miguel y Daniel subieron su capucha y miraron alrededor buscando a sus compañeros.

—Nos dirigimos al bosque, observaremos desde ahí —escucharon la voz de Aitor.

—Ya verás qué risa —comentó Miguel jocoso, lo que provocó una mirada suspicaz por parte de Paula.

—¿El qué te da risa?

Miguel la miró y suspiró.

—Venga, a buscar al de Thelema —le susurró cambiando de tema —. Va.

Ella resopló y asintió mientras se distanciaba un poco de ellos.

Tanto Miguel como Daniel se quedaron a pocos metros de la hoguera, rodeados de gente que también parecía haber llegado hacía pocos minutos. Algunos se saludaban, otros simplemente conversaban.

Miguel se llevó la mano al cuello para asegurarse de que el micrófono funcionaba.

—¿Se me escucha? —susurró.

Daniel se situó a su lado.

—Alto y claro —respondió Aitor.

—De acuerdo, inicio el plan para llamar la atención del líder de Thelema…

—¿Qué? —preguntó Aitor sin comprender.

De repente, Daniel recibió un fuerte golpe en el brazo y una risotada brotó de los labios de Miguel, como si le hubiese hecho gracia algún comentario suyo.

Daniel retrocedió unos pasos y lo miró confundido.

—¿Qué haces? —preguntó mirando de reojo alrededor, pues la fuerte carcajada de Miguel había llamado la atención de unos cuantos de los allí presentes.

—Pero finalmente lo sometimos, ¿eh? —pronunció Miguel en un tono de voz más alto. Daniel parecía realmente perdido—. El demonio era peleón, muy fuerte… pero pudimos con él. —Varios de los hombres que lo rodeaban lo escudriñaron con la mirada—. Tampoco es tan difícil invocarlos. ¿Te acuerdas de cuando lo hicimos por primera vez?

Daniel sonrió nervioso mirando a su alrededor, sin saber qué decir. ¿Su amigo había perdido la cabeza?

—¿Qué está haciendo Miguel? —preguntó Aitor.

Daniel carraspeó.

—Eso me gustaría saber a mí.

Uno de los hombres se acercó. Miraba a Miguel confundido.

—Perdona… —llamó su atención. Miguel se giró como si no fuese consciente de que había estado hablando tan fuerte—, no he podido evitar escucharte. ¿Te refieres a invocar demonios? ¿A nuestros hermanos?

Tanto Miguel como Daniel enarcaron una ceja. Los dos se quedaron callados, pero luego Miguel dio una palmada y asintió.

—Sí, a nuestros hermanos.

—¿Para someterlos? —preguntó indignado.

Aquella pregunta los cogió de improviso y Miguel sonrió de forma nerviosa.

—Normalmente no los sometemos… —pronunció como si se tratase de un experto—, hablamos con ellos, les preguntamos cosas… pero había uno que no quería aparecer y tuvimos que repetir la invocación varias veces. Creo recordar… —dijo pensativo—, que tuvimos que hacer la invocación del fuego para que apareciese. —Aquellas palabras hicieron que el hombre abriese los ojos como platos. En ese momento, sí que captó la atención del hombre que se había aproximado y de varios más. Daniel miraba de esos hombres a Miguel y luego otra vez a los hombres, como en un partido de tenis. Desde

luego, si lo que quería Miguel era llamar la atención lo estaba consiguiendo—. Nos costó, pero logramos que apareciese ante nosotros. Ya estábamos pensando en hacer la gran maldición.

Pudo ver cómo varios hombres más se acercaban a escucharlo.

—¿Estás hablando del libro de La llave de Salomón? —preguntó uno de ellos interesado.

—Sí —respondió Miguel.

Otro de los hombres preguntó con un tono de voz incrédulo.

—¿A qué demonio conjurasteis?

Miguel sonrió. Ahora se alegraba de haber memorizado el libro.

—Dirás… ¿a cuál no hemos conjurado? —sonrió con confianza y se encogió de hombros—. Normalmente legionarios —comentó—, el más importante que hemos conjurado fue… —miró a Daniel como si buscase su aprobación—, Andrealphus —dijo el primer nombre que le vino a la cabeza de los que estaban en el Grimorio del rey Salomón—, un poderoso marqués… muy majo, ¿verdad? —Dio un golpecito en la espalda de Daniel.

—Sí, muy majo —le siguió la corriente aún sin comprender nada de lo que su amigo hacía.

—Nos habló de geometría y astronomía —explicó Miguel ante la atenta mirada de Daniel.

—¿Conjurasteis a un poderoso marqués? —preguntó de nuevo el hombre con tono incrédulo.

—Sí —respondió Miguel más serio—, primero nos apareció en forma de pavo real, sin parar de gluglutear. —Esta vez fue el mismo Miguel quien chasqueó la lengua. Explicado así parecía que estuviese bromeando—. Pero tras mostrarle el hexagrama tomó forma humana…

—¿Y cómo era? —preguntó otro de los hombres, este bastante más interesado.

Miguel se encogió de hombros.

—En este caso adoptó la forma de un hombre grueso sin pelo en el cuerpo. Parecía uno de esos chinos regordetes que hacen lucha libre.

Daniel carraspeó.

—Sumo… de los que hacen sumo… y son japoneses —rectificó a su amigo colocando una mano en su pecho y dando unas palmaditas.

—Sí, eso.

La voz de Aitor les llegó a través del auricular.

—Me cago en todo, Miguel, ¿qué estás diciendo?

Miguel carraspeó.

—Sin embargo, el que más me impresionó fue Cheitán.

—¿Cheitán? —preguntó otro.

Daniel lo escudriñó con la mirada.

—Su cuerpo era sumamente delgado, sus ojos amarillos… —comentó con voz seria—, su cabello negro caía sobre su rostro demacrado y cadavérico. Era extremadamente alto y su voz sonaba muy profunda.

—¿Cuándo lo conjurasteis? —preguntó de nuevo el hombre incrédulo.

—El día diez del calendario lunar, con su correspondiente sello hecho en metal y plata al pertenecer a la legión de marqués Leraje. Su constelación, Sagitario, pertenece al sur, y lo invocamos a las doce de la noche. ¿Alguna pregunta más? —lo retó esta vez haciendo que el hombre se removiese inquieto. Estaba claro que sabía de lo que hablaba—. Hicieron falta dos invocaciones… pero finalmente lo trajimos ante nosotros.

—Es impresionante —susurró otro de los hombres.

En ese momento, se dieron cuenta de que José se acercaba vacilante hacia ellos, debía de haberle llamado la atención el corrillo que habían formado.

—No es difícil conjurarlo, siempre y cuando se hagan todos los pasos que explica Salomón en su Grimorio.

Daniel observó de reojo cómo el maestre de la orden satánica de Lugo se situaba cerca para escuchar la conversación. Quizá no fuese tan descabellado lo que Miguel estaba haciendo. Desde luego, si aseguraban poder conjurar demonios estaba claro que si Thelema aparecía por ahí mostraría interés.

—A veces se niegan a contestar a algunas preguntas —se decidió a entrar en la conversación Daniel—, pero gracias al triángulo mágico podemos hacerles todo tipo de preguntas.

—Y, ¿qué le preguntáis? —intervino otro.

—Sobre el infierno, sobre Satanás… —contestó Miguel, y miró de reojo a José que permanecía con la capucha echada sobre la cabeza, muy próximo a ellos, sin duda, escuchando la conversación—, y sobre el porvenir del ser humano.

—¿Y qué responden a eso? —preguntó otro que no había intervenido hasta ese momento.

Miguel miró de reojo a Daniel e inspiró con fuerza.

—Que vienen días de gloria para la oscuridad y… que las puertas del infierno se abrirán.

Los dos pudieron ver cómo José los miraba con los ojos muy abiertos, asombrado por lo que decían. Aquella mirada llamó la atención de ambos. ¿Por qué los miraba así? Estaba claro que sabía de lo que hablaban.

—¿En serio? —preguntó otro, expectante.

Ambos asintieron.

—No os lo diríamos si no fuese así —contestó Daniel.

Paula llegó hasta ellos mirando asombrada a todos lo que les rodeaban, como si no comprendiese qué ocurría allí.

—Vamos a comenzar —dijo José haciendo que varios hombres se girasen.

Todos asintieron obedientes y fueron hacia sus puestos, rodeando la hoguera. José no se movió, sino que siguió mirando a Daniel y a Miguel hasta que este último lo saludó con un movimiento de cabeza y se fue al otro extremo de la hoguera para comenzar la purificación del fuego.

Paula se situó a pocos metros de Miguel y negó con la cabeza, dándole a entender que no había encontrado a su contacto de Thelema.

Miguel chasqueó la lengua.

—Parece que no hay nadie de Thelema por aquí —susurró para que todos sus compañeros lo escuchasen.

—Mierda. —La voz de Aitor les llegó muy ronca.

—Menudo discursito, Miguel —escuchó la voz de Lucas por el auricular.

—¿Has visto? Estaba inspirado —bromeó este en un susurro hacia el micrófono.

Tanto Miguel como Daniel focalizaron su atención en el primer muchacho que se dirigía a la hoguera con una Biblia y tropezaba con la túnica. Ambos cerraron los ojos y suspiraron.

—¿Qué le pasa a ese? —escucharon la voz de Víctor al otro lado —. ¿Se ha tropezado?

—Ya os dijimos que esto era el club de la comedia —les recordó Miguel.

—Joder —escuchó a Aitor sobresaltado—. ¿Llevan una cabra?

Ambos se giraron cuando escucharon unos pasos por detrás. Sobre un pequeño altar y sujeto por cuatro palos que sobresalían por cada lado del rectángulo llevaban un macho cabrío de color negro, obviamente de peluche, con un pentagrama dibujado en rojo en la frente.

—Ah, mira… esto es nuevo —susurró Daniel.

—Pero ¿llevan una cabra de verdad? Joder, ¿qué van a hacer? —preguntó Lucas alterado—. ¿La van a arrojar al fuego? —Se le notaba muy nervioso—. Ni loco pienso consentir que echen a la cabra al fuego —dijo con voz inquieta.

Hasta los dos llegaron leves sonidos de golpes a través de los auriculares, como si intentasen detener a Lucas.

—Lucas, para… —dijo Víctor nervioso, sujetándolo.

—Es una cabra de peluche —susurró Miguel.

—¿Lo has oído, Lucas? —escucharon que decía Marcos—, es de peluche, cálmate un poco.

El altar lo llevaban elevado sobre los hombros entre cuatro hombres. Avanzaron lentamente hacia el centro, donde la hoguera resplandecía con fuerza, restallando pequeñas virutas candentes fuera de ella.

Miguel se acercó disimuladamente a Paula.

—¿Qué hacen? —le preguntó mientras observaba cómo los cuatro hombres depositaban el altar en el suelo con sumo cuidado.

Paula lo miró de reojo.

—Hoy coincide con el día trece del calendario lunar, es uno de los días de adoración a la bestia —explicó ella en un susurro.

Miguel resopló y desencajó la mandíbula cuando una de las chispas que saltaba de la hoguera se posó sobre el peluche comenzando a prenderlo. En ese momento, se formó un pequeño caos entre los cuatro hombres que llevaban el altar.

Se giró hacia Daniel que observaba asombrado cómo dos de ellos golpeaban el peluche con sus túnicas para intentar apagar la chispa que había prendido los pelos de la cabeza. Parpadeó varias veces sin creer lo que veía y se giró hacia Miguel ladeando el cuello.

Miguel apretó los labios y pestañeó incrédulo mientras observaba la escena. Los pelos de la cabeza del presunto cabrío humeaban mientras dos de los hombres intentaban apagarlos con la capa.

—La madre que los parió —susurró Aitor.

En ese momento, Miguel no pudo contener una sonrisa, aunque rápidamente volvió a ponerse serio.

—¿Dónde está la cámara oculta? —bromeó Víctor a través del auricular.

El resto de la misa transcurrió más o menos con normalidad, excepto por un par de tropezones más. Ambos iban escuchando los comentarios de sus compañeros y cómo iban haciendo fotografías a todos los allí presentes para investigarlos posteriormente.

Una vez dijeron las últimas oraciones todos comenzaron a dispersarse y a dirigirse a las furgonetas para ser transportados a sus casas.

Miguel, Daniel y Paula se quedaron junto a la hoguera mientras el resto comenzaba a alejarse. Parecía que Paula tenía razón y no había ni rastro de Thelema por allí. Aquello podía complicar las cosas en extremo. Debían llegar como fuese hasta ella e integrarse. Necesitaban dar con la botella al precio que fuese. No había más opciones que esa, pero ahora, al no hacer Thelema acto de presencia, se complicaba más aún el asunto.

—¿Y si nos llevamos a José? —preguntó Miguel.

—¿A José? —preguntó Aitor.

—Para interrogarlo. Lo hicimos con un demonio, digo yo que podremos con un profesor de matemá… —se quedó callado cuando

precisamente José lo miró desde el otro lado de la hoguera.

Se miraron durante unos segundos y finalmente este comenzó a rodearla para acercase.

—Creo que deberíamos irnos ya —comentó Paula—. La furgoneta se irá sin nosotros —dijo dando unos pasos hacia atrás.

—Vosotros —los llamó José captando la atención de los dos. Daniel miró de reojo a Miguel. José llegó hasta ellos y los miró fijamente—. ¿Cómo os llamáis?

—Miguel y Daniel —contestó Daniel.

José asintió y miró alrededor, como si se asegurase de que no había nadie más cerca.

—Decidme, ¿es cierto lo que habéis explicado? ¿Tenéis experiencia en invocación de demonios?

Daniel se limitó a asentir, pero Miguel no iba a quedarse solo en eso.

—Es cierto —contestó—. Hemos estudiado muchos grimorios. —Inspiró con fuerza—. Nuestra primera invocación fue en Praga, allí nos enseñaron todo lo que debíamos saber.

A José pareció gustarle aquella respuesta y se acercó un poco más a ellos. Ambos hicieron lo mismo, interesados en lo que iba a decirles.

—Me ha llamado mucho la atención la respuesta que os dio un demonio… —volvió a mirar hacia los lados—. Sé que decís la verdad. Quizá os interesaría uniros a nosotros el miércoles.

—¿El miércoles? —preguntó Miguel.

La voz de Aitor sonó a través del auricular.

—Joder, el miércoles, justamente el jodido miércoles… decidle que sí.

—Nos iría bien tener jóvenes con experiencia en invocación —acabó diciendo José.

Miguel y Daniel se miraron unos segundos, como si entre ellos lo consultasen, y asintieron.

—Claro, para lo que necesitéis, maestre —dijo Daniel.

José asintió mientras miraba de nuevo hacia los lados.

—El miércoles a las doce de la noche en la gasolinera donde os han recogido hoy.

Ambos asintieron.

Dicho esto, José se giró y se alejó hacia el otro extremo de la hoguera donde había unos cuantos hombres más.

Miguel y Daniel se giraron y siguieron a Paula por el descampado, rodeando el cementerio.

—Los tenemos —susurró Daniel.

—Hasta que no tengamos la botella en nuestras manos no cantemos victoria —susurró Aitor—. Seguiremos a José ahora, os vamos informando.

—De acuerdo —respondió Miguel—. Nos vemos en casa.

22

Miguel miró a través de la ventana. Habían pasado todo el día investigando a todos los que habían acudido a la misa negra la noche anterior. Sus compañeros habían hecho un buen trabajo realizando fotografías de todo.

Igualmente, no había servido de nada. El CNI no se ocupaba de estos temas y, como tal, no había ningún registro sobre la involucración de aquellas personas en el satanismo. Ninguna pista, nada que los pudiese llevar más rápido hasta la botella de Astaroth.

Se quedó contemplando la casa de Elena unos segundos hasta que Daniel llamó la atención de todos.

—¿Os suena el anillo de Salomón?

—Claro —dijo Aitor acercándose a él.

Miguel se apoyó contra la pared, cruzado de brazos.

—Pues según la historia, el rey Salomón creó el anillo del rey Salomón para luchar justamente contra Astaroth —explicó—. Este ángel caído es tan poderoso que con los conjuros e invocaciones normales no podía ser encerrado en la botella.

—Anael está en lo cierto —intervino Víctor acercándose a Daniel para observar la pantalla del ordenador—. Es un demonio muy poderoso.

Daniel siguió leyendo.

—Según esto… —señaló la pantalla del ordenador—, es tan poderoso que es el único capaz de acabar con la vida de otros ángeles y abrir las puertas del infierno.

Miguel chasqueó la lengua y avanzó hacia ellos.

—Pues creo que todos estaremos de acuerdo en que hay que evitar que se abra la dichosa botella. —Cogió una de las sillas con ruedas y se sentó en su mesa frente a su ordenador. Abrió los privados de José de nuevo, observándolos. Nada, ningún mensaje de interés—. Este tío no es que tenga mucha vida social —ironizó él.

—¿A quién te refieres? ¿A José? —preguntó Aitor.

Miguel asintió y señaló la pantalla de su ordenador.

—No hay ningún mensaje realmente importante —dijo abriendo uno de los privados. Chasqueó la lengua y medio sonrió—. El tal José tiene una amiguita, creo… —rio.

—¿En serio? —preguntó Lucas con una sonrisa de soslayo.

—Eso parece —dijo abriendo el mensaje y volviendo a leerlo para él mismo—. La tenemos. ¿Nos vemos el miércoles? —Después solo había un simple "Sí". Se quedó unos segundos en silencio, procesando aquello—. El miércoles… —volvió a leer—, la tenemos —leyó el mensaje anterior—. Joder —susurró—. Eh —gritó llamando la atención de todos—. Aquí hay algo. No me había dado cuenta hasta ahora. Fijaos… —dijo señalando las líneas del privado. Todos se acercaron, rodeándolo—. La tenemos —señaló la primera fila—. ¿Nos vemos el miércoles? Y otra persona responde: Sí. —Se giró y miró a Aitor—. ¿Crees que se refiere a la botella? Coincide con el miércoles.

—Es posible —susurró Aitor pensativo y señaló la pantalla—. ¿Sabemos a quién escribe?

Miguel negó.

—No habla más con esta persona. Solo están estos mensajes.

Daniel que permanecía a su lado abrió otra web.

—Dime ese número de teléfono. Veamos a quién pertenece —comentó.

Miguel le cantó el número de teléfono y Daniel lo introdujo mientras todos sus compañeros esperaban atentos a su espalda, observando nerviosos la pantalla.

—Nulo —respondió—. Es un número de tarjeta prepago, no hay forma de saber a quién pertenece.

Miguel abrió otro privado.

—El mensaje es del jueves pasado a las doce y once minutos del mediodía —comentó y miró las llamadas realizadas a esa hora. Había unas que coincidían—. José llamó a un número fijo antes y después de ese mensaje.

—¿Ha llamado más a ese número? —preguntó Aitor a su espalda. Daniel se arrimó a él también.

Miguel fue mirando todo el registro.

—Dos semanas antes tiene un par de llamadas más —explicó—. No es muy asiduo que digamos. —Volvió al registro del anterior jueves—. La primera llamada no la cogió, pero tras el mensaje sí, hablaron cerca de cuarenta segundos.

—No es que sea muy hablador —comentó Daniel.

—Ni José ni su interlocutor, de hecho. Fueron directos al grano —indicó.

—Veamos a quién pertenece ese número fijo —sugirió Aitor mientras Daniel buscaba el número—. ¿De dónde es el prefijo 92455?

—Ni idea… —respondió Daniel.

Se quedó pasmado cuando vio a qué localidad pertenecía y Daniel buscaba también el número completo en el buscador.

—Zafra —dijo pensativo—, en Extremadura —susurró.

La imagen de Elena volvió a su mente. Que él recordase ella era de allí, de Zafra. Aquello lo dejó descolocado.

—El número fijo pertenece a fiscalía de Zafra —explicó Daniel.

—¿Fiscalía? —preguntó Miguel totalmente aturdido.

—Eso ya me encaja más con una figura de poder —ironizó Daniel.

—Mirad quién trabaja en fiscalía —ordenó Aitor.

—Desde luego, es extraño —puntualizó Daniel mientras buscaba los datos en internet—. Que el jefe de la organización secreta satanista de Lugo hable con un fiscal de Zafra…

—Y después de haber enviado un mensaje que pone: "la tenemos" —comentó Lucas desde atrás—. ¿Creéis que puede ser el líder de Thelema?

Miguel miraba a sus compañeros sin saber qué decir, aquello no le gustaba nada. A su mente volvió la conversación que había mantenido con Elena en el restaurante:

—Mateo no me trató muy bien —comentó lentamente—. Por esa razón abandoné Zafra. La relación no iba bien y decidí poner tierra de por medio. Era… controlador y posesivo —acabó diciendo como si no encontrase otra forma de definirlo.

—¿Trabajabais juntos?

Ella negó.

—Los dos estudiamos derecho. Yo me decanté por las notarías y él… —tragó saliva—, es fiscal del juzgado de Zafra.

Notó cómo el corazón se le paralizaba. ¿Aquello podía estar ocurriendo?

—Lo tengo… —indicó Daniel—. Ma…

—Mateo —dijo rápidamente un Miguel pensativo.

Daniel ladeó su cuello y lo miró confundido.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —miró la pantalla de nuevo—. Mateo González —acabó diciendo.

Miguel se levantó de la silla como si tuviese un resorte en el trasero.

—Joder —susurró aún sin dar crédito y miró a sus compañeros—. ¿Mateo González? ¿Fiscal de Zafra? —preguntó de nuevo asombrado.

Daniel asintió expectante, igual que sus compañeros que esperaban una respuesta al comportamiento de Miguel.

Miguel dio unos pasos al lado pasándose la mano por los ojos y fue directo hacia la ventana para observar la casa de Elena. ¿Cómo era eso posible? ¿El ex de Elena podía ser el líder de la organización secreta Thelema? ¿El que poseyese la botella?

No, debía de haber un error.

Se quedó contemplando la casa de Elena angustiado, sin saber cómo reaccionar.

Aitor dio unos pasos lentos hacia él.

—Miguel… —lo llamó—, ¿qué ocurre?

Podía intuir cómo todo el cuerpo de su compañero estaba en tensión.

Miguel tragó saliva. Eso no podía estar sucediéndole a él. Si era así… ¿qué hacía Elena allí? Era demasiada casualidad.

Aguantó la respiración y se giró hacia sus compañeros apretando los labios.

—Elena… —susurró.

Aitor lo miró sin comprender.

—¿Qué pasa con Elena? ¿Habías quedado con ella?

Él negó y dio unos pasos hacia un lado nervioso.

—No. —Tragó saliva de nuevo. Jamás había sentido la boca tan seca—. Ella… —Ni siquiera sabía qué decir. Miró a su jefe—. Ella es de Zafra —explicó lentamente, pensativo—, me dijo que había huido de su ex porque era un controlador y un posesivo…

—Vaya… —comentó Aitor—, pero ¿qué tiene que ver ella en todo esto?

Miguel lo miró fijamente.

—Mateo González, fiscal de Zafra, es su ex —acabó diciendo.

Aitor pestañeó varias veces, igual que todos sus compañeros que se pusieron erguidos.

—¿Su ex? —preguntó Aitor.

—Eso me dijo —respondió Miguel aún sin dar crédito.

—¿Elena, nuestra vecina… —señaló hacia la ventana—, es la ex pareja del presunto líder de Thelema? —acabó Aitor alzando la voz. Miguel resopló y se pasó la mano por la nuca, angustiado—. Y, ¿qué hace ella aquí?

—Me dijo que había huido de él —repitió Miguel.

—Y tú te has estado viendo con ella… —acabó diciendo Aitor con los dientes apretados. Miguel lo miró fijamente y apretó los labios—. No le habrás explicado nada de lo nuestro, ¿no? Como a qué nos dedicamos y esas cosas, ¿verdad?

—¡Claro que no! Se piensa que somos simples policías de investigación —reaccionó este, pero aquella pregunta le hizo enarcar una ceja hacia su jefe—. ¿No creerás que ella…?

—Por supuesto que lo creo —contestó Aitor—. La ex… —e hizo un gesto con sus dedos, como si lo entrecomillase—, del presunto líder de Thelema vive al lado nuestro, ¿no te parece demasiada casualidad? —dijo alzando los brazos hacia él.

Miguel resopló. Aunque no quería creerlo su jefe tenía razón, pero… se negaba a pensar aquello, a desconfiar de ella.

—Si el líder de Thelema conoce la magia negra es posible que haya conjurado a algún demonio… —comentó Daniel.

—Y que ese demonio le haya dicho que estamos aquí, que somos cazadores —acabó la frase Aitor.

Miguel negó incrédulo.

—No, ella es buena persona… —susurró.

—¿No ves que es demasiada casualidad? —insistió Aitor.

Algo dentro de Miguel se rompió. ¿Era cierto? ¿Elena estaba allí para espiarlos? Pero ¿qué razón tendría? Sí, ellos habían ayudado a Santiago a limpiar Lugo de los demonios encarnados, los habían exorcizado, pero ¿se iba a tomar tantas molestias Thelema? ¿De verdad iban a idear un plan para infiltrarse entre ellos? Le parecía increíble algo así. La había besado, había hecho el amor con ella… la quería.

En ese momento sintió cómo la ira se apoderaba de él. Convirtió sus manos en puños y fue hacia la puerta. Aitor lo detuvo.

—Espera, ¿adónde vas? —preguntó situando una mano en su pecho para detenerlo.

Miguel lo miró fijamente.

—Voy a hablar con ella.

—¿Y qué vas a decirle? —le preguntó mosqueado—. ¿Le vas a preguntar si nos ha estado espiando?

Miguel dio un paso hacia atrás y se pasó la mano por los ojos, frotándoselos.

—No, no lo sé… —acabó desesperado—, pero algo tendrá que decir, ¿no?

Aitor chasqueó la lengua. Comprendía cómo debía sentirse su compañero. Sabía que estaba enamorado de ella, sin embargo, cabía la posibilidad de que realmente ella los hubiese estado espiando. Era demasiada casualidad que justamente ella hubiese acabado allí, al lado de su casa.

—Cálmate —dijo Aitor esta vez con un tono más tranquilo.

Miguel tragó saliva.

—Quizá… solo es casualidad —dijo encogiéndose de hombros.

Aitor chasqueó la lengua, comprendiendo el sufrimiento que aquello podía acarrearle.

—¿Has quedado con ella? —le preguntó.

—Mañana íbamos a ir al cine —apuntó pensativo.

Aitor asintió y se giró hacia sus compañeros, todos permanecían con cara de circunstancias.

—Comprendes que no puedes quedar con ella… ¿verdad?

Ni siquiera sabía qué pensar ni cómo sentirse. ¿Puede que Elena estuviese allí solo para infiltrarse en la división? Sin embargo, lo que había compartido con ella era diferente a lo que había compartido con

otras mujeres, y sentía que ella debía pensar igual, aunque, después de esto… Jamás había sentido miedo, ni siquiera cuando se habría enfrentado las primeras veces a vampiros y lobos, sin embargo, ahora sentía miedo a haber sido utilizado. ¿Era eso posible? Algo dentro de él le decía que no, que Elena era honesta con él. Recordó su sonrisa, los besos, la forma en la que habían hecho el amor… y, sin embargo, ver el nombre de Mateo González en la pantalla le hizo erizar la piel.

—No tiene sentido… —susurró él—, si quisiese infiltrarse entre nosotros no me habría explicado lo de su ex. No tiene lógica.

Daniel se puso en pie.

—Es extraño, Miguel —comentó con tono comprensivo—. Es demasiada casualidad…

—Lo sé —acabó diciendo Miguel, pues incluso él mismo dudaba —, pero… —no pudo seguir hablando, se le entrecortó la voz.

Aitor colocó una mano en su hombro y dio unas palmaditas intentando reconfortarlo. Se acercó un poco a él.

—¿La has buscado en la base de datos? —le preguntó. Miguel negó—. Elena… ¿qué más?

—Castillo. Elena Castillo —pronunció al final.

Daniel volvió a sentarse ante el ordenador y tecleó. Esperó unos segundos y observó la fotografía de su vecina en el ordenador. Realmente era una chica hermosa, y tenía una tierna sonrisa en la fotografía. Le parecía increíble que una chica así pudiese actuar de aquella forma, pero también sabía que no podía dejarse llevar por las apariencias.

Leyó la información y asintió.

—Sí, tiene una hipoteca de un piso situado cerca de la plaza de Toros de Zafra. —Miró a Miguel e hizo un gesto de disgusto—. La tiene al 50% con Mateo González. —Luego lo miró con pena—. Lo siento —susurró.

Miguel asintió lentamente y se apoyó cruzado de brazos contra la pared. Parecía que ninguno de sus compañeros quería decir nada. Hubo un silencio que duró varios segundos, un silencio en el que todos intentaron asimilar aquella información.

Miguel inspiró con fuerza y finalmente asintió.

—Está bien, entonces… ¿qué hacemos? —preguntó al final.

Aitor lo estudió. Sabía que su compañero era fuerte, y aunque aquello podía representar un fuerte varapalo, se repondría de este. Decidió no darle más vueltas al asunto. Si estaban en lo cierto y Elena estaba allí para espiarlos debían ir con cuidado.

—La vigilaremos —miró a Lucas y a Víctor—. Vosotros no os habéis cruzado con ella, ¿verdad? —Ambos negaron—. Está bien, vigiladla. Y… —miró a Daniel e hizo un gesto de desagrado también —, intercepta su teléfono.

Aitor pudo ver de reojo cómo Miguel cerraba los ojos y se pasaba la mano por la cabeza, despeinándose el cabello. Comprendió cómo debía sentirse su compañero en aquellos momentos. La vida no siempre era justa con uno.

—Prefiero que no quedes mañana con ella…

—No quedaré —sentenció él sacando el teléfono de su bolsillo. Buscó su privado y miró a Daniel que en esos momentos estaba interceptando su teléfono—. Voy a enviarle un mensaje.

Aitor asintió mientras se giraba para observar a Daniel.

Miguel tecleó.

Miguel: Hola Elena, ¿qué tal?

Miguel: Mañana me va a ser imposible ir al cine.

Miguel: Me ha surgido trabajo.

Miguel: Ya quedaremos en otro momento, ¿de acuerdo?

Sintió cómo su corazón latía con más fuerza cuando vio que Elena se ponía en línea y comenzaba a escribir. Miró directamente al ordenador de Daniel donde tecleaba los últimos códigos para introducirse en el móvil de ella. Por Dios, esperaba que no dijese nada sobre lo que había ocurrido entre ellos el día anterior.

Elena: Vaya, qué pena.

Elena: No te preocupes. Lo primero es lo primero.

Elena: Espero que te sea leve. ��

Daniel carraspeó.

—Mmm… el teléfono que aparece en pantalla dice que no existe o que está apagado.

Miguel lo miró confundido y le mostró la pantalla de su móvil.

—Me acaba de responder —dijo encogiéndose de hombros.

Aitor se acercó a él.

—¿Qué número es? —le preguntó.

—Acaba en sesenta y tres —indicó Daniel.

Miguel negó con su cabeza y suspiró.

—No. El que yo tengo acaba en ochenta y uno.

Aitor miró de reojo a su compañero. Aquello iba de mal en peor.

—Es un móvil de prepago —indicó Daniel y pulsó varias teclas. Miguel suspiró y caminó hacia la espalda de Daniel para observar. Sabían que se estaban metiendo en el móvil de ella e incluso ante la posibilidad de que ella hubiese podido utilizarlo se sentía mal invadiendo su privacidad—. Tiene mensajes. Son de una tal Arancha notaría, una Ana notaría y Miguel vecino. —Miró de reojo a Miguel.

Miguel se pasó la mano por los ojos, agobiado.

—Mira los mensajes de Arancha y Ana. El otro ya me imagino que no es satanista —ironizó Aitor. Miguel puso los ojos en blanco, sin dar todavía crédito a lo que estaba ocurriendo—. Bien… —continuó—, en el mensaje entre ese supuesto Mateo y José dicen que quedarán el

miércoles porque ya la tienen. Entiendo que ese tal Mateo la tiene en su poder y que se va a ver el miércoles con José justamente para abrirla. —Miró pensativo a Miguel y a Daniel—. José os dijo que os necesitaba el miércoles porque le iría bien gente con experiencia en invocación, así que sabemos que Mateo vendrá hasta aquí con la botella.

—Y… ¿vamos a esperar al miércoles? —preguntó Víctor sorprendido.

Aitor negó.

—No. No podemos arriesgarnos a dejarlo todo para última hora. ¿A cuánto está Zafra de aquí?

Miguel enarcó una ceja hacia él.

—Seis horas y cuarenta y cinco minutos en coche —contestó Daniel.

Aitor miró el reloj de su muñeca que marcaba las doce y media del mediodía. Se quedó pensativo mientras todos esperaban sus instrucciones.

—Lucas y Daniel —dijo finalmente—, si salís ahora para las ocho de la tarde podéis estar ahí. Quiero que lo superviséis y, si os surge la oportunidad, entrad en su domicilio.

Marcos lo miró confundido.

—¿Solo ellos dos? Si es, como creemos, el líder de Thelema, puede que domine la magia negra.

—No quiero que os enfrentéis a él. Seguidlo y solo si surge la ocasión entrad en su domicilio a buscar la botella —repitió Aitor. Ambos asintieron y se pusieron en pie—. Marcos, Víctor —miró de reojo a Miguel—, os encargareis de la supervisión de Elena. —Escuchó cómo Miguel suspiraba—. Tú, Miguel, serás nuestro contacto aquí en casa y el encargado de buscar la información necesaria.

Miguel se removió nervioso.

—Elena no sale mucho de casa —susurró.

—Pues entonces Marcos y Víctor se encargarán de vigilar a José hasta el momento en que ella salga. Hay que tenerlos vigilados a todos —acabó diciendo.

Miguel acabó asintiendo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Aitor y sus compañeros tenían razón, era demasiado extraño lo que estaba ocurriendo. Elena había aparecido allí como por arte de magia, tras una oleada de posesiones que ellos mismos habían contrarrestado. Ahora, ella, la supuesta ex pareja de Mateo, el fiscal de Zafra y presunto líder de la secta Thelema, vivía justo a su lado, en un pueblo apartado de todo. Tal y como decían, era demasiada casualidad, ahí ocurría algo, sin duda.

—De acuerdo —acabó aceptando.

Daniel y Lucas se dirigieron a la puerta de la oficina.

—Os vamos informando —comentó Daniel.

—Tened cuidado —comentó Aitor antes de verlos salir de la oficina. Se giro hacia Miguel, el cual se había girado y observaba de nuevo hacia la ventana. Sabía hacia dónde estaba mirando. Fue hacia Miguel y situó una mano en su hombro. Miguel ni siquiera se movió —. ¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

—Sí, tranquilo, jefe, estoy bien —contestó sin mirarle.

Aunque su voz sonó segura supo que no era cierto, cualquiera en su lugar estaría roto por dentro.

Miguel se apartó de la ventana, fue hacia su mesa y se sentó frente a su ordenador.

Aitor lo imitó, aunque se dirigió hacia la puerta.

—De acuerdo. Marcos y Víctor, haced vigilancia de José, informadnos de cualquier movimiento —ordenó. Miró la espalda de Miguel, el cual se encontraba totalmente erguido y mirando la pantalla del ordenador donde aparecía la fotografía de Elena e información sobre ella—. Estaré abajo. Cualquier cosa, avísame.

Miguel no contestó, simplemente asintió.

23

Víctor miró enfadado a Daniel que conducía.

—Joder, Daniel… ¡quiero llegar vivo! —exclamó con la mandíbula apretada.

Daniel sonrió divertido.

—Tranquilo, llegarás, apenas quedan seis minutos para llegar. —Tomó la rotonda haciendo que Víctor tuviese que sujetarse al asidero sobre su cabeza.

—A la vuelta conduzco yo —sentenció.

—No te quejes tanto, vamos a llegar antes de tiempo —dijo mirando el reloj del salpicadero que marcaba las siete y veinte de la tarde.

Habían salido nada más recibir la orden de Aitor. En tres minutos se encontraban fuera de la vivienda y con el GPS puesto indicando la ruta para llegar a la vivienda de Mateo y Elena. Habían tomado la N-120 y posteriormente la A-6. Poco antes de llegar a Zafra se habían desviado en la N-630 y ahora comenzaban a atravesar las primeras calles del poblado. No habían parado ni unos minutos para tomar un café. Ya lo tomarían mientras hiciesen la vigilancia.

—¡El semáforo! —exclamó Víctor—. Joder, Daniel, ¡está en rojo!

Daniel frenó bruscamente provocando que Víctor colocase la mano en el salpicadero para no echarse hacia delante.

Cuando el todoterreno se detuvo resopló y lo miró furioso.

—Maldito loco —comentó.

Daniel se encogió de hombros como si no le importase aquel comentario. Miró el GPS y señaló.

—Estamos ya cerca. ¿Te parece bien si pasamos por delante del piso con el vehículo y luego ya busco sitio para aparcar?

Víctor suspiró y cerró los ojos intentando calmarse. Daniel era un gran amigo suyo, pero al volante era un temerario. No le extrañaba lo más mínimo que el encargado de conducir, normalmente, fuese Miguel. Aunque este también era amante de la velocidad tenía más pericia que Daniel al volante y, al menos, no era tan brusco.

—No, en cuanto entremos a la calle del piso y haya un sitio para aparcar lo haces. No pienso pasar ni un minuto más de la cuenta aquí contigo —dijo aún furioso.

A Daniel parecía no importarle lo más mínimo la actitud de su compañero.

Cuando el semáforo se puso en verde arrancó haciendo chirriar las ruedas. Víctor gruñó de nuevo, pero no dijo nada. De todas formas, ya veía que no servía de nada quejarse, su compañero iba a conducir igual de mal.

Solo redujo la velocidad una vez entraron en la calle del piso de Mateo y Elena.

—No es mala zona —comentó Víctor.

—Su destino se encuentra a la derecha —dijo la voz robótica del GPS.

—Cien metros —indicó Daniel ralentizando la marcha.

—Hay un sitio ahí, aparca —ordenó Víctor.

Aunque se encontraban un poco lejos del bloque, desde ahí podían observar con bastante claridad las entradas y salidas del portal del mismo.

Daniel aparcó el vehículo y lo apagó. Instintivamente, estiró la espalda durante unos segundos.

—Menudo panzón de coche. —Resopló y pulsó en la pantalla del salpicadero el número de teléfono de su jefe—. Vamos a avisar de que ya hemos llegado. —Los tonos de la llamada inundaron el todoterreno —. ¿Qué piso es?

—El segundo, segunda. ¿Ves el portal de entrada? —Daniel asintió—. Creo que es el que tiene la persiana echada.

—¿El del balcón pequeño con una maceta?

—Sí, creo que es ese.

Los dos miraron hacia el móvil cuando respondió Aitor.

—Aitor —dijo.

—Ya sabemos que eres tú —ironizó Daniel—. Ya estamos aquí. Acabamos de aparcar.

—¿Ya? Le habéis pisado bastante, ¿no?

—¡Ja! Si yo te contara… —bromeó Víctor.

—Hemos aparcado en la misma calle del piso de Mateo —explicó Daniel.

—Por lo que creemos —continuó Víctor mirando por la ventana —, el piso tiene una de las persianas bajadas y la que se supone que da al comedor, ya que hay un balcón, está a medio echar. No se ve luz en el interior.

—¿Habéis mirado el buzón? Si está lleno es porque quizá ha salido…

—Qué ansioso eres, jefe —lo interrumpió—. ¿No te he dicho que

acabábamos de aparcar?

Víctor miró de un lado a otro.

—La zona es residencial. Ahora hay gente paseando, pero supongo que en un par de horas ya no habrá nadie. —Se fijó en el pequeño balcón de la segunda planta—. Necesitamos saber si hay alarma contratada.

—Ahora lo miro —indicó Aitor.

Al momento escucharon cómo tecleaba en el ordenador.

—¿Podemos hablar? —preguntó Daniel con cautela.

—Claro, dime —respondió Aitor con la mirada clavada en el ordenador.

Daniel miró a Víctor unos segundos.

—¿Cómo está Miguel? —preguntó en un tono más bajo.

—Estoy bien, gracias —respondió la voz de Miguel. ¿Estaba ahí? Daniel resopló y se pasó la mano por los ojos. ¿Para qué le decía a su jefe si podían hablar? Víctor se rio y puso los ojos en blanco—. Hay alarma contratada con la hipoteca, de hecho… —escucharon cómo tecleaba en el ordenador—, déjame que entre en la web, por si la tiene ahora activada. Dices que están las luces apagadas, ¿no?

—Eso parece —respondió Víctor—, así que, o no está, o está en otra habitación o está durmiendo.

—Ahora os digo —dijo Miguel.

Daniel carraspeó y se removió en el asiento.

—¿Qué sabéis de Lucas y Marcos? —preguntó Daniel para hacer tiempo.

—Están vigilando a José, parece que está en casa viendo la televisión —explicó Aitor. Se quedó unos segundos en silencio—. ¿Eso es que está activada la alarma? —preguntó a Miguel.

—Sí, confirmamos, la tiene activada. No está en casa. —Volvió a teclear—. Déjame que acceda a su ficha personal, un momento.

—Claro —respondió Daniel—, y… bueno… de Elena… ¿qué…?

—Elena no se ha movido de casa en todo el día —informó Aitor —. De acuerdo, conectó la alarma a las cuatro de la tarde de hoy.

Víctor y Daniel se miraron de reojo.

—Hace unas cuatro horas —comentó Daniel mirando el reloj del salpicadero y miró hacia el cielo. Comenzaba a oscurecer, aunque aún no era noche cerrada. Miró a Víctor y no hizo falta que dijese nada, su compañero simplemente asintió—. Está bien, ¿puedes desconectar la alarma?

—Sí, claro que puedo —respondió Miguel.

—De acuerdo. —Se giró y miró los asientos traseros y el maletero —. Nos preparamos y te avisamos.

—De acuerdo —respondió Miguel.

Colgó el teléfono y bajó del vehículo para estirar de nuevo la

espalda. Miró a su compañero que lo imitaba nada más bajar del vehículo, tirando los brazos hacia arriba para arquear la espalda. Luego volvieron a subirse al todoterreno.

—¿Con qué quieres prepararte? —preguntó Víctor cerrando la puerta. Pasó por encima del asiento hacia las plazas traseras y fue al maletero—. No hemos traído los uniformes.

Daniel chasqueó la lengua.

—Ya, hubiesen ido bien —comentó Daniel mientras Víctor echaba a un lado la moqueta del suelo del maletero y abría la trampilla oculta donde había un pequeño almacén con todo lo que solían usar—. Un par de dagas no irían mal… y pasamontañas. —Víctor se reclinó hacia abajo y extrajo lo que su compañero le pedía—. Guantes… no quiero que mis huellas queden impregnadas en una puerta u objeto…

—Nosotros no salimos en la base de datos —le recordó—. Nuestras identidades son secretas, no podrían localizarnos por una simple huella.

—Ya, pero vamos a entrar en casa de un puto psicópata satanista, líder de una de las organizaciones secretas más peligrosas del mundo relacionadas con la magia negra. Tú dame los guantes, los pasamontañas, una palanca, linternas y las dagas… y pásame un arma con balas de plata. —Miró hacia abajo—. Joder, el crucifijo también, dámelo, dámelo… —reaccionó rápidamente.

Víctor puso los ojos en blanco y le tendió todo lo que le pedía.

—Hay agua bendita también —dijo Víctor mostrándole una pequeña cantimplora.

Daniel la cogió directamente y se la echó al cuello.

—Mejor ser precavidos —comentó.

Situaron cada uno un par de dagas en su cinturón, por debajo de su chaqueta, y guardaron los guantes y los pasamontañas en un bolsillo. Una vez hubieron cerrado la trampilla del maletero bajaron del vehículo.

—Bien, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Víctor. Ambos cruzaron la carretera, al menos no parecía haber mucha gente—. ¿Uno que vigile y otro que revise?

Daniel enarcó la ceja en su dirección.

—¿Quieres vigilar tú? —ironizó.

—No.

—Pues yo tampoco —respondió Daniel

—De acuerdo —canturreó Víctor mientras ambos se detenían ante el portal del edificio. Víctor empujó la puerta, pero estaba cerrada. Daniel echó un vistazo rápido a toda la calle y a los pisos que tenía enfrente y, cuando se aseguró de que nadie los observaba, le hizo un gesto a Víctor para que procediese mientras él se situaba delante intentando ocultar lo que iban a hacer.

Víctor fue excesivamente rápido. Extrajo en una fracción de segundo la palanca que escondía bajo su chaqueta, la introdujo en la rendija entre las dos puertas y haciendo un poco de presión esta cedió con un clic. Guardó rápidamente la palanca de nuevo bajo su chaqueta y ambos entraron al portal.

Ya no hacía falta revisar el buzón, pues les habían informado de que Mateo había conectado la alarma a las cuatro de la tarde. Sabían que no hacía mucho que había salido, el problema era que no sabían si volvería. Serían rápidos. Si por algo se caracterizaban era por sus rápidos movimientos, incluso para el ojo humano. No les llevaría más de un par de minutos revisar todo el piso. Irían por faena.

Víctor indicó a Daniel que le siguiera hacia las escaleras. Ni siquiera conectaron la luz en el interior del portal, por lo que estaba un poco oscuro, aunque en cuanto llegaron a la zona de las escaleras esta estaba más iluminada.

Subieron hasta la primera planta y Daniel extrajo el móvil.

Daniel: Desconecta la alarma ahora.

Daniel: avísame cuando lo hayas hecho.

Le mostró el móvil a Víctor que hizo la señal de "OK" y siguieron avanzando.

La segunda planta era igual que la primera. Eran zonas comunes estrechas, con el ascensor en medio y una puerta a cada lado. Solo dos vecinos por planta.

Miguel: Listo, ya está desconectada.

Daniel indicó a Víctor con un movimiento de cabeza que ya podían proceder. Lo primero que hicieron fue ponerse los guantes y los pasamontañas. Sabían que la alarma se había desconectado, pero nunca se sabía si podía haber conectada alguna otra cámara de grabación privada. Mejor prevenir.

Víctor hizo lo mismo que en la puerta del portal. Introdujo levemente la palanca en la puerta, aunque tuvo que ejercer más presión esta vez. Sin duda, podrían abrir la puerta con una simple patada, pues si por algo se caracterizaban era por los dones que poseían, pero seguramente alertarían a algún vecino del bloque.

Hizo presión y, en cuanto la puerta cedió, ambos entraron y cerraron con cuidado.

Lo primero que hicieron fue observar rápidamente si se veía algún punto de luz azul o rojo indicando que una cámara los estaba grabando.

De momento no había nada.

Víctor depositó la palanca en el suelo y extrajo la linterna de su bolsillo igual que Daniel. Daniel alumbró la puerta y chasqueó la lengua.

—¿Qué? —preguntó Víctor.

Daniel le señaló una barra estrecha de metal a modo de cerrojo, partida por la mitad.

—Joder, qué bruto, ¿no te has dado cuenta?

—No, claro que no me he dado cuenta —protestó Víctor.

—Pues la has abierto tú.

—He querido ir rápido —le susurró.

Daniel resopló.

—Bueno, ahora queda muy claro que el líder satanista se va a enterar de que han entrado en su casa… cuando lo revisemos todo fingiremos un robo —acabó como quien anuncia el parte meteorológico, sin importarle lo más mínimo.

Avanzaron por el rellano con las linternas encendidas, pues la poca luz del día que quedaba estaba oculta tras las persianas bajadas.

—Madre mía —susurró Víctor.

Daniel alumbró también hacia delante.

—Pues no, no va a hacer falta fingir que ha habido un robo —ironizó.

Ante ellos se encontraba el comedor. Algunas sillas estaban tiradas en el suelo, incluso rotas. A ellas se sumaban varios platos de cerámica, copas, incluso algunas fotografías rotas por la mitad. El sofá tenía los cojines quitados y rajados por la mitad, rebosando el contenido de gomaespuma al exterior.

—Puede que sí hayan entrado a robar —indicó Víctor.

—¿Con la barra de hierro puesta que te has cargado? —ironizó Daniel—. Nuestro líder satanista parece que se pilló un buen rebote —acabó diciendo. Bufó cuando vio la pantalla de la televisión partida por algún objeto arrojado con fuerza contra ella—. Qué lástima —comentó mirando alrededor, alumbrando con la linterna. La luz de la linterna señaló específicamente una fotografía arrojada al suelo. Se agachó y la cogió. Apretó los labios cuando la observó identificando a su vecina Elena. Ambos permanecían posando sonrientes hacia la cámara. Elena tenía el pelo bastante más corto, lo que indicaba que, como mínimo, aquella fotografía tenía un par de años—. Eh, mira… —dijo cogiendo la fotografía y mostrándosela a Víctor.

Víctor la cogió y la iluminó con la linterna.

—Joder —susurró y miró a Daniel—. ¿Se la enseñamos a Miguel?

—No creo que le haga falta —respondió Daniel señalando con la linterna el pasillo que conducía a las habitaciones—. Vamos.

Víctor dejó caer la fotografía y avanzaron por el pasillo iluminándolo todo. Era un piso bastante amplio, con tres habitaciones y dos aseos, uno de ellos con una gran ducha.

—Revisemos todo —dijo Víctor entrando en la primera habitación, una en la que había dos camas separadas por una mesita de noche en medio y un armario al otro lado.

Daniel entró en la habitación de enfrente, acomodada como estudio, con grandes estanterías por todas las paredes plagadas de libros de derecho y algunas novelas policíacas. Frente a él había un gran escritorio de madera.

Fue hacia él y abrió los cajones revisando el interior de estos. Nada, papeles y algún bloc de notas.

Se giró e iluminó la estantería buscando algo semejante a una botella de bronce. Lo más parecido que encontró fue un jarrón de porcelana color dorado.

Fue hacia uno de los cuadros colgados en la pared y lo balanceó hacia un lado asegurándose de que no hubiese ninguna caja fuerte escondida detrás.

En aquella habitación no había nada. Revisó cada esquina de la habitación mientras escuchaba los pasos de su compañero moverse por el piso.

—Eh —le llamó Víctor—, he encontrado algo.

Daniel se materializó a su lado de inmediato, en una fracción de segundo. Víctor había entrado en la habitación de matrimonio, igual de revuelta que el comedor. Decenas de prendas de ropa reposaban sobre la cama, incluso una de las lámparas de noche que había a un lado de la cama permanecía hecha añicos en el suelo.

—Mira —indicó Víctor señalándole el interior del armario.

Daniel enfocó con la linterna.

—Joder —susurró cogiendo la prenda de ropa que tenía colgada —. Es una capa igual a las que usamos en las misas negras —dijo observándola.

—Sí, eso me parecía —contestó Víctor apartando las perchas de ropa de la barra para poder observar mejor el interior del armario empotrado—. Mira… —dijo extrayendo una manta enrollada. La desenrolló y observaron el pentagrama dibujado—. No sé si será el líder, pero está metido en el ajo hasta el fondo —acabó diciendo.

Daniel introdujo parte de su cuerpo en el armario, corriendo la ropa hacia el otro lado.

—Tiene varios candelabros negros —dijo sacando uno de ellos—, pero ni rastro de la botella. —Siguió removiendo todo.

Víctor se giró y observó la habitación. Sobre la cama sin hacer había bastante ropa esparcida.

Se agachó y miró debajo de esta, por cada esquina de la habitación y por la cómoda. Nada, ni rastro de la botella.

—Aquí no está —comentó Daniel cerrando el armario empotrado. Se giró y volvió al pasillo—. Mira en los aseos, voy a rebuscar en la cocina.

Lo cierto era que el piso estaba muy desordenado, incluso sucio, como si no hubiesen limpiado durante semanas.

Daniel y Víctor revisaron cada armario y cada cajón sin encontrar nada y se reencontraron en el comedor.

—Definitivamente, no está en el piso —sentenció Daniel mientras sacaba el teléfono de su bolsillo—. Preguntaré a Miguel si el piso tiene algún anexo, un trastero o algo así. Quizá la tenga ahí.

Sacó el móvil y escribió el mensaje mientras Víctor revisaba por segunda vez los muebles del comedor, sobre todo entre las botellas de bebida que había en el mueble bar.

Aquel piso era un verdadero desastre.

—Dice que hay un parquin, pero nada de trastero —dijo observando el móvil.

—Puede que la tenga en el vehículo —comentó Víctor—. Que te diga la plaza.

Ambos se dirigieron hacia la puerta.

—Joder, cómo pica el pasamontañas —se quejó Daniel rascándose la cara por fuera de la tela.

Nada más salir del piso y cerrar la puerta ambos se quitaron el pasamontañas y se revolvieron el pelo. En esa época no es que hiciese mucho calor, pero con el pasamontañas puesto sí.

—Está en el subterráneo —explicó Daniel—. Plaza trece.

Bajaron hasta la calle y tuvieron la suerte de que justamente un vehículo entraba, abriendo la puerta levadiza del parquin situado al lado del portal.

En cuanto el vehículo bajó la cuesta y lo perdieron de vista entraron rápidamente.

Daniel se quitó los guantes mientras caminaban entre los vehículos y los guardó en el bolsillo hasta que llegaron a la plaza trece.

Los dos se situaron frente a ella.

—Es lo más lógico si no está en casa —indicó Víctor mirando la plaza vacía.

Daniel suspiró y volvió a sacar el móvil.

—Vamos —dijo señalándole la rampa para salir, pues al lado había una puerta que permitía la salida del parquin.

Se dirigieron hacia el todoterreno y, nada más sentarse en el interior, Daniel marcó el teléfono de Aitor de nuevo.

—Decidme —contestó la voz de su jefe.

—Dile a Miguel que active la alarma de nuevo, ya estamos en el todoterreno —indicó Daniel y puso el manos libres para que Víctor también escuchase y pudiese conversar.

—Miguel, activa la alarma —ordenó Aitor—. Bien, ¿la habéis encontrado?

—Ni rastro de la botella, jefe —contestó Víctor—. Además, el piso está hecho un desastre. Hemos revisado todo y… nada.

—Y el vehículo no está en la plaza. Supongo que habrá salido.

Escucharon el suspiró de Aitor. Tenía la esperanza de encontrar la botella, pero estaba claro que no iba a ser tan fácil.

Se quedó pensativo unos segundos.

—Está bien… lo haremos —comentó Aitor—. No quería llegar a esto, pero vigilad el piso de Mateo y, cuando lo veáis llegar, cogedlo, interrogadlo, y dad con la dichosa botella. Haced lo que haga falta. Necesitamos encontrarla lo antes posible.

—Oído —comentó Daniel—, machacar al satánico.

Aitor se pasó la mano por los ojos mientras observaba de reojo a Miguel. Nada más conectar de nuevo la alarma se había distanciado de él y acercado a la ventana para observar. Elena debía de estar en casa, pues las luces del comedor estaban encendidas.

—Yo no he dicho eso —contestó Aitor lentamente, aunque luego carraspeó—, pero si es necesario, sí.

—Está bien. Os vamos informando de todo —dijo Víctor.

—Hablamos más tarde —comentó Daniel antes de colgar.

Ambos se quedaron mirando el piso de Mateo y Elena unos segundos hasta que Daniel se apoyó contra el respaldo y miró de reojo a su compañero.

—Tengo hambre.

—Yo también —dijo sinceramente Víctor.

—De acuerdo —dijo abriendo la puerta—, iré a buscar un bar y pediré unos bocadillos y bebida…

—Y un par de cafés —añadió Víctor mientras se tiraba hacia atrás.

—Controla el piso y, si lo ves venir, avísame —dijo enseñándole el móvil.

Víctor asintió mientras Daniel cerraba la puerta del vehículo y miraba de un lado a otro. ¿Dónde podía haber un dichoso bar allí?

Aitor se quedó observando la espalda de Miguel, el cual se mantenía firme frente a la ventana. Desde aquel mediodía no había hablado mucho, algo muy extraño en Miguel. Estaba claro que aquella muchacha le importaba de verdad.

—¿Te apetece cenar? —preguntó Aitor. Miguel se giró y negó mientras se cruzaba de brazos. Aitor suspiró y se puso en pie—. Oye… no lo sabemos al 100%… —comentó lentamente mientras se acercaba.

Miguel sonrió de una forma sarcástica.

—Te agradezco que intentes animarme, pero no soy idiota. Hasta yo mismo me doy cuenta —apuntó pensativo.

Aitor se situó frente a él.

—No es culpa tuya…

—El problema es que… —apretó los labios—, parecía real. —Lo miró seriamente—. Hay algo que me hace pensar que Elena no tiene

nada que ver con esto. Es buena chica, jefe —acabó diciendo con cierta desesperación en la voz.

Aitor cerró los ojos unos segundos y tragó saliva.

—Ojalá pudiese decirte que llevas razón, pero son demasiadas casualidades…

—Lo sé —acabó con un tono de voz más enfadado. Resopló y se removió inquieto por la oficina—. Daniel y Víctor no han encontrado la botella. Quizá yo podría hablar con…

—No —lo cortó Aitor comprendiendo lo que quería decir, aunque con un tono de voz sosegado. Hablar con Elena era una opción, pero sería la última que emplearían—, es mejor que no. Lo mejor es mantenernos lo más alejados posible, al menos hasta que sepamos realmente qué está ocurriendo. No quiero revelar todo lo que sabemos. —Ladeó su cabeza y miró a su amigo con tristeza, realmente se le veía afectado—. ¿Y si es cierto y Elena nos está vigilando? ¿Y si Mateo es quien la ha enviado aquí? No podemos revelar nuestras cartas.

Miguel apretó los labios y asintió comprendiendo lo que quería decir su jefe.

—Está bien —susurró.

Aitor dio un golpecito en la espalda de Miguel y le indicó con un movimiento de cabeza que se dirigiese a la primera planta.

—Vamos, cenaremos algo y sustituiremos a Lucas y a Marcos un rato. Llevan toda la tarde vigilando a José.

Miguel asintió mientras se dirigían a las escaleras.

—¿Sabes? Ahora echo de menos las cazas de vampiros. Me iría bien una buena lucha.

Aitor asintió.

—Siempre puedes ir al gimnasio y aporrear el saco —comentó. Miguel se detuvo y lo miró divertido, Aitor lo miró confundido, pues Miguel tenía una extraña mirada. No pasaron ni cinco segundos antes de comprender lo que Miguel necesitaba. Estaba muy nervioso y necesitaba descargar adrenalina—. O bien… —dijo girándose directamente hacia él y comenzó a subirse las mangas de la camiseta. Miguel lo imitó casi inmediatamente—, podemos luchar tú y yo.

—Eso me gustaría —respondió un Miguel ansioso quitándose ya la camiseta y echándola al suelo.

—Oh, no tío… —se quejó Aitor—, lucharé contigo para que te desahogues, pero no en cueros. Ponte la camiseta —ordenó.

—Joder —comentó Miguel cogiéndola del suelo. Comenzó a ponérsela mientras una sonrisa de soslayo aparecía en sus labios. Sí, eso era lo que realmente necesitaba—. Está bien, pero vamos al gimnasio. No quiero romper nada —pronunció mientras se dirigía a las escaleras para subir a la segunda planta de nuevo.

Aitor le siguió dando una palmada.

—Vamos allá, te vas a enterar. Vas listo si crees que te lo voy a poner fácil —comentó a su espalda mientras se crujía los dedos.

Marcos, sentado en el asiento del copiloto, pulsó la palanca para tirar el asiento hacia atrás y ponerse más cómodo. Habían comido un bocadillo cada uno y tomado un café. Ahora, casi a las doce de la noche, comenzaba a agobiarse de llevar tantas horas en el todoterreno.

Llevaban desde ese mediodía vigilando la casa de José. El hombre había salido únicamente para comprar y había vuelto a su casa.

—Mira —dijo Lucas dándole un golpecito en el brazo.

Marcos se incorporó y miró hacia la casa de José. Se trataba de una casa apareada de obra vista. No parecían casas muy grandes, pero suponían que para un recién divorciado ya era suficiente.

Una mujer había llamado a su timbre y esperaba ante la puerta.

—Miguel nos dijo que José tenía una amiguita —bromeó mientras miraba interesado.

Ambos se fijaron en que llevaba una chaqueta larga de color marrón oscuro que le llegaba hasta las rodillas y vestía una falda o vestido corto, ya que se le veían las piernas.

—¿Crees que será ella? —le preguntó Lucas divertido.

—Es posible. Ahora lo veremos.

Los dos pestañearon varias veces sorprendidos cuando José abrió la puerta y, directamente, esa mujer se lanzó a sus brazos buscando sus labios. José la sujetó con fuerza de la cintura y, sin soltarla, la elevó por los aires y entró en el interior cerrando la puerta con un manotazo.

—Caray —susurró Marcos desencajando la mandíbula—. Cuánto amor… —ironizó.

Lucas le hizo un gesto de desagrado.

—¿Será una amiguita del grupo satánico?

—Vete a saber —respondió Marcos aún sin salir de su asombro. Miró de reojo a Lucas y se recostó de nuevo contra el asiento—. Creo que José se va a divertir más que nosotros dos.

—Eso está claro —respondió Lucas apoyando también su espalda en el asiento—. Creo que durante un rato podemos estar tranquilos de que no saldrá de casa…

—Ni de la habitación —ironizó Marcos mirando cómo la luz de una de las habitaciones de la planta superior se encendía.

—Pfff.

Los dos brincaron en el interior cuando Aitor golpeó con fuerza el cristal de la ventanilla de Lucas sin avisar.

—Joder —se quejó Lucas mientras bajaba la ventanilla.

Aitor los miró desde fuera del vehículo mientras Miguel lo rodeaba por delante con una medio sonrisa en dirección al asiento de Marcos.

—¿No nos habéis visto? —le preguntó Aitor sorprendido por la reacción de sus compañeros.

—¡No! —le gritó Lucas.

—Pues hemos aparcado justo detrás —señaló con un movimiento de cabeza.

Tras ellos se encontraba otro todoterreno con las luces encendidas. Tan enfrascados se encontraban hablando sobre lo de José que no los habían visto llegar.

Lucas miró extrañado el rostro de su jefe. Aitor había recibido varios golpes, uno en la mejilla donde se intuía que debía de haber un morado, y tenía también un pequeño corte en la ceja que ya estaba a punto de cicatrizar. La suerte que tenían era que, además de una fuerza superior a la de cualquier humano, podían regenerarse en cuestión de minutos.

Lucas lo escudriñó con la mirada.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—¡Coño! —gritó también Marcos al ver el rostro de Miguel que tenía unos cuantos moratones. Sin duda, habían estado en una batalla. Incluso Miguel hizo un gesto como si le doliese la zona lumbar—. ¿Estáis bien? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó nervioso.

Miguel se encogió de hombros con toda la tranquilidad del mundo, sin darle importancia.

—Nada —respondió.

Marcos se giró hacia su jefe también para observarlo.

—Venga, bajad del coche e id a casa, os relevamos hasta las ocho de la mañana, ¿de acuerdo?

—Pero ¿habéis tenido algún problema? —insistió Lucas bajando del coche.

Aitor negó mientras accedía al todoterreno y se sentaba en el asiento. Sonrió a su compañero.

—Miguel necesitaba desahogarse —rio divertido.

Lucas enarcó una ceja y miró a Miguel que también accedía al todoterreno sentándose en el asiento del copiloto mientras Marcos rodeaba el vehículo para acercarse a donde se encontraban ellos.

—¿En serio? —preguntó sorprendido. Aitor se encogió de hombros mientras Lucas se agachaba un poco para mirar a través de la ventanilla a Miguel—. ¿Estás nervioso y os dais de hostias?

—Va bien para relajarse —comentó Miguel encogiéndose de hombros.

Tanto Lucas como Marcos resoplaron.

—Bueno —comentó Marcos—, hace pocos minutos que nuestro

amigo José tiene visita en casa…

—¿Visita? —preguntó Aitor intrigado.

—Una amiguita —contestó y alzó las dos cejas repetidas veces.

Miguel miró al frente donde la luz de la segunda planta de la vivienda de José estaba encendida.

—Eso también va bien para relajarse —bromeó.

—Sí, pues conmigo no cuentes para eso —respondió Aitor en el mismo tono. Miguel puso los ojos en blanco—. ¿Nos releváis a las ocho?

—Claro —respondió Lucas.

—De acuerdo, descansad. Cualquier cosa os avisamos.

Marcos y Lucas asintieron mientras se dirigían al vehículo aparcado tras ellos.

Aitor los observó a través del retrovisor y luego se fijó en su ceja. Suponía que antes de una hora ya no tendría ni la marca.

—¿Te sientes mejor? —bromeó Aitor.

—Mucho mejor, gracias —dijo dándole un golpecito en la espalda —. Darle una paliza a tu jefe siempre funciona. Mano de santo, oye.

Aitor carraspeó.

—¿Tú una paliza a mí? Más bien ha sido al revés… pero bueno, tú sigue soñando.

Miguel sonrió divertido y miró a través de la ventana.

—Hay un bar ahí en la esquina. Voy a por unos cafés, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Aitor mientras Miguel salía por la puerta —. Pagas tú, que he ganado yo.

Miguel se giró y ladeó la cabeza.

—Pago yo y el siguiente lo pagas tú y… —dijo acercándose al coche—, lo único que has ganado, —comentó divertido mientras se alejaba—, ha sido una buena paliza.

—¡Te he oído! —se quejó su jefe.

Había sido una pelea entretenida. Una lucha siempre iba bien para calmar y templar los nervios. Aunque no se sentía lo más mínimo agotado, al menos, durante aquella hora, había despejado la mente y se había desahogado con Aitor.

Entró en el bar y se acercó a la barra.

—Dos cafés con leche largos de café, para llevar —le pidió al camarero.

Extrajo el móvil de su bolsillo y miró el privado de Elena. Aunque supiese que lo más seguro era que ella tuviese algo que ver con todo eso no podía dejar de echarla de menos, de pensar en la suavidad de sus labios, en su sonrisa, su mirada.

Inspiró intentando calmarse y esperó a que el camarero le entregase los cafés para llevar.

Debía intentar despejar su mente o, a este paso, iba a necesitar otra buena pelea con su jefe en menos de una hora.

24

Mateo miró a través de la luna de su vehículo. La lluvia caía con fuerza dificultando toda visión del exterior. Le dio de nuevo al limpiaparabrisas para observar el exterior.

Se encontraba estacionado en la calle, con el edificio que vigilaba enfrente. Con aquella tormenta solo atinaba a ver a la gente entrar y salir del edificio, sus siluetas se difuminaban en el cristal con la lluvia, siendo imposible reconocerlas, además, la mayoría llevaba paraguas, lo que hacía mucho más complicado reconocer a la persona.

Resopló mientras la luna de su vehículo volvía a acumular demasiada agua y le dio al limpiaparabrisas. No servía de nada, solo disponía de un par de segundos antes de que la lluvia nublase toda su visión.

Había llegado a Monforte de Lemos la noche anterior. Casi seis horas de trayecto. Igualmente debía acudir a la zona, así que le había sorprendido en exceso cuando había descubierto que Elena se encontraba, justamente, trabajando en una notaría de allí.

No había dudado en coger el coche y acudir a Lugo antes de lo que tenía planeado. En principio, había pedido toda aquella semana libre en el trabajo, pero pensaba acudir a Lugo el martes. Sin duda, el giro de los acontecimientos había propiciado que se marchase antes de allí.

Se alojaba en un hotel de Monforte. Aquel día había dormido hasta tarde, pues el trayecto en coche del día anterior lo había dejado agotado. A la una del mediodía había decidido acudir a la zona de la notaría esperando encontrarla, pero con aquella lluvia y desde aquella distancia apenas podía identificar a las personas que entraban y salían del edificio.

Había pensado en esperarla a la puerta de la notaría, pues según internet su horario de oficina acababa a las seis, pero había rechazado aquella idea. No sabía si habría cambiado su aspecto, quizá se hubiese cortado y teñido el pelo, dificultando más aún que la identificase. No, no iba a arriesgarse. Había llegado hasta allí y pensaba dar con ella

fuese como fuese. La encontraría. Elena no podía dejarlo abandonado como un perro. No, ella era su pareja, su mujer…

La ira volvió a apoderarse de él y bajó del vehículo sacando el paraguas. ¿Acaso pensaba que podría alejarse de él tan fácilmente?

Cerró el vehículo y se dirigió al portal de la notaría observando a la gente que paseaba a su alrededor. Pese a que solo eran las cinco y media de la tarde las nubes que cubrían el cielo hacían que el día fuese oscuro, además, en ese mes comenzaba a anochecer antes.

Entró al portal y cerró el paraguas. Subió por las escaleras. Sabía que en media hora Elena acabaría su jornada laboral, así que iba a asegurarse perfectamente de dar con ella. No iba a dejarla escapar otra vez. La cogería y la llevaría de nuevo a Zafra, a su hogar, de donde jamás debería haberse marchado.

Se situó frente a la puerta de la notaría e intentó controlar su respiración. No estaba nervioso, sino ansioso por volver a verla.

Llamó al timbre y esperó a que abriesen.

Una mujer de mediana edad con el pelo castaño recogido en un moño abrió la puerta. Mateo puso su espalda totalmente recta, por un segundo había pensado que sería Elena la que abriese y ya estaba preparado para bloquear la puerta si fuese necesario. No, Elena le iba a escuchar e iba a volver a Zafra con él cuando acabase sus asuntos en Lugo.

—Buenas tardes —dijo Arancha abriendo más la puerta para que entrase—. ¿Alberto García? —preguntó mientras cerraba la puerta tras él.

El joven negó.

—No —dijo mirando de un lado a otro y luego sonrió a Arancha —. He quedado con Elena Castillo.

—Ah —respondió Arancha—. Si espera un momento… —dijo indicándole que la siguiese por el pasillo hacia la primera puerta donde había una sala de espera—, la avisaré, está acabando una reunión. —El muchacho entró y se dirigió a una de las sillas—. ¿Cuál es su nombre?

Él la miró seriamente, aunque luego sonrió de una forma forzada.

—Mateo González, soy su pareja.

Arancha pestañeó varias veces, asombrada, y luego sonrió hacia él.

—Oh, vaya, pues… encantada de conocerle —indicó Arancha un poco desubicada. Mateo la miró sorprendido, ¿acaso ella no había explicado que tenía pareja? Mateo cada vez se ponía más y más nervioso, casi cegado por la ira—. Enseguida le aviso.

Mateo depositó el paraguas a su lado y se quedó sentado en la silla, intentando calmar sus nervios.

Elena miró con una sonrisa al cliente y asintió.

—Sí, así es —contestó ella—. Normalmente, cuando hay una propiedad entre dos cónyuges o una pareja con hijos, al fallecimiento de uno de los cónyuges ese 50% pasa en usufructo al otro, es decir, tiene el uso y disfrute al 100% de la vivienda, no la propiedad. La propiedad pasa a los descendientes, pero estos no podrán echarlos de la casa hasta el fallecimiento del superviviente.

La mujer miró a su marido y asintió.

—Me parece muy bien. Mi nuera… —comentó con voz enfadada —, está deseando quedarse con nuestra casa y nos da miedo que el día que uno falte quiera echar al otro.

Elena asintió sin querer meterse en la discusión sobre su familia.

—De esta forma estarán protegidos cuando uno de los dos fallezca y…

—Sabes que nuestro hijo no lo permitiría —le respondió el hombre.

—¿Carlos? —ironizó la mujer—. Carlos hace todo lo que ella le dice. —Miró a Elena—. Ese chico es mi hijo, pero no tiene sangre en las venas ni orgullo propio, se lo ha quedado todo su mujer. La muy… —La mujer dejó la frase sin acabar solo por educación.

El notario muy amablemente miró a la pareja.

—¿Tienen alguna pregunta más? ¿Algo que no les quede claro? — La pareja se miró de nuevo y negó—. De acuerdo —dijo tendiendo un bolígrafo a cada uno de ellos—. Deben firmar los dos cada hoja.

Elena se incorporó sobre la mesa.

—Uno que firme arriba y otro abajo, aquí, en el lateral —explicó ella señalándoles.

En cuanto firmaron, el notario se puso en pie, tendió la mano a los dos, estrechándola, y salió del despacho.

—Pues ya está todo. Si esperan un momento cogeré unos sobres y les guardo el testamento.

—Claro, guapa —contestó la mujer con una sonrisa.

Salió del despacho y se dirigió por el pasillo a la entrada donde se encontraba Arancha imprimiendo unos documentos.

Arancha se giró y le sonrió.

—¿Ya has acabado la reunión? —preguntó Arancha.

—Casi —respondió ella cogiendo unos sobres. Miró el reloj de su muñeca. Marcaba las cinco y media—. Hoy podremos volver a casa puntuales —bromeó ella.

—Bueno, yo tengo la última visita ahora —indicó Arancha.

—¿Ahora?

—Una consulta rápida —explicó Arancha—. Tiene que estar a punto de llegar. —El timbre de la notaría sonó—. Ahí está —dijo sonriente—. Oye, ¿te apetece luego un café?

Elena le sonrió mientras se dirigía al pasillo con el sobre.

—Sí, claro —dijo volviendo por el pasillo hacia el despacho donde esperaban la pareja que acababa de firmar el testamento.

Arancha fue hacia la puerta y abrió.

—Buenas tardes —dijo abriendo más para que entrase—. ¿Alberto García? —preguntó mientras cerraba la puerta tras él. Miró al muchacho de la cabeza a los pies, pues tenía buena planta.

El joven negó.

—No —dijo mirando de un lado a otro y luego sonrió a Arancha —. He quedado con Elena Castillo.

—Ah —respondió Arancha—. Si espera un momento… —dijo indicándole que la siguiese por el pasillo hacia la primera puerta donde había una sala de espera—, la avisaré, está acabando una reunión. —El muchacho entró y se dirigió a una de las sillas—. ¿Cuál es su nombre?

Él la miró seriamente, aunque luego sonrió de una forma forzada.

—Mateo González, soy su pareja.

Arancha pestañeó varias veces, asombrada, y luego sonrió hacia él.

—Oh, vaya, pues… encantada de conocerle —indicó Arancha un poco desubicada—. Enseguida le aviso.

Salió de la sala y comenzó a reír. Vaya con Elena, se lo había tenido muy callado.

Justo vio cómo la pareja a la que acababa de atender Elena salía del despacho con el sobre en la mano.

—Buenas tardes —se despidió de ellos cuando pasaron por su lado. Fue hacia el despacho donde Elena atendía a los clientes y se realizaban las lecturas de escrituras y cerró la puerta tras ella.

Elena estaba apagando el ordenador. Se giró y miró a una Arancha muy sonriente. La observaba de una forma pícara.

—¿Qué te pasa? —preguntó Elena divertida.

—¿No tienes nada que decirme? —le preguntó aún apoyada contra la puerta. Elena la miró sin comprender y negó—. ¿Seguro que no? —canturreó.

Aquella entonación hizo que Elena riese más aún.

—¿Qué ocurre? —preguntó risueña.

Arancha dio unos pasos hacia ella, como si prácticamente fuesen unos pasos de baile. Elena la miraba divertida.

—¿Desde cuándo tienes novio? —canturreó.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Novio? —preguntó mientras cogía unos documentos.

—Sí, ha venido un chico a recogerte y… bueno… es bastante guapo —dijo con una gran sonrisa, a punto de ponerse a dar palmas —. ¿Por qué no me lo habías dicho? —se quejó.

La imagen de Miguel le hizo sonreír. ¿Había ido a buscarla? Bueno, el fin de semana había estado muy ocupado trabajando y habían tenido que aplazar su cita. ¿Había ido a buscarla para darle una sorpresa? Una gran sonrisa inundó su rostro.

Elena movió la mano como si espantase una mosca.

—Bueno, realmente… —dijo pensativa mientras acababa de ordenar los documentos—, no sé lo que somos —se encogió de hombros.

—Pues él parece tenerlo muy claro, me ha dicho que es tu pareja —rio.

Elena la miró sorprendida y luego comenzó a reír. Ella también se había planteado qué eran después de lo que había ocurrido entre ellos. Sintió cómo sus mejillas se teñían de carmín y su corazón latía con más fuerza.

—Vamos a dejar el café para otra tarde, ¿verdad? —preguntó Arancha con un tono que pretendía ser triste, aunque la sonrisa que tenía en su rostro la delataba. Sí, parecía realmente feliz por ella.

Elena se encogió de hombros.

—Lo siento, es que no sabía que iba a venir. —Ladeó su cabeza—. Habíamos quedado este domingo para ir al cine, pero al final él no pudo.

—Pues es un bonito detalle que venga a buscarte.

Ella lo miró sonriente y asintió. Arancha fue hacia ella y le cogió la mano.

—Me alegro mucho por ti —dijo esta vez con sinceridad—. ¿Te queda mucho por hacer?

Elena negó.

—No, llevar estos documentos a mi despacho. Mañana tengo que mirármelos.

—Déjalo, ya te los llevo yo. No lo hagas esperar —dijo acercándose a la mesa para coger las tres carpetas—. Te los dejaré encima de la mesa. —Elena no parecía muy segura—. Venga, va, vete con él… —miró el reloj de la pared—, quedan solo diez minutos para cerrar. Vete —insistió ella.

—Muchas gracias —dijo finalmente—. Te debo un café —dijo dirigiéndose a la puerta.

—No es nada. Un día ya me presentas formalmente a Mateo, ¿eh? —preguntó cogiendo los documentos.

Elena se quedó totalmente paralizada frente a la puerta al escuchar aquel hombre. Su mano se encontraba a pocos centímetros del pomo. Sintió que el corazón se le paralizaba y se quedaba sin respiración. ¿Arancha había dicho Mateo?

Se giró hacia ella mientras su cuerpo comenzaba a temblar.

—¿Qué? —preguntó intentando controlar su respiración.

Arancha cogió las tres carpetas.

—Que ya me lo presentarás en otro momento —comentó ella risueña, aunque al mirarla se preocupó. Elena permanecía totalmente paralizada, incluso pudo observar cómo su tez abandonaba todo el color y comenzaba a temblar. Depositó de nuevo las tres carpetas sobre la mesa y corrió hacia ella—. Elena, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Ni siquiera podía respirar.

—¿Has… has dicho Mateo? —tartamudeó.

—Si, claro —respondió Arancha sin darle importancia. Cogió sus manos y sintió lo frías que estaban—. ¿Necesitas que lo avise? —preguntó cogiéndola por los brazos para sentarla.

Elena negó en redondo.

—No, no… Arancha —dijo cogiendo sus manos, al borde de las lágrimas—. Ese chico… ¿es rubio?, ¿muy alto?

—Sí —respondió ella sin comprender qué ocurría.

Elena se llevó la mano a la boca al notar cómo su labio inferior comenzaba a temblar. ¿Mateo? ¿Mateo estaba allí? ¿Cómo la había encontrado? Su mente trabajó rápido. Sabía que a través de los juzgados se podía solicitar la vida laboral, pero para eso debías tener un expediente judicial abierto. ¿Cómo lo había hecho? Había sido una ilusa al pensar que aquella nota amenazante lo detendría.

—¿Dónde está? —preguntó Elena acelerada.

—Le he dicho que esperase en la sala de espera —contestó aún preocupada—. Oye, ¿estás bien? —insistió Arancha.

Elena tragó saliva y volvió a coger su mano sin poder contener las lágrimas. La había encontrado, sabía que cabía aquella posibilidad, pero había esperado que con la amenaza no lo hiciese. Jamás podría tener una vida normal… Contuvo las lágrimas e intentó mantener la mente fría. Debía irse de allí cuanto antes.

—Arancha… necesito ayuda —balbuceó

—¿Qué necesitas? —preguntó ella acelerada.

Elena inspiró con fuerza y la miró con temor.

—Ese… no es mi novio —le confesó.

Arancha lo miró confundida.

—Ah, ¿no?

Elena negó efusivamente.

—Lo era, pero… —volvió a gemir—, cuando me marché de Zafra fue porque… hui de él. Me… —tragó saliva—, me maltrataba.

—¿Qué? —preguntó totalmente sorprendida.

—Prometo que te lo explicaré todo, pero ahora necesito salir de aquí sin que me vea —sollozó.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió acelerada—, tranquila, tesoro. Lo primero, ¿avisamos a la policía?

Elena negó.

—No tengo ninguna denuncia contra él, no hay orden de alejamiento, además, es el fiscal de Zafra.

—Entonces, ¿qué necesitas? —dijo buscando una solución rápida.

—Avisaré a la policía, pero lo primero que tengo que hacer es marcharme de aquí. Si me ve… me matará —sollozó.

—Shhh… shhh… —intentó calmarla. Se quedó pensativa—. Está en la sala de espera, puedes ir por el otro lado. Yo le diré que en diez minutos acabas la reunión.

Elena asintió mientras Arancha se dirigía ya a la puerta.

—Tengo… tengo mi bolso en el despacho con las llaves del coche —dijo Elena intentando ordenar las ideas.

—De acuerdo, espera —reaccionó Arancha.

Abrió la puerta con naturalidad y cruzó el pasillo para dirigirse al despacho de Elena. Fue directamente hasta el escritorio y cogió su bolso. Volvió al despacho de firmas y se lo entregó a Elena.

—Vamos —dijo indicándole la otra puerta—. Vete, yo lo entretengo.

—Gracias —le susurró ella—. Luego te llamo —dijo antes de abrir la puerta.

Por suerte, el piso donde se ubicaba la notaría era un antiguo piso habitable, transformado en una notaría, y se podía acceder al rellano bien por el pasillo donde se encontraban los despachos o bien desde el otro pasillo donde se encontraba el aseo y la cocina.

Elena avanzó rápidamente por el pasillo y llegó al rellano. Avanzó con cuidado mientras escuchaba a su amiga Arancha entrar en la sala de espera.

—Disculpe, sigue reunida, no he querido interrumpirla, pero supongo que en diez minutos como mucho acabará y…

No escuchó más. Fue rápidamente hacia la puerta y salió de la notaría a toda prisa.

Ni siquiera cuando cerró la puerta tras ella se sintió aliviada. Bajó a toda prisa las escaleras de las dos plantas y salió a la calle. La lluvia la empapó al momento. No llovía con mucha intensidad, pero sí lo suficiente como para que la calase rápidamente.

Corrió hacia el subterráneo donde aparcaba cada día buscando en su bolso las llaves del coche. Era tal el temblor de sus manos que no atinaba a encontrar nada dentro.

Por suerte, el parquin se encontraba a dos manzanas. Accedió a este y subió a toda prisa a su coche. Lo arrancó y pisó el acelerador dirigiéndose a su casa.

Esto no podía estar ocurriéndole. Ahora que comenzaba a sentirse feliz, a disfrutar de la vida… él aparecía de nuevo. No la dejaría en paz, jamás lo haría. Ya se lo había dicho muchas veces. Ella era suya, para siempre.

Accionó el limpiaparabrisas mientras circulaba a gran velocidad por las calles de Monforte para tomar el desvió rumbo a su casa.

El hecho de que hubiese ido a buscarla a la notaría le indicaba que no sabía dónde vivía, si no, a buen seguro la habría esperado allí para sorprenderla. Estaba claro que había ido allí para provocarla, para darle a entender que a él no le importaba lo más mínimo nada, solo reivindicarla como suya. Además, mucho mejor interceptarla en un lugar cerrado como las oficinas de un puesto de trabajo donde sabía que ella no montaría ningún espectáculo, que no en la calle donde podría huir y correr. Miró por el retrovisor para asegurarse de que nadie la seguía.

Se limpió las lágrimas y rebuscó con su mano el móvil en su bolso. Ella solo quería vivir en paz, ser feliz… Ahora comenzaba a tomar las riendas de su vida, tenía una casa, su jardín… a Miguel. Sollozó más. ¿Qué iba a hacer? Miró el móvil. Le había dicho a Arancha que avisaría a la policía… quizá era el momento de sincerarse finalmente con él, de explicarle todo lo que había vivido. Sabía que él la protegería frente a todo.

Marcó su número mientras centraba la vista en la carretera y depositó el teléfono en el asiento de al lado con el manos libres activado para poder hablar. La lluvia caía con fuerza sobre la luna delantera del coche. A esa velocidad los limpiaparabrisas iban a su máxima potencia.

Tragó saliva cuando sonó el primer tono de llamada. ¿Cómo decírselo? Entre ellos había algo más y… no había sido sincera del todo con él. Le había dicho que había dejado su relación con su ex cuando, realmente, había huido de él.

Comenzó a impacientarse cuando sonó por quinta vez y no descolgó el teléfono. Las lágrimas comenzaron a resbalar por su mejilla con rapidez.

Colgó el teléfono y situó las dos manos sobre el volante, intentando calmar su respiración. Puede que estuviese trabajando, seguro que la llamaría cuando viese la llamada, aunque quizá, para entonces, ella ya se encontrase muy lejos… no pensaba quedarse allí. Sabía que si había dado con su lugar de trabajo lo próximo que haría sería dar con ella, que se las ingeniaría de cualquier forma y que, al final, la mataría. No, ya había aprendido que debía limitarse a preocuparse de sí misma. Cuanta más distancia hubiese entre ellos, más segura estaría.

Arancha volvió a mirar el reloj que marcaba las seis en punto de la tarde. Elevó su mirada desde el pasillo hacia esa sala donde esperaba Mateo. No es que conociese de mucho tiempo a Elena, pero por lo poco que la conocía sabía que era una buena chica, alegre y sincera.

Jamás había visto una expresión de tanto miedo en el rostro de alguien.

Se despidió de su compañero y suspiró.

No podía dejar a ese hombre ahí. Iba a dirigirse hacia la sala de espera cuando la puerta que se encontraba entreabierta acabó de abrirse con bastante brusquedad.

Mateo se asomó mirando de un lado a otro. Arancha le sonrió aparentando normalidad.

—Disculpa… —dijo con naturalidad—, he estado reunida y no he podido hablar con Elena. Creo que se ha marchado. ¿Acaso no te esperaba?

Mateo arqueó una ceja en su dirección y miró de un lado a otro del pasillo. Al final de este había un hombre que suponía que debía de ser el notario. Centró la mirada en la mujer que lo contemplaba mostrando indiferencia.

De nuevo volvió a notar que la furia se apoderaba de él. Notó todos sus músculos en tensión y se dirigió hacia ella caminando con agresividad. Se situó frente a Arancha que lo miraba sorprendida por la expresión de su rostro.

—¿Creéis que soy idiota? —gritó desquiciado.

Arancha dio un paso hacia atrás, asustada por el grito. En un principio le había parecido un chico educado e incluso atractivo, por eso no había podido disimular su entusiasmo con Elena cuando este le había dicho que era su pareja. Ahora, realmente, con aquella expresión, daba miedo.

La cogió del brazo acercándola a él, amenazante.

—¿Dónde está Elena? —rugió.

—Disculpe —pronunció el notario que se dirigía hacia ellos caminando rápidamente por el pasillo, sin duda para ayudar a una de sus oficiales—, suéltela de inmediato —ordenó.

Mateo apretó los labios y la soltó, aunque no estaba conforme con la orden y el tono que había empleado el notario con él—. ¿Qué se cree que está haciendo? —dijo llegando hasta él.

Mateo los miró a los dos. De nada servía quedarse allí a discutir. Si Elena no se encontraba allí estaba claro que debía haber salido pocos minutos antes, quizá aún tuviese suerte y pudiese dar con ella.

—¡Malditos seáis! —gritó girándose para dirigirse a la puerta.

No pronunció nada más, solo atinó a escuchar cómo el notario le preguntaba a la oficial si quería que llamase a la policía antes de cerrar la puerta tras él.

Bajó las escaleras saltando los escalones de dos en dos, como alma que lleva al diablo, y salió del portal sin siquiera abrir el paraguas.

De inmediato quedó totalmente empapado. Miró de un lado a otro, nervioso. La gente caminaba a su alrededor oculta por capuchas

y paraguas. Así le iba a ser imposible identificarla.

—¡Joder! —gritó desesperado llamando la atención de unos cuantos transeúntes. Fue directo hacia el vehículo y cuando entró en él dio un sonoro portazo de puros nervios.

No, ahora que estaba tan cerca no iba a permitir que se le escapase. Elena estaba allí mismo, no iba a volver a perderla. No había querido hacerlo, pero no sabía dónde se alojaba, donde buscarla. Él no lo sabía, pero puede que otros sí.

Extrajo el teléfono móvil de su bolsillo y buscó una fotografía de ella. Por suerte, tenía muchos contactos en Lugo, tanto de la alta esfera como en la baja. Sabía que algunos de ellos vivían allí, en Monforte. No era un pueblo muy grande, con suerte la habrían visto.

Escogió una de las últimas fotografías de ella y la compartió con toda la gente conocida de la zona. Luego la acompañó de un mensaje.

Mateo: Urgente. Busco a esta chica. Responde al nombre de Elena. Si la veis, avisadme. Es de vital importancia.

Inspiró con fuerza cuando el mensaje se envió y arrojó el teléfono sobre el asiento del copiloto. Daría con ella sí o sí y, cuando lo hiciese, le enseñaría quién mandaba allí. Con él no se jugaba de aquella forma.

25

Aitor puso los ojos en blanco mientras escuchaba a su compañero Lucas narrar las aventuras de José.

—Sí, la chica ha vuelto sobre las cuatro de la tarde… —rio—, y han vuelto a encerrarse en la habitación de la planta superior. Al menos, eso creemos Marcos y yo.

—Vaya, vaya con Joselito.

—Pues eso digo yo… vaya, vaya… —continuó Lucas—. Así que nos hemos desplazado a la notaría de Elena y estamos vigilando también.

Aitor miró hacia Miguel, el cual permanecía frente a la ventana de la oficina situada en la segunda planta de su vivienda. Miguel llevaba un buen rato ahí, observando la casa de Elena.

Chasqueó la lengua y volvió a mirar el móvil.

—¿Alguna novedad?

—¿A parte de la tormenta que está cayendo? —ironizó Marcos—. Nada de nada —dijo mirando al frente.

—Supongo que saldrá ya mismo del trabajo, faltan solo un par de minutos para las seis —indicó Lucas—. Lo que, con esta mierda de lluvia… —dijo mientras pulsaba el botón de los limpiaparabrisas—, no se ve casi nada.

—Ya —respondió Aitor volviendo a mirar a Miguel—. Bueno, cuando veáis a Elena avisadnos, seguidla hasta casa y luego podéis volver a la vigilancia de José. —Miró su reloj de pulsera—. Sobre las ocho os reemplazaremos.

—Eh —interrumpió Marcos antes de que Aitor cortase la llamada —. ¿Y Daniel y Víctor? ¿Siguen en Extremadura? ¿Alguno nuevo?

—Nada, por lo visto Mateo no aparece por ahí —respondió Aitor.

—Bufff… pues vaya —respondió Lucas que miró a su compañero y se encogió de hombros—. Bueno, cualquier cosa te avisamos.

—Está bien, hasta luego —se despidió antes de cortar la llamada.

Aitor se puso en pie y guardó su móvil en su bolsillo. Aquellos días estaban siendo lentos y pesados, aunque, sin duda, lo peor de

todo era que estaban totalmente atascados, sin poder avanzar.

Caminó hacia donde se encontraba Miguel y observó el paisaje a través de la ventana. Llovía con fuerza. El día estaba muy oscuro, suponía que en media hora anochecería del todo.

Miró de reojo a su compañero, el cual vigilaba la vivienda de Elena y la carretera.

—¿Necesitas otra pelea? —preguntó Aitor intentando darle algo de conversación.

—Por ahora no, pero gracias —contestó sin mirarlo, con la vista clavada en la carretera.

Hubo un silencio bastante largo entre los dos hasta que Miguel se decidió a hablar para dar algo de conversación.

—¿Qué tal se encuentra Nerea?

Aitor lo miró de reojo.

—Muy bien. No ha vuelto a tener esas pesadillas.

Miguel asintió conforme con lo que decía.

—Me alegro —respondió.

—Ahora, estos días, hemos decidido que mejor se quede en su casa. Nunca se sabe cuándo vamos a tener que salir corriendo —ironizó.

Miguel volvió a asentir.

Ambos se giraron hacia el ordenador cuando este emitió un pitido agudo.

—¿Es un mensaje? —preguntó Miguel.

Aitor se dirigió rápidamente hacia el ordenador.

—Eso parece —respondió sentándose en la silla y moviendo el ratón para abrir las pantallas.

Miguel se apoyó contra la pared cruzándose de brazos mientras Aitor leía el mensaje, aunque llamó su atención cuando inspiró con fuerza y se puso totalmente erguido en la silla, en tensión.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel.

Aitor tragó saliva y se giró hacia Miguel.

—Esto no te va a gustar —puntualizó nervioso.

Miguel avanzó rápidamente hacia él, colocándose a su espalda para observar la pantalla. Se quedó sin respiración. Notó cómo la boca se le secaba y el corazón comenzaba a latirle con más fuerza. Aitor se quedó observándolo.

—Elena —susurró él al ver su fotografía.

—El privado es de José —explicó Aitor y leyó el mensaje que había después de la fotografía—. Urgente. Busco a esta chica. Responde al nombre de Elena. Si la veis, avisadme. Es de vital importancia.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —preguntó Miguel de los nervios.

Los dos desviaron la mirada hacia la ventana cuando escucharon un vehículo derrapar frente a su casa.

Miguel fue directo a la ventana. Reconoció el vehículo de Elena. Nada más detenerse, Elena salió del vehículo a toda prisa y corrió nerviosa hacia la puerta de su vivienda. Miguel observó atento cómo Elena removía en su bolso buscando las llaves. Las encontró, pero tal era el temblor de sus manos que se le cayeron al suelo. Se agachó para recogerlas y esta vez sí abrió la puerta. Miguel se fijó en sus movimientos tensos y temblorosos, parecía muy nerviosa. Eso no podía ser fingido, ni siquiera ella sabía que él la estaba vigilando.

Se giró y observó a Aitor investigar ese privado.

—Es el mismo privado en el que le dijo que quedaban el miércoles, que la tenían —indicó.

Miguel lo miró confundido.

—¿Mateo? —le preguntó.

—Eso parece.

Algo no encajaba. Se giró y observó que Elena ya había entrado a su domicilio, pues las luces del comedor estaban encendidas.

Necesitaba averiguar de qué se trataba todo eso. Si realmente Elena estaba colaborando con Mateo para infiltrarse en la división, tal y como ellos creían, ¿por qué iba a pasar la fotografía al maestre de la orden satánica de Lugo? Eso no tenía sentido.

Avanzó directamente hacia la puerta. Se le había agotado la paciencia.

Aitor lo interceptó, deteniéndolo.

—¿Qué haces?

—¿Tú que crees? —preguntó Miguel retóricamente.

Aitor lo miró fijamente.

—Puede ser una trampa —respondió intentando calmar a su amigo.

Miguel lo rodeó directamente.

—Me arriesgaré —dijo saliendo de la oficina con paso apresurado.

Bajó los escalones y se dirigió a la puerta.

Fuera llovía con ganas. Ni siquiera cogió un paraguas o algo con lo que resguardarse. Avanzó por la calle en dirección a la casa de Elena, con pasos rápidos, quedándose totalmente empapado. No le importaba, lo único que necesitaba era averiguar qué estaba ocurriendo.

Se situó frente a la puerta de Elena y llamó con un par de golpes.

Elena acabó de bajar las escaleras con la maleta y la tiró sobre el sofá. La abrió y comenzó a introducir ropa sin doblarla. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes o sabía que tarde o temprano Mateo daría con ella.

Los golpes en la puerta le hicieron brincar. Se quedó mirando

fijamente la puerta y dio unos pasos al lado hasta la cocina donde en el mármol había un cuchillo, cogiéndolo y sin dejar de observar la puerta.

Volvieron a llamar y situó el cuchillo por delante de ella como si así pudiese defenderse. ¿La había encontrado? Notó cómo sus ojos se humedecían mientras sujetaba el cuchillo por delante de ella, con la mano temblorosa.

—Elena, abre, soy Miguel —escuchó que decían desde fuera.

En ese momento volvió a respirar y bajó el cuchillo.

—¿Miguel? —susurró al borde de un ataque de ansiedad.

Dejó el cuchillo en el mármol y corrió hacia la puerta. La abrió y se quedó observándolo unos segundos. Miguel la miraba de una forma expectante, esperando alguna reacción por parte de ella.

Elena no lo dudó y se arrojó sobre él buscando un abrazo, rompiendo a llorar.

Miguel la recibió entre sus brazos totalmente asombrado, en ese momento sintió todo su cuerpo temblar contra el suyo y cómo su llanto hacía que se estremeciese.

El muro que Miguel había trazado a su alrededor se derrumbó al sentir sus lágrimas. Aun así, no debía guiarse solo por su corazón, debía saber qué estaba ocurriendo y actuar en consecuencia.

Miguel entró aún abrazado a ella en la casa y, cuando cerró la puerta, la distanció un poco de él para observarla. Elena estaba pálida, parecía estar al borde de un ataque de ansiedad y sus mejillas estaban empapadas por las lágrimas vertidas.

Sujetó su cara entre sus manos, contemplándola.

Ella tragó saliva y se quedó pensativa. ¿Cómo explicar todo lo que había ocurrido? Estando él ahí se sentía segura, pero tampoco podía pedirle a él que luchase por ella, que se enfrentase a Mateo, sabía lo violento que podía ser y jamás se perdonaría si le ocurriese algo.

Miguel permanecía pensativo, pero observó cómo sobre el sofá había una maleta abierta con ropa arrojada en su interior.

La miró confundido.

—¿Te marchas? —preguntó incrédulo. Ella dio un paso hacia atrás y observó la maleta abierta—. ¿No ibas a decirme nada?

—Te he llamado —contestó. Miguel se puso erguido—, pero no me has contestado —acabó sollozando.

Ambos se miraron unos segundos, intentando calmar sus emociones, pues estaban demasiado nerviosos los dos.

Elena tragó saliva y cerró los ojos unos segundos, intentando explicarse.

—Te… te he mentido… —susurró.

Miguel la miró fijamente mientras su corazón se desbocaba.

—Lo sé —contestó con la voz pausada.

Elena lo escudriñó con la mirada.

—¿Lo sabes? —preguntó sin comprender. Miguel permanecía en tensión ante ella, así que se removió inquieta—. No dejé mi relación con Mateo —se mojó los labios—, hui de él.

Miguel ladeó su cabeza, pues eso no se lo esperaba.

—¿Huiste?

Elena se pasó la mano por el brazo, acariciándoselo.

—Siempre había sido muy controlador —susurró y apartó la mirada de él, hacia el suelo—, pero los tres últimos años se volvió muy agresivo —acabó llorando y lo miró con pena—. Me pegaba —admitió entre lágrimas—, y me amenazó con que si alguna vez lo dejaba me mataría. —Tragó saliva—. Por eso hui de Zafra y me vine aquí.

Miguel se quedó contemplándola fijamente, sin saber cómo reaccionar ante lo que ella le explicaba.

—¿Te maltrataba? —preguntó esta vez con más suavidad. Ella lo miró y asintió—. Y… ¿cómo es posible que acabases aquí? ¿Al lado de nuestra casa? —Ella lo miró sin comprender—. ¿Nos espiabas? —preguntó esta vez con un tono de voz más enérgico.

Ella desencajó la mandíbula al escucharlo.

—¿Espiaros? ¿A vosotros? —preguntó con un grito—. ¿Y por qué iba yo a espiaros a vosotros? —Miguel seguía observándola fijamente, como si no acabase de creerse lo que le explicaba—. Mi amiga me prestó esta casa y…

—Ya —la cortó. Colocó las manos en su cintura y dio un paso hacia ella. Elena lo miraba sin dar crédito—. Nosotros estamos investigando a Mateo… —Aquel dato sorprendió a Elena que se removió inquieta.

—¿Investigándolo? —Miguel analizaba cada uno de sus movimientos, de sus palabras—. ¿Por?

—Creo que ya lo sabes…

—¡No! ¡No lo sé! —gritó desesperada y se removió por el salón—. Lo único que sé es que no es buena persona, pero siempre me mantuvo apartada de su trabajo y de sus amistades.

—¿Te suena el nombre de Thelema? —preguntó sin moverse.

Elena negó con la cabeza.

—No.

Miguel la escudriñó de la cabeza a los pies. Quería más que nada confiar en ella, pero necesitaba aclarar las cosas totalmente antes de hacerlo.

—Es una sociedad secreta de carácter satánico.

Pudo ver cómo Elena daba un paso hacia atrás y abría los ojos como platos. Se quedó observando cómo se internaba en sus pensamientos, como si recordase.

—Sé que se reunía con sus amigos cada viernes —susurró ella—, y hubo una vez que… —tragó saliva e hizo un gesto de dolor, como si los recuerdos la atormentasen—, estaba reunido en una de las habitaciones junto a un grupo, todos vestían de igual forma, con una capa negra con la cabeza cubierta. —Tragó saliva—. Había una estrella dibujada en el suelo y muchos candelabros. —Lo miró—. Pero jamás me comentó lo que hacía, de hecho… yo tampoco me atreví a preguntarlo —se sinceró.

—Es una sociedad muy peligrosa —admitió—, y sospechamos que él es el líder.

—¿El líder?

—Sí, el jefazo supremo—aclaró.

Ella tragó saliva.

—Yo… —tartamudeó—, yo no sé nada de eso. Simplemente me alejé de él, pero… esta tarde se ha presentado en la notaría…

—Espera, ¿qué? —la cortó sorprendido.

—Por eso te he llamado —sollozó—. ¡Tú eres policía! —lo señaló —, iba a explicártelo todo y a pedirte ayuda —lloró al final—. No sé cómo me ha encontrado, intuyo que solicitó mi hoja de vida laboral y vio que estaba trabajando aquí… y se ha presentado en la notaría donde trabajo —acabó llorando.

—¿Él está aquí?

—¡Sí! —gritó de los nervios—. Una compañera me ha ayudado a escapar de la notaría sin que él se diese cuenta, pero sé que me encontrará tarde o temprano. Lo hará y… —comenzó a temblar—, cuando lo haga me matará —gimió.

Ahora comprendía por qué había enviado la fotografía de ella a José, además, el mensaje llevaba implícito que no era la única persona a la que habían enviado su fotografía. Había logrado escapar de la notaría y ahora no sabía dónde encontrarla.

Cogió su mano y la atrajo hacia él, abrazándola. No quería ni pensar en lo que había debido sufrir, en el miedo que debía tener.

—Te prometo que no te ocurrirá nada —le susurró.

Ella comenzó a llorar más fuerte en su pecho, desahogándose de todos los nervios que había padecido aquella última media hora. Junto a él se sentía protegida.

Se separó levemente de él y lo observó a los ojos.

—Mateo es muy peligroso —le susurró.

—Lo sé —respondió Miguel y luego le sonrió intentando que se calmase—. Pero yo también lo soy, seguramente más que él.

—Puede que tenga armas…

—Yo tengo más armas que él, seguro. —Alzó sus dos cejas haciendo que ella sonriese por primera vez. Miguel acarició su mejilla —. No te preocupes. Lo detendremos.

Ella lo miró esta vez intrigada y ladeó su cuello.

—Me has dicho que lo estabais investigando, ¿por qué? —preguntó.

Miguel inspiró con fuerza y finalmente asintió.

—De acuerdo. Tenemos que hablar —pronunció cogiendo su mano. La miró fijamente, buscando las palabras adecuadas para decir todo aquello—. No soy policía —acabó diciendo.

Ella lo miró confundida.

—¿No… no eres policía? —preguntó dando un paso hacia atrás, soltándose de su mano.

Miguel suspiró.

—Pertenezco a la DAE, División de Agentes Externos, trabajamos para el CNI.

Elena tragó saliva.

—¿El Centro Nacional de Inteligencia? —preguntó sorprendida.

Miguel asintió e inspiró intentando calmarse.

—Investigamos casos… mmm… extraños —acabó diciendo.

—¿A qué te refieres?

Miguel resopló. Aquello era más difícil de explicar de lo que había imaginado, pero estaba dispuesto a sincerarse con ella. Debía hacerlo.

—Aquí en Galicia no se han dado casos, pero solemos tratar casos de… mmm… vampirismo… licantropía… aunque realmente nos enviaron aquí porque, según el CNI, había un aumento de la brujería.

Ella pestañeó varias veces.

—¿Investigas casos de asesinatos?

—Sí —reaccionó él rápidamente.

—Sé… —dijo intentando mantener la calma—, sé que hay una enfermedad en que la gente se alimenta de sangre y gente que…

—No, no… —la cortó—, no estamos hablando de enfermedades. Hablo de casos reales —puntualizó él.

Ella dio un paso hacia atrás, como si estuviese perdida en la conversación.

—Eres… ¿una especie de estudioso de lo paranormal? —intentó aclararse—. ¿Como un cazafantasmas?

Miguel se removió nervioso y chasqueó la lengua.

—No es que los estudie. Lucho contra ellos —aclaró.

Ella sonrió como si se tratase de una broma.

—Luchas contra… ¿vampiros? —ironizó.

Él ladeó su cabeza.

—Bueno, llevo una temporada que no. En Galicia lo que hemos encontrado son muchos casos de posesiones…

—¿Demoníacas?

—Sí —respondió con sinceridad.

—Entonces… ¿eres un exorcista?

—No, no… —volvió a negar—, aunque colaboramos con uno. —Inspiró con fuerza intentando calmar sus nervios—. En las posesiones, los poseídos adquieren una fuerza increíble… nosotros podemos contrarrestarlos.

Ella rio incrédula.

—¿Me estás hablando en serio?

—Jamás he hablado más en serio. —Se apoyó contra la mesa cruzándose de brazos. La miró y apretó los labios—. Llevamos unos meses donde ha habido muchas posesiones, y, en todas ellas, los demonios encarnados repetían que las puertas del infierno se abrirían. —Elena enarcó una ceja—. La orden secreta de Thelema, de la cual creemos que tu ex pareja es el líder, tiene en su poder una botella muy peligrosa.

Elena intentaba ordenar las ideas.

—¿Una botella?

Miguel asintió.

—El rey Salomón logró encerrar a setenta y dos demonios en botellas.

—Espera… —lo detuvo—, ¿el rey Salomón? —Miguel asintió—. ¿Me estás hablando del rey Salomón de la Biblia? ¿El que construyó el templo de Salomón? —insistió.

—El mismo —afirmó. Ella lo miraba totalmente expectante—. La botella que tiene Mateo y que pretende abrir es la más peligrosa de todas. ¿Has oído hablar de Astaroth? —Ella negó—. Era un serafín del trono de Dios, uno de los ángeles con más poder, pero este cayó convirtiéndose en un demonio. La botella que Mateo tiene en su poder contiene a ese demonio. Pretenden liberarlo. No hace falta que te explique el resto… Caos, destrucción, fin.

Elena se removió nerviosa, intentando centrarse en la conversación. Se pasó la mano por la frente, angustiada.

—Esto me suena a película de Indiana Jones —susurró más para ella que para él.

—Elena —llamó él su atención—, y eso no es todo.

Ella ladeó su cabeza.

—Ah, ¿que hay más? —ironizó un poco incrédula.

Miguel suspiró.

—No toda la gente puede enfrentarse a las amenazas que te he dicho —explicó dando un paso hacia delante para acercarse a ella—. El CNI nos selecciona desde los trece o catorce años y nos instruye. —Tragó saliva un poco nervioso—. Puedo… regenerarme antes que cualquier persona, puedo… desplazarme a una velocidad que ni podrías apreciar y… tengo más fuerza que cualquier otro humano.

Ella enarcó una ceja.

—¿Qué? —preguntó desencajando la mandíbula. ¿Qué estaba

diciéndole Miguel?

Ambos se quedaron mirándose fijamente hasta que Miguel suspiró.

—Está bien, supongo que es mejor que me mueva rápido para demostrártelo o que me haga un corte… —comentó mirando el cuchillo que había sobre el mármol de la cocina.

Ella volvió a negar y cerró los ojos sin dar crédito a lo que le decía.

—¿Qué? —repitió.

Miguel ladeó su cabeza y estiró un brazo hacia ella.

—No te asustes, ¿de acuerdo?

Elena extendió los brazos hacia los lados, desquiciada.

—¿Que no me asuste de qué?

Miguel desapareció de su vista y apareció en el mismo segundo en la otra esquina del comedor. Elena puso su espalda recta y dio un paso hacia atrás. Miró de un lado a otro del comedor intentando asimilar lo que había visto y, finalmente, lo señaló incrédula.

—¿Cómo… cómo te has movido así? —balbuceó.

—Ya te lo he dicho, tengo unos dones especiales. Por eso trabajo para el CNI —explicó caminando lentamente hacia ella, alzando su mano como si intentase calmarla—. ¿Estás bien? —preguntó deteniéndose.

Elena tragó saliva y paseó la mirada por la habitación, totalmente perdida, sin saber cómo reaccionar. ¿Le había engañado su mente? No, sabía que no. Él se lo había dejado claro, entre otras habilidades podía desplazarse a velocidades que ni el ojo humano sería capaz de captar. ¿Cómo era posible? Aunque, para su sorpresa, no se asustó, al contrario, se quedó totalmente maravillada. Teniendo en cuenta las experiencias por las que había pasado y que Mateo se encontraba allí, lo que Miguel le había demostrado solo la hacía sentirse más protegida.

Miguel esperaba sin moverse una respuesta por su parte.

—Sí —acabó respondiendo Elena—, la verdad es que sí, estoy bien. —Lo miró con curiosidad—. ¿Desde cuándo sabes hacer eso?

—Nací así —respondió.

Ella apretó los labios y volvió a asentir, asimilándolo.

—Y, ¿Mateo también puede hacer esas cosas?

—No lo sé. Sí sé que no pertenece al CNI, así que dudo que tenga las mismas habilidades que nosotros… —dio unos pasos hacia ella—, pero si es el líder de una de las organizaciones secretas más peligrosas que existen, capaces de abrir portales con otros mundos y dimensiones, puede que tenga otras habilidades o que las haya adquirido con el paso del tiempo y el estudio.

Ella asintió aún pensativa.

—Necesitáis encontrarlo, ¿verdad? —preguntó ella con un hilo de voz.

Miguel asintió.

—Y encontrar esa botella lo antes posible. Hay unos conjuros mágicos que deben realizarse en un determinado momento. Intentará abrir la botella este miércoles a las tres de la madrugada.

Ella asintió y lo miró con ojos llorosos.

—Mateo me está buscando… —pronunció con un hilo de voz—, así que… si lo que queréis es dar con él… —dejó la frase sin acabar.

Miguel inspiró aire lentamente. Sabía lo que ella insinuaba y, en parte, él también lo había pensado, pero le daba miedo. Usarla como cebo, ni más ni menos. Sabía que era muy peligroso, pero el tiempo se les agotaba.

Miguel la acercó a él y la abrazó.

—Te prometo que te protegeré en todo momento. —Se separó de ella y la miró fijamente a los ojos—. Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida —se sinceró—, y no pienso perderte.

Antes de que ella pudiese decir nada él la besó en los labios. Elena se sujetó a él. Aunque aún no comprendía la magnitud de lo que Miguel le había mostrado y explicado, sabía que podía confiar en él. A su lado estaría totalmente protegida.

Miguel se alejó un poco.

—Te presentaré al resto de la división e idearemos un plan —indicó él.

26

Aitor colgó el teléfono y miró a los miembros de la división que se encontraban allí.

—Víctor y Daniel ya han salido de Zafra, supongo que esta madrugada llegarán —comentó al resto, pues Lucas y Marcos habían llegado hacía pocos minutos. Miró a Elena que se encontraba sentada en una de las sillas del despacho, bastante intimidada, pues permanecía encogida y con la cabeza agachada. Miguel le había puesto al día de todo lo que habían hablado y directamente había llamado a Daniel para informarles de que Mateo se encontraba allí. Sintió lástima por Elena, la muchacha parecía vulnerable—. ¿Te apetece un café o algo? —le preguntó. Ella lo miró y le sonrió agradecida, aunque negó—. ¿Una tila? —bromeó.

—No, gracias —dijo más relajada.

—Está bien —comentó Aitor apoyándose en la mesa, cruzado de brazos—. ¿Cuándo viste a Mateo por última vez?

Ella inspiró intentando calmarse y miró de reojo a Miguel que se mantenía a su lado desde que habían entrado a la casa. Lo cierto era que le había impresionado. La casa, por dentro, era muy moderna y espaciosa, totalmente diferente a la suya.

—Yo… no he llegado a verlo —susurró cortada, pues los cuatro la miraban intrigados—. Me he escapado por otro pasillo gracias a una compañera. Nunca le había hablado de Mateo ni se lo había descrito físicamente y… él… se ha presentado como… —miró de reojo a Miguel—, como mi pareja y diciendo que venía a buscarme —balbuceó al final.

En ese momento sintió la mano de Miguel en su hombro, reconfortándola.

Aitor asintió.

—¿Sabes si tiene amigos aquí o dónde puede estar alojado?

Ella negó.

—Él nunca me hablaba de sus amistades ni me las presentaba.

Sintió cómo la mano de Miguel acariciaba su hombro y lo miró de

reojo mientras un puchero amenazaba con materializarse en sus labios. ¿Cómo podía ser tan diferente a Mateo?

—Lucas, mira a ver si por un casual está registrado en algún hotel de la zona.

Lucas se sentó en la silla y comenzó a teclear en el ordenador.

Aitor se quedó mirando a Elena. Parecía buena chica. Seguía pensando que era demasiada casualidad que justamente ella se encontrase ahí, pero siempre había sido bueno calando a la gente, y ella lo único que transmitía era temor. Además, su relato encajaba perfectamente con lo que les había explicado de Mateo.

—Supongo que Miguel te ha puesto al día sobre la investigación que estamos realizando de Mateo… —comentó.

Ella asintió.

—Más o menos.

Aitor miró a Miguel que asintió.

—Es muy importante que demos con él. Tiene en su poder una…

—Una botella, sí, lo sé —comentó ella—, me lo ha explicado Miguel. —Inspiró con fuerza.

Aitor se quedó observándola.

—Si consiguen abrir esa botella y liberar al demonio que lleva dentro… adiós al mundo que conocemos.

—Pero ¿por qué iba a querer hacer eso? —preguntó ella—. Quiero decir, Mateo es mala persona, pero no es un suicida, se quiere demasiado.

Miguel se decidió a intervenir.

—Este tipo de gente suele tener el cerebro lavado. Seguramente haya realizado algún pacto con un demonio y le hayan prometido de todo si liberaba a Astaroth.

Ella resopló y se pasó la mano por la nuca.

—Sé que para una persona civil es difícil comprender lo que hacemos… —le comentó Aitor—, pero debes confiar en nosotros y…

—Yo lo único que quiero es vivir en paz, tranquila, sin tener que estar huyendo o pensando que mañana puedo estar muerta —acabó gimiendo—. Solo pido eso —enfatizó.

Miguel volvió a acariciar su hombro intentando calmarla.

Aitor apretó los labios. Sintió lástima al verla tan nerviosa. Aunque Miguel no había explicado nada sobre el pasado de Elena, todos podían intuir que su relación había sido turbulenta, incluso que estaban ante una mujer maltratada en un pasado, sobre todo cuando expresaba el miedo que le tenía a su ex y a sus amenazas. Se compadeció de ella y se arrodilló enfrente.

—Escucha —dijo Aitor cogiendo su mano con cariño, pues le alteraba verla así—, te prometo que cuidaremos de ti…

—No vas a estar en mejores manos —indicó Lucas sin apartar la

mirada del ordenador.

Ella sollozó agachando la cabeza.

—Pero necesitamos tu ayuda… —le pidió Aitor. Elena inspiró con fuerza y lo miró—. Si no damos con él y con la botella no habrá un mundo donde vivir en paz.

Ella tragó saliva y miró de reojo a Miguel. Lo que le explicaban parecía sacado del guion de una película fantástica, pero lo cierto era que había visto los rápidos movimientos de Miguel y había encontrado a Mateo realizando un ritual satánico. Algo dentro de ella le decía que debía confiar en ellos, que tenían razón, y, sobre todo, que debía creer en Miguel.

Lucas intervino.

—Hay una reserva realizada por un tal Mateo González en el hotel Cardenal, en el centro de Monforte —indicó.

—¿Desde cuándo tiene hecha la reserva? —preguntó Miguel.

—Desde el sábado —explicó Lucas mirando la pantalla—. Tiene la habitación hasta el jueves.

Aitor asintió y miró a Miguel.

—Planea hacerlo este miércoles —dijo convencido. Miguel asintió y miró a Elena—. Necesitamos que nos ayudes…

Elena se pasó nerviosa las manos por la cara e inspiró con fuerza, como si intentase reprimir las lágrimas.

—Si me ve me matará —gimió con sinceridad.

—No lo hará, nosotros te protegeremos en todo momento —comentó Aitor.

—Ya has visto de lo que somos capaces —continuó Miguel agachándose a su lado y dándole la mano—. Te aseguro que no permitiremos que te ocurra nada —le susurró—, pero, si queremos tener una oportunidad, hay que hacerlo, por mucho que nos cueste.

Ella tragó saliva mientras miraba los enormes ojos azules de Miguel. Le quería, amaba a ese hombre con locura. Daría cualquier cosa por poder tener un futuro junto a él.

—Está bien… —susurró con temor—, ¿qué queréis que haga?

Aitor asintió.

—Esperaremos a que Víctor y Daniel lleguen. Mañana intentaremos entrar en su habitación y buscarla. —Se giro hacia ella —. Necesitamos que lo distraigas.

Elena hizo un puchero.

—Eh, estaremos cerca en todo momento —le dijo Miguel—. ¿Confías en mí?

Ella asintió.

—Pero tengo miedo… —se sinceró.

—Eh —llamó la atención Marcos que había permanecido en silencio—, si ese hombre se atreve a ponerte una mano encima lo

mataremos… —sentenció.

Ella lo miró asombrada por lo que decía y miró a Miguel que aún sujetaba su mano entre las suyas.

—Y yo haré lo mismo, lo mataremos… sin contemplaciones —acabó la frase de su compañero y besó la frente de Elena. Se puso en pie sin soltar su mano y miró a su jefe—. ¿Cuándo lo hacemos?

Aitor miró a Elena, la muchacha parecía muy asustada, pero decidida a ayudarles.

—Mañana. —Ladeó su cabeza—. Supongo, Elena, que dormirás aquí, ¿no? —ironizó Aitor.

—Supones bien —contestó Miguel.

Aitor asintió y volvió a mirarla. Había desconfiado de ella desde que se había enterado de que su ex era Mateo González, pero tras ver su actitud había cambiado totalmente su opinión sobre ella.

—¿Has cenado? —le preguntó amablemente.

Cerca de la una de la madrugada Daniel y Víctor habían hecho acto de presencia en la casa. Aún permanecían todos despiertos explicándole a Elena todo sobre ellos. Elena se mostraba muy interesada en todo, tanto en los casos que le explicaban como en lo que tenían ahora entre manos.

Poco después se habían ido todos a descansar. Miguel la había acompañado a su dormitorio y ambos se habían acostado juntos. Se había limitado a rodearla con sus brazos y a dormir. Había sentido ganas de llorar cuando había sentido la respiración tranquila de Miguel en su nuca. El sentirse abrazada a él con tanto cariño, la paz que sentía a su lado… era inigualable.

Los nervios de aquella tarde no le habían hecho perder solo el apetito, sino también el sueño, le era imposible dormir, a diferencia de Miguel que parecía tener bastante facilidad para ello.

Se había levantado de la cama con cuidado para no despertarle y se había dirigido al comedor donde disponían de una amplia biblioteca. Al fin y al cabo, le habían dicho que se sintiese como en su casa, así que se sentía con plena libertad para poder salir de la habitación y pasear por el comedor para templar los nervios.

Todavía le costaba creer en todo lo que le habían explicado, si no fuese porque había visto a Miguel moverse de aquella forma, seguramente no creería nada de lo que le habían dicho. A medida que habían pasado las horas había ido tomando conciencia de todo y, lo que al principio había parecido una película de ciencia ficción, ahora cobraba más realismo. Todo tenía sentido. El comportamiento de Mateo, sus salidas cada viernes, los viajes que realizaba y a los que no le permitía acudir… ahora lo comprendía todo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de en qué estaba metido? Sabía que había algo,

pero jamás hubiese imaginado que fuese tanto.

Dejó el libro que había cogido de la biblioteca sobre la mesa y fue hacia la ventana para observar. Aún seguía lloviendo, aunque no con tanta intensidad como la tarde anterior.

—¿Estás bien? —preguntó Miguel a su espalda.

Elena brincó y se dio la vuelta de un salto llevándose la mano al pecho. Lo miró sobresaltada.

—¿Por qué eres tan sigiloso? —preguntó molesta.

—Perdona —se disculpó—, pero suelo moverme así —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues conseguirás que me dé un ataque al corazón —le recriminó.

La sonrisa de Miguel se ensanchó y miró en dirección a la casa de Elena, con las luces apagadas.

—¿No puedes dormir? —preguntó sin mirarla.

—No, me es imposible.

—¿Nerviosa? —Elena asintió—. Ya te he dicho que no tienes por qué preocuparte —comentó con la voz calmada—. Llevarás un micrófono oculto, un *GPS* para tenerte localizada en todo momento y, además, estaremos cerca. No vamos a dejarte sola.

Ella le sonrió con ternura y negó.

—Tú no lo conoces como yo —susurró apartando la mirada de él, dirigiéndola hacia su vivienda—. No sabes de lo que es capaz.

Miguel llevó su mano hasta la de ella, acariciándola, y con un sutil movimiento le hizo girarse para que le mirase a los ojos.

—Pero sé de lo que somos capaces nosotros y… yo —apuntó. Inspiró y la miró con ternura—. Sé que lo has pasado mal con él, pero eso es el pasado. Ahora estás con nosotros, conmigo —enfatizó acariciando su mano—, y te prometo que no permitiremos que te ocurra nada malo.

Ella apretó los labios y apartó la mirada. Aunque aquel último mes había conseguido olvidarlo y ser feliz, saber que Mateo estaba tan cerca la atemorizaba.

—Nunca lo denuncié —susurró.

—¿Por qué?

—Por miedo —se encogió de hombros y soltó su mano, abrazándose a sí misma—. Incluso cuando me golpeaba, me insultaba o amenazaba, siempre lo hacía de tal forma que me hacía sentir responsable.

—¿Qué te hizo huir de él?

Ella apretó los labios.

—Cuando me amenazó de muerte —susurró—, y le creí. Supe que lo haría —gimió—. He sido una tonta… debería haberte explicado esto antes, pero… tenía miedo de que no me creyeses o no le dieses

importancia.

—Me hubieses ahorrado un buen quebradero de cabeza, te lo aseguro. Y… ¿por qué no iba a creerte? —dijo acercándose a ella.

—Él es el fiscal y…

—¿Y?

Ella se encogió de hombros.

—Él siempre me decía que si alguna vez explicaba lo que me hacía se encargaría de decir que era mentira, que nadie me creería… ¿cómo iban a hacerlo? Conoce a todos los jueces, a los oficiales del juzgado, a los policías… sé que tiene muchos amigos entre ellos. ¿Cómo iban a creerme a mí antes que a él? Sé que tiene bastante poder en los juzgados.

Miguel asintió y se acercó para pasar un brazo por encima de sus hombros, atrayéndola hacia él.

—Ahora estás conmigo —dijo—, formas parte de esta familia, y te aseguro que no vas a encontrar mejor protección que esta.

Ella apretó los labios y le sonrió. Ciertamente, todos la habían acogido con cariño, más cuando Miguel les había relatado lo que le había ocurrido tras la cena. Jamás se había sentido tan protegida como allí.

—Gracias —susurró ella apoyándose contra él, y un suspiro involuntario salió de lo más profundo de su ser.

—Te aseguro que cuando acabemos con esto no volverá a molestarte, no volverás a sentir miedo —dijo acariciando su cabello con cariño—. Te podrás olvidar de él para siempre. —La hizo girarse hacia él y le sonrió con cariño—. Solo estaremos tú y yo.

—Y tus amigos… —rio ella.

Él comenzó a reír también.

—Sí, y mis amigos —dijo divertido y se encogió de hombros—, que no me dejan tranquilo nunca…

—Eh —interrumpió Daniel que apareció por el comedor vestido solo con los pantalones—, ¿qué hacéis aquí despiertos? Son casi las cuatro de la madrugada.

Miguel suspiró y soltó a Elena despacio.

—¿Ves lo que te decía? —le preguntó retóricamente, con una sonrisa—. Estamos hablando.

Daniel asintió y fue hacia la nevera para sacar la jarra de agua fría. Abrió el mueble y sacó un vaso. Mientras lo llenaba se giró hacia ellos.

—¿Sobre qué? —preguntó—. ¿Sobre cómo vamos a quitarle a ese hijo de la gran puta la botella? —preguntó sonriente y le guiñó un ojo a Elena.

Miguel carraspeó al escuchar decir eso a su compañero y verle hacer ese gesto.

—Más o menos —respondió.

Daniel dio un buen sorbo y miró a Elena.

—Y pensar que creíamos que eras la aliada de Mateo y que estabas espiándonos… y fíjate ahora… —la señaló—, eres nuestra última esperanza.

—Sí, que cosas, ¿eh? —ironizó Miguel—. ¿Qué tal si te vas a dormir otra vez?

—Ahora me voy —dijo llenándose el vaso de agua otra vez—. Estoy seco. —Se lo bebió hasta la mitad y volvió a señalarla de nuevo —. Quizá podríamos dejarle uno de nuestros uniformes para que vaya protegida.

—¿Uniformes? —preguntó ella sorprendida, girándose hacia Miguel.

—Tenemos una ropa específica para trabajar —explicó como si nada.

—Anti mordeduras de vampiros, anti uñas cortantes de lobos, anti golpes promovidos por brujillas peleonas… —canturreó Daniel mientras Elena lo escudriñaba. ¿Cómo podía hablar de todo eso y parecer que hacía una broma? Daniel era todo un caso—, aunque creo que te irían grandes. Quizá podamos adaptarle uno —señaló a Miguel.

—Podemos valorarlo —comentó Miguel pensativo—. La verdad es que irías mucho más protegida —acabó mirándola.

—Yo lo que me digáis —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Mañana miramos lo que tenemos en el almacén —dijo acabándose el contenido del vaso y guardando la jarra en la nevera—. Que descanséis, tortolitos —dijo despidiéndose de ellos mientras se dirigía al pasillo donde se encontraban las habitaciones de todos.

Miguel puso los ojos en blanco mientras veía a Daniel alejarse en dirección a su habitación. Eran unos pesados, pero estaba realmente agradecido de tenerlos, todos se habían volcado con ella tras dar las explicaciones oportunas.

Cogió de nuevo su mano y señaló con un movimiento de cabeza hacia la habitación.

—¿Vamos a descansar nosotros también? —le preguntó.

—No sé si podré —respondió ella con sinceridad.

Miguel ladeó su cabeza y la miró con una sonrisa pícara.

—¿Necesitas que te canse? —preguntó enarcando una ceja.

Elena estuvo a punto de caer de bruces al suelo. Tragó saliva y lo miró divertida. No hacía falta que explicase lo que le proponía.

Al no responder Miguel comenzó a tirar de ella hacia la habitación.

—Quien calla otorga —dijo él mientras caminaba por delante de Elena, conduciéndola directamente a la habitación.

Entró con urgencia y cerró la puerta tras él. La cogió por la

cintura atrayéndola hacia él y la besó. Elena se sujetó con fuerza a sus hombros, deseando con todas sus fuerzas aquel contacto. En ese momento, olvidó todo lo que había vivido en un pasado y lo que estaba ocurriendo en esos momentos con Mateo y los demonios. Ahora solo había cariño, amor y placer.

Miguel caminó con ella sujeta hacia la cama sin apartar sus labios hasta que se separó, la miró divertido y la impulsó hacia la cama empujándola con una mano en el estómago.

—Ahhh —canturreó ella en plan cómico cayendo sobre el colchón.

Miguel sonrió y directamente se quitó la camiseta que usaba de pijama mientras ella se incorporaba sobre la cama. Elena comenzó a reír cuando vio lo que hacía.

Elena miró hacia la pared.

—Nos van a escuchar —susurró ella.

Él negó con su cabeza.

—No. La casa está insonorizada, igual que cada habitación —le guiñó el ojo mientras se tumbaba sobre ella, aunque Elena se arrastró hacia atrás. Miguel rodeó la cintura de ella y la tumbó—. No huyas, cobarde —rio.

Elena permanecía tumbada debajo de él, con su cabello esparcido sobre la cama. La visión hizo que Miguel notase su corazón latir con más fuerza. Pensar que le habían hecho daño lo alteraba. ¿Cómo podían tratarla así? No le entraba en la cabeza. La besó esta vez con delicadeza, tumbándose levemente sobre ella e intentando no cargarla con el peso de su cuerpo.

—¿La señorita necesita un buen meneo para descansar? —bromeó.

Elena no pudo contener la carcajada. Lo miró y asintió siguiéndole la corriente. Miguel le devolvió la sonrisa antes de descender de nuevo hasta sus labios y fundirse en un apasionado beso.

—Grita lo que necesites, no nos escucharán —susurró con voz melosa mientras llevaba su mano a su cintura y la acariciaba.

27

Ni siquiera podía concentrarse. Miró de nuevo la pantalla del ordenador y leyó la escritura que había redactado. Solo podía mantener la concentración durante las primeras líneas, luego sus pensamientos volaban hacia lo que estaba ocurriendo.

Miró de nuevo el mensaje y sintió cómo temblaba. Sabía que no tenía de qué preocuparse, que ellos la protegerían frente a todo, pero solo de pensar que Mateo estaba de nuevo vigilando la zona se le erizaba la piel.

Miguel: Su vehículo está aparcado en la calle de enfrente.

Miguel: Él está dentro.

Miguel: No te preocupes.

Mateo había vuelto a buscarla. Estaba claro que no sabía dónde estaba viviendo, así que lo más fácil era buscarla en su puesto de trabajo.

Arancha se asomó a la puerta y llamó un par de veces, despertando a Elena de sus pensamientos. Entró y cerró. Había pasado todo el día queriendo hablar con ella, pero entre reuniones y redactar escrituras le había sido imposible.

—¿Cómo estás? —preguntó Arancha acercándose a la mesa.

Elena se fijó en su puerta cerrada.

—Bien.

—¿Qué ocurrió al final ayer?

Elena tragó saliva. Ya había ensayado lo que debía decir si le hacían aquella pregunta. Lo mejor era no vincular a más personas, cuanto menos supiesen mejor.

—Ya está todo resuelto —respondió Elena volviendo la atención a la pantalla.

—¿Hablaste con él? —preguntó Arancha intrigada.

—Por teléfono —dijo encogiéndose de hombros—. Le dije que si no se marchaba de aquí lo denunciaría.

Arancha resopló y se sentó en la silla frente a ella. Estaba claro que quería hablar.

—¿Y?

—Se ha ido —respondió ella encogiéndose de hombros—. Es un cobarde.

—Pero… tienes que denunciarlo —insistió ella—. Es muy agresivo.

Elena apretó los labios y suspiró.

—No es tan fácil… —gimió—. Lo único que deseo es vivir tranquila y que me deje hacer mi vida. No quiero tener que acudir a juicios y alargar el proceso. —Se encogió de nuevo de hombros—. Parece que mi amenaza funcionó y se marchó, ya que me llamó desde Zafra esta mañana y me dijo que había acabado todo entre nosotros.

Arancha suspiró y ladeó su cabeza.

—Igualmente, si ese hombre te golpeó —dijo señalándola—, debes denunciarlo. Ayer estabas realmente asustada. ¡Te pusiste pálida! Una persona no reacciona así si no tiene realmente miedo.

Elena tragó saliva y suspiró. Se quedó contemplándola unos segundos hasta que le sonrió.

—Tengo pareja… —comentó. Arancha pestañeó varias veces sorprendida por el cambio de tema, pero sonrió alegre—, se llama Miguel —explicó.

—Oh, vaya. Así que tienes una nueva pareja —confirmó ella.

Elena asintió.

—Es policía —explicó.

Arancha puso su espalda recta.

—Ah, ¿sí?

—Sí —susurró apartando la mirada de ella, pues no le gustaba mentirle—, así que no te preocupes. Ya está todo solucionado.

—Oh, vaya… ¿y cuándo me lo vas a presentar? —preguntó esta vez emocionada.

Elena sonrió y se removió inquieta.

—Pues… cuando quieras. Este fin de semana me es imposible, pero si quieres el que viene podemos quedar para tomar algo —propuso.

—Me encantaría.

En el todoterreno que había en la calle y desde el cual Miguel, Daniel y Víctor vigilaban hubo unas risas.

—¡Toma ya! —dijo Daniel echando un brazo hacia delante para golpear la espalda de Miguel que estaba sentado en el asiento del conductor—. ¡Felicidades! ¡Ya tienes novia!

Miguel suspiró y les sonrió un poco tenso. El hecho de que Elena llevase un micro para que pudiesen escuchar todos y mantenerla más protegida tenía su parte buena y su parte mala.

Todos daban ya por sentado que eran pareja, pero lo cierto era que ellos no lo habían hablado. En cierto modo esas cosas ya no se

hablaban, se daba por hecho, pero al escuchar que ella confirmaba que tenía una relación con él, sonrió instintivamente y su corazón latió con fuerza. ¡Sí! ¡Aquella preciosa chica castaña de ojos azules con la sonrisa más tierna que había visto era su pareja! No podía ni creérselo.

—Has madurado, colega —bromeó Víctor también—, ¡felicidades! —exclamó como si explotase de júbilo.

—Ya, ya… muchas gracias —respondió Miguel y carraspeó mientras intentaba mantener la compostura—. ¿Mateo sigue en el vehículo? —preguntó queriendo cambiar de tema.

Víctor se echó a un lado para observar.

—Sí, ahí sigue… —confirmó y luego miró hacia el cielo—, parece que va a llover otra vez.

—Menudo asco de tiempo —comentó Daniel desde atrás.

El sonido de una llamada entró por el manos libres del vehículo. Miguel contestó de inmediato.

—Dinos —dijo directamente.

Aitor, Marcos y Lucas se encontraban en el hotel Cardenal. Habían entrado pocos minutos antes en la habitación de Mateo gracias a una tarjeta imantada que permitía la entrada en cada una de las habitaciones. La habitación, una *suite deluxe*, se encontraba en la última planta del hotel.

Era realmente espaciosa, luminosa y plagada de lujos. Disponía de dos habitaciones y un aseo completo. En primer lugar, se accedía a una sala de estar, acondicionada con un moderno y gran sofá de color negro de dos plazas y a su lado otro de color crema. Frente a estos había una mesa de cristal sobre una moqueta color violeta. Desde ahí se podía acceder a la gran terraza donde se disfrutaba de unas preciosas vistas del monasterio de Monforte sobre la colina, con una mesa donde desayunar y un par de tumbonas. Desde la sala de estar, a través de una puerta corredera, se accedía a la enorme habitación con una gran cama de matrimonio en medio de esta y un escritorio y un armario en lado de la derecha. Tras la cama, había una pared inacabada a modo de separador, construida la mayor parte con un espejo que permitía el acceso a un lujoso baño con una espaciosa ducha y una gran bañera de hidromasaje.

—Desde luego, este tío no escatima en gastos —dijo Lucas mientras abría el armario para rebuscar.

Se agachó y cogió una de las maletas de Mateo, abriéndola.

—Recordad dejarlo todo tal y como estaba —comentó Aitor mientras iba hacia el aseo para buscar allí.

Aitor se pasó la mano por la cabeza revolviéndose el cabello.

—No encontramos nada —pronunció con los dientes apretados. Se le notaba la voz tensa.

—Joder —susurró Miguel—. ¿Dónde cojones la tiene? —Su mirada voló directamente hacia el vehículo de Mateo—. Puede que la lleve con él —dijo pensativo.

Aitor miró a sus dos compañeros que rebuscaban como locos por toda la estancia. Víctor se giró hacia él y negó mientras se agachaba y abría la nevera del mueble bar.

—Nada —dijo cerrándola con un golpe—. Ni rastro de la jodida botella.

Aitor se puso en pie y giró sobre sí mismo echando otro vistazo.

—Necesitamos que miréis en el vehículo —comentó Aitor.

—¿Y cómo miramos? —preguntó Daniel de los nervios—. El muy cabrón no se baja de él.

Miguel tragó saliva y miró de reojo a sus compañeros. No quería llegar a eso, pero sabía que si permitían que esa botella se abriese la oscuridad se cerniría sobre el mundo. Necesitaban la ayuda de Elena. Tenían pocas horas para encontrarla.

—No te preocupes, Aitor —miró su reloj de muñeca que marcaba las seis menos dos minutos de la tarde—. Daniel y Víctor podrán mirar el vehículo en pocos minutos.

Dicho esto, colgó y miró a sus dos compañeros. No hizo falta que explicase cuál era el plan, ambos asintieron comprendiéndolo.

Miguel salió del vehículo y se llevó la mano a la garganta donde disponía, gracias al uniforme que llevaba bajo la ropa, de un micro con el cual poder hablar con Elena y con toda la división. Prefería hablar con ella por mensaje privado, pues así toda la división podía escucharlos, pero ahora no había otro remedio.

—Elena —le susurró.

Elena dio un brinco sobre el asiento cuando escuchó la voz de Miguel en su cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Arancha.

—Sí, sí… —respondió rápidamente y miró su reloj—. Mira, ya es la hora de irse —apuntó ella con una sonrisa mientras se ponía en pie.

Arancha la imitó, parecía mucho más tranquila después de su conversación.

—Entonces, quedamos en dos semanas para tomar algo, ¿de acuerdo? —dijo Arancha emocionada.

—Claro —respondió ella con una sonrisa mientras cogía su bolso.

Arancha salió del despacho para dirigirse al suyo y recoger sus objetos antes de irse a casa también.

—Dime —susurró Elena.

Miguel chasqueó la lengua mientras caminaba por la acera en dirección al portal del edificio donde trabajaba Elena.

—La botella no está en la habitación de Mateo —susurró—. Aitor, Marcos y Lucas no la encuentran. Creemos que puede llevarla con él y

tenerla en su vehículo —explicó. Elena se quedó paralizada y tragó saliva—. Mateo no sale del vehículo, está aparcado a unos cincuenta metros del portal de tu trabajo —explicó mientras seguía caminando.

Elena lo comprendió. Querían examinar el vehículo y, para eso, necesitaban que Mateo saliese fuera del coche el tiempo suficiente.

Inspiró con fuerza y cerró los ojos. Sabía perfectamente lo que quería pedirle Miguel. Estaba tranquila porque sabía que la protegería en todo momento, pero encontrarse de nuevo con Mateo… Apretó los labios y miró hacia la puerta de su despacho sin siquiera moverse.

—Necesitamos que Mateo salga del vehículo —escuchó otra voz en su cabeza, creyó reconocer a Daniel.

Elena sintió cómo su cuerpo comenzaba a temblar. Recordó las palabras de Miguel: *"Te aseguro que no permitiremos que te ocurra nada, pero, si queremos tener una oportunidad, hay que hacerlo, por mucho que nos cueste"*.

—Está bien —susurró ella intentando controlar un puchero. Había intentado hacerse a la idea durante todo el día, pero le era imposible, solo de pensar que estaría de nuevo frente a Mateo comenzaba a sufrir un ataque de ansiedad.

—Voy a estar a tu lado en todo momento —dijo Miguel cruzando la carretera y, en ese momento, desvió la mirada hacia el vehículo de Mateo donde podía apreciar su silueta a través de la luna delantera—. No tengas miedo.

Elena inspiró con fuerza.

—No es tan fácil —balbuceó.

—Elena —volvió a reconocer la voz de Daniel—, necesitamos que lo alejes un poco, al menos durante un minuto para que podamos investigar el vehículo.

Ella resopló y se pasó la mano por la frente, nerviosa, notando cómo una fría gota de sudor comenzaba a descender por su frente.

—De acuerdo, intentaré que… —se le quebró la voz—, que me siga.

—Voy a estar a tu lado en todo momento —insistió Miguel para intentar calmarla.

Ella apretó los labios y salió de su despacho colgando el bolso en su hombro.

—Hasta mañana —dijo despidiéndose de sus compañeros.

No esperó ni a que contestasen. Estaba demasiado nerviosa.

Salió de la notaría y descendió los escalones despacio.

Miguel se situó a pocos metros del portal, frente a un escaparate de menaje del hogar.

—Estoy al lado del portal —comentó lentamente—, haz como si no me conocieses. Deja que te vea y dirígete a la izquierda para girar la esquina.

—Joder —susurró Elena bajando los escalones. Llegó al rellano y se detuvo durante unos segundos. Se quedó observando la puerta. Sabía que Miguel estaba allí, así como dos de sus compañeros, eso la tranquilizaba en parte, pero le iba a costar demasiado caminar lenta, su primer impulso era salir corriendo del portal de la notaría.

—¿Elena? —insistió Miguel.

—Voy, voy —gimió ella cruzándose el bolso por el pecho. Si tenía que correr iba a hacerlo.

Fue hacia la puerta y abrió.

El viento húmedo hizo que sus cabellos se echasen hacia atrás. Pese a que Miguel le había dicho que hiciese como que no lo conocía no pudo evitar girar su cabeza a un lado y observarlo. Tal y como le había dicho, él se encontraba allí. Tragó saliva mientras lo observaba. En un acto involuntario, Miguel también la miró.

—Tranquila —le susurró lentamente por el micrófono.

Elena intentó controlar un puchero y respiró hondo. Salió del portal y se giró hacia el otro lado.

—Ha salido del vehículo —escuchó que decía Daniel.

La espalda de Elena se puso totalmente erguida al escuchar aquellas palabras y tuvo que luchar por no mirar al lado y echar a correr.

—Camina rápido hacia la esquina, Elena —le susurró Miguel—, yo te sigo. Necesitamos que Mateo pierda de vista el vehículo.

El corazón de Elena se desbocó mientras se dirigía hacia la esquina y giraba.

—Voy detrás de ti —seguía diciéndole Miguel para calmarla.

Su primer impulso hubiese sido girarse y echarse en sus brazos, pero no podía. Si lo hacía echaría todo el plan a perder.

—Mateo os sigue —informó Daniel que aún permanecía en el vehículo, preparado para salir de este corriendo en cuanto Mateo girase la esquina.

—¿Tienes la palanca? —preguntó Daniel.

—Sí —respondió Víctor.

Justo cuando Mateo giró la esquina ambos salieron del vehículo a toda prisa corriendo hacia el de Mateo.

—Ha girado la esquina, vamos a su coche —pronunció Daniel deteniéndose frente al coche de Mateo—. Vamos, vamos —susurró a Víctor situándose a su lado para ocultar de la poca gente que caminaba por la calle lo que iban a hacer—. Intenta no romper nada esta vez —ironizó a su compañero.

Víctor introdujo la palanca con cuidado buscando el lugar justo donde debía presionar para que la puerta se abriese. Una vez escuchó el clic, Daniel la abrió de inmediato y buscó el botón para abrir el maletero.

—Abierto —le indicó a Víctor para que fuese a la parte trasera.

Miguel ralentizó el paso para asegurarse de que Mateo los seguía y tenerlo controlado.

—Vas muy bien —susurró para tranquilizarla, aunque se sorprendió cuando Mateo comenzó a correr y lo adelantó dirigiéndose hacia Elena. Lo primero en lo que se fijó fue en que no llevase ningún arma, después aceleró el paso—. Se está acercando, Elena, tranquila, estoy aquí.

Mateo ni siquiera pronunció su nombre cuando llegó hasta ella y la cogió del brazo. Al menos, ella ya estaba preparada, pues había escuchado todo lo que Miguel había dicho.

Se detuvo de inmediato y contuvo la respiración. Durante unos segundos no lo reconoció. Normalmente Mateo iba arreglado, bien afeitado, sin embargo, ahora llevaba barba de un par de días y no se había cortado el pelo, llevándolo un par de centímetros más largo de lo normal y sin peinar.

Miguel se detuvo y se situó tras un coche cercano para observar.

Elena tragó saliva e intentó zafarse de su mano, pero Mateo la sujetaba con fuerza.

Ambos se miraron durante unos segundos.

—Mateo —susurró ella con un hilo de voz.

—¿Cómo te atreves? —fue lo primero que le preguntó Mateo con un tono elevado.

Miguel sintió cómo la ira se apoderaba de él y se quedó observándolos fijamente. Tuvo que frenarse para no salir corriendo hacia allí y sujetarlo del cuello estrellándolo contra el edificio.

Pudo ver la cara de miedo de Elena y cómo intentaba escabullirse de él.

—¿Qué haces aquí? —gimió ella—. ¡Déjame!

Miguel cerró los ojos un segundo, controlándose, templando los nervios.

—¿Cuánto os falta? —preguntó agobiado a sus compañeros.

—Joder —gritó Daniel—, por aquí no está. Víctor, mira si hay algún compartimento oculto en el maletero.

Miguel resopló sin apartar la mirada de ellos dos.

Mateo la empujó levemente apoyándola contra el edificio y acercándose a ella en exceso para intimidarla.

—Me abandonaste como a un perro.

Elena lo miró fijamente y, por primera vez, sabiendo que se encontraba protegida, reunió el valor suficiente para mirarlo a los ojos.

—No te merecías otra cosa, puto maltratador —susurró con asco. Mateo apretó con más fuerza su brazo provocando que ella gritase—. Ahhh…

—Tú… —dijo acercándose a sus labios. Miguel metió las manos en los bolsillos y se removió nervioso. En otras circunstancias habría acabado ya con ese hombre, pero necesitaban encontrar la botella y él era el único que podía llevarlos hasta ella—, ¿crees que puedes abandonarme sin más?

—¿Cómo me has encontrado? —balbuceó.

—Soy un hombre de recursos —pronunció intimidante y comenzó a tirar de ella para deshacer el camino que había hecho—. Vamos a volver a casa.

Elena lo miró sorprendida y tiró del brazo para soltarse, pero no lo consiguió.

—No, no pienso volver contigo —dijo forcejeando con él—. ¡Si no me sueltas gritaré! —acabó alzando la voz.

Miguel sentía cómo su cuerpo temblaba de impotencia. Pensaba que iba a llevar mejor todo aquello, pero tuvo que respirar profundamente intentando no abalanzarse hacia él.

Mateo la empujó de nuevo de malos modos hacia la pared, golpeándose Elena de forma brusca y cortándosele la respiración unos segundos.

—Grita… —la amenazó Mateo—, y será lo último que hagas.

Miguel se removió nervioso mientras escuchaba la conversación. En ese momento pudo ver cómo la mirada de Elena, totalmente asustada, coincidía con la de él un segundo.

Mateo comenzó a tirar de ella en dirección a la esquina.

—Se dirige a la esquina con ella —informó rápidamente por el micrófono a sus compañeros.

—No está, joder, ¡la puta botella no está! —gritó Daniel removiendo la guantera.

—Salid de ahí, ¡ahora! —ordenó Miguel—, ¡va a girar la esquina!

Pudo escuchar cómo Daniel resoplaba a través del micrófono y cómo luego cerraban la puerta con un portazo.

Mateo llevaba sujeta por el brazo a Elena que se resistía levemente a que la arrastrase, pero nada podía hacer. Comenzó a seguirlos, acercándose.

—Voy a intervenir —avisó Miguel.

—¡No! —le cortó la voz de Aitor provocando que se detuviese durante unos segundos.

—¿No? —gritó Miguel.

Aitor resopló.

—La botella no está ni en la habitación del hotel ni en el vehículo, debe de tenerla guardada en algún lado y no tardará en sacarla, esta noche a las tres de la madrugada es la invocación. Si lo detienes ahora sabrá que vamos detrás y la ocultará —explicó acelerado.

Miguel tragó saliva mientras retomaba el paso tras ellos, impotente.

—Se la lleva —rugió Miguel.

Aitor guardó unos segundos de silencio.

—Elena —pronunció intentando darle un tono de voz tranquilo a su voz—, no vamos a dejarte —explicó Aitor, pues sabía que ella podía escucharlo—, pero es de vital importancia encontrar esa botella. Llevas un *GPS* y Miguel, Daniel y Víctor te van a seguir con el todoterreno. Si en algún momento crees que tu vida peligra di la palabra "agua" e intervendremos.

—Joder —susurró Miguel—, esto no es lo que habíamos acordado —rugió entre dientes mientras giraban la esquina.

—Lo sé —volvió a escuchar la voz de Aitor—, y me sabe muy mal, pero Elena puede decirnos dónde se encuentra la botella.

Miguel apretó los labios. Su jefe tenía razón, pero ver a Elena caminar junto a Mateo tras amenazarla de nuevo con quitarle la vida provocó una furia en él difícil de controlar.

—A la mierda —susurró Miguel—, voy a intervenir.

—¡Miguel, no hagas nada! —le ordenó Aitor mientras salían del hotel. Sabía perfectamente lo que rondaba por la cabeza de Miguel.

—No voy a permitir que se vaya con él —rugió mientras aceleraba el paso.

—Migueeel… —arrastró su nombre Aitor con una clara amenaza.

—La ha amenazado de muerte, tú también lo has escuchado —dijo acercándose más a ellos—. No voy a permitir que Elena pase un segundo más en compañía de ese hijo de puta.

Se detuvo en seco y guardó silencio cuando Daniel y Víctor lo interceptaron en medio de la calle, cortándole el paso para que dejase de acercarse.

Daniel colocó una mano en el pecho de él, deteniéndolo.

—Apártate Daniel o te juro que…

—Eh, eh… —dijo situando las manos en sus hombros, obligándolo a que le mirase—, tranquilo.

Miguel intentó rodearlos, pero Víctor lo interceptó por el otro lado.

—Lo siento —le dijo su amigo—, pero Aitor tiene razón.

Los tres se quedaron observándose y finalmente Miguel giró su cabeza para observar cómo Elena era introducida de malos modos en el vehículo y Mateo lo rodeaba para subirse en el asiento del conductor.

La mirada de Elena conectó con la de Miguel que la miraba fijamente, en tensión. Pudo sentir el miedo de ella, la desesperación…

—Elena —le susurró Miguel—, llevas un *GPS* en la chaqueta y además vamos a seguir el vehículo de cerca. Si ves la botella de

bronce avísanos y si necesitas que intervengamos haz lo que Aitor ha dicho, di la palabra “agua”. En pocos segundos estaremos allí.

Miguel observó cómo Mateo rodeaba el vehículo, pero le tranquilizó cuando Elena susurró un tembloroso “de acuerdo”, antes de que este abriese la puerta y se sentase a su lado.

Cerró con un fuerte portazo y miró a Elena con furia.

—Ponte el cinturón —ordenó.

Elena cerró los ojos e hizo lo que le ordenaba mientras él arrancaba.

—¿Adónde vamos? —balbuceó.

Mateo derrapó y salió del aparcamiento a más velocidad de lo que ella esperaba, por lo que tuvo que sujetarse a la puerta para no caer sobre él.

Mateo la miró.

—Tengo un asunto importante que atender hoy… y tú vas a ser mi invitada de honor —pronunció con una sonrisa maléfica.

28

Mateo empujó a Elena al interior de la habitación de aquel lujoso hotel.

Miró a su alrededor intentando ubicarse. La habitación estaba en la planta más alta del hotel y, sin duda, se trataba de una suite con varias habitaciones. En la que se encontraba era una especie de sala de estar muy bien decorada.

Giró sobre sí misma y observó que la noche ocultaba al día a través de la puerta de cristal que daba a una amplia terraza. Dio unos pasos atrás cuando Mateo entró cerrando la puerta con un portazo.

Durante el corto trayecto en coche no había mediado palabra con él. Se había limitado a encogerse en el asiento. Al menos, iba escuchando lo que la división le iba diciendo, sobre todo, Miguel la iba informando de la distancia a la que la seguían.

Mateo se quedó observándola unos segundos, con los músculos tirantes y la cara roja de furia, sin apartar la mirada de ella.

Elena se removió nerviosa.

Sin previo aviso fue hacia ella y la cogió del cuello estrellándola contra la pared.

—Ahhh —gritó Elena mientras llevaba sus manos hasta la de él intentando que aflojara sus dedos alrededor de su cuello. Golpeó su mano hasta que la aflojó un poco, lo suficiente para que pudiese respirar.

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz preocupada de Miguel a través del auricular en su oído.

Elena no pudo decir nada. Mateo situó su rostro ante el de ella, a pocos centímetros.

—¿Pensabas que ibas a poder huir de mí? —Ella gimió mientras aún intentaba apartar las manos de su cuello—. Siempre daré contigo —le susurró situándose al lado de su oído—. Tú eres mía. Jamás… —dijo acercando tanto sus labios a los de Elena que esta que pudo sentir el calor que emanaba su boca—, jamás vuelvas a escapar de mí. A donde vayas, te encontraré.

Ella se removió mientras intentaba apartar los dedos de su cuello.

—¿Elena? —volvió a preguntar Miguel de los nervios.

Finalmente, Mateo la soltó y pudo recuperar el aliento. Arqueó su espalda hacia abajo recuperando el aliento, llevando sus manos a su garganta. Podía sentir los latidos del corazón en su sien.

Gimió y elevó la mirada hacia Mateo que la observaba sin ningún arrepentimiento.

—¿Lo has entendido? —Intentó tragar saliva, pero le dolía la garganta—. ¿Lo has entendido o no? —le gritó como si se le agotase la paciencia.

Ella asintió y comenzó a toser.

—Sí —susurró al final.

Mateo dio un paso hacia atrás y puso su espalda firme.

—Bien —dijo lentamente.

Se giró ante la atenta y asustada mirada Elena y se dirigió a una de las maletas. La abrió y extrajo unas esposas. Elena se puso erguida de golpe y dio unos pasos hacia atrás.

—¿Qué… qué vas a hacer con esas esposas? —preguntó temblorosa.

Comenzó a caminar lentamente con ellas en la mano, acercándose.

—No voy a permitir que vuelvas a escapar —dijo cogiendo su mano.

—Nooo —sollozó mientras intentaba soltarse.

Mateo la empujó de nuevo y se golpeó contra la pared cayendo al suelo.

—¿Necesitas otra paliza? —le gritó situándose a su lado—. ¡Dime! —exigió mientras la cogía del cabello obligándola a levantar su cabeza y a mirarlo—. ¿Volvemos a lo mismo? —siguió gritando—. ¿Tanto te cuesta obedecer? —Ella sollozó—. ¿Obedecerás? —le preguntó como si la retase. Ella asintió lentamente—. Dilo —ordenó.

—Sí —susurró ella entre lágrimas.

Miguel tapó el micrófono de su uniforme y miró a sus compañeros, todos permanecían escandalizados con lo que estaban escuchando.

—Voy a matarlo —susurró.

—Tranquilo, te ayudaremos todos a hacerlo —respondió Daniel en el mismo tono, con todos los músculos en tensión.

Mateo colocó una de las anillas de las esposas en su muñeca, rodeó uno de los tubos de la calefacción que pasaban por la habitación y cerró la otra anilla en la otra muñeca, evitando así que pudiese escapar.

Elena lo miró con lágrimas en los ojos, sin atreverse a decir nada.

Mateo miró su reloj de muñeca que marcaba las ocho de la tarde.

Pasó la mano por el cabello de Elena como si lo acariciase, aunque ella lo repudió.

Se puso en pie y miró hacia el aseo.

—No te muevas de aquí —ironizó dirigiéndose a la puerta de su habitación, sin decir nada más.

Elena tragó saliva y carraspeó.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó entre sollozos provocando que él se detuviese bajo el marco de la puerta.

—Tenemos una cita importante esta noche…

—¿Una cita? —se atrevió a preguntar.

Mateo sonrió diabólicamente.

—Voy a darme una ducha —continuó sin responder.

Le ofreció la espalda y se alejó.

Elena suspiró y tragó saliva, nerviosa. Pocos minutos después escuchó el sonido del agua al caer.

Resopló e intentó controlar las lágrimas.

—Miguel —susurró ella.

—Estoy aquí —escuchó que decía.

Elena se quedó sorprendida cuando lo vio afuera, en la terraza, asomándose a la puerta junto a Daniel. Se quedó totalmente aturdida.

—Mateo está en la ducha —susurró—. ¿Cómo… cómo has subido hasta ahí? —preguntó totalmente sorprendida.

—Ya te he dicho que tenemos muchas cualidades —le susurró y se acercó más a la puerta—. ¿Cómo estás? —Ella tragó saliva y movió las manos con las esposas para que las viese. Incluso con la oscuridad que reinaba ya en el exterior pudo ver el rostro compungido de Miguel. Seguramente, ya había escuchado a través del auricular que había usado unas esposas, pero una cosa era escucharlo y otra verlo—. Hijo de puta —susurró lentamente y la miró—. ¿Te ha hecho daño?

Elena cerró los ojos unos segundos y suspiró. Miguel parecía totalmente enloquecido.

—No —susurró intentando calmarlo—, estoy bien. —Miguel asintió un poco más tranquilo al escucharla decir aquellas palabras—. Luego vamos a ir a algún sitio, dice que tenemos una cita.

—Sí —respondió Daniel—, a las tres de la madrugada van a invocar al demonio que tienen en la botella. ¿La has visto por ahí?

Elena miró a su alrededor y se arrodilló para observar a través de la puerta de la habitación donde se encontraba la cama.

—No —dijo ella—. Aquí no hay ninguna botella —susurró.

Daniel se pasó la mano por el cabello, despeinándoselo.

—Se nos acaba el tiempo —dijo de los nervios mirando a Miguel.

No obstante, en esos momentos Miguel parecía más preocupado por el estado de Elena que no porque fuesen a liberar en pocas horas a uno de los demonios más poderosos de la historia bíblica.

Miguel intentó ordenar sus ideas.

—Los dos estamos infiltrados en la organización satánica de Lugo —dijo señalando a Daniel—. Nos han invitado al ritual. Nos pasarán a buscar a las doce de la noche por una gasolinera…

—¿Te irás? —gimió ella de los nervios.

—Aitor, Marcos, Lucas y Víctor cuidarán de ti. Nosotros estaremos allí. Supongo que es a donde te llevará —explicó.

Elena tragó saliva y asintió. Solo esperaba que encontrasen rápido aquella botella y pudiesen sacarla de allí.

—De acuerdo.

Ambos se quedaron mirándose hasta que Miguel miró de reojo a Daniel.

—Te quiero —le susurró.

Ella le sonrió tristemente.

—Y yo a ti —susurró ella.

Daniel carraspeó a su lado y se removió incómodo.

—Joder, estoy de aguantavelas —comentó.

—Resiste un poco más —continuó Miguel—, y te prometo que te sacaré de ahí y no tendrás que volver a ver a ese indeseable nunca más.

Ella asintió lentamente, aunque tembló cuando escuchó que el grifo de la ducha se cerraba. Miró en dirección a la puerta, nerviosa.

—Nos quedaremos aquí un rato por si necesitas ayuda —dijo Miguel.

Ella miró hacia la puerta y esta vez no habló, simplemente asintió. Un segundo después, desaparecieron de su vista.

Saber que ellos estaban allí la calmó, incluso cuando vio a Mateo pasear por la habitación contigua con una toalla atada a la cintura. Y pensar que lo había querido en otra etapa de su vida… lo que Mateo le había dado no era una relación basada en el amor, sino en el miedo.

Poco después llamaron a la puerta de la habitación contigua y trajeron una bandeja para Mateo. Ni siquiera entró en la sala de estar donde ella se encontraba. No le dirigió la palabra en ningún momento, solo la miraba furtivamente para asegurarse de que ella seguía allí.

Se sentó a la mesa donde reposaba la bandeja y comenzó a comer.

—¿Te apetece? —preguntó Mateo con indiferencia.

—No, gracias —respondió ella apartando la mirada de él.

Mateo se encogió de hombros y comenzó a comer el bistec de ternera prácticamente crudo mientras encendía la televisión y volcaba toda su atención en ella.

Eran las doce menos diez de la noche cuando habían aparcado el todoterreno cerca de la gasolinera. No habían pasado por casa, se habían dirigido directamente desde el hotel a allí, pues ya llevaban

todo lo que necesitaban. El uniforme de trabajo bajo una camiseta de manga larga negra y unos tejanos. Igualmente tenían por costumbre ponerse una capa por encima, así que no verían el uniforme.

Miguel se removió inquieto mientras escuchaba.

—Mateo se está vistiendo —informó Lucas que había subido a la terraza a vigilar junto a Marcos—. Elena sigue en el mismo sitio. La hemos saludado.

Miguel cerró los ojos intentando calmarse. Sabía que el hecho de que ella hubiese visto a sus compañeros la haría sentirse más tranquila. Por su parte estaba de los nervios, no le gustaba dejarla en compañía de aquel bárbaro, pero sabía que si sus compañeros tenían que intervenir lo harían. Miguel y Daniel eran los únicos infiltrados en la organización satanista, así que debían acudir.

—Por aquí ni rastro de la furgoneta aún —dijo Daniel mirando de un lado a otro.

Miguel suspiró mientras también observaba de un lado a otro. Miró el reloj con impaciencia. Marcaba las doce menos cinco minutos.

—Espero que no nos haya tomado el pelo —susurró a Daniel.

—No creo. Estos van en serio —respondió, luego situó su mano sobre la zona del cuello donde sabía que se encontraba el micrófono para hablar tranquilo con Miguel. Miguel enarcó una ceja cuando lo vio hacer aquel gesto—. Así que… definitivamente, es tu novia.

Miguel puso los ojos en blanco y acabó asintiendo.

—Sí —se encogió de hombros.

—¿Por qué te encoges de hombros?

—Pues… no sé —respondió un poco nervioso. Se tapó él también la parte del cuello donde estaba el micrófono y se acercó a su compañero—. Estoy enamorado de ella —admitió.

—Vaaaya. —Su amigo sonrió—. Quién te ha visto y quién te ve.

—Sí, ya ves… la gente cambia.

—Claro, por eso mismo le decías… te quiero —se burló Daniel y pestañeó con vis cómica.

Miguel chasqueó la lengua.

—De verdad Daniel, qué puñetazo te daría ahora mismo —dijo mirándolo seriamente—. El día que tú tengas novia te vas a tener que tragar esas palabras y esos gestos.

Daniel ladeó su cabeza.

—Yo estoy muy bien así. Además, con nuestra profesión no es tan fácil conocer a una chica. No es que nos caigan del cielo o tropecemos constantemente con ellas —acabó bromeando. Ahí Miguel tuvo que darle la razón, por lo que asintió—. Pero bueno… —dijo dándole un golpecito en la espalda—, me alegro mucho por ti, Elena parece muy buena chica… aunque sospechábamos que tenía un acuerdo con Mateo.

—Creo que ya ha quedado claro que no, maldito hijo de puta —susurró Miguel.

Daniel se giró y señaló hacia delante.

—La furgoneta. —Miguel se giró para observar y se echó a un lado—. Comienza la fiesta—. Apartó la mano del cuello—. La furgoneta ha llegado.

Aitor tardó unos segundos en responder.

—Perfecto —fue lo único que dijo.

La furgoneta se detuvo a su lado y el conductor que conducía les indicó que podían dirigirse a la parte trasera. Esta vez nadie les abrió la puerta, así que Miguel fue quien lo hizo.

Les sorprendió ver que no había nadie en el interior. ¿Iban a ir ellos solos? Ya lo sospechaban, pues aquello no era como la cita convencional de los viernes, era algo mucho más importante donde parecía que solo iban a acudir los elegidos. Aún deberían dar las gracias.

Subieron, cerraron la puerta y se sentaron, aunque antes de cerrar la puerta Miguel encendió la linterna que les habían dejado preparada.

Daniel le lanzó una de las capas que había al final de la furgoneta, en la caja, y ambos se miraron durante unos segundos mientras se las ponían.

Se sentaron justo cuando la furgoneta arrancó.

—¿Sabes a dónde pueden llevarnos? —preguntó Daniel.

—Ni idea —susurró Miguel y se apretó el micrófono del cuello—. Ya estamos en movimiento.

—Os vemos —contestó Aitor—. Creo que Mateo saldrá en breve, se está poniendo una chaqueta. —Daniel y Miguel se miraron. Estaba claro que todos se dirigían al mismo lugar—. Os tenemos en pantalla todo el rato, y seguiremos a Mateo y a Elena.

—De acuerdo —susurró Miguel.

Mateo se situó frente a Elena. Se había vestido con un traje negro, una camisa también de color negro y se había puesto una chaqueta encima. Elena lo miró de la cabeza a los pies.

Se agachó frente a ella mientras Elena se hacía un ovillo y le quitó las esposas para guardarlas en su bolsillo. Instintivamente ella se masajeó las muñecas. La cogió del brazo y la puso en pie.

—Nos vamos —dijo arrastrándola hacia la puerta.

—¿Adónde? —preguntó ella.

Mateo no contestó, se limitó a sacarla de la habitación, cerrar la puerta y arrastrarla hasta el ascensor.

El hotel disponía de parquin subterráneo para los huéspedes. Sin soltarla, la condujo hasta el vehículo. Abrió la puerta del copiloto y la sentó en el asiento.

—Ponte el cinturón —ordenó antes de cerrar la puerta con un

portazo.

Se quedó observándolo mientras rodeaba el vehículo.

—Vamos a salir del parquin del hotel —susurró ella.

—Lo sabemos —escuchó la voz de Aitor.

Tragó saliva cuando él entró al vehículo, aunque no lo arrancó, simplemente se quedó pensativo y miró la hora.

—Quedan menos de tres horas —susurró él.

Ella lo miró sin comprender, asustada.

—¿Tres horas para qué? —preguntó inquieta.

Mateo la miró de arriba abajo y extrajo de su bolsillo una bolsita negra con un gran cordel. Se arrimó a ella y se lo puso por la cabeza. La bolsita negra reposaba sobre su regazo.

—¿Qué es esto? —preguntó nerviosa.

—Un detalle para ti, facilitará las cosas —explicó mientras arrancaba el vehículo.

Ella cogió la bolsita negra de tela y palpó en su interior, por el tacto pudo deducir que había hierbas secas y algún hueso.

—¿Es una bolsita negra con huesos y plantas secas? —preguntó ella que de aquella forma informaba también a la división.

Miguel elevó la mirada hacia Daniel al escuchar aquello. Sabía perfectamente lo que era, ya lo habían usado anteriormente. Se trataba de un conjuro para debilitar el alma y facilitar así la posesión demoníaca. Las palabras de Anael volvieron a su mente. La botella de Astaroth contenía tanto poder que un humano normal y corriente no podría soportar la apertura, por eso necesitaban que un humano estuviese poseído por un demonio para poder abrirla.

—Es una bolsita como las que usaban para llevar a cabo las posesiones —le susurró Miguel a Daniel. Daniel afirmó efusivamente dándole la razón—. Elena, tienes que quitarte de encima esa bolsita —pronunció con el tono de voz más alto, nervioso.

Elena miró de reojo a Mateo que había iniciado la marcha y cogió la bolsita entre las manos. Las elevó lentamente hasta el cuello como si se rascase, pero Mateo la detuvo rápidamente con la mano.

—Ni se te ocurra quitártela —le advirtió. Ella lo miró fijamente mientras sujetaba su mano—, o te esposaré.

Daniel tragó saliva y Miguel resopló.

—Joder —susurró Miguel de los nervios—. Elena, en cuanto puedas… quítatela.

Ella tragó saliva mientras él soltaba su mano y la volvía a colocar sobre el volante para dirigir el vehículo.

—Elena —escuchó la voz de Aitor—, vamos detrás. En cuanto a la bolsita que Mateo te ha puesto… haz lo que dice Miguel, en cuanto puedas, quítatela.

Elena carraspeó y se limitó a mirar por la ventana.

—¿Adónde me llevas? —insistió.

Mateo tardó un poco en responder.

—¿Conoces el castro de Viladonga? —Ella negó—. ¿No? —rio Mateo—. ¿Después de vivir un mes y medio aquí no lo has visitado? —ironizó—. Es una pena, es uno de los lugares más mágicos y antiguos de Lugo —explicó con solemnidad—. Yo lo he visitado varias veces en los múltiples viajes que realizaba. —Elena guardaba silencio, sin mirarlo, e intentando separar la bolsita de su cuerpo. Mateo la miró de reojo mientras aceleraba—. Hoy conocerás ese lugar y la magia que lo envuelve. —Luego sonrió con malicia—. Hoy verás la grandeza de la oscuridad.

Ella tragó saliva.

—¿De la oscuridad? —preguntó como si no supiese a qué se refería.

Por suerte, la división ya la había puesto al día.

—Tú… —dijo mirándola unos segundos—, vas a ser una pieza clave esta noche, de vital importancia.

Ella comenzó a temblar, pues con eso no sabía a lo que se refería.

—¿Qué vas a hacer? —sollozó.

—No, no tengas miedo —ironizó—. Es un privilegio —volvió a adoptar aquel tono de voz de adoración—. Hoy conoceremos al rey supremo de las tinieblas.

—Mateo… ¿qué…?

Mateo la miró de reojo.

—No finjas conmigo que no lo sabías, que no sabías a quién adoraba… —le reprochó de malas formas—. Y, pese a todo, seguías conmigo.

Ella tragó saliva.

—Yo me marché… haz memoria —le recordó.

Mateo situó una mano en su pierna provocando que ella se pusiese totalmente firme.

—Ahora eso ya no importa. Solo importa lo que nos depara el futuro —pronunció—. Y es un futuro más grande del que imaginas.

Elena se apartó lentamente de su mano y se acercó a la puerta, subiendo las piernas al asiento, adoptando una postura fetal. Miró por el retrovisor y no vio que ningún coche les siguiese, igualmente, sabía que ellos estaban cerca y que no la dejarían.

Miró unos segundos a través de la ventana hasta que sintió cómo el estómago se le comenzaba a revolver y empezaba a sentir frío. Suponía que los nervios debían de estar jugándole una mala pasada. Apartó la bolsita de su pecho e intentó relajarse. Los nervios no le servirían de nada, sabía que la división los seguía de cerca y que Miguel y Daniel estarían allí, a donde la llevaba. Sabía que la protegerían frente a cualquier cosa.

29

Una hora y diez minutos después la furgoneta se detuvo. Ambos habían escuchado a dónde se dirigían gracias a la conversación que Mateo había tenido con Elena.

Miguel abrió la puerta y salió de la parte trasera de la furgoneta. Daniel se situó a su lado y rodearon la furgoneta. Frente a ellos, a pocos metros, se encontraba el castro de Viladonga.

El castro era de origen galaico-romano, situado en el municipio de Castro de Rey y localizado sobre una colina de quinientos treinta y cinco metros sobre el nivel del mar.

Las antiguas ruinas estaban rodeadas por unas murallas que alcanzaban, en algunos puntos, los catorce metros, y se accedía al interior a través de dos caminos de tierra empinados.

Desde afuera podía intuirse que debía de haber varias hogueras en el interior iluminándolo todo.

Varias personas caminaban por el camino de tierra en dirección al interior, con sus capas puestas. Miraron a ambos lados cuando iniciaron la marcha en dirección al camino.

—Estamos en el castro —pronunció Miguel echándose la capucha encima de la cabeza.

La voz de Aitor sonó en los auriculares.

—Estamos a diez minutos del castro, vamos a atravesar el pueblo de Abelleira.

—¿Qué hora es? —le preguntó Miguel a Daniel.

—La una y cuarto —respondió este echándose también la capucha encima.

Allí refrescaba bastante y corría una brisa helada.

—Cuando lleguemos os avisamos —explicó Aitor—. Aparcaremos cerca y nos aproximaremos al castro para vigilar. El coche de Mateo va unos cincuenta metros por delante.

Miguel suspiró y ambos se detuvieron a la entrada del castro.

—Elena, si estás bien… carraspea —le pidió.

Elena se mantenía con los ojos cerrados. Media hora antes, las

náuseas se habían vuelto casi insoportables y tenía mucho frío. Se pasó la mano por la frente, pues sospechaba que podía tener fiebre.

Miguel se removió nervioso al no recibir respuesta y miró a Daniel asustado.

—Entremos dentro. Ellos están a punto de llegar —dijo indicándole con un movimiento de cabeza hacia el interior.

Se sorprendieron cuando, al entrar, encontraron a más personas de las que esperaban. Más de cincuenta personas rodeaban la hoguera formada por troncos, una hoguera que se alzaba varios metros de altura. Tras la hoguera habían preparado una tarima con un altar. El altar se trataba de una mesa de madera con un mantel negro sobre ella en la que se dibujaba en rojo sangre un pentagrama. Sobre el mantel había varias vasijas y cruces invertidas, así como varias velas encendidas en candelabros de oro.

—Busquemos la botella —le sugirió Miguel.

Daniel asintió y cada uno tomó un rumbo diferente rodeando la hoguera por cada lado e internándose entre todos los allí presentes.

Miguel caminó entre todas las personas. El lugar daba escalofríos. Perdido en medio de la montaña, con el bosque oscuro cerca y todos aquellos hombres vestidos de aquella forma. Miró un segundo hacia el cielo. A lo lejos se intuía que las nubes tapaban las estrellas, pero sobre ellos había un claro desde donde se veía la enorme luna llena.

Miguel caminó rodeando la hoguera, sintiendo el calor de las llamas cerca, vigilando a cada una de las personas que se encontraban allí, por si alguno era portador de una botella. Necesitaban dar con ella, pues sabían que aquella noche, en poco más de una hora, harían el conjuro para traer de vuelta a Astaroth.

—Nada por aquí —escuchó la voz de Daniel en su oído.

Miró hacia el otro lado y lo observó internándose entre la gente que se mantenía hablando.

—Por aquí tampoco —respondió Miguel echando su cabeza hacia abajo—. Miremos cerca del altar.

Ambos se dirigieron hacia el altar e inspeccionaron la zona. Nada, ahí, de momento, no había nada que se pareciese a una botella antigua.

El altar se encontraba sobre una plataforma que tenía un metro de altura y a la cual se accedía a través de unos escalones situados en cada lateral.

Comenzó a rodear la plataforma, observando con atención el altar. Candelabros y cruces invertidas. Nada más.

—Joder —susurró Miguel—. En el altar tampoco está. —Se quedó quieto cuando a pocos metros observó a Daniel también investigando la plataforma.

—Nada.

—Estad atentos —intervino Aitor—, en cualquier momento pueden sacarla. —Miró hacia delante—. Nosotros ya estamos a punto de llegar. Aparcaremos el todoterreno a una distancia prudencial y nos moveremos hasta allí a pie.

Miguel se removió nervioso.

—Vigilad a Elena, por favor —suplicó.

—Tranquilo —respondió Marcos—. No la perderemos de vista.

Miró hacia Daniel y le señaló con un movimiento de cabeza que se dirigiesen a la parte delantera del altar.

—Miguel —escuchó la voz de Daniel—, mejor quedarnos cerca del altar, por si hay que intervenir.

—De acuerdo —respondió este mientras pasaba por delante del altar para situarse cerca de su compañero.

Aitor miró por la ventana del todoterreno, a lo lejos se intuían las luces de un poblado. Miró hacia delante observando cómo el vehículo en el que iba Elena tomaba una curva unos metros por delante de su todoterreno.

Se removió en el asiento y señaló con la mano a su compañero Víctor que conducía.

—Aparca el vehículo por aquí —le pidió—. Nos moveremos a pie. Iremos más rápido.

Víctor se desvió a la derecha, adentrándose un poco en el bosque oscuro y finalmente apagó el vehículo.

Todos se movieron rápidamente. Ellos, a diferencia de Daniel y Miguel, no llevaban ninguna capa, vestían únicamente los uniformes de trabajo.

Lucas descendió de la parte trasera del vehículo y fue directamente al maletero, abriéndolo. Comenzó a sacar armas.

—Toma —dijo entregándole a cada compañero un par de dagas y armas.

Aitor miró hacia el final de la carretera. El vehículo de Mateo ya no se veía.

—¿Lleváis todos las cruces puestas? —preguntó.

—Sí —respondieron prácticamente a la vez.

Lucas cerró el maletero mientras situaba la última de las dagas en su cinturón y miró hacia delante.

—¿Seguimos el camino o nos internamos por el bosque? —preguntó.

Aitor evaluó la pregunta.

—La carretera por el bosque. Sigamos el vehículo de Mateo.

Dicho y hecho. Se movieron a gran velocidad por el bosque, a una velocidad que ni el ojo humano podía ver, y en pocos segundos se encontraban en paralelo con el vehículo de Mateo que seguía avanzando despacio en dirección al castro.

—Elena, ¿estás bien? —preguntó Aitor situando la mano en su cuello para que lo escuchase mejor, observando el vehículo que circulaba unos metros a su lado.

Elena no volvió a responder, lo que provocó entre ellos miradas preocupadas. Sabía de sobra que si le había puesto la bolsita se encontraría muy débil, incluso con náuseas y fiebre. Seguramente no respondería por eso.

Igualmente, Aitor se acercó un poco más al vehículo, corriendo en paralelo a él y esquivando los árboles del bosque. Fijó su mirada en la parte delantera del vehículo. Estaba bastante oscuro, pero gracias a la luz del vehículo pudo ver a Mateo conduciendo, con la mirada fija en la carretera y, a su lado, a Elena, la cual mantenía su cabeza apoyada contra la ventana. Definitivamente, la pose que tenía le daba a entender que no se encontraba muy bien. Por lo menos seguía viva, el que no contestase a sus peticiones por segunda vez lo había puesto nervioso.

Volvió a internarse un poco más en el bosque a la altura de sus compañeros.

—He visto a Elena… —dijo para que lo escuchasen todos, incluido Miguel y Daniel—. No parece encontrarse muy bien.

Miguel se removió nervioso y miró a Daniel que se encontraba a su lado.

—La bolsita debe de estar surtiendo efecto. Necesitan una posesión para abrir la botella, y creo que pretenden que sea ella —susurró con todo su cuerpo en tensión.

Aitor chasqueó la lengua sin dejar de correr por el bosque.

—Yo también lo creo —comentó y apretó los labios—. No te preocupes, Miguel, no dejaremos que eso ocurra.

Miguel tragó saliva mientras vigilaba a todas las personas que pasaban cerca de él en dirección al altar, igual que su compañero.

—Hemos llegado al castro —dijo Aitor.

Miguel y Daniel se giraron instintivamente hacia el camino por el que habían entrado.

—¿Dónde estáis? —preguntó Daniel.

—Afuera. El vehículo de Mateo se ha detenido a pocos metros de la entrada. Estamos ocultos en el bosque, vigilando —explicó.

—¿Veis a Elena? —preguntó Miguel acelerado.

—Han apagado el vehículo, pero no han salido —explicó Aitor.

Mateo se quitó el cinturón y encendió la luz interior del vehículo. Se giró y observó a Elena. Sí, sin duda la bolsita para debilitarla estaba funcionando. Elena mantenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el cristal con las manos en el estómago.

No le dijo nada y miró su reloj de pulsera que marcaba la una y cincuenta minutos. En poco más de una hora, finalmente, lograría su

propósito, aquello por lo que había luchado durante toda su vida.

La observó de reojo y se aseguró de que los pestillos del coche estuviesen echados para que nadie pudiese interrumpirlos. Cogió su móvil y envió un mensaje.

Mateo: Ya estoy aquí.

Mateo: Tengo a la ofrenda, tal y como le prometí.

Observó cómo el móvil al que escribía se ponía en línea.

¿Y el resto de sacrificios?

Mateo sonrió y miró hacia el castro, iluminado en su interior por una alta hoguera.

Mateo: En el interior, me lo han confirmado.

Mateo: Todo está preparado tal y como ordenasteis, mi maestre.

Cerró los ojos y suspiró al poder escribir aquello.

Serás recompensado por tus servicios, tal y como te prometí.

Mateo: Gracias, maestre.

Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras depositaba el móvil en el salpicadero y se quedaba observando el castro. Tantos años luchando por un hueco en la orden, por poder crecer dentro de ella y, finalmente, lo había logrado. Sabía que sería ascendido tras todos los servicios que había prestado a la orden Thelema. Se había encargado de organizarlo todo y de buscar a las personas necesarias para que aquel día llegase y pudiese hacerse realidad. Sí, después de esto alcanzaría una posición más alta en Thelema y, seguramente, su alto grado en la organización propiciaría también un salto a mejor en su vida laboral. ¿Quién sabía? Quizá llegase a ser Fiscal General del Estado.

Miró a su alrededor asegurándose de que no había nadie cerca y apagó la luz del interior del vehículo, quedándose en total oscuridad, solo iluminado por la luz que llegaba de la hoguera del interior del castro. Sabía que en breve su maestre llegaría, al fin podría conocerlo en persona. Sería todo un honor.

Miró de reojo a Elena mientras gemía.

—¿Ganas de vomitar? —preguntó con ironía.

Ella tragó saliva e intentó girar su cuello hacia él, pero sus músculos le pesaban demasiado.

—¿Qué… qué me has hecho? —balbuceó.

Mateo le sonrió y pasó una mano por su cabello, acariciándolo, como si intentase calmarla.

—Yo no te he hecho nada, te lo estás haciendo tú misma —susurró. Se incorporó en el asiento para acercase más a ella—. No te resistas y todo será más fácil —le susurró.

—Déjame entrar —escuchó Elena en su cabeza, una voz grave y lenta.

Se incorporó de inmediato en el asiento y miró de un lado a otro.

—¿Qué… qué me está pasando? —gritó asustada.

Mateo se aseguró de que los pestillos estuviesen echados para que no pudiese escapar del vehículo.

—Déjame entrar —volvieron a susurrar en su cabeza.

—¡Nooo! —gritó Elena llevándose las manos a los oídos—. ¡Déjame!

Mateo la cogió por los brazos y la obligó a mirarlo.

—Déjalo entrar —exigió—. Será rápido, Elena. No te resistas, no aumentes tu sufrimiento.

—No, no, no… —gritó ella y lo miró convencida—. No voy a dejarlo entrar —dijo comprendiendo lo que ocurría, intentaban poseerla.

Mateo sonrió de soslayo.

—No lo entiendes —chasqueó la lengua sin soltarla—. No es cuestión de que quieras o no. Él va a entrar en ti —sentenció—. La cosa es… ¿lo haces voluntariamente y dejas de sufrir… o lo hace él por la fuerza? —la interrogó.

Ella tragó saliva.

—Eres un hijo de puta —le escupió en la cara e intentó quitarse la bolsita del cuello, pero Mateo la detuvo sin problema, pues estaba demasiado débil como para hacerle frente.

—Te estoy haciendo el mayor regalo que se puede hacer… —comentó situándose frente a su rostro—. Vas a tener el honor de traer a nuestro rey de vuelta a la Tierra. Eso es un privilegio.

—Estás loco.

Él sonrió y la apoyó contra el respaldo del coche. Ella sollozó y se llevó de nuevo las manos a la cabeza, luchando por no sucumbir a aquella grave voz que resonaba en su interior. Mateo miró de nuevo su reloj y clavó la mirada en Elena, sin una pizca de arrepentimiento.

—Tenemos aún un rato para doblegar tu voluntad… —comentó con ironía—, no seas terca y deja que ocurra lo que tiene que ocurrir.

—¡Jamás! —le gritó con furia, aunque estaba muerta de miedo. Cerró los ojos y comenzó a susurrar—. Dios mío, ayúdame —imploró —. Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…

Mateo sonrió al escucharla recitar aquella oración y cogió con fuerza su mejilla para que se callase.

—¿Crees que Dios te va a ayudar? —preguntó con ironía—. Dios hace tiempo que no quiere saber nada de la humanidad. Esta guerra la hemos ganado nosotros —sentenció—. ¿Dónde está él para ayudarte? —acabó riendo, burlándose de ella. Elena inspiró con fuerza intentando controlar sus emociones. Tragó saliva y apretó los dientes mientras el dolor de cabeza la hacía gemir—. Déjalo entrar —ordenó Mateo—, y deja de sufrir innecesariamente. —Elena no pudo pronunciar palabra, pues él sujetaba con fuerza su mejilla sin dejarla

articular, lo único que pudo hacer fue negar levemente con su cabeza —. De acuerdo —se encogió de hombros Mateo, como si no le importase—, pues si es tu decisión, sufre, aunque el resultado será el mismo.

La soltó con un leve empujón y controló el reloj de su muñeca. Elevó la mirada hacia el castro mientras escuchaba la rápida respiración de Elena a su lado y sus sollozos, y se limitó a mirar al frente sin hacerle ya caso.

Miguel, al igual que el resto de la división, se había mantenido en silencio, con todo el cuerpo en tensión mientras escuchaba la conversación entre los dos.

No se atrevió a interrumpirle o a hablarle a Elena en ese momento, pues sabía que bastante debía tener ya luchando contra la posesión.

—Por Dios… —susurró de los nervios—, ¿dónde está la puta botella? —preguntó elevando un poco más el tono de voz.

Daniel lo miró fijamente y colocó una mano en su brazo.

—Cálmate —le susurró—. Elena es muy fuerte.

Miguel apretó los labios.

—Pero yo no —dijo mirando de un lado a otro desesperado. En cuanto encontrasen la botella la cogerían y podrían liberar a Elena, pero mientras no apareciese estaban totalmente perdidos.

Daniel llevó la mano a su cuello. Sabía que su compañero se encontraba tan acongojado que no podía ni hablar.

—Aguanta, Elena, lo estás haciendo muy bien… —susurró—. En breve todo habrá acabado.

Solo escucharon un largo suspiro seguido de un gemido por parte de ella.

De repente reinó el silencio en el castro. Daniel y Miguel se giraron para observar que tres hombres vestidos con las túnicas negras subían los escalones. Se dirigieron al centro de la tarima, justo tras el altar. A uno de ellos lo reconocieron al momento, José se encontraba tras el altar elevando los brazos hacia el cielo, mientras los dos restantes se habían quedado en un lateral de este.

—¡Hermanos! —gritó José. Miguel y Daniel se miraron de reojo —. Hoy ha llegado el gran día —dijo mirándolos a todos—. Hoy traeremos de vuelta a esta Tierra a nuestro rey. —Un vitoreo se alzó en todo el castro—. Después de milenios buscándolo, al fin hemos dado con él. Hoy, Astaroth, sumo rey del infierno, estará entre nosotros. ¡Por Astaroth!

—¡Por Astaroth! —gritaron todos en el castro.

Ambos se removieron inquietos.

José descendió los brazos hacia todos y los miró con una tenebrosa sonrisa. Abrió un libro y tomó aire.

—Hoy, en esta oscura y mágica noche —pronunció con solemnidad—, iniciamos el rito ancestral para traerte entre nosotros, para que puedas habitar de nuevo este mundo, para que puedas caminar en la luz y en las tinieblas y nos guíes a través de ellas. ¡Ven a nosotros, Astaroth! ¡Rey de este mundo!

—¡Ven a nosotros, Astaroth, rey de este mundo! —repitieron todos a la vez.

Miguel se llevó la mano al cuello.

—Han iniciado el ritual —susurró.

—Lo sabemos —respondió Aitor que observaba junto a sus compañeros el vehículo de Mateo, a pocos metros de ellos—. Mateo sigue con Elena en el vehículo —explicó—. Estad atentos a todo y en cuanto veáis la botella, avisad. No intervengáis hasta que estemos todos preparados —exigió.

—De acuerdo —respondieron Miguel y Daniel a la vez mientras mantenían la vista clavada en José que había iniciado el ritual de preparación, recitando la invocación inicial.

Los dos hombres que acompañaban a José en el altar fueron encendiendo las velas del altar y comenzaron a prepararlo.

Se fijaron en que llevaban dos palanganas al centro, justo frente al altar, y las depositaban en el suelo. No supieron si estaban llenas o no, o qué ungüento contendrían, si bien dedujeron que debía de ser sangre.

Se quedaron quietos, buscando con la mirada nerviosa cada punto del altar, observando cada movimiento a la espera de que apareciese la botella.

30

Mateo miró el reloj de su muñeca. Marcaba las tres menos cuarto cuando un vehículo se detuvo a su lado. Sintió cómo su pulso se aceleraba y la respiración se le entrecortaba. Miró de reojo a Elena, la cual no dejaba de gemir y, directamente, abrió la puerta de su vehículo.

Al fin, después de tanto tiempo luchando por un lugar más privilegiado en la organización, lo iba a conseguir. Cerró la puerta tras él mientras miraba el cristal tintado de la parte trasera del vehículo que se había detenido a su lado. Sabía perfectamente de quién se trataba. El maestre, el poderoso brujo del que todos hablaban, jefe de la orden secreta Thelema, se encontraba a pocos pasos de él, tras aquella luna tintada.

Inspiró con fuerza cuando la puerta trasera se abrió y un hombre trajeado salió del vehículo colocándose correctamente los puños de la camisa.

Mateo se sorprendió al verlo, era un hombre mucho más alto de lo que había imaginado y derrochaba elegancia por cada poro de su piel. Su cabello negro echado hacia atrás, una barba bien recortada, unos rasgos árabes…

Mateo inclinó su cabeza de inmediato.

—Maestre —dijo hacia él. Farid se acercó a él con la espalda recta y lo miró fijamente, sin mediar palabra. Aquel silencio puso a Mateo un poco nervioso, sabía que estaba ante uno de los brujos más poderosos del planeta. Él aspiraba a convertirse en su mano derecha —. Todo está preparado tal y como ordenasteis.

Farid asintió y miró hacia el interior del vehículo.

—¿Es la ofrenda? —preguntó directamente, con una voz grave.

—Sí, maestre —respondió rápidamente.

Farid asintió lentamente mientras observaba a la muchacha removerse en el interior del vehículo, luchando por no ser poseída.

—La posesión no se ha realizado aún —indicó.

Mateo asintió.

—Se está resistiendo, pero Belcebú es poderoso. No podrá resistirse mucho más —indicó.

Farid asintió dando su conformidad.

—¿Y los dos sacrificios de sangre?

—Están ya en el interior del castro —explicó—. José, el maestre de la orden satánica de Lugo, se ha encargado de traerlos, así como a los diez voluntarios para las posesiones del aquelarre. —Farid evaluó lo que le explicaba sin decir nada—. Todo está preparado para el gran momento, maestre —acabó agachando de nuevo su cabeza en señal de reverencia.

Farid ignoró aquel gesto y rodeó el vehículo de Mateo para dirigirse a la puerta del copiloto, donde Elena permanecía sentada. Se detuvo ante el cristal y la observó.

La muchacha estaba abrazada a sí misma, con la cabeza apoyada en el cristal y los ojos cerrados con fuerza mientras intentaba controlar el temblor de su cuerpo.

Elevó la mirada hacia Mateo y sonrió con despotismo.

—Has hecho un buen trabajo —señaló. Mateo asintió agradecido por el cumplido. Farid miró su reloj y señaló al conductor de su vehículo con un movimiento de cabeza en dirección al maletero. Miró de nuevo a Mateo—. Ya es la hora. Comencemos —dijo dando unos pasos hacia delante, se detuvo y se giró hacia él—. Caminarás a mi lado —pronunció.

Mateo inspiró con fuerza mientras todos los músculos de su cuerpo entraban en tensión por la emoción. Sí, caminar al lado del gran maestre le daba una posición privilegiada.

—Será un honor —pronunció con devoción.

Farid se giró y comenzó a caminar en dirección al castro, aunque se detuvo a la espera de que Mateo sacase del vehículo a la ofrenda.

Aitor se movió hacia el árbol observando cómo Mateo sacaba a Elena del vehículo. Abrió la puerta y la cogió del brazo sin delicadeza alguna. Cuando la empujó al exterior Elena cayó sobre la tierra, sin fuerzas siquiera para mantenerse en pie.

No sabía de lo que había hablado Mateo con el recién llegado, dado que habían cerrado la puerta del vehículo y no habían podido escuchar nada a través del micrófono que escondía Elena, pero algo le decía que ese hombre era quien portaba la botella.

Todos observaron atentos cómo el conductor del vehículo recién llegado hasta allí extraía un recipiente rectangular de color negro del maletero.

—Se dirigen hacia el castro —informó Aitor para que Miguel y Daniel estuviesen alerta—. Uno de ellos lleva un recipiente rectangular en sus manos.

—¿La botella? —preguntó Miguel acelerado.

—No lo sé, pero es posible. Estad atentos. —Cuando Mateo que arrastraba a Elena, Farid y el conductor entraron por el camino de tierra al castro todos avanzaron rápidamente hacia la muralla. Dieron un salto impulsándose levemente hacia arriba y se sujetaron a la parte alta de la muralla para observar—. En cuanto veamos la botella intervendremos —ordenó—. Esperad mi orden.

José, que aún permanecía sobre la tarima tras el altar, alzó los brazos para que todos guardasen silencio. La mayoría de los allí presentes, incluidos Miguel y Daniel, se giraron para observar en la misma dirección que José.

Miguel sintió cómo su cuerpo comenzaba a temblar. Supo que su reacción había captado la atención de Daniel porque se situó a su lado disimuladamente y lo sujetó del brazo.

Un hombre al que no conocían iba en primer lugar, su porte era elegante y caminaba entre todos los allí presentes con el mentón elevado. A su lado, reconocieron a Mateo que llevaba cogida por la cintura a Elena, la cual intentaba caminar, pero le era prácticamente imposible mantenerse en pie.

—Elena —susurró Miguel.

Avanzaron en dirección al altar cuando ambos coincidieron la mirada con el contenedor negro que llevaba un hombre tras ellos.

—Es la botella, seguro —susurró Miguel.

Daniel asintió.

—Seguro, pero no intervendremos hasta que lo sepamos al 100% —respondió Aitor—. Necesitamos estar bien seguros antes de ir a por ella. Si por algún casual no fuese y nos diésemos a conocer antes la volverían a esconder. Necesitamos confirmación visual.

Miguel suspiró con los nervios a flor de piel y centró la mirada en Elena cuando pasó por delante de él. Sus miradas se cruzaron durante unos segundos. Elena tuvo que reconocerlo porque sollozó mientras lo miraba. Aquello fue superior a Miguel que, si no fuese porque Daniel lo sujetó del brazo, habría saltado a por ella.

—Contrólate —le susurró Daniel—. Ya falta poco.

Miguel resopló y cerró los ojos intentando hallar el control que tanto necesitaba en esos momentos.

—Lo mataré —susurró Miguel—. Voy a matarlo.

—Shhh —intentó controlarlo Daniel.

—Te juro que voy a…

—Miguel —intervino Aitor con voz firme—. Elena está haciendo un gran esfuerzo, no ha dicho la palabra solicitando ayuda. Está siendo muy fuerte. No lo estropees —acabó con voz más lenta.

Miguel apretó los labios y tuvo que controlarse. Sí, era cierto. Elena estaba demostrando una valentía fuera de lo normal. Todos

habían pactado que si no lo soportaba más diría la palabra “agua” e intervendrían directamente. Elena no había pronunciado aquella palabra, incluso mientras luchaba por no ser poseída. Solo esperaba que aquel sufrimiento tuviese sus frutos y lograsen su cometido.

Miguel y Daniel se giraron para observar el altar mientras Mateo subía los escalones de la tarima para arrojar a Elena en él.

En ese momento, Elena gritó y se llevó las manos a la cabeza.

—Ahhh.

Su grito fue estridente, de un dolor extremo y una lucha interior inigualable.

—Aguanta, Elena —susurró Miguel—. Enseguida te sacaremos de aquí.

Elena apretó los dientes y se echó hacia delante situándose a cuatro patas, intentando soportar el peso de su cuerpo mientras una gota de sudor frío resbalaba por su pálido rostro.

José se apartó de la parte posterior del altar, se quitó la capa y se dirigió hacia Farid que acababa de subir los escalones de la tarima. José se situó tras él y colocó la capa sobre sus hombros. Lo rodeó y la anudó.

—¿Quién cojones es ese? —preguntó Marcos.

—Me da la impresión de que nos habíamos equivocado —intervino Aitor—. Mateo no es el líder. Ese hombre… tiene toda la pinta de serlo —confirmó.

La mirada de todos se centró en Farid que avanzó hacia delante rodeando el altar, situándose por delante y colocándose ante Elena. Extendió los brazos.

—Hoy… —comenzó con solemnidad. Todos pudieron detectar su deje árabe—, es un día que recordaremos por siempre. Hoy, es el día en que nuestro rey será liberado. Después de miles de años, nosotros, hoy, le damos la bienvenida.

—Ven a nosotros, Astaroth —respondieron todos a la vez.

Miguel y Daniel se miraron de reojo y centraron la mirada en Elena, la cual seguía luchando a gritos por no ser poseída.

—Hoy, la trinidad maligna volverá a unirse —continuó con solemnidad—. Lucifer, Belcebú y Astaroth estarán juntos de nuevo. —Dio un paso hacia delante con el mentón elevado—. ¡Ante el aquelarre de los diez demonios Astaroth será liberado!

En ese momento diez hombres dieron un paso adelante.

Miguel y Daniel dieron un paso atrás alejándose de ellos. ¿Qué estaba pasando allí?

José bajó del altar llevando consigo una canastilla donde portaba diez bolsitas negras, iguales a la que habían puesto a Elena.

—Joder —susurró Daniel comprendiendo lo que iba a ocurrir.

No hizo falta que explicase nada, todos lo comprendieron. Habían

escuchado perfectamente las palabras de aquel que parecía ser el gran maestre: “Ante el aquelarre de diez demonios”. ¿Iban a dejar que los poseyesen?

—Panda de locos —susurró Miguel apretando los dientes.

—A las tres de la tarde murió Jesús —gritó Farid—. ¡Y a las tres de la madrugada volverá nuestro rey Astaroth!

Miguel miró disimuladamente su reloj de muñeca, apenas quedaban cinco minutos.

—Muy atentos —los apremió Aitor.

—Joder, ¿y la puta botella? —susurró Miguel de los nervios.

En ese momento, justo cuando José situaba la última de las bolsillas por el cuello del último de los diez voluntarios, todos cayeron al suelo como si un peso los echase sobre la tierra. Quedaron a cuatro patas frente a la tarima del altar, como si así lo protegiesen.

—Los sacrificios de sangre —anunció Farid.

Miguel y Daniel se sorprendieron cuando los diez hombres que acababan de ser poseídos voluntariamente, sin ningún tipo de resistencia, se giraron en su dirección. Se fijaron en sus rostros blanquecinos, en su piel seca, incluso arrugada por la falta de hidratación, en que sus ojos que se habían vuelto negros, pues las pupilas se habían dilatado al máximo.

Miguel enarcó una ceja cuando cinco de ellos miraron fijamente a Daniel y los otros cinco lo miraron a él.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó Miguel.

Nadie tuvo tiempo de responder, pues cinco hombres se echaron encima de Daniel y cinco encima de Miguel, sujetándolos por los brazos.

Ni Miguel ni Daniel ofrecieron resistencia, ni siquiera comprendían lo que estaba ocurriendo.

Los impulsaron hacia delante, sujetos por los brazos. Miguel intentó soltarse, pero fue consciente de que aquellos hombres, con la posesión demoníaca, adquirían más fuerza que un hombre normal, pudiendo luchar contra ellos sin problema.

Farid se hizo a un lado de la tarima para que los subiesen. Miguel clavó su mirada en Elena que permanecía con los ojos cerrados, luchando por respirar.

Subieron los escalones a lo alto de la tarima y Farid fue hasta ellos.

Los miró de la cabeza a los pies.

Miguel lo miró fijamente. Estaba claro que no era casualidad que los hubiesen escogido a ellos.

—¿Nos conocemos? —ironizó Miguel hacia Farid, situado frente a ellos.

Farid sonrió de soslayo y ladeó su cabeza.

—Vosotros a mí aún no teníais el placer…

—Bueno… lo que se dice placer… —ironizó Daniel y resopló.

—Pero yo a vosotros sí —continuó Farid ignorando el comentario. Se puso frente a ellos, muy próximo, como si los retase—. Vosotros habéis atormentado a decenas de mis hermanos…

Miguel rio interrumpiéndolo.

—¿Te refieres a que hemos exorcizado a unos cuantos de esos cabrones? —bramó.

No tenía ni idea de cómo aquel hombre lo sabía, pero estaba claro que sabía con quiénes se las tenía en aquel momento.

—Los cazadores os creéis en posesión de la verdad y de la justicia absoluta. —Daniel y Miguel se miraron de reojo y se encogieron de hombros—. Hoy, gracias a vosotros, traeremos a nuestro rey de vuelta.

—No pretenderás que colaboremos, ¿verdad? —bromeó Daniel.

Nada más acabar aquella pregunta, y sin responder a ella, Farid alzó su mano mientras susurraba unas frases.

Miguel y Daniel sintieron cómo una fuerza superior a la de ellos los empujaba hacia abajo, obligándolos a arrodillarse. Miguel intentó resistirse mientras miraba fijamente a Farid, el cual seguía recitando aquellas palabras en susurros y elevaba su mano derecha hacía él.

¿Un brujo?

—¿Qué hacéis? —escucharon la voz de Aitor en su cabeza.

—¿Tú que crees? —gritó Miguel de los nervios mientras sentía cómo se arrodillaba sin poder resistirse, sin importarle ya que lo oyesen, aquello se estaba complicando más de lo que habían esperado —. ¡Este jodido tío es un brujo!

Farid bajó la mano y logró que ambos se arrodillasen. Ni siquiera podían mover sus cuerpos, era como si les pesase toneladas y, además, los poseídos seguían sujetando sus brazos.

—Puta mierda —gritó Daniel intentando deshacerse de ellos sin conseguirlo—. ¡Soltadnos, joder!

Miguel miró hacia delante, hacia Elena que permanecía tumbada sobre la tarima, totalmente agotada, sin fuerzas ya. Tenía los ojos medios cerrados, como si estuviese adormilada, aun así, consiguió centrar la mirada en él.

—Aguanta —le susurró.

Los hombres reclinaron hacia delante a Daniel y a Miguel y colocaron las palanganas vacías bajo ellos. Miguel miró a Daniel sorprendido.

—¿Nos van a cortar el cuello? —preguntó asombrado y miró hacia los hombres que los sujetaban.

Farid fue hacia la parte principal del altar y extendió los brazos hacia el cielo.

—En el nombre de Belcebú, Lucifer y Astaroth, rey del mundo,

ordeno a las fuerzas de la oscuridad que viertan su poder infernal sobre mí. —A lo lejos se escuchó un trueno que le dio más dramatismo al momento—. ¡Abrid las puertas del infierno y salid del abismo para recibir a vuestro rey! —Farid miró a Mateo y asintió. Este se dirigió hacia el recipiente que aguardaba sobre el altar mientras otros dos hombres cogían dos dagas y se acercaban a Miguel y a Daniel—. He tomado tu nombre para que sea parte de mí. Vivo como las bestias del campo, regocijándome en la vida carnal. Por todos los dioses del Averno, ordeno que lo que digo suceda. Salid y responded a vuestros nombres: Belcebú —gritó.

Elena comenzó a retorcerse sobre el suelo, a contorsionarse.

Mateo abrió el recipiente de color negro y extrajo con sumo cuidado una botella de bronce.

Las miradas de Miguel y de Daniel se dirigieron directamente a ella.

—La botella —pronunció Miguel mientras uno de los hombres poseídos lo cogía por el cabello echando su cabeza atrás y colocando una daga en su garganta.

Hicieron lo mismo con Daniel.

—La vemos —intervino Aitor—. Cogedla.

—Acepta este sacrificio de sangre y trae a nuestro hermano de vuelta: Astaroth —gritó Farid.

Elena volvió a gritar desesperada mientras su cuerpo se echaba sobre la tarima y se quedaba totalmente rígido, como si en ese momento se llevase a cabo la posesión completa.

—¡No es tan fácil! —gritó Miguel intentando moverse. Aquel hombre tenía un gran poder aportado por la magia negra y no les permitía casi moverse—. Joder, haced algo. No podemos movernos —gritó Miguel mientras sentía el frío acero de la daga en su cuello.

—¡Ven a nosotros, Belcebú! —volvió a gritar Farid.

Miguel y Daniel se removieron justo cuando vieron que Elena, como si tuviese un resorte en la espalda, se levantaba de la tarima poniéndose totalmente erguida. Miguel apretó los dientes al comprender que la posesión finalmente había tenido lugar. Se removió justo cuando un disparo hacia el altar, en dirección a Mateo que se situaba al lado de la botella, provocó que todos se agachasen, excepto Elena que no parecía ser consciente de lo ocurrido y Farid que ni se inmutó.

El sonido de varios disparos más provocó el grito entre todos los allí presentes que se removieron nerviosos corriendo por el castro, huyendo. Un candelabro y la cruz invertida volaron por los aires fruto de varios disparos más.

Miguel aprovechó el desconcierto de todos para deshacerse sin dificultad de los poseídos que lo sujetaban. Cogió a uno por el brazo y

lo impulsó contra su rodilla, clavándola en su estómago. Se agachó y de una patada se deshizo de otro que pretendía sujetarlo del brazo. Daniel hizo lo mismo echando a dos poseídos de la tarima al suelo.

Miguel se agachó de inmediato cuando otro disparo pasó cerca de su cabeza en dirección a Mateo que permanecía agachado en la tarima intentando acercarse a la botella para cogerla.

—¡Cuidado, joder! —les previno Miguel a sus compañeros.

—No somos nosotros —intervino Aitor que había saltado al castro junto a sus compañeros.

—¿No? —preguntó Miguel asombrado, mirando de un lado a otro. ¿De dónde venían esos disparos si no era de sus compañeros?

Igualmente, eso no era lo que más le importaba en aquel momento. Observó cómo Daniel se deshacía de otro de los poseídos arrojándolo de la tarima.

—¡La botella! —le indicó acelerado mientras se dirigía a Elena que permanecía totalmente erguida, en trance, mirando en dirección a la botella. Fue hasta ella y retiró a toda prisa la bolsita arrojándola al suelo. Inmediatamente, el cuerpo de Elena cayó inerte y Miguel la sujetó. Se agachó levemente con ella y golpeó suavemente la mejilla de ella—. Elena, Elena… —pronunció acelerado intentando que recuperase el sentido, pero permanecía inconsciente. Al menos, parecía que al haberle quitado la bolsita del pecho la posesión se había abortado.

—¡Sácala de aquí! —le gritó Daniel mientras se dirigía hacia la botella, pero Farid se interpuso en su camino y elevando la mano lo arrojó desde lo alto de la tarima al suelo, haciéndolo rodar. Derrapó sobre suelo intentando detener su retroceso con la mano y se incorporó. Miró a Miguel bajar de la tarima a una velocidad sobrehumana con Elena en sus brazos en dirección a la salida del castro y centró la mirada en Farid mientras se quitaba la capa y cogía una daga de su cinturón—. Vamos allá —susurró para sí mismo.

De nuevo, unos disparos provocaron que se agachase mientras veía al resto de la división correr hacia la tarima, en dirección a la botella.

—Joder, ¡los disparos! —gritó mirando de un lado a otro. Su mirada trazó la trayectoria al lugar de donde creía que provenían. Un hombre al final del castro, con la capa y la capucha puesta, corría hacia ellos con el arma en la mano. Si seguía disparando de esa forma iba a herir a alguien—. ¡Yo lo detengo! —gritó a sus compañeros que llegaban hasta él.

Aitor, Marcos y Lucas llegaron a su altura y observaron a Farid interponerse entre la botella y ellos. Farid se giró hacia atrás y miró un segundo a Mateo.

—Hazlo —ordenó antes de volverse de nuevo hacia los tres

miembros de la división que extraían las dagas de su cinturón para luchar contra él.

Todos se movieron a una velocidad sobrehumana en dirección a la botella, pero Farid alzó la mano provocando que se detuviesen como si se golpeasen con un muro.

Daniel se movió rápidamente hacia el hombre que no dejaba de disparar y se echó sobre él, arrojándolo al suelo. El hombre se deshizo rápidamente de él y lanzó su pierna en dirección a su estómago, pero Daniel lo esquivó. Sin duda, era un buen luchador porque se movió rápidamente esquivando también su golpe. Sabía que, realmente, no tenía nada que hacer contra él, pues sus movimientos en aquel momento eran lentos. El hombre apuntó en su dirección, pero Daniel se movió rápidamente cogiéndolo por sorpresa y apareció a su espalda. Rodeó su cintura con su brazo y arrojó la pistola de su mano, desarmándolo mientras lo empujaba y caía al suelo.

Se quedó totalmente impresionado cuando escuchó el grito del hombre al caer. ¿Hombre? Ladeó la cabeza mientras lo veía ponerse en pie de nuevo y se quitó la capucha mientras adoptaba una posición de lucha. Sus rasgos eran suaves, femeninos. Su cabello negro caía a un lado, sujeto por una coleta. ¿Una mujer? Se quedó paralizado durante unos segundos, algo que aprovechó la mujer para correr en dirección al altar.

Daniel reaccionó y la cogió del brazo impulsándola de nuevo hacia el suelo.

—Será mejor que no te metas en esto —le advirtió Daniel, y golpeó con el pie el arma de ella que permanecía en el suelo.

—Maldito idiota —susurró ella poniéndose en pie con movimientos nerviosos.

Daniel ladeó su cabeza y miró de reojo en dirección al altar donde sus compañeros intentaban luchar por moverse.

—Mejor quédate quieta, bonita —comentó antes de desaparecer de su vista y moverse a una velocidad increíble hasta la tarima.

Valeria se quedó impresionada al verlo. Ni siquiera había tenido tiempo de pestañear antes de verlo desaparecer y aparecer sobre la tarima. ¿Quién era ese hombre? ¿Un cazador? ¿Qué hacía allí?

Daniel golpeó la pierna de Farid provocando que cayese al suelo y que su poder dejase de actuar sobre sus compañeros.

—¡La botella! —gritó Daniel mientras intentaba contener a Farid impidiendo que moviese su mano, pues ya había visto que tenía suficiente poder como para poder combatir contra ellos sin esfuerzo.

Marcos fue quien llegó hasta la botella y la cogió de inmediato.

—¡Márchate! ¡Aléjate! —ordenó Aitor de los nervios antes de que Farid se deshiciese de Daniel arrojándolo de la tarima.

Marcos se movió rápidamente y bajó de un salto de la tarima

mientras observaba cómo varios de los poseídos corrían hacia él. Por suerte, en velocidad no iban a ganarle, sabía que un hombre poseído adquiría muchos poderes, una fuerza sobrehumana y mucha velocidad, pero no iba a dejarse atrapar fácilmente.

Comenzó a moverse por el castro a gran velocidad, esquivándolos a todos con la botella en sus manos, como un jugador de rugby que pretende llegar al final del campo para hacer su *touchdown*.

—¡No! —gritó Farid que elevó su mano hacia Aitor, pero este esquivó la onda de poder moviéndose hacia el otro extremo. Víctor fue por detrás de él golpeándolo y arrojándolo al suelo de la tarima, pero antes de que pudiese sujetarle las manos a la espalda, Farid se giró y movió su mano hacia la derecha provocando que Víctor y Lucas saliesen despedidos.

Aitor se digirió rápidamente hacia él mientras controlaba a Marcos que portaba la botella y que estaba a punto de abandonar el castro. Se acercó para golpearlo, pero para su sorpresa, Farid contuvo su golpe con su mano. Ambos se retaron con la mirada unos segundos.

—¿Crees que tú, un simple mortal, puedes luchar contra un poder superior? —Aitor intentó controlar su mano, sujetándola, brindando a Marcos el tiempo necesario para esquivar a todos los hombres y poseídos que intentaban echarse sobre él para robarle la botella—. Por muchos dones que tengáis, jamás podréis igualarnos —rugió acercándose al rostro de él.

Retiró su otra mano situándola frente al estómago de Aitor y lo impulsó por el aire varios metros hacia atrás.

Sus movimientos fueron rápidos. Farid miró de nuevo a Mateo y asintió dándole a entender que hiciese todo lo que tenía que hacer.

Se giró hacia el final del castro y estiró sus dos brazos hacia delante provocando una ráfaga de aire tan fuerte que varios de los hombres que corrían por el castro salieron despedidos, pero esa corriente de aire no tenía otra misión que dirigirse directamente hacia Marcos.

Pese a que eran rápidos, la magia negra que empleaba aquel hombre también lo era.

Arrojó a Marcos al suelo y cayó con un fuerte golpe. Aquella corriente de aire tomó forma de garra que lo sujetó por la pierna y comenzó a arrastrarlo a gran velocidad hacia el altar.

Marcos aún tuvo fuerzas para mirar a su lado y levantar la botella.

—¡Víctor! —gritó.

Víctor se movió rápidamente hacia él y este le lanzó la botella. Víctor la cogió al vuelo. Sí, quizá lo mejor sería no mover aquella botella de esa forma, pero era la única que tenían para escapar de aquella poderosa magia.

Aitor y Daniel volvieron a la carga intentando frenar a Farid, pero era más poderoso de lo que habían imaginado. Farid enfocó su mano hacia ellos intentando frenar su avance, provocando que Aitor y Daniel tuviesen que hacer fuerza para avanzar, mientras que con su otra mano dirigía su poder hacia Víctor que corría de nuevo a gran velocidad hacia el final del castro.

De nuevo, aquel viento en forma de garra lo atrapó sujetándolo por la pierna, pero esta vez lo rodeó por completo sin dejarle tirar la botella a otro de sus compañeros y Víctor comenzó a sobrevolar todo el castro hasta la tarima.

—¡Ahora! —gritó Farid hacia Mateo.

Para sorpresa de Aitor y Daniel que intentaban avanzar hacia él, Mateo sacó un arma y, sin pensarlo dos veces, disparó en la cabeza de dos de los hombres que permanecían aturdidos cerca de la tarima.

—¡No! —gritó Aitor al comprender lo que había hecho.

Dos muertes, dos sacrificios de sangre. Intentó avanzar con más fuerza, pero Farid era tan poderoso que los mantenía inmovilizados.

Miguel apareció por la parte trasera de la tarima. Había dejado a Elena en el todoterreno con el que había venido el resto del equipo hasta allí y había vuelto para ayudar a sus compañeros. A la distancia a la que se encontraba el todoterreno sabía que no habría problema y que estaría protegida.

Saltó sobre la tarima y se agachó mientras iba hacia Farid, pero tres de los demonios encarnados se echaron sobre él. Miguel se quedó paralizado cuando vio lo que Mateo se proponía. Fue hacia la bolsita que había depositado anteriormente sobre el pecho de Elena y se la puso. Inspiró con fuerza, cerró los ojos y puso sus brazos en cruz.

—Belcebú, aquí estoy —gritó Mateo con todas sus fuerzas.

—¡No! —gritó Miguel comprendiendo lo que iba a hacer.

Un fuerte golpe sacudió la tarima y Mateo cayó al suelo de rodillas.

Miguel intentó deshacerse de los tres poseídos, pero eran demasiado fuertes. Cuando habían actuado en una posesión a duras penas habían podido mantener al poseído sujeto entre los seis.

—¡Mateo, basta! —volvió a gritar dándole una patada a uno de los que lo sujetaban. Este cayó al suelo, pero se abalanzó de nuevo sobre él, sujetándolo.

—¡Joder! —gritó Aitor mientras intentaba con todas sus fuerzas moverse hacia un lateral, pero era como si se mantuviese atrapado por esa corriente de aire. Miró a su lado donde Daniel también se encontraba en la misma posición que él.

Mateo elevó su mirada. Sus ojos se habían vuelto totalmente negros, su rostro era pálido y unas ojeras negras aparecían en sus párpados inferiores. Su piel comenzó a tomar un aspecto escamoso.

—Mierda —gritó Aitor—. ¡Lucas! —gritó desesperado mientras veía a este correr a gran velocidad hacia la tarima junto a Marcos.

Observó cómo Mateo tomaba la botella entre sus manos mientras una sonrisa endiablada se formaba en sus labios.

—Vuelve con nosotros, hermano —pronunció Mateo con una voz grave que claramente no era de él.

—¡Detenedlo! —gritó Aitor desesperado mientras luchaba con todas sus fuerzas.

Miguel se deshizo de otro de los poseídos, pero a duras penas pudo dar unos pasos hacia Mateo para acercarse.

—¡Que no abra la botella! ¡Que no la abra! —gritó Aitor luchando por avanzar.

Farid dio un paso hacia delante deteniendo los rápidos movimientos de Víctor y de Lucas con otro movimiento de su mano. Era imposible avanzar, era como si sus pies se hubiesen clavado en el suelo.

Valeria observaba totalmente paralizada la escena a pocos metros de la tarima con el símbolo de protección de David en su mano, con el que lograba paralizar los golpes de aquella corriente de aire que Farid manipulaba a su antojo. Había visto fascinada los movimientos de aquellos seis hombres, cómo se desplazaban con una rapidez que no era ni capaz de vislumbrar y cómo luchaban con gran fortaleza. Ella ya sabía a lo que se enfrentaban, sabía que aquel hombre, Farid, el maestre de la orden Thelema, ostentaba un control absoluto de la magia negra, sabía lo difícil que era enfrentarse a él.

Observó a los seis hombres luchando desesperados para que la botella no llegase a abrirse, botella que estaba en manos de Mateo y que se disponía a abrir.

Reaccionó en ese momento. Corrió hacia el arma que había arrojado Daniel lejos de ella mientras Mateo cogía ya el tapón con el que se mantenía herméticamente sellado el contenido de la botella. Se agachó, la cogió y apuntó mientras intentaba calmar su respiración.

—¡No! —gritó Lucas derrapando por el suelo por la embestida de Farid. Víctor derrapaba también y al instante ya volvían a la carga otra vez tanto él como Lucas.

Apuntó directamente a la cabeza de Mateo. Jamás había matado a nadie, pero en aquel momento la humanidad dependía de un solo disparo.

Cogió el arma entre sus dos manos y respiró hondo. Apretó el gatillo y la bala salió disparada en dirección a Mateo justo cuando este descorchó la botella. El impulso de la bala en su cabeza le hizo caer hacia atrás y, justo cuando este cayó sobre la tarima sin vida, una onda explosionó desde la botella arrojándolos a todos al suelo con fuerza e impulsando a los pocos hombres que ya quedaban allí contra

las murallas del castro.

Valeria salió despedida hacia atrás varios metros y rodó sobre el suelo.

Cayó sobre la tierra y miró directamente a la tarima. Su atención voló hacia esa botella tirada sobre ella, con el tapón a un lado. De la botella comenzó a salir un humo negro.

—¡Nooo! —gritó Valeria intentando incorporarse, pero cayó al suelo.

Un temblor comenzó a recorrer la zona haciendo que casi nadie pudiese mantenerse en pie. Sabía lo que aquello significaba. Astaroth había sido liberado. Debía huir de allí cuanto antes, alejarse lo máximo posible o ella sería su primera víctima.

El temblor fue tan fuerte que incluso Farid cayó al suelo, sin poder usar su poder, aunque ni ese poderoso terremoto ni ver el cuerpo de Mateo muerto sobre la tarima hizo que la sonrisa abandonase su rostro.

—¡Ven a nosotros! —gritó hacia la botella, extendiendo su mano hacia ella.

Contrariamente a lo que esperaba, el humo se acumuló sobre la botella formando una leve silueta y, de repente, se hundió en la tierra.

Valeria se puso en pie de nuevo. Sabía que el mal ya estaba hecho, pero aquel hombre había acabado con la vida de su hermano.

Cogió su arma de nuevo. Si acababa con Farid el mundo no correría tanto peligro.

—Por ti, Héctor —susurró mientras cogía el arma. Su atención se centró en la hierba del suelo, de un verde intenso, que comenzó a ponerse gradualmente marrón y negra. Miró hacia atrás comprobando cómo toda la hierba del castro iba cambiando de color, provocando que aquella tierra se tornase negra.

Se volvió hacia delante y se quedó consternada. Ni Farid ni ninguno de aquellos hombres con los que había luchado se encontraban allí.

Miró de un lado a otro buscándolo nerviosa hasta que fue consciente de que ya no se encontraba allí. La botella, ahora vacía, también había desaparecido.

Resopló, se echó la capucha encima y guardó su arma en el cinturón de su pantalón. Se giró y comenzó a correr huyendo de aquel lugar mientras la hierba que pisaba iba muriendo bajo sus pies. Seguramente varios metros a la redonda desde el lugar donde se había abierto la botella quedarían estériles, tierra muerta.

Salió del castro y corrió hacia la moto que había dejado aparcada cerca del bosque. Subió, arrancó y se alejó rápidamente del lugar.

31

Aitor conducía a gran velocidad por la carretera, alejándose del lugar.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó Marcos.

Aitor miró por el retrovisor al asiento trasero donde se encontraba Miguel con Elena en brazos y, sentado a su lado, Marcos.

—Creo que todos lo sabemos —respondió Aitor—. Han abierto la botella. —Miró de nuevo por el retrovisor y se fijó en el gesto preocupado de Miguel—. ¿Cómo se encuentra Elena?

—No recupera el conocimiento —dijo con ella en sus brazos.

—Entonces… —continuó Daniel—, ¿ya está? ¿Las puertas del infierno se han abierto?

Aitor apretó los labios sin saber qué responder a eso.

—Hay que hablar con Anael. Ella sabe más sobre esto —acabó respondiendo en tensión—. Yo estoy igual de perdido que vosotros. —Resopló y golpeó el volante—. ¡Mierda! —acabó gritando de los nervios.

Daniel que iba sentado a su lado lo miró de reojo.

—Hay que dar con el brujo —indicó él—. Tenemos que acabar con él.

—¿Y de qué servirá ahora? —preguntó Lucas desde atrás.

—Es peligroso —intervino Miguel—. Estoy de acuerdo con Daniel. Tenemos que acabar con él. —Miguel agachó su cabeza hacia Elena cuando esta emitió un quejido—. ¿Elena? —preguntó acelerado mientras retiraba un mechón de cabello de su frente. Ella se removió en sus brazos—. Eh, eh… —dijo golpeando suavemente su mejilla—, mírame. —Elena abrió lentamente los ojos y miró a su alrededor, desubicada—. Estás en el todoterreno, te hemos sacado de allí. —Ella intentó incorporarse, pero se llevó la mano a la frente como si sintiese un mareo—. Quédate tumbada.

—¿Qué… qué ha pasado? —logró susurrar.

Miguel tragó saliva y miró a sus compañeros sin saber cómo responder a aquello.

—¿Recuerdas algo?

—A… agua… —balbuceó.

Víctor que iba en el maletero sentado junto a Lucas le tendió una pequeña botella de agua.

Elena reaccionó al verla y se incorporó rápidamente, con necesidad imperiosa. Agarró la botella entre sus manos y la llevó directamente a sus labios. Bebió gran parte de su contenido hasta que la apartó y suspiró.

Se quedó unos segundos pensativa y luego miró a Miguel. Su gesto era preocupado, pero no solo por ella, intuyó que había algo más.

—No… no ha salido bien, ¿verdad? —preguntó temblorosa. Miguel no se atrevió a corroborar aquello, después de todo el sufrimiento que Elena había padecido no se merecía una respuesta así. Al no recibir respuesta miró a Daniel que estaba sentado a su lado, el cual apartó la mirada de ella directamente. Sí, no cabía duda, el plan no había salido como ellos deseaban—. Lo último que recuerdo es que Mateo me arrojó sobre una tarima de madera, a partir de ahí… —miró a Miguel asustada—. No me digas que… ¿me poseyó? ¿Abrí la botella? —gritó asustada.

—No, no… —la calmó rápidamente Miguel—. Te poseyó solo durante unos segundos, te quitamos la bolsita rápidamente… —aguantó la respiración unos segundos—. Mateo fue quien la abrió.

Ella se quedó totalmente pasmada, sin saber cómo reaccionar.

—¿Ma… Mateo?

—Elena… —susurró él cogiendo su mano—, le dispararon. —Ella lo miró sin comprender, aunque al no seguir hablando comprendió lo que quería decir.

—¿Está… muerto? —preguntó sin creérselo.

Miguel asintió lentamente.

Elena se quedó en silencio, sin saber qué decir. ¿Era mala persona por no sentir pena, por no tener ganas de llorar por él? Él había sido el amor de su vida durante un tiempo, aunque luego se había convertido en su mayor pesadilla. Él no la había querido jamás, solo la había usado como entretenimiento durante todos aquellos años y como un objeto al que acudir para llevar a cabo sus planes. La había insultado, golpeado y no le había importado nada su sufrimiento. No, realmente que Mateo hubiese muerto no le afectaba.

Aitor giró con demasiada brusquedad una curva y provocó que todos se echasen hacia un lado.

—Por cierto, la chica con el arma… ¿quién era? —preguntó Aitor mirando por el retrovisor a Daniel.

—No lo sé —respondió este con sinceridad—, pero parecía querer lo mismo que nosotros. Además, tiene un buen gancho y sabe

defenderse.

—¿Hay alguien más del CNI destinado a Lugo? —preguntó Víctor sorprendido.

—No que yo sepa —respondió Aitor.

—¿Y quién narices era? —insistió Daniel.

Aitor negó con su cabeza sin saber qué responder a ello.

Miguel se fijó en el rostro de Elena. Aún seguía pálida, pero suponía que en un par de horas estaría recuperada. En todos los casos de posesión que habían visto había ocurrido lo mismo. El poseído se encontraba agotado tras la posesión, pero, en poco tiempo, recuperaba su vitalidad.

—En unas horas estarás bien —comentó él atrayendo la atención de Elena.

Le sorprendió que, tras la noticia de la muerte de Mateo, sus ojos no expresasen nada.

Ella asintió y apoyó su cabeza en su hombro mientras él la abrazaba. No era el final que había deseado para Mateo, hubiese preferido que pasase una buena temporada entre rejas, que hubiese sentido todo el peso de la ley caer sobre él por cómo la había tratado, pero, al menos, ahora, podría vivir tranquila. Se lo merecía después de todos aquellos años llenos de dolor y sufrimiento, de lágrimas vertidas por un amor no correspondido que además la maltrataba.

Sintió cómo Miguel la estrechaba entre sus brazos y un largo suspiro salió de lo más profundo de su ser. Sí, ahora podría permitirse ser feliz sin tener que echar la vista atrás, sin miedo. Aunque resultase egoísta por su parte, era lo que realmente deseaba. Ahora, tenía realmente una oportunidad y un futuro por delante.

Anael miró a través de la ventana. El cielo estaba mayormente despejado, aunque a lo lejos podía intuirse que se acercaba una tormenta, pues de vez en cuando el horizonte se iluminaba con los rayos. Desde luego, eso no era un buen augurio.

Se abrazó a sí misma y miró hacia atrás. Ni Santiago ni ella habían podido conciliar el sueño. Santiago se había limitado a arrodillarse en el comedor, frente a una cruz colgada, y rezar el rosario. Ella, por el contrario, permanecía observando a través de la ventana la oscuridad que los rodeaba y cómo los árboles se movían de un lado a otro por el viento producido por aquella tormenta lejana que se acercaba.

Sabían todo lo que se jugaban aquella noche y en lo que desembocaría todo si no lo detenían. Confiaba en ellos, sabía que harían todo lo posible, pero, para ser sinceros, ellos no estaban preparados para una misión así. Sí, eran increíbles luchando contra vampiros, hombres lobos o brujas… pero lo que los satanistas

pretendían abrir aquella noche era mucho más poderoso, era un poder prácticamente imparable. Era injusto pedirle a un grupo de jóvenes con habilidades que intentase detener la venida de Astaroth, pero era la única esperanza que tenía. Sabía que harían todo lo que pudiesen, aunque la misión fuese sumamente complicada.

Sintió cómo una corriente eléctrica atravesaba su columna y un escalofrío su cuerpo. Su cuerpo se puso en tensión ante aquella sensación y se giró para observar a Santiago que permanecía unos metros por detrás de rodillas, con la cabeza hacia abajo y las manos unidas, sosteniendo entre ellas el rosario.

—Lo han hecho —susurró abrazándose a sí misma. Aquel escalofrío, su piel se erizaba, sintió incluso un ligero mareo. El susurro provocó que Santiago abriese los ojos y la mirase confundido. Sus miradas se encontraron. Santiago la observaba con incredulidad, Anael lo miraba con temor. Jamás había visto en Anael una mirada así. Se puso en pie directamente—. Lo han liberado —susurró ella llevándose las manos al pecho.

Santiago corrió hacia ella y situó sus manos en sus hombros, pues Anael parecía perdida en sus pensamientos.

—Anael… —comentó intentando traerla de vuelta—, ¿estás segura?

Ella lo miró y asintió con ojos llorosos.

Santiago dio un paso atrás conmocionado ante aquella noticia. Si aquello era cierto, y confiaba plenamente en Anael, el mal más absoluto que la Tierra podía conocer había sido liberado. Se removió nervioso y miró angustiado a Anael.

—Y ahora… ¿qué?

Anael tragó saliva intentando controlar sus emociones. Inspiró con fuerza. Negó pensativa, sin saber qué decir.

Se apartó de él y fue hacia la ventana intentando calmarse. Permaneció así más de una hora, en silencio, pensando en qué hacer, en cómo poder defenderse cuando su móvil sonó.

Santiago había vuelto a rezar y elevó su mirada hacia ella.

Anael fue rápidamente hacia el teléfono móvil y descolgó. No dijo nada, simplemente tragó saliva.

—Anael… —comentó Aitor preocupado—, no… no hemos podido…

—Lo sé —susurró ella.

—¿Lo sabes? —preguntó sorprendido. Anael miró de reojo a Santiago, el cual se había levantado y acercado a ella para escuchar—. Lo siento. Hicimos todo lo que pudimos, pero…

—También lo sé —repitió ella y se removió nerviosa por el comedor mientras se pasaba la mano por la frente—. Sé que luchasteis con uñas y dientes. El error fue mío.

Aquellas palabras sorprendieron a Aitor y a toda la división que escuchaba a través del manos libres.

—¿Tuyo? —preguntó Miguel—. Tú no has tenido nada que ver en…

—Tendría que haberos instruido más —susurró ella pensativa—. Es culpa mía.

La división se miró de reojo, sin comprender aquellas enigmáticas palabras de Anael.

Daniel suspiró y situó una mano en el hombro de Miguel.

—Hay varias cosas que queremos comentarte —pronunció él—. En primer lugar, la organización satánica sabía que estábamos allí y quiénes éramos.

—Os invitaron ellos, ¿no? —preguntó Anael.

Miguel se mojó los labios.

—Sabían que somos cazadores. De hecho, el representante de la organización secreta Thelema, el maestre… —enfatizó Miguel—, nos quiso ofrecer como sacrificio. Según él, no habíamos sido buenos con sus hermanos al colaborar en los exorcismos.

Anael se quedó callada al escuchar aquello. ¿Cómo era posible que supiesen que estaban infiltrados? Entendía que los demonios se relacionaban entre ellos y que, seguramente, se habrían avisado sobre un grupo de cazadores que operaba en los exorcismos en Lugo, pero… ¿cómo sabían que ellos se encontraban allí?

—Y otra cosa… —interrumpió la voz de Aitor sus pensamientos —, ¿qué hacemos ahora? ¿Podemos pararlo de alguna forma?

Anael suspiró y paseó por el comedor.

—Astaroth ya es libre —susurró—, pero no es tan fácil abrir las puertas del infierno. Él es el único capaz, pero necesita unos objetos.

—¿Qué objetos? —preguntó Daniel acelerado.

Anael miró a través de la ventana. Parecía que la tormenta estaba tomando otro rumbo y no pasaría sobre ellos, igualmente pudo ver en el horizonte los relámpagos que iluminaban la oscura noche.

—Lo primero que hay que hacer es formaros correctamente. Yo me encargaré de ello —pronunció—. Respecto a los objetos, mañana Santiago y yo iremos a vuestra casa y os pondremos al día de todo. —Santiago enarcó una ceja en dirección a ella—. Aún tenemos alguna oportunidad de detenerlo. Yo sé cómo se abren las puertas del infierno, y, por lo tanto, sé los pasos que seguirá Astaroth para hacerlo. Hay que adelantarse a él.

—Estamos preparados y ansiosos —dijo Miguel.

Anael cerró los ojos unos segundos e inspiró con fuerza.

—Descansad esta noche. Mañana comenzamos.

Dicho esto, colgó y se giró hacia Santiago que permanecía unos pasos por detrás de ella. Santiago la miraba preocupado.

—¿Los entrenarás tú misma? —preguntó boquiabierto.

—No hay otra opción si queremos tener alguna posibilidad —susurró ella depositando el móvil sobre la mesa.

—Entonces… —comentó él pensativo mientras daba unos pasos acercándose—, ¿vas a revelarles quién eres?

Anael se quedó mirándolo fijamente.

—Creo que puedo confiar en ellos —acabó pronunciando.

Santiago le dio la razón.

—Yo también lo creo —comentó con una leve sonrisa emocionada.

Anael se quedó pensativa.

—Pero… hay algo que… me desconcierta. —Santiago enarcó una ceja en su dirección—. Me han explicado que la orden satanista sabía que ellos se encontraban allí.

Santiago se quedó pensativo.

—Nos ayudaron en muchos exorcismos —intentó Santiago darle una explicación lógica.

Anael negó.

—No —siguió pensativa—, hay algo más. Puede que sí los reconociesen, pero ¿que supiesen que estaban allí infiltrados? Hay algo que…

Una idea atravesó su mente.

Avanzó por el comedor a toda prisa en dirección al pasillo que la conduciría a la puerta de la casa.

—¿Adónde vas?

—Enseguida vengo —respondió saliendo al exterior.

El viento hizo que sus cabellos rubios volasen hacia atrás. Se abrazó a sí misma y caminó alejándose de la casa en dirección al bosque.

¿Podía ser eso cierto? No quería creerlo, pero necesitaba confirmarlo.

—¡Gadreel! —gritó elevando su tono. Resopló y giró sobre sí misma—. ¡Gadreel, ven aquí! —continuó mientras sus cabellos volaban hacia atrás.

Se giró de inmediato cuando sintió una presencia tras ella.

Gadreel se encontraba a pocos metros de Anael, vestido como siempre de una forma elegante, acomodándose la americana, aunque esta vez ni siquiera la saludó, simplemente permaneció allí, sin moverse, a la espera de que ella dijese algo.

—¿Has sido tú? —preguntó avanzando con agresividad hacia él. Gadreel apretó los labios y agachó su cabeza rehuyendo la mirada de ella. Anael lo conocía demasiado bien para saber cuándo le mentía—. ¿Cómo has podido? ¡Confié en ti! —gritó ella.

—Quizá no deberías haberlo hecho —susurró Gadreel, aunque

esta vez sí tenía un sutil tono de arrepentimiento en su voz.

—Te dije que estaba ayudando a la división, que íbamos contra la orden Thelema, que se habían infiltrado en la orden satánica… te puse al corriente de todo —pronunció con dolor—. Y tú… —continuó con asco—, me has traicionado. Dime —exigió—, ¿qué te han prometido esta vez? ¿Una posición más elevada en el infierno a cambio de delatar todos nuestros pasos? —acabó gritando.

Gadreel permaneció impasible, mirándola fijamente.

—Estamos en guerra, Anael —comentó lentamente.

—¿En guerra? —gritó ella—. ¡Obviamente no la estamos comenzando nosotros!

—¡No! —la cortó Gadreel—. Esta guerra lleva gestándose milenios… y lo sabes.

Anael apretó los labios y convirtió sus manos en puños.

—¿Es por despecho? —preguntó poniendo su espalda totalmente recta.

Gadreel se removió incómodo sobre las hojas caídas de los árboles. No quería discutir con ella, pero tampoco podía negar lo que era obvio.

—Yo no tengo nada contra ti…

—Lo tienes en el momento en que me traicionas —susurró ella con lágrimas en los ojos.

Gadreel se quedó observándola durante unos segundos, sin saber qué decir. El viento movió su americana y los cabellos rubios de Anael hacia atrás. Tragó saliva y dio un paso hacia atrás.

—Lo siento —susurró agachando su cabeza antes de desaparecer.

Anael se quedó totalmente estática en el lugar mientras el aire arrastraba decenas de hojas a su alrededor. La había engañado. Sintió cómo una pena se instalaba en su pecho. Traicionada, así era como se sentía. Pensaba que podía volver a confiar en él, pero había errado. Gadreel era como era y jamás podría cambiarlo.

Intentó controlar sus emociones y volvió hacia la casa caminando lentamente. Había sido una ilusa. Ese era su mayor defecto, siempre pensaba que había algo bueno en todo, incluso en Gadreel. Se había vuelto a equivocar con él.

Entró en la casa y miró al frente. Santiago permanecía en medio del salón, paralizado, esperando alguna explicación por su parte.

—Descansa, Santiago, pues en pocas horas va a comenzar la verdadera guerra.

Santiago no preguntó nada, ya se imaginaba a qué había ido y cuál había sido la respuesta que había hallado. Vio la pena en los ojos de Anael y prefirió no preguntarle sobre ello. Asintió lentamente y avanzó hacia su habitación sin soltar el rosario.

Miguel bajó las escaleras en dirección al comedor y se quedó observando a Elena, permanecía sentada sobre uno de los taburetes de la cocina. Estaba mojando una magdalena en la taza de café.

Lo miró con tristeza y luego chasqueó la lengua.

—Tenía hambre —susurró avergonzada.

—Es normal —indicó él mientras se acercaba. Alcanzó el taburete de su lado y tomó asiento. Cogió su mano delicadamente y la acarició —. ¿Cómo te encuentras?

Ella asintió mientras apretaba los labios.

—Mucho mejor… con un hambre voraz, pero me encuentro bien —admitió.

Miguel asintió.

—Siento por lo que has tenido que pasar.

Ella negó con una sonrisa tristona.

—No pasa nada —susurró ella intentando calmarlo—. Ahora ya está. Me has puesto a salvo.

Miguel se pasó la mano por los ojos, frotándoselos. Lo cierto era que jamás habían fracasado en una misión. Nunca. Aquella era la primera vez, y aquella sensación le provocaba ansiedad. Elena se dio cuenta de su expresión.

—¿Qué ocurre? No ha sido culpa tuya. Todo esto lo provocó Mateo —acabó con firmeza.

Miguel negó con su cabeza y pasó la mano por su mejilla.

—Jamás había sentido tanto miedo —dijo acariciando su mano—. Si te hubiese llegado a ocurrir algo… y lo que has tenido que pasar para nada —acabó con voz grave.

—Eh, teníamos que intentarlo —dijo ella con una sonrisa tranquilizadora. Pasó la mano por su cabello, acariciándolo—. Estoy bien —confirmó de nuevo—. Aunque creo que voy a acabar con toda tu despensa —bromeó.

Miguel sonrió al escuchar aquellas palabras.

—Toda tuya —le ofreció. Suspiró y se acercó a ella—. Te prometo… —dijo seriamente—, que jamás permitiré que vuelvas a sufrir daño alguno.

Ella se emocionó con aquellas palabras, con la intensidad y devoción con que las pronunciaba.

—Sé que lo harás.

Miguel se acercó a sus labios y la besó con intensidad.

Sí, había pasado un miedo como jamás había sentido. Miedo a perderla. Jamás había amado a nadie como la amaba a ella y eso, sin duda, amplificaba sus emociones. El terror por el dolor que estaba sufriendo lo había bloqueado y llevado al límite, pero, finalmente, había podido recuperarla.

Sí, la misión había fracasado, pero la tenía a ella, y por ella

lucharía. Había sufrido como nunca, pero aquella experiencia también le había hecho más fuerte.

Antes sentía el deber de luchar por el bien de la humanidad, ahora ya no solo era la humanidad, ahora debía protegerla a ella y lo haría, costase lo que costase.

Sabía que tiempos muy oscuros y difíciles para la humanidad se acercaban, pero jamás se había sentido con tanta fuerza como en ese momento para afrontarlos. Costase lo que costase, sabía que lo lograrían.

32

Había pasado una buena noche. Nada más llegar a casa de Miguel se había acostado, poco después Miguel se había acostado a su lado y se había dormido entre sus brazos.

Cuando se había levantado, Elena se había dado una ducha y, como la división se iba a reunir de urgencia, ella había aprovechado para ir a su casa.

Se había hecho un café y se había sentado en el portal a esperar mientras la luz del sol caía sobre ella. Comenzaba a refrescar, pero aquella mañana era cálida y se estaba a gusto ahí sentada.

Hacía años que no dormía tan bien, tan a gusto y tan tranquila. Ahora, era totalmente libre. En cierto modo le sabía mal el final que había tenido Mateo, pero debía confesar que jamás había estado tan tranquila como hasta ahora.

Se apoyó contra el porche, sentada en el escalón de entrada a su casa y se relajó mientras la luz del sol bañaba la piel de su rostro y la brisa mecía sus cabellos hacia atrás. Sí, aquel, sin duda, era un buen inicio.

Abrió los ojos cuando parte de la división salió también a su portal con una taza de café en mano y Miguel fue hacia ella. Parecía que también salían a disfrutar de aquel buen día.

Miguel bajó los escalones del porche de su casa y atravesó la carretera directo hacia ella.

—Qué buen día ha quedado hoy —dijo sentándose a su lado.

—Sí —susurró ella, y apoyó la cabeza en su hombro—, se está muy a gusto.

Miguel besó su frente, pero giró su cabeza hacia sus amigos.

—¡Idos a un hotel! —exclamó Daniel que tomaba su café sentado también en el porche de su casa, junto al resto de su división.

—Muy gracioso, Daniel —ironizó Miguel mientras el resto reía—. Algún día tendrás que tragarte tus palabras… —sonrió con malicia—, y ahí estaré yo para ponerte el embudo en la boca.

Daniel rio y se giró hacia Aitor que permanecía de pie,

observando a Elena con detenimiento.

—Ya te lo dije, jefe… —pronunció este—, Elena está perfecta, ni un síntoma de que haya estado poseída.

—Es mejor tenerla vigilada unos días —indicó él.

—Apuesto a que Miguel la va a tener bien vigilada —bromeó también Víctor.

Aitor miró de reojo a su compañero con una sonrisa.

—Ser poseído por Belcebú son palabras mayores —apuntó.

—Pero mírala, si está como una rosa —volvió a indicar Daniel. Se apoyó contra la pared y dio un sorbo a su café—. ¿Y Nerea? ¿Va a venir?

Aitor asintió.

—Sí, vendrá a comer —confirmó él—. Ahora está en el almacén. —Señaló con un movimiento de cabeza hacia Elena—. Estoy seguro de que se llevarán bien.

Daniel chasqueó la lengua y miró a su jefe divertido.

—Cada vez se amplía más la familia. —Miró a todos sus compañeros—. ¿Quién será el próximo en caer rendido a los pies de una mujer? —bromeó.

Todos resoplaron y pusieron los ojos en blanco ante la pregunta de Daniel.

—La verdad es que parecen felices… —apuntó Lucas.

—Es un espejismo —comentó Daniel—. Ahora están en la luna de miel, los primeros meses son increíbles: besitos, arrumacos, sonrisas, miradas, pero luego… —dejó la frase sin acabar.

Aitor arrugó su frente hacia él y Marcos carraspeó.

—Dijo la voz de la experiencia —ironizó.

Miguel se giró hacia ellos y ladeó la cabeza.

—Sabéis que estoy aquí al lado, ¿no? —apuntó frente a ellos—. Lo estamos escuchando todo.

Daniel chasqueó la lengua y miró divertido a su amigo.

Miguel puso los ojos en blanco y se giró hacia Elena mientras cogía su mano. Ella lo miraba con una gran sonrisa, parecía que le divertían los comentarios de sus compañeros.

Se fijó en sus ojos azules, las largas pestañas que los rodeaban, su largo cabello castaño cogido en una cola alta… era preciosa, y una simple sonrisa suya hacía que su corazón se desbocase.

—Aún me parece increíble que hayas acabado aquí… —susurró Miguel.

Ella se quedó mirándolo pensativa.

—Sí, ya es casualidad.

—Es lo mismo que opinábamos todos mis compañeros y yo. Demasiada casualidad que tú, la ex novia de uno de los más importantes miembros de Thelema, acabase al lado de nuestra casa. —

Ladeó su cabeza—. Gracias a que averiguamos lo tuyo con Mateo y su relación con Thelema pudimos interferir… aunque finalmente no sirviese de nada.

Ella se encogió de hombros y miró hacia la carretera.

—Supongo que de algo sí servirá. Ahora ya conocéis al líder de Thelema y ya sabéis a qué os enfrentáis —suspiró—. Me niego a pensar que todos estos años al lado de Mateo y luego el huir hasta aquí, a vuestro lado, no hayan servido de nada..., pero sí, es mucha casualidad —acabó riendo.

—Gracias al destino.

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Gracias a mi amiga…

—¿Tu amiga?

—Sí, la que te expliqué —le recordó—. Trabajaba conmigo en la notaría, llevaba unos seis meses allí, pero tenía mucha confianza con ella. Ella fue quien detectó lo que me ocurría y la que me ayudó en todo. —Sintió cómo sus ojos se tornaban vidriosos—. Me animó, me dio fuerzas y me ofreció el vehículo y la casa de su abuela —dijo indicando con la cabeza hacia la casa—. Si no fuese por ella… —dejó la frase sin acabar.

Miguel acarició su hombro.

—Supongo que tengo mucho que agradecerle.

Ella le sonrió con intensidad.

—Pues podrás agradecérselo en persona. —Miró su reloj—. Ayer, de madrugada, me dijo que vendría a verme y que se quedaría una temporada aquí. Supongo que debe de estar al caer.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendido. Ella asintió—. Bueno, será muy bien recibida por todos, pero, ya sabes que ella… no puede saber quiénes somos.

—Claro, tranquilo —dijo quitándole importancia al asunto—. Sabes que nunca diría nada al respecto.

Todos se giraron cuando el coche del padre Santiago y Anael apareció por la esquina, puntuales como siempre.

La división se puso en pie igual que Miguel y Elena para recibirlos.

El vehículo se detuvo y ambos salieron de este, pero todos se sorprendieron cuando Elena dio un paso al frente con ojos llorosos y corrió en dirección a ellos.

—Anael —sollozó corriendo hacia ella.

Anael le dedicó una sonrisa y dio unos pasos rápidos hacia ella para fundirse en un gran abrazo.

Todos se quedaron sorprendidos al ver aquello. Miguel miró a la división sin comprender nada de lo que ocurría. ¿Se conocían?

Aitor miró directamente a Miguel y le hizo un gesto hacia Anael y

Elena que seguían fundidas en un gran abrazo.

Miguel se encogió de hombros sin saber cómo reaccionar.

Elena se limpió las lágrimas de los ojos y cogió de la mano a Anael.

—Miguel, esta es mi amiga Anael…

Anael lo miró divertida, casi riendo por la cara sorprendida de Miguel.

—¿Anael? —preguntó hacia ella.

—Sí —dijo Elena—. Mi amiga de la notaría. Si no fuese por ella no estaría aquí. —La miró con agradecimiento infinito en sus ojos. —Ella fue quien me salvó —susurró con cariño—. Es como mi ángel de la guarda —pronunció con lágrimas en los ojos.

En ese momento, Miguel estuvo a punto de soltar la taza de café por la impresión. ¿Cómo… cómo era posible? Aquellas palabras sumadas a la enigmática sonrisa de Anael le hicieron comprender lo que ocurría, como si se tratase de una revelación.

Sintió cómo se quedaba sin respiración e incluso sus ojos se tornaban llorosos.

—Ven, Anael… —dijo Elena cogiendo su mano—. He arreglado el jardín, te lo enseñaré.

Anael brindó una última sonrisa a Miguel y entró con Elena a la casa.

En ese momento, las palabras que Anael había pronunciado aquella mañana de hacía un par de semanas volvieron a su mente

—¿Qué tal con Elena? —preguntó divertida.

Miguel la miró sobresaltado y la escudriñó con la mirada.

—¿Cómo sabes lo de… Elena? —Se encontraba totalmente sorprendido.

Ella se encogió de hombros y rio.

—Daniel habla mucho —le confesó. Aquellas palabras hicieron que él resoplase, por un segundo había creído que Anael podía ser una gran vidente. Sabía de su fuerza en los exorcismos, de su elevado conocimiento… sabía que había algo más que ella no les confesaba, y eso le intrigaba. Tanto ella como Miguel se giraron hacia el pasillo cuando escucharon unos pasos. Anael se levantó del asiento colocándose correctamente la fina manta sobre sus hombros—. Los caminos de Dios son inescrutables —pronunció con la mirada fija en él—. Quizá sea Dios quien te ha puesto a Elena en el camino —acabó diciéndole con ternura—. Todo, aunque no nos demos cuenta, tiene una razón de ser, un porqué.

Miguel tragó saliva y se llevó la mano a los ojos reprimiendo las lágrimas, comprendiendo lo que ocurría allí. Los sentimientos que le embargaban en aquel momento fueron tan intensos que tuvo que reprimir un puchero. Se sintió pequeño y a la vez agradecido. Tal era la magnitud y el agradecimiento que en aquel momento sintió que

tuvo que limpiarse otra lágrima.

—Eh, ¿qué pasa aquí? —preguntó Daniel situándose a su lado—. ¿Se conocen? —Miguel no pudo responder, pues los sentimientos lo embargaban, así que Daniel se giró hacia él y lo observó. Le sorprendió ver que sus ojos estaban llorosos—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Miguel inspiró con fuerza y asintió.

—Sé… sé quién es Anael.

—Ah, ¿sí? —preguntó Daniel rápidamente, intrigado—. ¿Te lo ha dicho ella?

—Más o menos —sonrió incrédulo. Miró a su amigo y sonrió conteniendo las lágrimas—. Es un ángel.

Elena había sufrido, pero Anael se había encargado de llevar a Elena hasta allí, a un lugar seguro y donde sabía que la querrían, donde estaría protegida y encontraría el cariño que tanta falta le hacía y, de paso, se había asegurado también de atraer hasta allí a uno de los importantes miembros de Thelema, facilitando así el trabajo a la división y que pudiesen dar con la botella con más garantías.

—Todo tiene un porqué —susurró él repitiendo las palabras que Anael había pronunciado.

Recordó cuando hacía unos meses había salvado a Nerea de una posesión, todos los conocimientos que tenía, cómo se había ido involucrando poco a poco con ellos y cómo ya todos la consideraban su amiga.

—¿Un… ángel? —preguntó Daniel sin dar crédito.

Miguel asintió.

—Anael fue quien trajo a Elena hasta aquí. Ella necesitaba ayuda, nosotros también para dar con la botella… ella nos ha facilitado el camino todo lo que ha podido y la ha protegido —susurró.

Daniel tragó saliva sin poder decir nada más, asombrado, mientras veía a las dos muchachas a través de la ventana dirigirse al jardín.

—Ahora ya lo sabéis —susurró el padre Santiago a su lado.

Los dos se giraron de golpe hacia él, pues ni siquiera lo habían escuchado acercarse. Ambos lo escudriñaron.

—¿Lo sabía? —preguntó Daniel.

Santiago observó también a Anael a través de la ventana.

—Desde el momento en que apareció en mi parroquia diciendo que venía a ayudarme —pronunció—, que tiempos oscuros se aproximaban, pero que ella estaría ahí para darnos su protección. —Ambos tragaron saliva. Santiago colocó una mano en el hombro de cada uno y dio una palmadita—. Ahora ya sabéis en qué bando jugamos y por lo que luchamos, pero, sobre todo, ya sabéis junto a quién.

En ese momento, pudieron ver cómo Anael se giraba hacia ellos y les sonría. Sí, estaba en lo cierto. Ella estaba allí para ayudarlos. Se sintió más tranquilo, como si una paz se apoderase de él pese al momento tan complicado que estaban viviendo. Saber que contaban con ella, lo que representaba su presencia allí, le hizo sentir lleno de orgullo. Tal y como Santiago había dicho “ahora ya sabían en qué bando jugaban” y lucharían, lucharían por proteger a la humanidad de cualquier mal que fuese a cernirse sobre ella.

Una inminente guerra entre el bien y el mal se acercaba, pero ahora, con aquella nueva revelación, se sintió más fuerte que nunca para afrontar todo lo que viniese, pues tal y como había dicho Santiago: ya sabían junto a quién luchaban.

FIN

Agradecimientos

No quiero dejar pasar esta ocasión para agradecer, como siempre, a las personas que me han ayudado durante la escritura de esta novela.

A mis lectoras cero: Katherine Fernández, Vanessa Lucas y Nerea Álvarez. De todo corazón, muchas gracias a las tres por estar siempre ahí y por ayudarme tanto.

A mi pareja Raúl Diaz-Peñalver, por sugerirme ideas y siempre estar dispuesto a concederme un rato para escribir.

A Marien Fernández, de nuevo, miles de gracias por esa portada tan bonita y por las maquetaciones que haces. Es un placer trabajar contigo.

Y, por último y no menos importante, millones de gracias a tod@s l@s lector@s que, de una forma u otra, me han animado a escribir esta serie y que siempre confían en mis novelas para evadirse de lo cotidiano y pasar un rato entretenido.

Un saludo.
Mariah.